

# Dejarme estar a tu lado

TOÑI FERNÁNDEZ

Lectulandia

Krazz

Déjame estar a tu lado

Toñi Fernández

*Para aquellas personas que callan todo lo que un día, les hará fuertes.*

Ella no decía nada. Le gustaba que  
él le dijera cosas, pero ella callaba.  
Sólo sus ojos y sus manos hablaban...  
Y eso bastaba.

*Mario Benedetti*

## Prólogo

Las gotas de lluvia caen sobre mi pelo y mis ojos impidiendo ver hacia dónde voy pero no me importa, corro tan rápido que temo que mis piernas dejen de reaccionar en algún momento. Que esté lloviendo en plena noche acalorada de junio no mejora la situación, sino todo lo contrario. Sin duda este no es mi día...

Giro hacia la izquierda y me adentro en una calle repleta de enormes edificios y coches aparcados. Pienso que no tengo escapatoria cuando de repente veo que una puerta de un bloque de pisos cercano está a punto de cerrarse. Corro aún con más fuerza, si es posible, y consigo entrar a tiempo antes de que me quede fuera, a mi suerte.

Dentro está oscuro, aprovecho para adentrarme en el portal y así no ser descubierto a través del vidrio de la puerta. Inspiro profundamente y suelto el aire muy despacio. Mientras lo hago, mi piel se eriza instantáneamente. Me siento observado. «*Otra vez no, por favor*», me digo a mí mismo intentando tranquilizarme, en vano. Miro hacia los lados con el miedo grabado en mis pupilas, no estoy solo en aquel lugar.

Una figura menuda aparece en una esquina del oscuro portal. Me acerco despacio, cauto ante cualquier movimiento pero esta no reacciona. Ante mí se encuentra una niña cuyos ojos me hacen temblar. Son tan oscuros que temo acercarme demasiado y caerme en ellos como si de un profundo agujero se tratase. Su piel pálida como la nieve le da un aspecto escalofriante y por un instante creo que estoy alucinando. ¿Me habré dado un golpe en la cabeza y ahora veo fantasmas? Mis sentidos se ponen en alerta. ¿Y si me hace daño? O peor... ¿y si llama la atención de los de fuera y vienen a por mí? Mi madre siempre ha dicho que hay que tener más miedo a los vivos que a los muertos, ahora entiendo a qué se refiere.

Levanto mis manos poco a poco para que la niña sepa que no soy alguien peligroso aunque mi fuero interno sabe que realmente lo hago para protegerme. Ella permanece quieta, impasible a mi presencia y me permito observarla mejor. Puede no tener más de siete u ocho años, su pelo castaño está enmarañado y sucio. Su aspecto es parecido al mío, está empapada por la lluvia y además una gran mancha de barro cubre su vestido blanco y sus zapatos. Regreso a su rostro y percibo algo en sus intensos ojos: tristeza y miedo. Me pongo nervioso, no me gusta su silencio. Quiero saludarla para cortar el inquietante momento, quizá se ha escondido como yo pero ¿de qué puede tener miedo? O ¿de quién?

—Hola —mi voz suena entrecortada. La niña se mueve y me paraliza pero en lugar de atacar, se abraza a sí misma con sus pequeños brazos. Carraspeo y vuelvo a hablar—. No voy a hacerte daño, solo he entrado para resguardarme de la lluvia.

De repente se escuchan gritos al otro lado de la puerta, están muy cerca y cualquier movimiento me delataría. Mi corazón golpea fuerte mi pecho y tengo que evitar temblar aún más de miedo.

—¿Te están buscando? —la aguda voz de la niña me hace dar un respingo.

—Sí —¿Para qué engañarla? Ya lo ha descubierto—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí sola?

—Vivo aquí.

—¿Y por qué no vas a tu casa? —la dureza de mi voz me sorprende.

La niña baja su mirada y trata de limpiarse con sus dedos la mancha de su vestido sin conseguirlo. Al verla en ese estado, me arrepiento profundamente de mis palabras, yo no soy así. Me dispongo a disculparme pero escucho cómo su boca emite un sonido muy bajo; ha dicho algo. Con el sonido de la atronadora lluvia cualquier persona no la hubiese oído pero yo sí lo hago y me quedo petrificado al entender sus palabras. «*Porque está allí*». ¿Quién? ¿Por eso se esconde? Me apena saber que alguien tan pequeño sepa lo que es el miedo... Si bien pensándolo mejor, a los doce años tampoco se debería saber y aquí estoy, muerto de miedo y sin tener idea de cómo afrontar la situación.

Para distraerla comienzo a hablar sobre cosas sin importancia y funciona. Su cuerpo se va relajando poco a poco aunque mantiene la posición en la esquina del portal, supongo que por precaución. Me cuenta que tiene ocho años, le encanta leer y ver la lluvia a través de la ventana de su habitación. Cuando me animo a preguntarle su nombre, enmudezco al escuchar pasos acelerados en la escalera. Estaba tan inmerso en la conversación que olvidé dónde nos encontrábamos.

Segundos más tarde, aparece un chico adolescente, alto y corpulento que se abalanza sobre ella agarrándola del brazo. El rostro de la niña se contrae del dolor ante el contacto. No puedo averiguar el rostro del culpable debido a la oscuridad y la rapidez con la que se mueve. Le insulta y le dice que es demasiado pequeña para estar con chicos a solas. Adivino que es él de quien tiene miedo la niña y quiero plantarle cara para que no la maltrate, pero no puedo. Mis piernas están ancladas al suelo. Observo cómo ambos desaparecen precipitadamente por la escalera, escuchando el llanto de aquella pobre niña mezclado con la lluvia. ¿Qué será de ella?

Un sonoro trueno me despierta acelerando mi corazón a un ritmo frenético. Me he quedado dormido en el sofá y ahora me duele todo el cuerpo, pero aún más lo hace mi alma. Mi perversa mente se encarga de recordar aquella noche más veces de las que nadie desearía revivir una pesadilla.

Hace diez años de aquella noche y no pasa ni un maldito día que no me pregunte por qué actué como un cobarde en lugar de vencer mis miedos y ayudarla. Pero ¿a quién quiero engañar? He sido un cobarde durante demasiados años, demasiados...



# Capítulo 1

*Sergio*

Limpio mis manos con un pañuelo de papel que tengo en el bolsillo del pantalón y lo tiro a la papelería más próxima antes de entrar por la puerta de aquella dichosa discoteca. Después de lo ocurrido hace unas horas, lo que menos me apetece es estar en un lugar lleno de música y alboroto. Necesito relajarme en el sofá de mi casa mientras veo alguna película por lo que espero no estar mucho tiempo aquí.

Al entrar en la sala, mis oídos retumban y el suelo tiembla al son de la música electrónica que suena a un nivel infernal. Busco a David con la mirada por toda la sala, está llena, me va a costar llegar hasta él. El muy capullo me ha convencido de salir esta noche porque Adrián se ha vuelto un aburrido después de tener novia y necesita a alguien que lo lleve a casa después de emborracharse. Eso si no se va acompañado, claro.

Frunzo el ceño cuando lo encuentro en unas de las esquinas del local. Está sentado en un estrecho sillón de color verde botella con una morena sentada a horcajadas sobre él mientras se devoran la boca. Como siempre tan ocupado... Esta vez ha encontrado pareja antes de tiempo, estoy seguro de que ha batido su récord. Normalmente espera a tomarse unas copas antes. ¿Para qué me ha llamado entonces?

Me acerco sorteando cuerpos sudados en movimiento y al llegar a mi destino me siento en el sillón que hay frente a ellos con la intención de llamar su atención. La chica parece bastante concentrada en el cuello de mi amigo mientras que este tiene los ojos cerrados y sonríe como un idiota en celo. ¡Menuda imagen! Pienso recordarle esa cara durante un tiempo y reírme a su costa.

—No sabía que os iba el exhibicionismo —llamo la atención de ambos. David aparta con cuidado a la chica de su regazo y me mira con una gran sonrisa de dientes blancos.

—Pensé que no vendrías así que decidí buscarme un entretenimiento —recorre el cuerpo de la morena con la mirada. La chica no se ve ofendida por su comentario.

—No he tardado ni diez minutos en llegar. Además, ¿para qué querías que viniera si ya tienes compañía?

—¿Podrías traerme otra cerveza, encanto? —Se dirige a la morena—. Ah, y otra para mi amigo. Aquí tienes —le tiende un billete guiñándole un ojo.

La chica se levanta y ambos nos quedamos mirando su trasero mientras camina. Sabe perfectamente que estamos observándola por lo que mueve las caderas como si girara un *Hula Hoop*. Una vez que está lo bastante lejos, David vuelve la cabeza y me observa fijamente. Tiene el pelo rubio alborotado, probablemente de las manos de la

chica y los ojos de un intenso verde brillante por lo que imagino que ha bebido más de una cerveza antes de mi llegada.

—Ya te lo he dicho. Al capullo de Adri lo han domado. ¿Te puedes creer que no quería salir esta noche con nosotros? Que tiene planeada una sesión de cine con su novia —habla con retintín.—. ¿Quién prefiere eso, por Dios? Conozco mejores formas de tortura que ver una película pastelosa mientras engordo comiendo unas palomitas que se pondrán *manías* diez minutos después de hacerlas y pienso por qué coño el tío de la película es tan moñas. Alucino —resopla, indignado.

Le encanta el dramatismo. Adri, David y yo somos amigos desde los doce años de edad. Cuando llegué al instituto estos dos ya eran amigos. Siempre estaban juntos y se complementaban bien a pesar de que no podían ser más diferentes. En mi caso, no corría con la misma suerte de tener un mejor amigo y es que después de la nefasta experiencia del colegio quería empezar desde cero pero a la vez que no me volviesen a pisotear. Era una contradicción, lo sabía. Así que preferí estar siempre en la sombra, de esta forma no me harían daño.

Pero un día, el destino quiso que consiguiera por fin unos verdaderos amigos, si bien no de la mejor forma. Siempre recordaré ese día, como tantos otros menos agradables. Hacía frío y estaba lloviendo a cántaros así que me quedé en la puerta del patio del instituto a observar la lluvia caer, perdido en mis pensamientos. Después de comer mi bocadillo, cogí la botella de agua que llevaba encima y tras abrirla le di un buen sorbo sin saber que alguien aguardaba a mi espalda con la intención de empujarme.

—Joder —me había caído sobre la camiseta gran parte del agua de la botella, quedando lo suficientemente mojada como para pasar aún más frío el resto del día—. No sé para qué tiene la gente ojos en la cara.

—¿Qué coño has dicho, niño? —una voz ruda a mi espalda acompañada de otro empujón me hicieron temblar.

Temí darme la vuelta pero finalmente lo hice porque sabía que después sería peor. Mi piel se estremeció al descubrir que el chico que me había empujado no solo estaba unos cursos superiores a mí sino que además era conocido por su altanería con todo el instituto, incluido profesores.

—Mírame a los ojos y ten huevos de decirme lo que murmurabas como una nenaza —volvió a alzar la voz para que todo el mundo lo escuchase.

Sus gritos habían formado un círculo de personas curiosas, entre ellas David. El chico mayor tenía poca paciencia y al ver que no respondía, comenzó a animar el asunto con insultos hacia mi persona hasta cansarse. Fue entonces cuando pasó a la acción empujándome de nuevo hasta caer contra el suelo. Ese movimiento le facilitó las patadas y cuando iba a recibir la primera, cerré los ojos con fuerza pero esta nunca llegó. Alcé la vista y vi que Adri se había interpuesto impidiendo que me golpeará. Le dije algo al chico y, este, resignado, se largó de allí como si la situación le aburriese.

—¿Estás bien? —mi salvador me tendía una mano para que pudiera levantarme.

Lo hice sin su ayuda, sacudiéndome el polvo de los pantalones una vez estuve en pie. Al mirar sus ojos, estos denotaban pena y me enfureció. No necesitaba la ayuda de nadie y mucho menos su compasión. Bastante tenía con que mis padres creyesen que daba pena cada vez que llegaba a casa con un golpe. «*Tienes que espabilar*», me decían. ¡Qué comprensivos!

—Sí, estoy bien. No necesito tu ayuda —quise marcharme pero algo desconocido me frenaba.

—No parecías estarlo hace un momento. Me llamo Adri, somos compañeros de clase.

—Lo sé.

—Déjalo, no ves que prefiere estar solo y que lo apaleen —David hizo su aparición aunque en realidad no se había movido del lugar desde que había comenzado la pelea.

—¿Y tú que hacías ahí mirando? ¿No veías lo que le iba a hacer? ¿Pensabas quedarte de brazos cruzados? —mi salvador lo estaba acusando con el ceño fruncido. Parecía cabreado.

—Esperaba que reaccionase, tío. Pensaba que le partiría la cara a tu primo, sabes que se lo merece y no me lo perdería por nada del mundo —una hilera de aparato metálico decoraba sus dientes— ¿Qué hay? Yo soy David, el mejor amigo del pacifista este.

La forma en la que ambos amigos se miraban distaba mucho de ser amistosa. Juntos formaban una pareja curiosa y precisamente eso fue lo que me instó a presentarme.

—Yo soy Sergio. Gracias por la ayuda, no tenías por qué —era la primera vez que me sentía bien dando las gracias a alguien.

Inesperadamente sonó la sirena que anunciaba el final del recreo. ¿De verdad había ocurrido todo eso en tan solo media hora?

—Oye, tú, rarito, ¿te sientas con nosotros? Pareces un vampiro sentado al final de la clase. ¿Eres alérgico al sol o algo? —definitivamente David era el gracioso de los dos.

—Eh... no, no soy alérgico. Quizá otro día.

—Está bien pero no tardes mucho en pensártelo, puede que un día acabe muerto del aburrimiento con este —dijo señalando a Adri.

—Te he oído —reclamó el aludido.

Sonreí por primera vez desde que había entrado en ese nuevo instituto. Me caían bien. Tardé dos días en dar el paso y sentarme con ellos. Y así día tras día hasta que el dúo se convirtió en trío, haciéndonos inseparables.

Vuelvo al presente cuando la música cambia a una más sonora rompiéndome los tímpanos. La chica morena ya está de vuelta con las dos cervezas que posa sobre la mesa con cuidado.

—Ni siquiera la conoces. No sabes cómo es para decir que lo tiene domado o que ve películas pastelosas. Lo mismo es una chica que le va el rollo *Saw*, con sangre y cosas de esas —argumento mientras doy un sorbo a mi cerveza.

—Igual por eso aún no nos la ha presentado. ¿No te parece un poco sospechoso? —achina los ojos pensando mis palabras.

—Nos la va a presentar la semana que viene y por lo que ha hablado de ella, parece maja.

—¿Tú también? ¿Qué coño os pasa a los dos en la cabeza? Os fiáis de las apariencias y, amigo mío, te voy a contar un pequeño secreto que te hará la vida más fácil: las apariencias engañan —me señala con un dedo para dar más ímpetu a sus palabras, como si hubiese descubierto el secreto del universo.

—Sí, y creo que ya has bebido demasiado y se te está subiendo a la cabeza. Eres un pesado, ¿por qué no disfrutas de la noche y ya está? Voy al baño así que aprovecha el tiempo con la chica, se estará aburriendo de tanto escucharte —me levanto con rapidez.

La sala, a pesar de ser grande, está repleta por lo que tardo varios minutos en llegar a mi destino. Hace unos días comenzaron las vacaciones de verano y con ello el fin de la época de estudio así que la gente está celebrándolo. En mi caso ha sido un año duro e intenso. Estoy sumido en mis pensamientos sobre las notas de este curso cuando choco abruptamente contra algo. O mejor dicho... alguien.

Nos separamos lentamente. La chica alza la mirada y nos observamos durante unos segundos. Es muy atractiva. Le lanzo una sonrisa ladeada con aspecto tímido, tratando de disculparme por el choque pero esta frunce el ceño.

—¿Te apartas? —su voz es seca y dura.

—Tú también te has interpuesto en mi camino. ¿Qué te parece si lo dejamos en un empate y nos tomamos algo? —concluyo sin moverme del lugar donde estoy.

—Menuda forma más poco original para ligar. Búscate a otra con quien pasar el rato, *sonrisitas* —espetea intentando salir de allí pero mi cuerpo ocupa todo el espacio del pasillo. No tiene escapatoria.

—¿*Sonrisitas*? Vaya, nunca me había planteado llamarme así... —finjo pensarlo durante un momento—. ¿Se te ha ocurrido a ti sola o te ha ayudado papá a crear motes tan malotes?

Al escuchar mis palabras, la cara de la chica se torna roja y se abalanza sobre mí empujándome con ambas manos hasta quedar contra la pared de al lado. Sus manos

están frías, el calor de mi cuerpo agradece su contacto.

—Mira, estúpido, sólo faltaba encontrarme con alguien como tú para terminar de culminar la noche. Así que apártate de mi camino, sino...

—Sino ¿qué? —interrumpo su discurso. Pocas personas me dicen lo que tengo que hacer y aquella chica no es ni va a ser una de ellas.

—Fácil, si no te apartas tú, lo haré yo —acerca todo su cuerpo al mío hasta rozarnos. Me gusta, quiero que se acerque más pero entonces mueve una de sus piernas hasta mi centro de gravedad y me tenso—. Y créeme, será doloroso.

Su respiración está agitada y sus ojos echan chispas de rabia. Creo que nunca antes había visto a una mujer tan cabreada. Bueno, menos mi madre. Ella sí que es una mujer de armas tomar. Pero... ¿por qué estoy pensando ahora en ella cuando tengo una chica sobre mí? Centro mi atención en ella, tiene unos labios apetecibles. Su color me recuerda a las cerezas y me pregunto si sabrán como ellas. Sitúo mis manos en su cadera y ella aprieta sus puños contra mi camiseta, pero no se aparta.

—Eh, vosotros. No se puede tener sexo dentro del local así que os vais ahora mismo del pasillo u os echo a la puta calle —exclama un empleado de la discoteca. La chica se aparta con brusquedad y se marcha a gran velocidad. Aturdido por lo ocurrido, me giro rápidamente pero ya se ha marchado, dejando un rastro de su perfume por todo el pasillo.

Tras salir del cuarto de baño vuelvo a la mesa para despedirme de la parejita, la cual se ha vuelto a animar, pero entonces veo a la chica del pasillo de pie al lado de la barra mientras habla con otra chica de forma seria. Tengo una buena vista desde aquí y me aprovecho de ello para observarla mejor. Su pelo, el cual creía que era moreno, tiene destellos más claros que la hacen pelirroja, sus ojos son una combinación de tonos oscuros y claros, y su nariz es respingona con algunas pecas sobre piel blanca.

Ahora que la veo al completo, los pantalones largos de color negro que lleva le quedan como un guante en unas piernas algo delgadas pero infinitas y aunque la camiseta azul eléctrico de tirantes es holgada, en el pecho tiene una cremallera que mantiene unos centímetros baja de modo que no enseña pero sí insinúa. Destaca entre las demás porque es la única en toda la sala que no lleva vestido o falda. Qué curioso...

Mi vista permanece en la cremallera de su pecho más tiempo del necesario y cuando continúo mi camino hacia arriba me topo con su gélida mirada. Me observa como si quisiera matarme. «*Ponte en la cola, chica*».

Pasan apenas cinco minutos cuando se marcha de allí con su amiga. De acuerdo, ya es hora de que yo también me marche.

## Capítulo 2

*Mireia*

—Joder —acelero el paso con la intención de dejar atrás el pasillo y aquel chico engreído. ¿Qué les pasa a los tíos en las discotecas? ¿Creen que vamos a aceptar una copa en cuanto nos sonrían? Increíble, algunos tienen la confianza en sí mismos por las nubes.

Diviso a Ester en la barra bebiendo una nueva copa. Esa ya es la cuarta, menudo aguante se gasta. Cuando salimos de fiesta es la única que tras tres o cuatro copas sigue estando fresca, las demás acabamos con algo más que el *puntito* que deja el alcohol o como ella dice: «*para el arrastre*».

Al llegar hasta ella veo que está coqueteando con un atractivo camarero que sonríe encantado. Me aclaro la garganta intentando llamar su atención y rápidamente se gira con una sonrisa brillante en la cara.

—Aquí estás. Mireia te presento a Marcos, Marcos te presento a Mireia, una de mis mejores amigas —nos presenta. La conozco muy bien para adivinar que lo ha hecho porque el chico le atrae y quiere después saber mi opinión.

—¿Podemos irnos? —ignoro al chico. Sé que él no tiene la culpa de lo sucedido pero quiero llegar a mi casa para enterrarme en la cama durante unas horas sin pensar en nada más.

Ester sabe que algo no va bien así que se disculpa y centra toda su atención en mí.

—¿Qué pasa? ¿Quién te ha llamado? —se preocupa.

—Mi madre —bufo.

—Aún no se acostumbra a tu mayoría de edad, ¿no? No vas a hacer nada raro como fugarte o tatuarte. Es de locos. Sabe cómo eres, Mireia.

—Lo sé y ella también.

—¿Entonces? —insiste.

—Nada —miento. No puedo decirle la verdad, no quiero preocuparla—. Solo quería saber cómo iba la noche. Y como estoy aburrida, me gustaría irme. Estoy cansada y me duelen los pies, por favor.

—¿Aburrida? ¿Pero tú has visto al camarero? Me lo comía y me ponía un tapón atrás para no cag...

—¡Vale! Lo he pillado, no hace falta que des detalles. Y sí, lo veo, es muy atractivo y...

Dejo de hablar en cuanto siento que un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Me siento observada. ¿Ya ha llegado? ¿Tan pronto? No puede ser... Busco por todos los rincones de la sala hasta que me encuentro con la mirada del tío engreído de antes. Me está mirando el pecho. ¡Alucinante!

Le lanzo una mirada gélida para ver si así cesa su escrutinio pero parece divertirse aún más mi enfado.

—¿Qué pasa? ¿A quién miras? —Ester gira el cuello con tanta fuerza que creo que se lo va a romper.

—A nadie, es un tío con el que me he cruzado antes. O más bien con el que me he chocado. Me pone de los nervios con esa sonrisita.

—Creía que lo que más te gustaba de un tío era la sonrisa.

—Pero la de este tío me crispa. ¿Te acuerdas de aquel libro que te recomendé en el que el chico tenía una sonrisa de “*perdonavidas*”? Pues bien, ha salido del libro solo que en una versión menos atractiva y más estúpida —sigo mirándolo fijamente.

Mi amiga rompe a carcajadas y, muy propio de ella, gira de nuevo su cabeza siguiendo mi mirada. ¡Viva la discreción!

—No está mal pero me quedo con Marcos. Venga, anda, que le doy mi número de teléfono y nos vamos. Hoy voy a ser buena —guiña un ojo.

Cuando llego a casa lo único que me apetece es tirarme sobre la cama para dormir durante bastante tiempo. Pero sé que aún queda una cosa más por hacer esta noche, algo de lo que no me puedo librar aunque quisiera: hablar con mi madre. Voy hasta su habitación y toco la puerta con los nudillos. Ella me invita a pasar.

—Ya he llegado, mamá. Me voy a dormir —finjo un bostezo.

—Vale. Mañana hablaremos con más calma —contesta cerrando la tapa del libro que está leyendo.

—Mamá... —mi voz suena áspera y seca—. Ya me ha quedado claro antes con la llamada.

—Hija, entiendo que no te agrade la situación pero han pasado tres años. Dale una oportunidad, las cosas son diferentes.

—¿Diferentes? —dudo mucho que sea cierto—. No puedo, mamá...

—Pero es tu...

—No me importa —interrumpo abruptamente sus palabras—. Buenas noches —salgo de la habitación con la esperanza de que no me siga y así dejemos a un lado el tema. Por suerte, lo hace.

Una vez tumbada en mi cama, no puedo conciliar el sueño. Ni siquiera un libro, que me hace olvidar por un momento todo a mi alrededor, consigue quitar la desazón

que tienen mi cuerpo y mi mente. Estoy agotada y no por el esfuerzo físico de esta noche sino por el mental. No paro de dar vueltas al asunto, deseando que sea una pesadilla y no la cruda realidad.

¿Por qué ha decidido volver? ¿Se ha cansado de estar allí? ¿O quizá se acuerda de que ya soy mayor de edad? En cualquiera de los casos ha decidido hacerlo justo cuando la vida me está sonriendo. Acabo de terminar los exámenes con muy buena nota y me han admitido en la universidad. Por fin puedo disfrutar de un estupendo verano antes de embarcarme en una etapa nueva y distinta a todo lo anterior, estudiar para conseguir aquello que deseaba desde siempre: ser maestra.

Pero el destino no está de mi parte y lo que creía que serían unas merecidas vacaciones, dejarán de serlo en cuanto vuelva a mi vida. ¿Habrá cambiado? Quiero darle el beneficio de la duda, de verdad que quiero, pero me resulta muy difícil cuando año tras año me ha hecho tanto daño. Y hay daños que son irreparables.

A la mañana siguiente me despierto con un dolor de cabeza tan grande que creo que va a explotar. Lo preveía, apenas he pegado ojo en toda la noche. No quería que amaneciese porque sabía que debía enfrentarme a mi madre, a él, al mundo.

Cuando voy a la cocina, veo una nota en la nevera. Es de mi madre, ha ido a la compra. Al menos puedo desayunar en silencio. Mientras lo hago, leo un capítulo del libro con el que estoy en este momento. Me tiene totalmente enganchada. Acostumbro a leer en cada ratito del día que tengo libre pero como ahora empieza el verano y estoy dispuesta a permanecer en casa el menor tiempo posible, aprovecho las mañanas para disfrutar de un poco de paz.

La lectura es una de mis pasiones. Me encanta adentrarme en historias ajenas a la mía propia y saber que, pase lo que pase, por muy descabellado que sea, puede haber un final feliz. Eso me hace soñar y pensar que un día yo tendré el mío.

Justo cuando cierro el libro, esta mañana pude leer dos capítulos, mi madre entra en casa con las manos llenas de bolsas.

—Buenos días, ¿me echas una mano?

—Sí.

Colocamos la compra en silencio. Un silencio incómodo que mi madre detesta pero que se niega a romper por primera vez en mucho tiempo. ¿En qué pensará?

—Mireia, he estado pensando en lo de anoche y...

—Mamá —la interrumpo—, no me apetece hablar de nuevo sobre ese tema, por favor —suplico.

—Lo entiendo. Solo quiero decirte que no voy a forzarte a que trates con él. Eres mayorcita y aunque nada me gustaría más que limaseis asperezas, respetaré tu decisión siempre y cuando no haya enfrentamientos de ningún tipo. Por favor —

ruega.

—Está bien. Gracias —sonrío y le doy un beso en la mejilla esperando que cumpla su palabra—. ¿Cuándo vuelve?

—La semana que viene, me llamará un día antes para concretar.

—¿Se quedará aquí? —pregunto con cautela. No quiero vivir en el mismo techo que él.

—No, viene con su amigo así que compartirán juntos un alquiler. Tienen planeado estar aquí unos meses, lo que dure el verano.

Genial. Cuando pienso que no puede ir peor, decide venir con su amigo. Mi vida está a punto de dar un giro demasiado drástico. Ya empiezo a notar el vértigo en el cuerpo.

## Capítulo 3

*Mireia*

—Venga, va, será divertido —entramos juntas en el centro comercial donde hemos quedado con las demás para pasar una tarde de chicas. O más bien, una tarde de sufridas compras.

Laura y Rocío nos esperan sentadas en una cafetería situada a la izquierda de la entrada del centro comercial. En cuanto nos ven, pagan la cuenta y juntas partimos hacia la primera tienda que vemos.

Pronto Ester se une a la conversación de estas dos. Las observo, están entusiasmadas y sonrío al pensar en la suerte de tenerlas como amigas. Son un pilar fundamental en mi vida. Desde hace años, las tres son más que mis amigas, son hermanas, mis confidentes.

Conocí a Laura en el colegio y desde el primer día somos inseparables. Ester y Rocío vinieron después llenando la tranquilidad que nosotras dos teníamos por la locura. Las cuatro tenemos personalidades algo parecidas. Rocío es la chica tímida del grupo, aquella a la que se le puede contar un secreto sabiendo que se lo llevará a la tumba. También da consejos que hacen reflexionar y, a pesar de que a veces no queremos reconocerlo, en la mayoría de los casos tiene razón.

Ester, sin embargo, está en el extremo opuesto. Algunos la calificarían como loca, pero puedo afirmar que su cordura está intacta. Al menos aún... En realidad es atrevida, de ese tipo de personas que va al grano y te dice la verdad a la cara, unas veces con tacto y otras no, dependiendo del humor que tenga en ese momento y con quién esté tratando. Como amiga, es una chica divertida. Como enemiga, mejor huir del país para no encontrarte con ella nunca, estarías perdida.

En cuanto a Laura, es parecida a Ester pero usa la cabeza y el razonamiento antes de hacer las cosas. Es atrevida en los momentos que desea serlo. Mientras, puede considerarse como una chica dulce y una amiga muy leal con la cabeza *amueblada*.

¿Dónde me sitúo yo, entonces? Un poco en el extremo de Rocío. No soy tímida pero sí reservada. No me gusta contar mis problemas a las personas a menos que sean de total confianza y necesite consejo para sobrellevarlo. Por lo general soy tranquila, aunque reconozco que tengo un punto que cuando lo tocan, no puedo evitar ponerme roja y actuar. Intento evitarlo pero hay demasiadas personas impertinentes en este mundo que se merecen cuatro cosas bien dichas.

Es por eso que nos llevamos tan bien, dos de nosotras están en los extremos y las otras dos en el medio. Una buena mezcla.

Entramos en la primera tienda. A simple vista parece que un huracán de flores

haya arrasado las prendas de vestir. ¿Pero no ha acabado ya la primavera? Flores amarillas, rojas, verdes, azules... Grandes, medianas, pequeñas. Con tallo, sin tallo. Hemos entrado en el *País de las Maravillas* sin darnos cuenta. Alicia, ¿estás ahí?

Dudo mucho que encontremos aquí lo que estamos buscando. Esta noche hay una fiesta en la playa y el único requisito para asistir es vestir de blanco. Es una especie de fiesta ibicenca que, por supuesto, mis amigas no quieren perderse por nada del mundo. ¿Por qué voy, si se me nota desde lejos el entusiasmo que tengo? Por dos motivos. El primero es que me encanta el mar. Y el segundo es que Laura tiene preparada una sorpresa. Lleva unos días de los nervios y eso no es propio en ella. No quiero imaginar qué se traerá entre manos.

Entramos en tres o cuatro tiendas más, ya he perdido la cuenta, cuando por fin escucho un «*aquí está*» por parte de Ester. Frente a ella hay una sección de ropa blanca. ¡Al fin! ¿Qué tienen las tiendas en contra de la ropa blanca? Porque es infinitamente difícil encontrar algo blanco en su totalidad.

Las chicas comienzan a volverse locas cogiendo todo tipo de prendas. Laura es la primera en meterse en el probador junto con Ester. Les encanta hacer como en las películas, probarse modelitos y salir del cubículo como si estuvieran en la pasarela de *Cibeles*. Laura encuentra el vestido perfecto a la primera, le llega por las rodillas, tiene un cordoncito en la cintura para ajustarse más a la figura y los hombros al descubierto, a pesar de ser manga corta. Le queda muy bien y hace un buen contraste con su melena negra azabache y su piel morena. Está guapísima.

Ester se prueba tres modelos hasta dar con el definitivo. Ella también ha optado por un vestido pero mucho más corto que el de Laura. La parte de arriba va agarrada al cuello por lo que no muestra nada pero compensa con la parte inferior. Le encanta destacar su parte trasera, ya que es lo mejor de ella. Palabras suyas, no mías.

Rocío y yo decidimos no complicarnos con la ropa. Ella acaba con un mono largo muy sencillo pero precioso de manga corta y holgado mientras que yo escojo unos pantalones cortos y un top blanco y discreto. Perfecto, ya estamos listas para esta noche.

Termino de perfumarme cuando me avisa el teléfono móvil de una llamada. Es Rocío, esta noche iremos todas en su coche. Pasados diez minutos me adentro en el vehículo y observo a mis amigas, están preciosas. Esta noche va a ser increíble, tengo que aprovechar los días como estos antes de que cierta persona aparezca en mi vida y la cambie por completo.

Durante el camino hacia la fiesta hablamos de todo un poco aunque el tema se centra principalmente en lo que nos espera esta noche y en la sorpresa que tiene preparada Laura. Al llegar tardamos unos diez minutos en aparcar, el lugar está repleto.

Al salir del vehículo me sorprende la decoración. La playa parece un manto blanco y contrasta muy bien con la oscuridad de la noche. Está iluminada con farolillos blancos que se mueven levemente con la suave brisa veraniega. También hay pequeñas mesas con taburetes a su alrededor y, a un lado, algunos sillones con cojines para quien desee estar más cómodo. A la izquierda está la barra, pequeña en comparación con la cantidad de personas que hay aquí pero suficiente para atender con rapidez gracias a los dos camareros y una camarera tras ella.

Laura tira de nosotras para llevarnos a un lugar más tranquilo y apartado. Sus nervios aumentan con cada paso que da, lo puedo sentir porque se agarra las manos sin cesar ¿Qué diablos le pasa? Conseguimos una mesa libre y nos sentamos, expectantes a su reacción. Ella toma una gran bocanada de aire y comienza a hablar.

—Veréis chicas. Ya sabéis que esta noche es muy importante para mí. Bueno en realidad no lo sabéis porque os lo estoy diciendo ahora —emite una risita nerviosa—. Perdonadme, estoy muy nerviosa. Quería que esta noche estuviésemos todas juntas porque quiero presentaros a alguien muy importante. Mi novio.

Nos quedamos mudas. Jamás hubiésemos imaginado que sería de eso. Hace unos años Laura sufrió mucho con su última pareja. Era una persona despiadada que la maltrató psicológicamente hasta dejarla al borde del abismo. Tuvimos que ser fuertes por ella y poco a poco fuimos sacándola de ese lugar, recordándole siempre quién era y por qué la queríamos tanto. Fue una etapa muy dura y desde entonces no ha vuelto a confiar en los hombres. Cada vez que conocía a un chico que buscaba algo más, huía despavorida. Ya había tenido suficiente con la última relación.

Así que esta noticia resulta ser un shock para nosotras. Me alegro mucho que haya dado finalmente el paso de dejar todo aquello atrás y comprender que no todos los chicos son iguales. Pero a la vez siento miedo. No quiero que su pasado influya en su presente, en su nueva relación. Es un riesgo que debe asumir y espero que lo sepa.

—Sé que no lo esperabais y no he querido contároslo antes, no por falta de confianza, sino porque no sabía cómo ibais a reaccionar. Estuvisteis conmigo cuando todo pasó y tenía miedo al pensar que quizá me estaba equivocando —su voz tiembla ligeramente.

—¿Pero qué dices? Estás loca al pensar eso, tía, pero te queremos. Es la mejor decisión que has tomado en mucho tiempo. Ven, dame un abrazo —Ester se emociona.

Después de una ronda de abrazos entre todas nosotras, Ester comienza con su habitual interrogatorio para conocer al susodicho.

—No pienso deciros nada porque prefiero que lo veáis con vuestros propios ojos. He quedado esta noche con él y sus amigos. Ojalá os llevéis bien, es una persona increíble. A los amigos no los conozco así que esta noche habrá presentaciones —sonríe mientras busca el teléfono móvil en su bolso que está sonando. Descuelga y comienza a hablar—. Sí, ya estamos aquí. Al final, al lado de los sillones... Espera, mejor voy a por vosotros. No os mováis —cuelga y nos mira—. Ahora vengo chicas, no os mováis de aquí.

En cuanto se marcha nos quedamos en silencio. Rocío es la que lo rompe diciendo que está muy contenta y espera que este sea el indicado, que no le haga daño. Ester y yo estamos de acuerdo, aunque mi amiga se encarga de pensar distintas formas de matar al chico si sale mal. Intento convencerla de lo contrario hasta que Laura regresa unos minutos más tarde.

—Ya estamos aquí —la voz de mi amiga rebosa alegría. Como estoy de espalda a ellos no puedo verlos así que me giro y sonrío al chico que agarra su mano.

—Hola, me llamo Adri. Encantado —dice este. Es alto y de aspecto sencillo. Tiene el pelo de color chocolate con un pequeño flequillo que le cae sobre la frente. Sus ojos son de un precioso color gris que resalta su piel bronceada por el sol. Una bonita sonrisa acompaña su rostro. En cuanto a su cuerpo, es de complexión delgada y viste de blanco como todos los demás. Laura y él comparten una mirada intensa y sé que están hechos el uno para el otro. Se miran con adoración—. Y estos son mis amigos, Sergio y David.

Cuando dirijo la mirada hacia sus acompañantes se me congela la sonrisa. Allí está el engreído de la discoteca con esa sonrisita suya tan desquiciante. ¡No me lo puedo creer! Maldito destino...

—Hola, chica. Soy David. —se acerca el otro chico dándome dos besos. Parece simpático al igual que Adri.

—Mireia, encantada. —centro mi atención en él e ignoro a su otro amigo.

Mis amigas y los chicos hacen las respectivas presentaciones y pienso que se irán a tomar algo o a ver el ambiente cuando de repente, abre la boca.

—¿A mí no me saludas? —habla Sergio mostrando su sonrisita—. Tus amigas tienen más educación que tú, deberías aprender de ellas.

—¿Os conocéis? —pregunta Laura de repente. Bien, ya no tengo salida. Tendré que dar una explicación. Por favor, que no sea tan engreído como pienso.

## Capítulo 4

*Sergio*

Llegamos a la playa justo a la hora que Adri ha quedado con su novia y sus amigas. Lo miro de reojo, está tan nervioso que algunas gotas de sudor comienzan a perlar su frente. ¡Qué exagerado! Sonrío siguiendo atentamente cada uno de sus movimientos.

—Hemos llegado. Recordad ser amables con Laura y sus amigas —pasa sus manos por la camiseta, por la cara, por el pelo... Dios, me está poniendo nervioso hasta a mí—. Y no lo olvidéis, sus amigas serán nuestras amigas así que ni tocarlas. Quedáis avisados.

—Eh, tranquilo tío. No las tocaré pero no es mi culpa si se me echan encima. ¿Has olido el perfume que llevo? En una palabra: infalible —David muestra su mejor sonrisa—. Y cálmate. ¿Has probado a respirar? Te irá mejor, créeme. Te sentirás más vivo.

Suelto una carcajada ante el comentario. Adri respira profundamente antes de coger su teléfono móvil y llamar a Laura para saber dónde está. Hay tanta persona allí concentrada que resultaría raro salir vivos si hay una estampida. Menos mal que es al lado de la playa, así la brisa del mar refresca un poco.

—Este es el plan —habla David una vez que Adri se aleja por la llamada—, si son muy aburridas nos vamos con la excusa de unas copas, no para ellas, sino para nosotros y nos largamos a otra parte dejando a *Don nervios* con ellas. ¿Qué te parece?

—Me parece que se te ha ido la cabeza y aún no has bebido. Hemos venido en mi coche, ¿recuerdas? No podemos dejarlo tirado con esas tías —contesto con convicción, aunque me tienta.

—¿Y si se va con la novia y nos deja tirado?

—Te encargarás de echárselo en cara durante un mes, como mínimo. Deja ya de preocuparte e intenta disfrutar de la noche. Te estás adelantando y ni siquiera las hemos conocido aún.

—Me dijiste que podían ser unas sádicas de esas que les gusta la sangre y cosas del estilo. Soy demasiado joven para que me sacrifiquen —lleva una mano al pecho para dramatizar aún más.

—Tranquilo, tú no les sirves. No eres virgen. Además, ¿qué podrían hacer contigo? Dudo que aguanten más de unas horas. Te devolverían en cuanto abrieses la boca —sonrío.

—Muy gracioso —baja la voz al ver que Adri regresa con el teléfono en la mano,

ya ha colgado—. Después no digas que no te lo avisé.

Tras un breve «*ya viene en camino*», Adri comienza a respirar muy despacio para tranquilizarse. Si me acercase un poco más, podría escuchar su corazón martilleándole el pecho. La chica debe de significar mucho para él.

No esperamos mucho pues una chica bajita, con rostro aniñado, morena de piel, vestida totalmente de blanco —como todos los demás— y con una melena bastante larga de color negro se acerca a nosotros acompañada de una enorme sonrisa en sus labios. Es ella, sin duda. Se acerca y le da un beso tímido en los labios a mi amigo. Ella coge su mano y Adri deja de estar nervioso.

—Chicos —se dirige a nosotros—, esta es Laura, mi novia. Laura —la mira con adoración—, estos son mis amigos. David y Sergio.

Ambos le damos dos besos y ella nos arrastra hasta donde están sus amigas para seguir con las presentaciones. Parece simpática aunque sé que David no se fía porque me dirige miradas cargadas de sospecha. Si decidiera estudiar arte dramático aprobaría con matrícula de honor, estoy seguro.

Al llegar a la mesa, nos encontramos con sus amigas. Son tres, una de pelo rubio y dos castañas. Están sentadas en unos taburetes blancos y una mesa alta del mismo color, de las pocas que quedan libres, mientras conversan entre ellas.

—Ya estamos aquí —al escuchar la voz de su amiga, dos de las chicas levantan la mirada y sonrían pero la tercera permanece de espaldas a nosotros por lo que aún no nos ha visto. Su color de pelo me resulta familiar. A lo lejos parecía moreno pero ahora tiene destellos anaranjados.

—Hola, me llamo Adri. Encantado —mi amigo se presenta muy cordialmente.

En cuanto la tercera amiga se da la vuelta, la reconozco. Es la chica de la discoteca. Sonríe mientras le da dos besos a Adri, aún no me ha visto. Me sorprende ver su sonrisa después del carácter serio que demostró hace unos días, y me gusta. Al hacerlo su rostro parece otro. Parece una chica más amable. Más ella misma, más auténtica.

—Y estos son mis amigos, Sergio y David.

Ester y Rocío, así se llaman las dos amigas, nos saludan amablemente. La primera es alta con el pelo color chocolate por debajo de las orejas y con una cadera insinuante. Sus enormes ojos marrones llaman la atención, resultan hipnóticos al igual que sus labios color rojo pasión. La segunda es rubia y bajita como Laura, una chica con curvas, de ojos verdes y rostro dulce y tímido.

Deslizo la mirada hacia la siguiente chica y veo que me mira fijamente con el rostro tenso y serio. No se esperaba este encuentro, de hecho estoy seguro de que creía que jamás volvería a verme. Destino, qué caprichoso eres...

David deja a un lado el “modo sospecha” y se presenta. Gracias a él descubro que se llama Mireia. Espero pacientemente hasta que tenga valor de acercarse a mí pero

ese momento nunca llega. Me ignora como si no estuviese presente haciendo que me hierva la sangre. ¿Es que nadie le ha enseñado modales?

—¿A mí no me saludas? —Muestro la misma sonrisa que aquella noche en la discoteca—. Tus amigas tienen más educación que tú, deberías aprender de ellas.

Su cara cambia y sus ojos me fulminan duramente. «*Has empezado tú*», digo en mi cabeza.

—¿Os conocéis? —Laura se sorprende.

—No —contesta la aludida de forma abrupta.

—Por supuesto que sí. ¿Ya te has olvidado de mí? ¡Vaya! —pongo cara de falsa resignación—, tu cara no decía lo mismo cuando me has visto.

Mis amigos y las chicas nos miran sin comprender lo que está ocurriendo. David me lanza una sonrisa pícara mientras que Adri tiene el ceño fruncido. ¡A saber qué está pensando! No he hecho nada con esta chica aunque él creerá todo lo contrario y más, al fin y al cabo Adri piensa siempre lo peor de todo el mundo. Es normal que dude, pero yo no soy como David. Él es infinitamente peor.

—Nos conocemos de vista —por fin responde Mireia—, nos cruzamos en una discoteca hace unos días. Nada más —zanja el tema.

—¡Anda! Tú eres el tío de la discoteca, el que no apartaba la vista. El *sonrisitas* —Ester emite una sonora carcajada.

—¿*Sonrisitas*? ¿En serio? Tías, todo aquel que se atreva a ponerle motes a Sergio, son mis amigos. Me caéis bien —David se carcajea mientras alza sus brazos por los hombros de las dos chicas, quedando en el centro. Maldito traidor.

Laura, pendiente del humor de su amiga, cambia rápidamente de tema. Nos acomodamos mientras su novio y ella van a por las bebidas restantes con la excusa de estar a solas un rato.

—Bueno, ¿qué os parecido mi amigo? —dice David refiriéndose a Adri—. Vuestra amiga se ha llevado a uno de los mejores chicos que conozco, un poco plasta a veces, pero buena persona.

Las tres amigas se miran entre ellas. Ester sonríe ampliamente volviendo el rostro hacia David con cara de malvada.

—Mira chico, no conozco a Adri y no me voy a fiar de tu juicio porque quiero verlo y comprobarlo con mis propios ojos. Solo espero, por el bien de él y de sus futuros hijos que...

—Ester —Mireia interrumpe lo que estoy seguro que sería una amenaza—, ya.

—¿Qué? Si quieres se lo puedo decir a la cara a él mismo, no tengo ningún problema. Ya lo sabes —se indigna.

—Sí, tendrás un problema conmigo. Te he dicho que los dejes, Laura ya es mayorcita y me gusta la pareja que hacen. Si las cosas salen mal, entonces podrás

decir y hacer lo que te dé la gana. Mientras tanto —alza su copa de la mesa—, deja que el tiempo pase.

—Aburrida —Ester saca su lengua de forma infantil.

—Entiendo a tu amiga —señalo con la cabeza a Ester mientras me dirijo a Mireia—. Nosotros podríamos decir lo mismo de Laura solo que de un modo menos... macarra.

Mireia centra su atención en mí. No lo he dicho con la intención de provocarla sino porque es lo que pienso de verdad. Adri es uno de los mejores chicos que conozco y jamás haría daño a una mosca, mucho menos a Laura. Si sucediera algún día, es posible que fuese al contrario.

—¿Crees que hay más posibilidades de que mi amiga le haga daño que al contrario? —su voz es desafiante.

—Conozco a Adri desde niños y puedo decirte que no es de los que se comprometen fácilmente y que cuando lo hace, se entrega al cien por cien. ¿Por qué iba a hacerlo entonces si no está seguro de que saldrá bien?

—Lo mismo podría decirte de Laura. Parece que son bastante parecidos, entonces —me mira pensativa—. No pretendo meterme en la relación de nadie, aunque quiera a Laura como una hermana. Solo espero que tengáis razón y que sea un buen chico.

—Podrás comprobarlo por ti misma. Ahora todos somos amigos, ¿no? Y algo me dice que vamos a vernos a menudo —le transmito con la mirada que tendrá que aguantar mi presencia a partir de ahora.

Mireia asiente con la cabeza mientras mantiene mi mirada. Ni siquiera aquella noche en la discoteca, que la tuve muy cerca, pude verla tan bien como ahora. Lleva el pelo ondulado a la altura del pecho, su piel es blanca salpicada con algunas pecas y sus ojos parecían marrones pero ahora veo motitas verdes en ellos. Su nariz es un poco respingona, sus mejillas llenas y sus labios finos pero bonitos. Es muy sencilla pero atractiva, muy atractiva.

Finalmente desvía la mirada, incómoda ante mi escrutinio y bebe un poco de su copa. Tiene las uñas pintadas de un color discreto pero no es eso lo que llama mi atención sino el diminuto tatuaje que tiene en el extremo de su muñeca. En cuanto se percata de lo que estoy mirando, baja rápidamente el brazo. ¿Qué tendrá tatuado?

Adri y Laura vuelven con las bebidas y comenzamos a hablar entre nosotros, dejándonos llevar por la noche y las nuevas amistades.

## Capítulo 5

*Mireia*

Miro el reloj digital en forma de guitarra que está sobre mi mesilla, marca las siete y media de la mañana. Llevo varias horas despierta mirando el techo, concretamente desde que una horrible pesadilla me ha despertado reviviendo la noticia del día anterior.

Ayer por la tarde estaba con mi madre en la sesión de cine semanal cuando su teléfono móvil comenzó a vibrar. No le dio importancia así que seguimos viendo la película que estaba en su punto álgido. A la salida de la misma, fuimos a cenar y fue entonces cuando decidió revisar las llamadas. Pertenecían a un número que no tenía guardado en la agenda. Las devolvió con la preocupación bañada en su rostro aunque más tarde cambió a una sonrisa radiante.

Su nombre salió de sus labios y mi cuerpo tembló ligeramente. Era él. Acababa de llegar con su amigo y se estaban instalando por lo que al día siguiente vendrían a casa a hacernos una visita y comer juntos para recordar viejos tiempos. ¿Por qué recordar algo que fue desagradable? Mi madre está encantada con la situación, obviamente. Parece ser que la única disconforme con la situación soy yo.

Después de darme una larga ducha para relajar mis músculos, voy hacia la cocina. Mi madre ya se ha levantado, tiene la costumbre de hacerlo todos los días a las ocho de la mañana, algo que en mi caso no podría. Me encanta dormir, es un vicio sano que tengo.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, cariño —su voz irradia felicidad—. Después de desayunar voy a ir a comprar algunas cosas para la comida. ¿Quieres algo en especial?

—Cualquier cosa que hagas me parece bien —contesto sin interés, quiero que acabe el día pero no ha hecho más que empezar.

Mi madre se gira quedando frente a mí. Su rostro está radiante de felicidad pero al verme muestra una expresión de preocupación. La observo con detenimiento. Es una mujer muy guapa. Pelirroja y de piel clara como la mía solo que la suya está llena de pecas, muchas más que yo. Tiene los ojos de color miel y los pómulos muy marcados y prominentes. Es una mujer muy guapa con gran carisma y personalidad.

—Tienes ojeras. ¿Has dormido bien? —agarra mi cara con ambas manos y acaricia mis mejillas con los pulgares. Cierro los ojos instintivamente, me encanta cuando hace eso. Desde muy pequeña cuando estaba triste mi madre me acariciaba de esa forma y sentía que poco a poco se instalaba dentro de mí una paz inmensa. Su tacto calma todos mis males. Y es que no hay nada como el cariño de una madre o un

padre. En mi caso debía conformarme con el primero. Y estaba muy agradecida de tenerlo. Quiero a mi madre con locura, lo es todo para mí.

—Estoy bien, mamá —le doy un beso en la frente y sonrío—. Solo estoy un poco nerviosa. Ya sabes, el reencuentro y la comida.

—¿Por qué no lees algo y te relajas? Anoche terminé de leer el libro que me recomendaste. En cuanto vuelva de la compra podemos comentarlo, ¿te parece? —sonríe.

Sabe mis puntos débiles y los usa muy bien en momentos como este. Asiento y voy a mi habitación para adentrarme en un mundo totalmente diferente a este. Un mundo con criaturas mágicas que hacen creer que existen en alguna parte, lejos de aquí pero a la vez muy cerca de nosotros.

En algunas ocasiones le recomiendo a mi madre ciertos libros, teniendo en cuenta sus gustos literarios, y disfruto muchísimo con nuestras conversaciones sobre ellos. Ambas somos fanáticas de la lectura, tenemos en casa una habitación que se usa como sala de estar donde hay dos estanterías de madera blanca repletas de libros, la mayoría clásicos. Mi madre es una asidua lectora de ellos.

Mis amigas también son lectoras pero menos constantes que yo. Mientras que Laura es una auténtica fan de las distopías, Rocío adora a *Nicholas Sparks* y Ester se decide por historias más picantes. Tengo una variedad de géneros y estilos con los que conversar.

Me estoy sujetando el pelo formando una coleta alta cuando suena el timbre de casa, son ellos. Escucho a mi madre saludarlos efusivamente. Respiro profundamente antes de salir de mi habitación. «*Estoy preparada, estoy preparada*» me digo a mi misma aunque en realidad no lo estoy. ¿A quién quiero engañar? Quiero que esto termine ya... Salgo de la habitación con convicción y al entrar en el salón veo a dos chicos sonrientes frente a mi madre.

Ambos giran las cabezas y clavan sus miradas en mí. Sus rostros han cambiado en estos años, parecen chicos maduros y responsables, algo muy lejos de la realidad. Centro toda mi atención en uno de ellos, el causante de que tenga unas pocas horas de sueño en el cuerpo. Javi me devuelve una profunda mirada mientras se acerca lentamente.

—Hola, Mir. Me alegro de verte, no has cambiado nada —se queda frente a mí—. ¿No le das un abrazo a tu hermano?

Tragándome el orgullo me acerco, le doy un abrazo escueto y me separo respondiéndole con una falsa sonrisa. Me recuerdo una vez más que esto lo hago por mi madre, por nadie más. Me acerco a su amigo, Robert, y le doy dos besos.

—¡Qué hay, pelirroja! —odio que me llame pelirroja y lo sabe. En realidad odio

que me llame, a secas. Parece que lo ha olvidado.

—No sabéis la alegría que nos da teneros de vuelta. ¿Tenéis hambre? —Mi madre evita que conteste a Robert—. Es la hora de comer. Vamos, hay que poner la mesa.

La comida fue sorprendentemente amena. Javi y Robert estuvieron todo el tiempo comentando sus aventuras durante estos tres años. Se conocen desde el instituto y desde entonces han compartido momentos inolvidables, la mayoría de ellos fuera de lo común. Les encanta el riesgo y la adrenalina. Más de una vez nuestros padres tuvieron que dar la cara por sus actos. Al principio eran travesuras pero a medida que fueron creciendo, se volvieron más cautos y cuidadosos antes de hacer algo de modo que rara vez los descubrían. Obviamente lo que hacían era cada vez más fuerte y peligroso para ellos y para la sociedad.

Entretanto que mi madre y los chicos hacen un poco de café, voy a mi habitación a coger el teléfono móvil. Tengo un mensaje de texto de Rocío, ha quedado con su novio Pablo, Laura y Adri para merendar. Quieren que Ester y yo vayamos pero esta se ha negado. Contesto un escueto «*No puedo. Tengo reunión familiar*» y dejo el móvil sobre el escritorio. Me muero de ganas de salir de aquí pero sé que no puedo irme en este momento por más que quisiera. No hasta que Javi y Robert se vayan de casa, algo que no parece que suceda pronto. Están entusiasmados de estar aquí de nuevo.

—¿Escondiéndote como en los viejos tiempos? —me sobresalto. No he sentido su presencia y me pilla desprevenida. Punto número uno: que el enemigo nunca te pille desprevenido. Este no lo he cumplido—. Recuerda que siempre te encuentro —susurra en mi oído una vez se ha acercado.

Me giro para enfrentarlo, a su espalda la puerta permanece cerrada. Estamos solos en la habitación. Reprimo un escalofrío.

—No estaba escondiéndome.

Javi pasea por mi habitación observando mis cosas detenidamente. Se centra en el corcho colgado en la pared donde tengo diversas fotografías, la mayoría con mis amigas. Es mi tesoro, los mejores recuerdos en un pequeño espacio cuadrado.

—Seguís siendo amigas —no es una pregunta sino una afirmación.

—Sí, las cosas no han cambiado mucho aunque ahora mi vida es más tranquila. Por lo que veo la vuestra sigue siendo igual de intensa —contesto refiriéndome a sus aventuras de estos años.

—No, no ha cambiado —se sienta en mi cama como si estuviera en su propia habitación—. Nos gusta vivir al máximo.

—¿Por qué has vuelto entonces? —la pregunta sale sola de mis labios. Me aterra saber la respuesta y sin embargo deseo saber por qué.

—Porque echaba de menos esto. El lugar, mi familia... los viejos tiempos.

—Has sido capaz de vivir tres años lejos de esto y te ha ido bien. ¿Por qué

volver? ¿Por qué cuando tienes ya una vida allí? —escupo cada una de las palabras como si me quemasen la lengua.

—¿Qué es lo que tanto te molesta, Mireia? —se levanta de la cama para intimidarme con su altura. Siempre ha sido un chico bastante alto pero estoy segura de que ha crecido en estos años. Al lado de mi metro y sesenta y siete centímetros parece un gigante.—. ¿Qué haya dejado mi vida allí? A mí no me engañas, tienes miedo. Sigues siendo la misma cobarde que hace tres años. Ya eres mayor de edad y aun así continuas siendo una niña muy quejica. ¿Has pensado en disfrutar un poco de la vida? Podrías unirte a nosotros, lo pasarías genial y Robert estaría encantado —me dedica una sonrisa perversa.

—Mi vida está bien como es, soy feliz y no quiero que interfiráis en eso. Si queréis estar aquí, está bien. Vosotros seguid con vuestra vida y yo con la mía —digo con convicción esperando que acepte sin más.

—¿Desde cuándo pones tú las normas? —se acerca hasta quedar frente a mí, muy pegado a mi cuerpo—. Te voy a decir una cosa y espero que te quede muy clara. He vuelto por distintos motivos y te aseguro que si quiero disponer de ti cuando me plazca, lo haré. No tengo nada que perder. Como dices, las cosas no han cambiado.

Se aparta de mí y suelto lentamente el aire contenido en mis pulmones. Se dirige hacia la puerta y antes de salir gira su cabeza para mirarme fijamente.

—Y no trates de esconderte. No importa donde estés, sabes que siempre te encuentro.

Sale de la habitación cerrando la puerta tras de sí, quedándome completamente sola. Mi mente evoca recuerdos de años atrás. En todos ellos aparece él y ninguno es agradable. Después de tres años la historia se repite. ¿Qué puedo hacer? Javi juega con la ventaja de que ya no soy menor de edad y si algo sale mal, él no saldría perjudicado. Algo me dice que las cosas esta vez van a ser peor. Él ha dicho que no me necesita ahora pero que si requiriese, vendría a por mí. ¿Por qué? Esa pregunta ronda en mi cabeza día tras día desde hace años. Soy su hermana, ¿acaso no tiene corazón? No, una persona que no solo permite el sufrimiento de alguien de su sangre sino que también lo causa no puede tener corazón.

Debo tomar una decisión. Javi ha puesto las cartas sobre la mesa y yo pienso hacer lo mismo. No soy una cobarde, he sido manipulada durante mucho tiempo porque era una niña. Una niña que fue obligada a crecer demasiado rápido. Ahora soy una mujer y no pienso dejarme llevar por el miedo. Quiero ser valiente y voy a lograrlo aunque me cueste lo imposible. Me lo debo a mí misma.

## Capítulo 6

*Sergio*

El sol entra con fuerza a través de la ventana. Anoche con las prisas olvidamos bajar la persiana y como consecuencia la luz brillante me acaba de despertar. Miro el reloj blanco de plástico colgado en la pared de enfrente, marca las once de la mañana. Es hora de que me levante y me marche a casa. La pasada noche salí a tomar algo a un sitio tranquilo. Cuando quiero pasar un momento conmigo mismo, sin que nadie me moleste, sé dónde ir.

A las afueras de la ciudad, a unos cuarenta y cinco minutos de mi casa aproximadamente, hay un bar de carretera que pocas personas visitan. Lo hacen aquellas que están de paso por allí y quieren hacer un descanso o las que desean estar solas. Por dentro es un local como otro cualquiera, dispone de una corta barra con taburetes al frente, mesas independientes con sillas que parecen incómodas, una máquina de tabaco y a la derecha dos mesas de billar que pocas veces son usadas. Pero desde fuera se ve un edificio antiguo con la pintura desconchada y el cartel algo caído de un lado que le da un aspecto de *mala muerte*. ¿Quién iría a un bar como ese? Nadie, eso asegura un lugar tranquilo.

Mi rutina en el bar es siempre la misma, aparco el coche fuera con mucho cuidado de no dejarlo bajo el cartel por si se cae encima y lo rompe, y entro para sentarme en el mismo lugar de siempre, en el segundo taburete frente a la barra mientras me tomo unas cervezas frías. Escojo ese sitio concretamente porque es el que más cerca está de la ventana. Me gusta mirar por la ventana aunque el paisaje conste de árboles y más árboles. Estos se mueven con la brisa nocturna y se escucha el canto de algunos pájaros y grillos. Es muy tranquilizador, me ayuda despejar la mente y evadirme de todo por un instante.

Pero la noche pasada la rutina cambió. Sonia, la dueña del bar, había contratado a una chica como camarera durante las vacaciones de verano. Me contó que iba a visitar a su hermana a Roma porque la echaba mucho de menos y deseaba divertirse un poco. Aún es joven, tiene poco más de los cuarenta años pero el destino se había encargado de dejarla viuda hace unos años. Desde entonces se ha dedicado en cuerpo y alma al bar que juntos compraron al poco tiempo de casarse. Espero que Sonia disfrute como nunca en ese viaje.

La nueva camarera, Dani, atendió rápido por lo que las personas de allí estuvieron muy agradecidas tanto de sus atenciones como de su apretado e indiscreto uniforme. Cada vez que entraba a la barra, me miraba con una sonrisa pícaro e insinuante. Sabía lo que quería, no había que ser muy listo para intuir sus intenciones. Seguí bebiendo una cerveza tras otra sin importarme que después tuviese que conducir. Con un poco

de suerte no necesitaría el coche por unas horas, las suficientes para que el alcohol fuese desapareciendo de mi organismo.

Cuando terminó su turno cerró la puerta del bar con llave y se acomodó en el taburete de al lado con una cerveza. Me dijo su nombre y pocas palabras cruzamos después pues teníamos las bocas ocupadas. Con pasos torpes llegamos a lo que parecía la despensa del bar. Estaba repleto de botellas de todo tipo y a un lado de la habitación había un armario grande de color negro. Dani se separó de mí y se acercó hasta él para tirar de un borde que sobresalía en la parte superior. No era un armario sino una cama.

Recordaba que Sonia me había hablado alguna vez de que hacer inventario le tomaba demasiadas horas y a veces dormía allí. Ese debía ser el lugar donde pasaba la noche. Apreciaba mucho a Sonia y me daba verdadero *repelús* hacer algo en aquella cama pero Dani tenía otras intenciones y me tiró sobre ella situándose encima de mí a horcajadas. Dejé de pensar en la cama para centrarme en ella y disfrutar de aquel momento. Habían pasado algunos meses desde la última vez y lo echaba de menos. No sabía cuánto hasta ese momento y disfruté mucho. La chica era una buena acompañante de noche.

Salgo del bar y me dirijo al coche. El sol irradia como nunca, no hay el más mínimo aire en el ambiente por lo que el calor comienza a ser infernal. Al entrar en el vehículo lo compruebo. El termómetro marca treinta y tres grados de temperatura. Anoche no puse el parasol porque no pensaba quedarme allí hasta la mañana siguiente así que el coche se ha convertido en una auténtica sauna. Abro la ventana y me dispongo a marcharme a casa con el sonido de la radio de fondo.

En cuanto paso el umbral suelto un suspiro. Hoy no tengo nada que hacer ni tampoco planeado así que me espera un día tranquilo. Voy hasta mi habitación para quitarme la ropa de ayer, la cual huele a tabaco y me pongo una camiseta negra de manga corta, unos pantalones deportivos y mis zapatillas de correr. Antes de salir me ajusto el brazalete en mi brazo con el iPod y las llaves dentro. Necesito correr unos cuantos kilómetros. Suelo hacerlo cada mañana como rutina pero últimamente tengo demasiadas cosas por hacer, demasiados trabajos.

Desde hace un año y medio vivo solo. Mis padres, Marga y Sergio tomaron la decisión de poner fin a un matrimonio de veintiséis años. Mi padre, un abogado de prestigio, accedió al divorcio tras una dura batalla entre ambos. Mi madre insistía en cada una de sus conversaciones que el amor se había acabado y quería ser libre para disfrutar de la vida. Mi padre por supuesto no estaba de acuerdo con ello. Su duro trabajo hacía que apenas pasase tiempo en casa con nosotros por lo que entendía en cierta forma la decisión de mi madre.

Entonces, ¿dónde me situaba yo? Ninguno de los dos se ponía de acuerdo y a mis veinte años no quería irme a vivir con ellos. Mi madre quería vivir la vida y mi padre

refugiarse en el trabajo aún más. Fue pues cuando les propuse una alternativa. El piso —ya pagado— estaba a nombre de los dos, ella quería venderlo pero él no. ¿Por qué venderlo cuando puede vivir su hijo allí e independizarse? Al principio la idea les pareció descabellada pero terminaron pensando que quizá sería la mejor opción. Ambos disponían de dinero suficiente como para vivir por separado sin vender aquella casa y su hijo tendría la independencia que siempre habían querido.

Me pusieron varias condiciones. Cuidar la casa, mantenerla limpia y recibir visitas tuyas cuando quisieran. Además de no pagar las facturas, eso corría de mi cuenta al igual que la comida. Me pareció un trato justo y aunque al comienzo fue difícil vivir solo, ahora agradezco inmensamente la tranquilidad de una casa para mí.

No es muy grande, tiene un salón pequeño, cocina, cuarto de baño y dos habitaciones, la de mis padres que ahora es mía y otra de invitados que en el pasado fue mía. En ocasiones la uso como habitación de estudio a excepción de las veces que Adri y David me visitan y duermen ahí.

Salgo de casa después de hacer unos estiramientos y me dispongo a correr dirección oeste. Uno de los aspectos positivos que tiene la zona donde vivo es el enorme parque que hay justo al lado. Está vallado y lo abren cada día a las ocho de la mañana. A esa hora no hay nadie, menos aún en pleno verano pero ese día, al ser más tarde, varias personas pasean ajenas al mundo. En el centro del parque hay un enorme lago con patos y cisnes. En ciertas ocasiones deseaba zambullirme en el agua del mismo para refrescarme pero dudo que estuviese permitido.

Doy varias vueltas por todo el parque cuando de repente veo a una chica pelirroja que pasea junto a un chico. Instintivamente me acuerdo de Mireia. Aquella tiene el pelo más anaranjado pero la misma tez blanca que ella. No la he vuelto a ver desde la noche en la playa y por extraño que parezca deseo hacerlo de nuevo. Nunca he tenido una amiga de verdad. Algunas chicas se me acercan por un motivo, al igual que yo a ellas a veces.

No tengo un cuerpo “de diez”, como suelen decir, ni siquiera estoy tonificado pero me gusta hacer deporte y mantener la complexión. Tampoco tengo unos ojos de infarto, son más bien de color marrón y mi cara es sencilla.

Mi madre siempre dice que lo mejor que tengo es la sonrisa y hasta ahora ha resultado ser verdad hasta que llegó Mireia y me llamó *sonrisitas*. Al principio me resultó divertido pero desde que David se enteró, me llama así cada vez que quiere reírse de mí el muy capullo. Espero que sea algo pasajero y que a Mireia no se le ocurra uno peor.

Con Mireia en mi cabeza y la posibilidad de ser amigos, me marché a casa. En cuanto entro por la puerta escucho mi teléfono móvil sonar. Corro hasta dónde está y frunzo el ceño al ver quién me llama.

—Dime —intuyo la respuesta que voy a recibir al otro lado—. Dónde y cuándo. No necesito compañía. Si necesito refuerzos lo avisaré. Adiós —cuelgo y suelto todo el aire de mis pulmones. Bien, en unos días tendré un nuevo trabajo. Debo estar

preparado.

## Capítulo 7

*Mireia*

Cojo dos libros de la estantería para llevármelos a casa. Laura me ha convencido de leer una saga sobre distopías que está arrasando actualmente y ante su entusiasmo no puedo decir que no. Además, se muere de ganas por comentarla con alguien y ya que en su familia ninguno lee literatura, no ha perdido la oportunidad de convencerme. Y aquí estoy, en la biblioteca pública.

Está situada en el centro de la ciudad y dispone de un gran número de ejemplares de todos los géneros de la literatura. Cada vez que quiero leer un libro en especial, acudo allí. Siempre lo tienen y si no, puedo pedirlo y llega en unos días. Ese es uno de los motivos por el que adoro esta biblioteca. También adoro su exterior e interior. Por fuera es un edificio antiguo pero elegante, cuenta con grandes ventanales que vislumbran las estanterías repletas de libros en su interior. Y cuando entras es otro mundo. El olor a libro invade las fosas nasales, la luz del día ilumina toda la estancia y las estanterías están organizadas con pasillos decorados pero no en exceso, dándole un aspecto ameno e íntimo.

Consta de dos plantas, en la planta baja se hallan los libros más actuales, las novedades, para que aquella persona que acceda en su interior capte que es una biblioteca antigua pero actualizada. También dispone de distintos ordenadores con acceso a internet en una pequeña habitación. En la primera planta se encuentran libros y textos con más años y multitud de clásicos. Cada vez que visito la biblioteca con mi madre, corre a la parte superior y se sumerge en los pasillos. En la zona de la izquierda se encuentran pequeños sillones muy cómodos situados frente a los ventanales para poder disfrutar de la lectura mientras irradia la luz del sol. Es fascinante leer mientras se escucha el canto de los pájaros o el sonido de la lluvia al caer.

Me dirijo al mostrador con los dos libros en la mano evitando mirar a mi alrededor por si alguno más me llama la atención. Los libros son una verdadera tentación. Al llegar me encuentro con Álex, un viejo amigo del instituto. Nos conocimos en segundo curso y desde entonces las chicas y yo congeniamos muy bien con él. Aunque toda persona que lo conoce se lleva bien con él. Físicamente es un *yogurín*, como dice Ester. Es joven, muy alto de estatura –roza casi los dos metros—, de pelo moreno y ojos de un azul tan intenso que llama la atención de aquel al que mira. Pero su fuerte es su personalidad. Es muy carismático, amable, simpático y algo pícaro. Irradia alegría allá donde va.

Desde que terminaron las clases no habíamos vuelto a salir juntos de fiesta o a tomar algo pero sí lo había visto aquí y allá. Muchos dicen que el verano es tiempo

para salir con los amigos pero la realidad después es otra. Las personas están ocupadas haciendo tantas cosas que cuesta mucho organizarse para hacer algo tan sencillo como tomar un café o un refresco.

Espero la cola pacientemente y en cuanto llego hasta Álex me muestra una gran sonrisa que le devuelvo con ganas.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —me da dos besos en las mejillas a través del mostrador.

—Bien. ¿Y tú? Por lo que veo muy ocupado —miro mi alrededor. La biblioteca está repleta de personas y cajas con libros nuevos que acaban de llegar.

—Sí. La gente lee más en verano, ya sabes, tiene tiempo libre y eso —coge mi carnet de biblioteca para pasarlo por el escáner—. Por cierto, ¿cómo andas de tiempo libre? Podríamos quedar para tomar algo. Me muero por algo bien frío y con mucho alcohol. Con tanto libro me voy a volver loco —susurra la última frase. Comenzó a trabajar en la biblioteca hace unas semanas, en cuanto acabaron las clases. Quería ganar un poco de dinero extra para sus caprichos que se definen en ropa y fiestas. Sí, Álex es un gran amante de la ropa. Innumerables veces hemos ido de tiendas y aunque la ropa que me recomienda es algo fuerte para mí —por decirlo de algún modo—, tiene buen gusto al fin y al cabo.

—Claro. Esta semana tengo que...

—¿Podrían dejar de hablar? Hay quienes tienen prisa —se queja la mujer que está tras de mí en la cola.

—Sí, disculpe —contesto dirigiéndome a ella para lanzarle una sonrisa avergonzada—. Llámame y concretamos —cojo mis libros lanzándole un beso—. *Ciao*.

Miro mi reloj en cuanto salgo de la biblioteca, marca las dos menos cuarto. ¿Tanto tiempo he pasado allí? Debo aligerar el paso si no quiero llegar tarde a la comida con las chicas. Hemos quedado en un bar de tapas a unos veinte minutos de donde me encuentro dentro de quince minutos. El ambiente del local es muy agradable y las comidas que sirven están buenísimas.

No nos vemos desde la fiesta en la playa y al parecer tienen mucho que contar porque están ansiosas por quedar de nuevo. Llego unos minutos después de las dos, entro al local y me dirijo a nuestro sitio de siempre. Las chicas ya han llegado y están mirando la carta para pedir la comida lo antes posible. Mi estómago emite un rugido al pensar en la comida. ¡Qué hambre tengo!

—Ya estoy aquí —me siento en un taburete y respiro hondo. Estoy sudando un poco.

—¿De dónde vienes? ¿De correr un maratón? Estás roja como un tomate —comenta Ester.

—Se me ha hecho tarde en la biblioteca con los libros y hablando con Álex. Pero

mira —alzo la mano donde llevo los dos libros—, aquí están los que me recomendaste —digo mirando a Laura.

La aludida da unas palmadas con la felicidad marcada en su rostro. Me disculpo antes de marcharme al cuarto de baño, necesito refrescarme la cara. Cuando entro en la habitación veo mi cara reflejada en el espejo, está muy roja a causa del esfuerzo. Hace algunos años era una corredora nata. Adoraba el subidón de energía que daba correr, sentir el aire fresco en la cara y cómo el pecho subía y bajaba a causa de la entrecortada respiración. Era una sensación muy satisfactoria. Pero por desgracia hace unos años sufrí un problema en uno de mis pulmones y me limitó.

Ocurrió un día en el que estaba tranquila en casa, uno de esos en los que no hay nada por hacer. Pero entonces recordé que llegaba tarde a una reunión del instituto muy importante, corrí con prisa provocando un gran pinchazo en el pecho. Después de ocho horas en urgencias y casi una semana ingresada tuvieron que operarme porque mi pulmón derecho había sufrido una pequeña rotura, *neumotórax espontáneo* lo llaman aunque yo más bien lo defino como *putada*.

Durante meses me ahogaba si corría apenas unos metros, debía ejercitar mis pulmones para que volviesen a la normalidad. Con mucha constancia conseguí correr de nuevo pero no con la misma resistencia que antes. En muchas ocasiones, como esta, me costaba mucho y terminaba con la cara roja.

Pongo mis manos bajo el grifo del agua y doy varias palmaditas en mi cara para refrescarla. Minutos más tarde me siento mejor. Salgo del cubículo y veo que mis amigas ya han pedido. En la mesa hay distintos platos para picar y algunas bebidas. Están hablando entre ellas.

—¿Verdad que sí? —Ester se dirige a mí.

—¿Sobre qué? —Me he perdido la conversación y no sé a qué se refiere.

—Laura me ha dicho que su primo vendrá de vacaciones en unas semanas y le ha dejado caer lo *muuucho* que me echa de menos. Pues yo no, lo siento. Ya intenté algo con él y no me gustó. Se está mejor sola, ¿verdad que sí? —Vuelve a repetir con convicción.

De las cuatro, nosotras dos somos las únicas que no tenemos pareja. Ester es *anti-novio*. No quiere estar con nadie, quiere vivir el presente sin pensar en el futuro y menos en compartirlo con alguien. Se define como un espíritu libre, deseoso de experimentar todo lo posible antes de encontrar a la persona adecuada.

En mi caso, he tenido varias parejas a lo largo de estos años pero ninguna ha funcionado. La última que tuve acabé dejando al chico después de cuatro meses de apática relación. Gabi estaba más preocupado por los videojuegos que por su novia. Al principio era entretenido, él compartía conmigo su gusto por ellos y yo con él mi gusto por los libros. Pero al final la relación se volvió monótona y aburrida por lo que decidí poner tierra de por medio. A él no pareció importarle porque aceptó la ruptura sin más. Ahora estoy disponible y quizá abierta al amor, pero en estos momentos tengo asuntos más importantes en los que comprometerme.

—A ratos —contesto con sinceridad. Ester clava su mirada en mí dejando claro que no la estoy ayudado—. ¿Qué? Es la verdad.

—O sea que si ahora aparece un tío como el de los anuncios de perfume, no te lo piensas —me dice.

—No es un ejemplo muy práctico. Si viniese un tío así os aseguro que me quedaría sola comiendo estas ricas albóndigas —me llevo una a la boca y la saboreo. Está buenísima.

—Sí, tienes razón. Y yo iría la primera —saca su lengua como una niña pequeña—. En serio, la etapa de tu primo ya ha pasado. No soy de las que repite como en el anuncio de las natillas. Déjale caer que ahora me va más ir de flor en flor.

—¿Desde cuándo te ha ido otra cosa? Siempre vas de uno a otro —comenta Laura—. Está bien, está bien. Le diré que eres de vagina inquieta y que no tienes remedio.

Nos miramos las cuatro y comenzamos a reír sin parar. Ojalá pudiera ver la cara del chico cuando su prima le diga eso. Con lo tímido y educado que es, se quedará de piedra. Laura y Ester no tienen remedio.

—Veo que lo pasáis muy bien —dice una voz conocida a mi espalda. Oh, no.

Mis amigas callan de pronto y se quedan boquiabiertas en cuanto se dan cuenta de quién se trata. Mi hermano y su amigo están de pie a nuestro lado, ambos sonríen y mientras que Robert no me quita los ojos de encima, Javi no lo hace con Rocío. Después de tres años, mis amigas y ellos vuelven a estar en un mismo espacio.

Las chicas saben lo que ocurrió con mi hermano años atrás y aunque querían ayudarme, nunca lo hicieron. Las convencí para que se mantuviesen al margen, al fin y al cabo eran unas niñas, no podían ayudarme. Antes de que las cosas cambiaran y todo ocurriese, Rocío tenía a Javi en un pedestal. Estaba totalmente enamorada de él, el típico enamoramiento pre-adolescente. Y es que mi hermano, por mucho que sea un maldito canalla, es muy atractivo. Alto, pelo castaño, en buena forma. Puede conseguir lo que quiera de cualquier chica y se aprovecha de ello.

Por suerte lo de ambos solo quedó en unos simples besos porque días después le conté a las tres lo que estaba ocurriendo. Rocío dejó de hablarle y jamás volvió a mirarle con los mimos ojos. Y Javi, resentido por el rechazo, le hizo daño diciéndole que era una niña que no sabía complacer a alguien como él. Por aquel entonces toda su versión fue creíble pues él tenía diecisiete años y ella trece. La reputación de Rocío se vio manchada con todo tipo de comentarios malignos y desde ese momento, se convirtió en la chica tímida que es.

—¡Vaya! Veo que les hemos cortado el rollo —Javi se dirige a Robert que asiente como uno de esos perritos con un muelle en la cabeza que se ponen en el coche—. Nos vamos entonces. Adiós, chicas. Adiós, hermanita —sin poder apartarme, me da un beso en la cabeza y se marchan hacia la barra del bar.

El ambiente que habíamos logrado hace unos minutos se disipa como la pólvora

al viento. A pesar de estar mirando hacia el suelo, siento seis ojos taladrándome la cabeza. La alzo y descubro que, efectivamente, mis amigas quieren asesinarme. Están en silencio durante unos minutos y deduzco que piensan formas crueles de matarme y que parezca un accidente.

—Antes de que me recriminéis lo que acaba de pasar —digo cortando el silencio incómodo—, debo decir que volvió hace unos días y no tiene pretensión de quedarse mucho tiempo.

—¿Cuándo pensabas contárnoslo? —Laura interviene, preocupada.

—Escuchad, no ha pasado nada. Ha vuelto por vacaciones, se está quedando en una casa cualquiera y no me ha dicho nada. Al parecer ha cambiado, según mi madre, y quiero creer que así es. Somos mayorcitos y prefiero disfrutar del verano —genial, ahora no solo les miento a mis amigas sino que también me miento a mí misma.

—Queremos que si hay algún problema nos avises, Mireia. Esto no es ninguna tontería. Puede que digas que ha cambiado pero has dicho dos veces “nada” en una misma frase. A mí no me engañas. Sé que esto te ha trastocado y es normal. Pero si sucede algo, confía en nosotras. Te podemos ayudar, ya no somos unas niñas —comenta Rocío. ¿Por qué tengo una amiga tan lista? No se le pasa ni una....

—Eso, lucharemos con uñas, dientes, porras... —concreta Ester.

—¿Porras?

—¿Qué? Ese tío acaba de entrar en el bar —señala con la cabeza a un hombre vestido de policía y con una porra en su cinturón— y ya sabéis lo mucho que me *chiflan* los uniformes —suspira.

Todas rompemos a reír. Momentos como estos son los mejores. Quiero a mis amigas con toda mi alma por ser capaces de hacer salir el sol en los días más grises.

## Capítulo 8

*Sergio*

Lo cojo del cuello y alzo su cuerpo del suelo con toda la fuerza que dispongo en este instante. Mi paciencia se está agotando. Llevo dos horas y media aquí metido, en un lugar de mala muerte sin aire acondicionado y con olor a podrido. He ido solo, tal y como acordé. En cuanto me dijeron su nombre, sabía que podría con él y también dónde encontrarlo. Por suerte para mí y desgracia para él se encontraba desamparado en aquel lugar. No es que no pudiese con varios a la vez, ya había vivido la experiencia, pero me hubiese tomado más tiempo. Aunque pensándolo mejor, ya he perdido una gran parte de la tarde aquí.

Echo una ojeada al reloj de mi muñeca antes de dirigirme de nuevo al individuo. Son las seis y media, en media hora he quedado con Adri y no me gusta ser impuntual.

—Mira, capullo, ya me he cansado de tus estupideces. Me importa una mierda lo que tengas que decirme, tus excusas no me valen y parece ser que tampoco a los de arriba —le acuso.

—Ya te he dicho... —contesta con el rostro rojo por la presión que le estoy ejerciendo en el cuello.

—Y yo te he dicho que se te están acabando las oportunidades para soltar prenda. Tienes veinticuatro horas, ni una más, ni una menos —le interrumpo.

—Si no queréis creerlo lo que...

Aprieto un poco más su cuello y se calla de golpe por la falta de oxígeno.

—Ni una más, ni una menos —epito.

Miro fijamente sus ojos antes de soltarlo por completo. Su cuerpo cae al suelo mugriento, posicionándose de rodillas mientras lleva sus manos a la garganta y respira profundamente.

—Hijo de puta.

—Pues todavía no me has visto cabreado —sonrío perversamente. A nadie le conviene cabrearme, todo aquel que me conoce de verdad, lo sabe—. Mañana no seré yo quien venga a por ti y créeme no será tan suave como lo he sido yo.

Me largo de allí con paso acelerado. No aguanto ni un minuto más. Eso es lo que más odio de mis “trabajos”, cuando se van por las ramas y comienzan a contar estupideces. Entonces pierdo la paciencia y recurro a la fuerza. Cuando voy

acompañado, los otros actúan rápidamente sin mediar palabra. En mi caso es diferente, puede que me dedique a esto pero no soy partidario de la violencia porque sí. Prefiero hablar y advertir antes y si no razonan, pocas veces lo hacen, actúo. La intimidación resulta efectiva en algunos casos, la violencia en otros.

Paso unas cuantas calles y me adentro en un callejón sin salida donde he aparcado el coche para pasar desapercibido. Me subo en él y me dirijo al encuentro con Adri.

Hace unos días lo llamé para tomar algo pero estaba muy ocupado, no me quiso contar los motivos pero también se mostraba nervioso e impaciente. Espero que no haya tenido problemas con su novia porque si espera conseguir consejo por mi parte, se ha equivocado de hombre. No soy un experto en relaciones, de hecho he tenido apenas dos en mis veintidós años de vida y ambas han sido un total fracaso. Una de las chicas me exigió más de lo que podía darle en un momento complicado en mi vida y la otra simplemente jugaba a dos bandas conmigo y otro chico. Desde esa última relación, hace ya un año, no he vuelto a comprometerme con nadie y tampoco es que tenga intención. Quiero estar solo durante esta etapa de la vida.

Llego a la cafetería acordada cinco minutos antes de la hora así que entro para acomodarme y descansar un poco. El lugar está repleto de personas, no es de extrañar porque sirven los mejores cafés y chocolates de toda la ciudad. Mi mirada viaja por la sala hasta que se topa con un pelo anaranjado. Las casualidades existen y van ligadas a esta chica. Me acerco hasta ella y me dejo caer en la silla que hay en frente.

—Mira a quién tenemos aquí —comento sonriendo.

Mireia alza la vista de su teléfono móvil y me devuelve la mirada frunciendo el ceño.

—¿No hay más mesas donde sentarte?

—Sí, pero prefiero sentarme aquí.

—Mejor me callo para no decirte lo que prefiero. Además, estoy esperando a alguien.

—Yo también.

—Pues ve a esperar a otra mesa, esta está ocupada. Largo —gesticula con sus manos para enfatizar que no desea que esté allí.

—¿Naciste así de amargada o lo aprendiste por el camino? —su carácter empieza a sacarme de mis casillas.

Abre su boca para contestar en el momento que Adri aparece. Qué inoportuno, para un momento que he tenido a solas con la chica y aparece tan puntual como siempre. Ahora tendré que despedirme de ella y no quiero. Espero que el destino nos haga coincidir de nuevo en otro momento.

—Hey, chicos, qué puntuales. Así me gusta, voy a pedir un café y en seguida estoy con vosotros —comenta mi amigo antes de alejarse hacia el mostrador.

—¿Has quedado con él? —Mireia llama mi atención.

—Sí, es lo normal. Es mi amigo —contesto irónico—. ¿Y tú? ¿Qué ibas a hacer aquí con él?

—No lo sé, me ha llamado esta mañana porque quería pedirme un favor así que he venido. Ahora él también es mi amigo —puntualiza.

—A mí me ha dicho que debía contarme algo. No tendrás tú nada que ver, ¿no?

—¿De qué me acusas exactamente?

—¿Es una pregunta con trampa? —le vacilo.

—¿Eres retrasado? Sin ánimo de ofender a las personas con retraso. Ellos no tienen la culpa de tu problema.

—Muy graciosa, niña —la fulmino con la mirada.

Parece ser que sabe defenderse. Adri aparece con su café con hielo y se sienta a mi lado. Le da un sorbo a su bebida ante nuestra atenta mirada.

—A ver, si os he citado a los dos es porque quiero pedir os algo importante y sois personas en las que confiar.

—¿Y qué tiene que ver ella en todo esto? —interrumpo su discurso.

—Si no te callas no puedo contarlo.

—¿Callarse? Imposible —susurra Mireia.

¿Cuándo ha pasado esto? Dos contra mí. Es el mundo al revés.

—Dentro de tres días es el cumpleaños de Laura, tú ya lo sabes —Adri mira a Mireia la cual asiente—, por lo que quiero prepararle una fiesta sorpresa en la casa que mis padres tienen en la costa. Por eso te he llamado a ti, porque eres su mejor amiga, y a ti porque eres mi mejor amigo. ¿Crees que podrías echarme una mano, Mireia? Tengo una idea de lo que quiero hacer pero necesitaría tu ayuda, no quiero fastidiarlo con Laura haciendo algo que no le guste. Necesito tu consejo.

Mireia sonríe dulcemente, la idea le hace feliz. Aquella noche en la fiesta de la playa me di cuenta que las chicas son como hermanas. Puedo asegurar que comparten el mismo vínculo que mis amigos y yo. Me gusta su lealtad.

—Claro. Te ayudaré en todo lo que necesites. Tienes suerte porque a Laura le encantan las fiestas, sobre todo cuando son inesperadas. Cada año las chicas y yo intentamos que sea un cumpleaños especial, le preparamos algo diferente. Pero este año ella ya estaba convencida de que sería diferente porque estabas tú. Si te soy sincera no teníamos nada asegurado todavía, aun faltando unos días así que viene genial tu idea de la fiesta sorpresa porque...

Mireia continua hablando sin parar sobre la fiesta, dándole ideas a Adri que cada

vez está más entusiasmado. Es la primera vez que hace algo así para una chica, sin duda es muy especial. Mientras hablan me doy cuenta que aquella chica es más sociable de lo que esperaba. No hemos empezado con buen pie y puede que por eso ella se muestre reticente conmigo. Intentaré que cambie de parecer, quiero que así sea para poder tener al fin una verdadera amiga.

De repente para de hablar y me observa. Nos miramos a los ojos durante unos segundos, ella parece molesta. ¿Pero qué he hecho ahora?

—¿Qué?

—¿Has escuchado algo de lo que hemos dicho? —sí, está molesta.

—Sí, una fiesta sorpresa para el cumpleaños de Laura. Lo que no entiendo es para qué me necesitáis si lo podéis planear vosotros solos.

—Porque —interviene Adri— necesito que nos ayudes a prepararlo. Mañana compraré todo lo necesario y lo llevaré a la casa de mis padres. Y al día siguiente es donde entras tú, necesito que recojas a Mireia y juntos preparéis un poco la casa. No os pido que adornéis todas las habitaciones, solo un poco el salón y la entrada. Compraré globos, un cartel de Feliz Cumpleaños, lo que se me ocurra. ¿Por favor? —suplica.

—Está bien. ¿A qué hora tiene que estar todo listo?

—El cumpleaños se celebrará a las doce de la noche del miércoles y necesito...

—¿Pero su cumpleaños no es el jueves? —interrumpo.

—Sí, ¿has escuchado algo de lo que hemos estado hablando antes? Su cumpleaños es el jueves pero quiero que cuando den las doce de la noche de ese día sea el primero en felicitarla. Para mí es muy importante que todo salga bien. Al día siguiente tendrá planes con su familia y será difícil verla en todo el día. Al menos con la fiesta consigo pasar la noche con ella y celebrar juntos el primer cumpleaños.

—Vale. ¿A qué hora te recojo el miércoles por la tarde? —me dirijo a la chica.

—A las cinco está bien —saca un papel y un bolígrafo de su bolso y apunta algo en él. Cada día me sorprende más la cantidad de cosas que las chicas pueden guardar en su bolso. ¿Qué tendrán ahí? ¿El bolsillo mágico de *Doraemon*?—. Aquí tienes mi dirección.

—¿Por qué no me apuntas también tu móvil? Así es más fácil localizarte por si ocurre algún imprevisto.

—A las cinco —insiste mientras se levanta para marcharse—. *Ciao*.

El destino me ha facilitado un nuevo encuentro. Estaremos solos en una casa durante unas horas. Bendito destino, empiezas a caerme bien.

## Capítulo 9

*Sergio*

Son las cinco menos diez de la tarde. Espero en el interior del coche a que Mireia aparezca. He ido a la dirección indicada, conozco la zona. A mi derecha se abre paso un enorme edificio moderno de color azul con algunas zonas blancas. Se encuentra dentro de un recinto vallado que le otorga no solo seguridad sino calidad al lugar de residencia. Su interior parece espacioso, tiene un gran jardín donde poder tomar el sol o descansar al aire libre. Me gusta.

Mientras observo los alrededores Mireia atraviesa la puerta. Está distraída por lo que puedo observarla mejor. Su pelo está recogido en una coleta alta dejando al descubierto la piel blanca de sus hombros. Viste una camiseta de tirantes de color azul cielo y unos short que le quedan muy bien por delante. Como vi aquel día en la discoteca, sus piernas son delgadas pero firmes y terminan con unas sandalias sencillas del mismo color que su camiseta.

Dirijo la mirada hacia su rostro, que me observa. Es la tercera vez que me pilla en pleno escrutinio. Cuando me reconoce, se dirige a mi coche y sube.

—Hola, ¿llevas mucho tiempo esperando? —mira el reloj en su muñeca.

—No, he llegado temprano. Has sido puntual, chica.

Ahora que la tengo cerca puedo ver que su look se complementa con una ligera capa de rímel en las pestañas. Nada más. Su piel está limpia de maquillaje y le da un aspecto muy juvenil. ¿Qué edad tendrá? ¿Veinte, tal vez? En cualquier caso, destila una belleza pura. Se percata de que la estoy mirando demasiado tiempo y carraspea preguntando si nos ponemos ya en camino. Mientras conduzco, se hace un silencio incómodo. Podría haberlo roto con un poco de música pero tengo una norma, cuando voy acompañado en el coche no quiero ponerla, me gusta conversar con mi acompañante aunque este sea de pocas palabras.

—¿Está muy lejos la casa de los padres de Adri?

—En la costa, a una media hora en coche. Es una casita de dos plantas con jardín y piscina independiente que está a unos metros de la playa. En verano viven ahí pero este año han preferido irse de vacaciones fuera de la ciudad y estará desocupada unos meses —intento entablar una conversación.

—Es muy especial lo que le quiere hacer a Laura. ¿Alguna vez se lo ha hecho... —titubea— a alguna de sus novias?

—Creía que no te ibas a meter en su relación.

—Y no lo hago. Es simple curiosidad. Me alegra que apueste por la relación y si

Laura es feliz, me doy por satisfecha.

Hay un instante de silencio. Esta chica me desconcierta, un momento muestra su lado más amargo y borde y al otro es una chica dulce, tranquila y simpática. ¿Por qué?

—Yo también me alegro por ellos. Y no, Adri no acostumbra a hacer esto por nadie que no sean sus amigos. Así que puede considerarse como algo insólito, de otra forma no estaría aquí ayudando.

Guarda silencio mientras piensa mis palabras. De repente se escucha un teléfono móvil, no es el mío. Mireia se disculpa y atiende la llamada. Aprovecho que hemos parado en un semáforo que está de color rojo para observarla. Tiene el ceño fruncido y escucha atentamente lo que la otra persona dice.

—No estoy en casa, mamá. Dile que lo que sea que quiere puede esperar — parece resignada—. No sé a qué hora acabaré, cuando termine iré para allá. Un beso —cuelga—. Disculpa, mi madre y sus llamadas.

—Tranquila, ya casi llegamos. Si tenías algo que hacer lo podrías haber dicho. Lo hubiese preparado yo todo —mi respuesta suena un poco brusca.

—No tenía otros planes, además quiero ayudar —zanja el tema. Se le nota molesta. Ahora que empezaba a mostrarse más cercana, vuelve a alejarse.

Llegamos en cinco minutos a nuestro destino, no había tráfico por lo que el camino fueron veinte minutos en lugar de media hora. Mireia sale del coche en cuanto aparco y se dirige a la puerta a la espera de que la abra. En cuanto lo hago, se adentra en la casa con confianza, como si hubiese estado allí antes. Se dirige a la mesa del salón donde se encuentran varias bolsas con lo que parece ser la parafernalia del cumpleaños.

—¿Por dónde empezamos? —mira atentamente el interior de las bolsas.

—Por el pasillo, así lo que sobre lo ponemos en el salón. Pero antes quiero decir una cosa —me observa expectante—. No hemos empezado con buen pie, nunca mejor dicho por el tropezón de aquel día —quiero sonar divertido pero ella permanece seria—, y con los demás pareces simpática así que me gustaría que intentásemos llevarnos bien y que lo fueras también conmigo.

—Está bien —cede. Ha sido más fácil de lo que pensaba—. Pero te aviso que no muestres esa *sonrisita* conmigo, no funciona.

—¿Eres lesbiana? —pregunto de repente. Ha salido de mi boca sin querer aunque me muero de ganas por descubrir la respuesta.

—¿Perdona? ¿Crees que por el simple hecho de no gustarme tengo que ser lesbiana? Tu ego supera el tamaño de esta casa, ya mismo no cabemos en ella.

—No soy mister mundo, lo sé. Pero no te he visto cerca de ningún tío o interés hacia el género masculino. Somos amigos, ¿no? Me reservo el derecho a preguntar.

—Que yo sepa tú eres un tío, a menos que estés engañando al mundo entero con

tu transformismo —insinúa.

—Me alegra saber que usas los ojos para algo. Sí, soy un tío pero no te intereso. Así que si no eres lesbiana, ¿tienes novio?

—¿Eres siempre tan cotilla? —elude mi pregunta.

—No, eso se lo dejo a David. Espera a que te someta al tercer grado. Lo mío será como limarse las uñas al lado de lo que te espera con él.

Mireia sonríe y juntos vaciamos las bolsas. Hay globos, carteles, serpentina... incluso algunas fotografías de ellos dos juntos durante estos meses.

—¿Para qué quiere estas fotos?

—Para colgarlas, me ha pedido también unas cuantas de nosotras. También he traído una de la fiesta de la playa, Rocío nos hizo una a los demás cuando fue a por otra copa. Salimos de lado pero servirá. Es la única que tenemos juntos, chicas y chicos.

—Por ahora. En los cumpleaños siempre se hacen millones de fotos y más con esto —señalo un marco gigante típico de fiestas para hacer un *photocall*.

—Adri está en todo. Creo que lo mejor será que comencemos inflando globos. Pero hay solo un inflador. ¿Habrá otro por aquí...? —busca en el interior de las bolsas restantes.

—Qué más da, los globos son fáciles de hinchar —me adelanto para coger el inflador, no me gusta el sabor del plástico de los globos, me produce arcadas.

—¿Por qué te tienes que quedar tú con el inflador? ¿Dónde está tu caballerosidad? —se molesta.

—Mi caballerosidad termina donde empieza el sabor asqueroso de los globos. Lo siento pero no lo soporto, te tocará inflarlos con la boca. No es mucho, seguro que puedes ¿no, *blanquita*? —contesto refiriéndome al tono su piel. Ella frunce el ceño.

Se sienta en la silla que hay frente a la mesa y coge unos cuantos globos. Se dispone a inflar el primero. Yo hago lo mismo. Con el inflador es bastante rápido, con suerte acabaremos en unas horas. A medida que voy consiguiendo globos, los agrupo en la zona del sofá para que ninguno se pinche. Ya tengo nueve.

Pongo otro globo en el lugar y me giro para coger uno de encima de la mesa. Miro a Mireia, solo ha inflado tres, el que tiene en la boca es el cuarto. Tiene el rostro y la zona del cuello rojos y sopla lentamente en el interior de este.

—¿Estás bien?

—Sí —sigue soplando.

—Pareces una gamba, tienes la cara y el cuello rojos.

Suelta el globo, que sale volando hasta desinflarse, y se toca la cara con ambas manos. Suspira mientras se levanta del asiento.

—Necesito echarme agua en la cara. ¿Dónde está el baño?

—En la planta de arriba, la puerta al final del pasillo.

Se marcha tranquilamente y regresa pasados unos minutos. Su rostro ha cambiado de tonalidad pero aún sigue con tonos rojizos.

—¿Estás bien? —vuelvo a preguntar.

—Sí, solo he hiperventilado. Como soy muy blanca de piel se nota mucho cuando me pasa algo así.

—Estabas soplando muy despacio, es imposible que hiperventilases. Ten cuidado a quién mientes, puede saber más que tú —le aviso—. Ocúpate de las fotos y las serpentinas, yo seguiré con los globos, soy más rápido.

—Puedo seguir...

—Y no dudo de ello —la interrumpo— pero te necesito viva y además así agilizaremos las cosas.

Asiente y se marcha por el pasillo con las serpentinas y algunas fotos. No sé qué ha ocurrido pero me arrepiento de no haberle dado el inflador. No pensé que podría perjudicarla.

Una hora y media más tarde, el pasillo y el salón están completamente decorados para una fiesta de cumpleaños. Los globos de colores están aquí y allá, en el centro del salón cuelga unas enormes letras de *Feliz Cumpleaños* y hay serpentinas y fotos pegadas en varias paredes. El resultado es bonito, Adri va a estar contento.

Cierro la puerta con llave y juntos entramos en el coche. Desde que le he mandado a hacer otra cosa, apenas hemos cruzado palabras que no fuesen relacionadas con la posición de algunas fotos, globos o serpentinas. El camino de vuelta también es silencioso y en cuanto llegamos a su casa, se despide con un «*nos vemos esta noche*» y se marcha rápidamente.

Quiero acercarme más a la chica pero ella me lo impide. Cuando creo haber dado un paso hacia delante, algo ocurre y retrocedo dos. No comprendo su comportamiento y tampoco quiero profundizar más en este momento. Miro mi reloj, marcan las siete y veinte de la tarde. En poco más de dos horas debo estar preparado y cargado de energía, esta noche es importante.

Tengo que hacer algo que después de mucho tiempo no hago pero que se me da bien. Podría haberme callado y dejar que la otra persona asignada lo hiciese pero se trata de algo personal. Deseo volver a ver a esa persona y recordarle dónde está su lugar que, al parecer, ha olvidado con el paso de los años.



## Capítulo 10

*Mireia*

Llego a mi casa agotada. Quería terminar cuanto antes con la preparación de la fiesta de cumpleaños de Laura para marcharme de allí. Después del incidente del globo no tengo ánimos para nada. Cuando vi a Sergio cogiendo el inflador, se me cayó el mundo encima. ¿Cómo iba a hinchar los globos con la boca? Pero cuando no dio su brazo a torcer me dije a mí misma que podía. Unos cuantos globos no iban a poder conmigo. Inflé el primero poco a poco, con pequeños soplos de aire. Fui a por el segundo, a por el tercero... Sentía que lo estaba consiguiendo aunque fuese muy lenta. Hasta que Sergio me dijo que estaba roja.

Cuando fui al cuarto de baño a refrescarme estaba muerta de la vergüenza. Mi cara parecía una luz roja brillante, de esas que se utilizan en Navidad para decorar las casas. Me sentí frustrada. Inflar globos con la boca puede hacerte hiperventilar y marearte así que decidí tomar esa excusa. No se lo creyó y preferí no dar explicaciones. Él tampoco las pidió.

Me siento en la cama y me descalzo. Estas sandalias son bonitas pero hacen que duelan los pies como nunca si las usas durante unas horas. Muevo los dedos de los pies varias veces para que circule la sangre mientras escucho a mi madre hablar con alguien desde la cocina. Minutos después escucho unos pasos que se dirigen a mi habitación y la cabeza de Javi aparece por la puerta. ¿Qué hace aquí?

Mi madre me llamó horas antes para avisarme que este quería hablar conmigo. No me daba buen presagio. Intenté distraerme durante toda la tarde con la fiesta de cumpleaños pero en mi cabeza solo rondaba sus palabras de hace unas semanas: «*He vuelto por distintos motivos y te aseguro que si quiero disponer de ti cuando me plazca, lo haré*». De esto no va a salir nada bueno...

—¿Se puede? —entra cerrando la puerta después.

—Ya has entrado. ¿Qué quieres?

—He venido hace unas horas y no estabas. ¿Dónde estabas? —se acomoda en mi escritorio, apoyando parte de su trasero allí y se cruza de brazos.

—No te importa. ¿Qué quieres? —mi humor no es el mejor.

—Quiero que te cambies de ropa y vengas conmigo esta noche.

—No —intento sonar inflexible.

—¿Perdona? No te he escuchado bien.

—Pues límpiate los oídos, he dicho que no —me prometí a mí misma que no

caería de nuevo en lo mismo. No voy a dejar que haga conmigo lo que quiera, ya he tenido suficiente con todos estos años.

Se levanta y se dirige hacia mí. Se sienta a mi lado en la cama, su rostro demuestra que no le ha gustado mi respuesta.

—Escúchame, niñata. Te cambiarás de ropa y vendrás conmigo. Hay algo que debo solucionar y te quiero allí sí o sí. No tienes escapatoria.

—¿Por qué me necesitas? ¿No puedes arreglártelas tú solito o llamar a Robert?

—Sé que lo echas de menos —sonríe de forma perversa—, él también vendrá. Pero te quiero allí, eres mi hermana y debes cumplir. Las cosas están así, o vienes conmigo por las buenas o lo harás por las malas y no te gustarán los métodos que emplee. Ya me conoces.

—Lleva a una de tus viejas amigas, seguro que estarán encantadas. Además esta noche tengo planes importantes.

—¿Crees que me importa una mierda tus planes? —Me agarra del brazo con fuerza—. O vienes o me aseguraré que no vayas tampoco donde tienes planeado.

—No quiero rodearme con tu círculo de amistades y mucho menos meterme en problemas por tu culpa. Ahora mi vida es tranquila.

—No es mi círculo, es por ello que te necesito allí. Serás mi *as* en la manga. Si haces todo lo que te diga esta noche no volveré a pedirte ningún favor.

Parece convincente pero no quiero dejarme llevar por la emoción, sé que algo esconde y no me fio absolutamente nada de él. ¿No pedirme ningún favor? ¿Nunca más? Tendría que verlo con mis propios ojos para, quizá y solo quizá, crérmelo. Esta pesadilla no acabará nunca.

—¿Todo lo que me digas? ¿Qué se supone que tengo que hacer? Y no es que quiera dudar de tu palabra, es que lo hago.

—Lo sabrás cuando lleguemos allí. Entiendo que te resulte extraño pero si esta noche sale todo bien te dejaré en paz, lo prometo. Para que me creas puedo decirte que en unas horas nos veremos con personas a quienes considero mis enemigos. Si te vuelvo a pedir algo, podrás actuar en mi contra y que ellos vengan a por mí. Me conoces lo suficiente como para saber alguno de mis trapos sucios. Es un trato justo, ¿no crees?

Parece justo pero la justicia no es el punto fuerte de Javi. ¿Qué trama? ¿Tan seguro está que la noche saldrá bien como para prometer eso? Sólo espero que cumpla su palabra.

—Está bien. Sal de la aquí para que pueda cambiarme —me levanto de la cama en dirección al armario. Me pondré lo primero que vea.

—Ponte algo provocativo, soy tu hermano y debes dar una imagen. No me dejes en ridículo con tus sosas camisetas de niña. Ponte un vestido o algo por el estilo que te haga sexy. O al menos parecerlo.

No solo me dice lo que tengo que hacer sino que además me exige un tipo de ropa. Hace muchos años que no me pongo vestido por diferentes motivos y esta no va a ser la excepción.

Cojo una falda corta vaquera y un top negro que muestra un poco de mi estómago junto con unos zapatos de tacón del mismo color que el top. Voy hasta el baño para darme una ducha, vestirme, arreglar un poco mi pelo y maquillarme. Me estoy arreglando más porque si se me hace tarde no tendré que volver aquí a cambiarme para el cumpleaños de Laura. Me aplico un poco de máscara de pestañas y pintalabios de color frambuesa. Adoro ese color. He utilizado las manos para dar un poco de volumen a mi pelo después de secarlo aplicando un poco de espuma. Por suerte no es liso por lo que no queda mal el resultado. Ya estoy lista.

—¿Nos vamos? —en el salón, Javi está hablando con mi madre y en cuanto me escucha, gira su cabeza inspeccionándome de abajo hacia arriba.

—Sí, un momento —coge su móvil para llamar a alguien.

—Estás muy guapa, cariño —la voz de mi madre es dulce y me tranquiliza—. Deberíais salir los dos juntos más a menudo.

—Gracias, mamá —le doy un beso en la mejilla.

—¿A dónde vais a ir?

—A tomar algo, después la llevaré donde ha quedado con sus amigas. ¿Verdad? —Javi contesta con rapidez. Yo no hubiese podido. Mi madre sabe que durante años lo he odiado y sigo haciéndolo. Difícilmente hubiese creído que saldríamos juntos a tomar algo. Pero las palabras que salen de la boca de este son como música para sus oídos, todo se lo cree—. Nos vamos. Adiós, Merche.

Bajamos en silencio por el ascensor y cuando llegamos a la calle veo a Robert subido en un coche precioso, es un *Audi Q5* de color negro brillante con los cristales tintados. ¿De dónde lo habrá sacado? Javi se acomoda en el asiento del copiloto dejándome en los asientos traseros. Robert gira su cabeza para mirarme y su sonrisa se amplía.

—Estás muy guapa, pelirroja —guiña un ojo.

Javi frunce el ceño ante el comentario. Jamás está contento con mi aspecto y que los demás me halaguen no le gusta nada.

—Está pasable. Vámonos.

Nos dirigimos en silencio hacia el lugar. No sé lo que me deparará esta noche por lo que crea cierto nerviosismo en mi cuerpo. Con Javi y Robert puedo esperarme cualquier cosa y ninguna es buena. Espero que merezca la pena y me dejen en paz aunque, ¿cuál es el precio que tendré que pagar por ello?

Pasamos la autovía y Robert se desvía por un camino que no está marcado. La zona está totalmente oscura, solo iluminan las luces del coche. Él está seguro de hacia dónde se dirige porque por suerte no chocamos contra algo o alguien. A lo lejos se

puede ver algunos destellos que ilumina una zona concreta, es ahí donde nos dirigimos.

Cuando llegamos descubro qué se trae Javi entre manos. Me ha llevado a una carrera de coches. Años atrás, antes de que se largase durante tres años, era un corredor asiduo. Nunca había asistido a una carrera pero sabía que se dedicaba a eso en innumerables ocasiones porque lo había escuchado a hurtadillas e incluso me había enseñado bastantes técnicas del manejo del volante y los pedales. Tan solo era una niña de catorce años y conducía con una soltura asombrosa sin que nuestros padres supieran nada de ello.

Recuerdo que en una ocasión llegué a competir contra él. Estábamos Robert, él y yo en una zona parecida a esta, desierta totalmente para evitar problemas con la policía. Había insistido en correr contra mí para poner en práctica todo lo aprendido. Nunca llegué a comprender por qué deseaba que supiera correr, no era algo importante. Aquella noche Robert me dejó su coche y sin entender aún por qué, gané. En lugar de sentirse orgulloso por haber adquirido todo lo que me había enseñado, Javi se puso hecho una furia y desde entonces no había vuelto a conducir un coche ni él siguió enseñándome.

Así que no entiendo qué hacemos aquí. Me dispongo a salir del vehículo cuando Javi echa el seguro a las puertas, dejándonos encerrados en su interior.

—Aún no puedes salir. Escúchame, esta noche iba a correr contra un viejo conocido pero al final ha llegado a oídos de quien no debía y se ha apuntado un estúpido para la carrera. Se cree que puede ganarme y está muy equivocado pero será peor cuando descubra que no he sido yo quien le ha ganado sino tú, una mujer, mi hermana.

—¿Estás loco? No pienso correr contra nadie —lucho con la manilla de la puerta dispuesta a largarme de allí pero permanece cerrada.

—Harás lo que te diga porque para eso has aceptado.

—Porque no sabía que me ibas a pedir esto. Hace años que ni siquiera conduzco, ¿pretendes entonces que esto salga bien?

Javi y Robert se miran entre ellos. Desconocían ese dato por lo que sus planes se acababan de fastidiar. Mejor.

—Sé que puedes correr y ganarle, ya he corrido con ese tío antes y sé cuál es su punto débil. Te lo diré e irás a por él. Si no ganas, pediré que se repita la carrera, si ganas, seré el campeón —sonríe alzando las manos—. Es muy importante que no salgas del coche ni que te vean hasta que ganes la carrera, ¿lo has entendido?

—Lo que estás haciendo es trampa y si estas personas son peor que tu círculo de amigos irán a por nosotros —intento convencerlo de que esto no es una buena idea.

—No. Tú déjalo en mis manos. Acaba de llegar —mira por la ventana. Las personas que están fuera no pueden vernos por los cristales tintados.

Dirijo la mirada hacia el foco de atención y me paralizó al reconocer el modelo y color del coche. Esta misma tarde he subido en él. ¡Que haya más modelos iguales en esta ciudad, por favor, que haya más modelos iguales! Comienzo a rezar en mi cabeza una y otra vez.

Cuando sale del coche maldigo, un escalofrío recorre mi columna. Es él. No puede ser. ¿Qué hace él aquí y qué tiene que ver con mi hermano y todo lo que le rodea? No puedo correr contra él, si me descubre estoy perdida. Podría comentar este momento delante de las chicas y jamás me perdonarían que hubiese aceptado ayudar a Javi.

—No puedo hacerlo.

—Sí puedes, saldrás y ganarás a ese tío, el de la camiseta blanca. Debes ir a por todas y callarle la maldita boca —sus palabras destilan furia.

Maldita sea, no tengo escapatoria. Sé que debo pensar rápido en una salida pero mi cabeza parece estar atascada porque lo único en lo que puedo pensar es en qué pasaría si saliese mal.

—Si gano o pierdo, ¿puedo quedarme dentro del coche cuando acabe la carrera? —suena más a una súplica.

—Está bien. Quédate aquí y no salgas. Esto debe empezar ya, en cuanto cierre la puerta pasa al asiento del piloto y prepárate. Ahora, escúchame bien lo que tengo que decirte...

Suspiro profundamente escuchando sus últimas palabras. He aceptado porque la recompensa es merecedora de este mal rato. Observo por la ventana cómo Javi y Robert bajan del vehículo y se dirigen hacia Sergio. Una vez cara a cara, hablan sobre algo. Este último frunce el ceño y endurece la mandíbula. No son amigos, eso me ha quedado claro. Javi me ha dicho cuál es su punto débil y debo recordar qué debo hacer para aprovechar ese punto a mi favor.

Terminan la conversación y Sergio dirige una mirada hacia el coche. Me está mirando y tiemblo aun sabiendo que no puede verme. No conozco esa parte oscura suya, si bien en realidad no lo conozco. Javi da varios golpes a mi cristal y lo bajo unos centímetros.

—Prepárate, la salida será en unos minutos. Suerte, hermanita. No me falles —se marcha para formar parte de los espectadores con una enorme sonrisa de suficiencia en su rostro.

Imito a Sergio, el cual ya está en el interior de su coche, y dirijo el vehículo hacia la línea de salida. Una chica se sitúa entre ambos, parece una puesta en escena de la película *Fast and Furious*. En otras circunstancias me habría gustado presenciar aquello pero vivirlo en primera persona es otra cosa. Algo más grande y terrorífico.

Agarro el volante con fuerza en cuanto la chica alza su brazo y acerco el pie al pedal. Salgo disparada en cuanto da la señal, no conozco la zona y esa es una desventaja para mí. Menos mal que soy muy observadora, Javi me ha dicho siempre

que es lo más importante. Podías ser rápido pero no atender a detalles concretos es una carrera perdida.

Veo el coche de Sergio delante de mí, está cerca aunque no a mi alcance. Por sus movimientos puedo ver que está buscando ganar sin más, correr para ganar. Comete algunos fallos y me aprovecho de ello sobre todo en las curvas. La adrenalina corre por mis venas cuando lo alcanzo, ambos estamos a punto de adentrarnos en la última curva antes de llegar a la línea que da la victoria. Acelero un poco más aun sabiendo que si no actúo con precisión, puedo perder el control del coche.

De repente, freno al pasar la línea final y escucho gritos. Algunos vitoreando al ganador y otros en contra. Es entonces cuando escucho el motor del coche de Sergio al lado del *Audi* y descubro que la suerte está de mi parte esta noche. He ganado la carrera y mi libertad.

# Capítulo 11

*Mireia*

Sergio sale del vehículo con cara de pocos amigos y se dirige hacia el mío pero Javi se interpone en su camino quedando a unos metros de distancia. Intercambian unas palabras hasta que mi hermano se da la vuelta sonriendo. Se acerca a mi coche y golpea la ventanilla con los nudillos.

—Sal —ordena con voz segura.

Bajo unos centímetros el cristal para que me escuche con claridad pero sin mostrar mi rostro.

—Me dijiste que podía quedarme aquí tanto si perdía como si ganaba.

—He cambiado de idea. ¿Acaso no quieres que todos vean quién ha ganado? Yo me muero de ganas. Sal o te saco de ahí yo mismo. No querrás hacer el ridículo delante de tanta gente —amenaza.

Me desabrocho el cinturón y respiro profundamente antes de abrir la puerta poco a poco. Tendré que hablar más tarde con Sergio de todo este asunto, necesito total discreción.

En cuanto mi cuerpo sale completamente del vehículo, alzo la cabeza para mirar a Sergio. Javi está delante de mí por lo que aún no me ha visto pero no tarda mucho en hacerlo. Se aparta y observo a Sergio. Él también lo hace, la furia que reflejaba su rostro minutos atrás ha desaparecido dando paso a la sorpresa. Permanecemos en la distancia, paralizados. Sus ojos me preguntan qué hago allí y los míos le ruegan silencio.

—Saluda a tu rival, no seas maleducada —Javi rompe el silencio a mi espalda—. ¿Acaso no tienes interés en conocerlo? —susurra en mi oído—. Qué tonto, me olvidaba que ya lo conoces. Esta tarde has estado con él.

La frase me hace salir del trance. ¿Me ha estado espiando?

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad? —mi voz destila el profundo odio que siento hacia él.

Ahora lo entiendo todo, por eso quería que fuese a aquel lugar. No me necesitaba, solo quería que Sergio supiese que yo formo parte de su círculo. Pero, ¿por qué? ¿Cree que tengo algo con él por haberme visto esta tarde en su coche? Está muy equivocado, ni siquiera compartimos una seria amistad y ahora todo se ha complicado por sus estúpidas suposiciones.

Sonríe al escuchar mi pregunta. He dado en el clavo del asunto.

—Vámonos —me agarra del brazo pero me zafa y subo al coche por propia voluntad. Es el último sitio donde quiero estar pero necesito pensar algo antes de plantar cara a Sergio en el cumpleaños de Laura.

Cuando llego a casa intento tranquilizarme y ordenar las ideas en mi cabeza. Respiro profundamente, debo centrarme en el cumpleaños de mi mejor amiga. Eso me recuerda algo... Llamo a Rocío para que me asegure que una parte de nuestro regalo está ya con ella. Está muy emocionada y me transmite una pequeña parte de su felicidad.

En una hora comenzará el cumpleaños de una de mis mejores amigas, aquella que es como una hermana para mí. No puedo estar desanimada, debo celebrar mi libertad y dejar que lo demás fluya. Lo repito en mi cabeza una tras otra como un mantra para creérmelo. Debo hacerlo.

Rocío se ofrece a recogerme para ir juntas lo cual agradezco porque mi alternativa era que mi madre me llevase hasta allí en su coche. Mientras espero su llegada, recuerdo la sensación de esta noche al estar frente al volante. La adrenalina, la libertad y seguridad que te otorga conducir... No sabía cuánto lo echaba de menos hasta ese instante.

Con la sensación en el cuerpo, decido que me pondré a estudiar en los próximos días para conseguir el carnet de conducir. No lo he hecho antes por temor a recordar todo pero hoy he sobrepasado ese límite y deseo hacerlo.

Media hora después subo al coche de Rocío. Pablo, su novio, está en el asiento del copiloto. En la parte trasera se encuentra una gran parte de nuestro regalo de esta noche. Me alegro muchísimo de verlo y se lo demuestro lanzándome a sus brazos, aferrando su cuello con fuerza.

—Yo también me alegro mucho de verte, pequeña —su voz dulce llena mis oídos.

Al separarme de él lo observo con adoración. Lucas, el hermano mayor de Laura, ha cambiado mucho en estos cinco años pasados. Se parece mucho a ella, su pelo es de color negro azabache, su piel morena y ojos de color verde oliva diferentes a los de su hermana. A simple vista sus rasgos están más marcados, ya no es el chico de veinte años que se había marchado a la aventura. Ahora es más adulto, más alto y corpulento. No ha perdido su atractivo sino que los años se ha reforzado.

Desde pequeño, Lucas adora la música. Su madre le compró una guitarra a los ocho años y desde entonces aprendió a tocar. Tiene mucho talento. A Laura y a mí nos encantaba sentarnos en la cama de su habitación mientras él tocaba todo tipo de canciones. Si le pedíamos que tocara una de *Disney*, él lo hacía, si le pedíamos que tocara el tema del momento, también. Nos tenía mimadas de música pero no solo tocaba la guitarra sino que además la acompañaba con su voz. Es especial, rasgada y masculina. Si lo escuchas cantar dos palabras, opinarías que no tiene talento, pero si

por el contrario escuchas una canción entera, te enamorarías de su estilo propio.

Es por ello que cuando cumplió los veinte años decidió probar suerte en otro lugar. Con el dinero que había ahorrado durante algunos veranos trabajando, se marchó a visitar distintas localidades terminando por marcharse del país para probar suerte. No puedo decir que actualmente sea un cantante de éxito pero sí tiene su público.

Trabaja en un local cantando todos los días lo que él desea, sin restricciones. Le pagan bien y lo más importante, disfruta con ello. El problema es que vive fuera del país por lo que es muy difícil verlo. En estos cinco años apenas ha pisado España, para Navidades venía un día, comía y se marchaba. Alguna que otra vez se había ido unas semanas con su familia de vacaciones pero en estos dos últimos años se redujeron considerablemente sus visitas.

En mi caso no pude disfrutar de su compañía en ningún momento. Cuando venía, lo hacía sin avisar y cuando iba a su casa a verlo ya se había marchado. Lo echaba mucho de menos, tenía todo lo que deseaba que tuviese Javi.

La media hora de camino pasa muy rápido mientras converso con Lucas. Me cuenta cosas sobre su trabajo, su nueva casa, su pareja... Ha tenido suerte en la vida. Se lo merece.

Al llegar, Adri nos recibe en la puerta y nos dirigimos al interior de la casa. Hay pocas personas, los amigos y amigas más íntimas de Laura y algunos de Adri los cuales ha conocido en estos meses.

—Ya falta poco —mira su reloj con impaciencia. Acordamos que Ester la traería con una excusa preparada. En cinco minutos deben estar aquí.

—Adri, te presento parte de nuestro regalo, Lucas, el hermano de Laura —sonríe al ver que su rostro palidece levemente. No solo es una sorpresa para Laura sino también para los demás. Únicamente Ester, Rocío, Pablo y yo lo sabíamos e imagino que no estaba preparado para conocer a su cuñado.

—Hola, encantado, soy Adri el novio de Laura —está muy nervioso—. Es un placer conocerte.

—Igualmente pero relájate. No quiero que a mi hermana le dé algo al verte tan nervioso. No muerdo, siempre y cuando la cuides bien, y varios pajaritos —dice Lucas mirándonos a Rocío y a mí—, me han contado que así es.

Adri sonríe y nos lanza una mirada de agradecimiento. Mi sonrisa se borra del rostro en cuanto veo a Sergio acercarse a nosotros, observándome fijamente.

—Acaba de aparcar un coche —no aparta su mirada—, ya están aquí.

Las luces del salón se apagan y todos nos ponemos en alerta para cantar *Cumpleaños feliz* en cuanto Laura aparezca por la puerta. Cuando el momento llega, mi amiga se pone a llorar como una magdalena repartiendo abrazos a todos los asistentes. Lucas y yo estamos en una esquina, apartados. Él es parte de la sorpresa y

queremos disfrutar de la cara de Laura cuando le vea. Es un reencuentro muy esperado y se merecen intimidad.

—Voy a por ella —sonríó mientras él se adentra en la terraza.

Laura me abraza muy emocionada. Puedo ver en su cara lo feliz que está y me alegro mucho. Adri ha conseguido hacer un cumpleaños muy especial, uno que jamás olvidará.

—Felicidades, cariño —limpio sus lágrimas con mis dedos—. Pero ahora no llores, tenemos algo para ti. Ven —agarro su mano y junto a las chicas, Adri y Sergio, salimos a la terraza.

Nos detenemos y respiro profundamente para aguantar la emoción, estoy muy nerviosa. Agarro los hombros de Laura y la sitúo de espaldas al jardín, los demás nos ponemos frente a ella.

—Sabemos que aún es pronto para empezar con los regalos ya que ni siquiera se ha sacado la tarta —sonríó—, pero no podemos empezar sin enseñártelo. Esperamos que te guste —muevo mi cabeza indicándole que se gire.

En cuanto se da la vuelta y ve a su hermano, emite un grito que seguro ha llamado la atención de todos los invitados. Se abraza a él como si fuese un mono mientras que él la arroja entre sus brazos con fuerza. Es un momento muy emotivo y no puedo evitar que mis lágrimas salgan.

Se sueltan y Laura nos agradece la sorpresa, sin duda es la mejor fiesta de todos estos años. Volvemos al interior de la casa para reunirnos con los demás invitados y entre risas y lágrimas volvemos a cantar *Cumpleaños Feliz* con la llegada de la tarta. Está buenísima, es un enorme bizcocho relleno de *kínder bueno* y nata.

Tras la tarta, Laura se sienta felizmente en el enorme sofá para abrir los regalos. Recibe de todo: ropa, joyería, discos de música, películas, libros, regalos personalizados... pero sin duda de los que no se despegan en toda la fiesta son de su hermano y el colgante de plata con su inicial que le ha regalado su novio, el cual no para de acariciar.

Me marcho del salón con una sonrisa en el rostro. Otra vez un día gris se ha transformado en uno con mucha luz. Estoy contenta después de todo. Entro en la cocina dispuesta a servirme una copa y brindar por todo. Me lo merezco.

## Capítulo 12

*Sergio*

La fiesta me ayuda a dejar a un lado aquello que tanto ronda mi cabeza. Había ido a la carrera muy confiado sobre lo que iba a encontrar allí. Cuando lo vi salir de su coche, un subidón de adrenalina recorrió todo mi cuerpo. Aquel tipo había vuelto después de algunos años y tenía intención de dar guerra, algo que los chicos y yo no permitiríamos. Desde que lo conozco solo ha hecho desastres con sus estupideces de niño inmaduro, él y su amigo. Nos causaron bastantes problemas en el pasado y ahora habían vuelto con fuerza queriéndonos demostrar algo. No sé qué... ¿Quizá que son superiores? No lo son, pero parece que no lo tenían claro.

Cuando se acercó y me dijo que él no iba a correr me negué, ese no era el trato. Pero me recordó que tampoco lo era que yo corriese contra él desde un comienzo así que tuve que cerrar la boca y aceptarlo.

Él había escogido a alguien especial —así lo definió— para competir en su lugar. No pude ver de quién se trataba porque los cristales de su *Audi* eran tintados. Fuera como fuere, debía ganar la carrera para demostrar que las cosas han cambiado y él ya no es nadie aquí. Que nunca lo fue.

Hice una buena carrera, iba por delante de él hasta que en una curva se puso a mi altura y finalmente en la última me superó. Estaba furioso, hubiese asegurado que ganaría y no lo había conseguido, dejando a ese estúpido y a su amigo con una sonrisa de superioridad en la cara.

Cuando la puerta de su coche se abrió y apareció “aquella persona especial” no pude creerlo. ¿Qué hacía ella con esos tipos? ¿Formaba parte de su pequeño e insignificante grupo? ¿Era su novio? Miles de preguntas se agolparon en mi cabeza. Nos observamos unos minutos hasta que el tipo habló con ella y se marcharon. Estaba aturdido por lo sucedido.

Mi mirada viaja por todo el salón, buscándola. Hace un momento estaba aquí y ahora ni rastro. Está huyendo de mí, lo sé. Desde que nos reencontramos tras la carrera, se ha mantenido esquivo.

Me dirijo a la cocina para echar unos cubitos de hielo en mi bebida que se está quedando caliente y de nuevo el destino está de mi parte. Allí se encuentra, sola, de espaldas a la puerta echándose *Fanta* de naranja en su vaso.

—¿Sabe ese tipo que te codeas con el enemigo? —rompo el silencio.

Noto cómo Mireia se tensa al escuchar mi voz. Termina de llenar su vaso pacientemente, le añade una pajita y se gira para enfrentarme.

—¿Y saben tus amigos a lo que te dedicas en tu tiempo libre? —contraataca.

Ahora soy yo el que se tensa. Me ha devuelto la pelota y de qué manera. Aprovecho que se mueve con soltura por la cocina para observarla. Viste la misma ropa que en la carrera y mis ojos viajan hasta sus piernas desnudas. Tiene dos pequeños lunares en su rodilla izquierda que destacan en su piel blanca. ¿Tendrá más en el resto de su cuerpo? Comienzo a imaginarme algunas partes de su anatomía, su piel blanca al desnudo mientras cuento sus lunares. Sus piernas, su cadera, su vientre, sus pechos...

—Veo que estamos empatados —interrumpe mis pensamientos.

—¿Qué tienes que ver con ese tío?

—No tengo por qué responderte —se dispone a marcharse pero cuando está a mi lado le agarro del brazo suavemente. No quiero hacerle daño, solo retenerla y ella lo sabe al notar la fuerza de mi mano.

—Esas personas no te convienen.

—Y me lo dice el tío que ha competido conmigo. ¿Acaso tú eres mejor que ellos?

—No me conoces. No soy igual ni tampoco mejor. Solo te estoy avisando, Mireia, si no estás dentro ya.

—No lo estoy —suspira, dándose por vencida.

Nos observamos fijamente y es como si el tiempo se parase. Estamos muy cerca, su aliento roza mi cara, huele a naranja. Sus ojos bajan instintivamente hacia mi boca y mi corazón comienza a martillar tan fuerte que creo que saldrá de mi pecho en cualquier momento. Regresa a mis ojos y veo que los suyos se han oscurecido.

Una sensación familiar recorre mi cuerpo al ver aquellos ojos oscuros y mi mente evoca una noche de lluvia hace diez años. Poco a poco voy despegando cada uno de mis dedos de su brazo. De repente no quiero tocarla ni estar cerca de ella pero mis pies están anclados en el suelo como aquella vez. No quieren moverse y los suyos tampoco porque permanece quieta frente a mí. Mi cabeza comienza a dar mil vueltas sin parar, es una sensación parecida al vértigo.

Escucho la voz de David pero en mi cabeza suena como una voz en *off*, mi vista se ha nublado por un instante y cuando reacciono Mireia ya no está delante de mí. En su lugar David me mira con extrañeza.

—¿Qué pasa? —pregunto, aturdido.

—¿Qué te pasa a ti? Sabía que tarde o temprano saldría tu lado idiota pero no tan pronto —se carcajea. Está bebido—. ¿He interrumpido algo? —arquea una ceja.

—No, solo estábamos hablando —me acerco a la nevera para tomar algo fresco. No sé dónde está mi copa. En algún momento de la conversación la he dejado por

alguna parte de la cocina.

—Seguro. Oye, ándate con ojo. Adri te los sacará si tocas a una de nuestras nuevas y pequeñas amigas. ¿Sabías que tienen dieciocho años? ¡Son unas crías! Aunque unas crías que están muy buenas... ¿Qué comerán?

Me giro en cuanto escucho la edad, debe estar de broma. ¿Dieciocho años? Sabía que no tendrían nuestra edad pero tampoco que le sacásemos cuatro años.

—Aquí estáis. ¿Dónde os habíais metido? Os estáis perdiendo toda la fiesta — Adri entra en la cocina repleto de felicidad y energía.

—Dime que David se ha pasado con las copas y que tu novia no acaba de cumplir la mayoría de edad.

—¿Cómo os habéis enterado? —frunce el ceño.

—Pues le quería pegar a tu chica los azotes en el culo que le corresponden por su cumpleaños, los tirones de oreja están sobrevalorados, y le he preguntado la edad. Me ha dicho dieciocho, ¿te lo puedes creer? —David bebe de su copa. Como siga así, en media hora no podrá levantarse del suelo.

—Las manos quietas —Adri lo fulmina con la mirada antes de dirigirse hacia mí—. Sí, tenía diecisiete años cuando la conocí, ¿y qué? No me importa la edad sino cómo es ella. Y es perfecta para mí.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—Porque sabía cómo ibais a reaccionar. Salgo con una chica después de lo que sucedió con la última, no os la presento hasta pasado dos meses y es menor. Pensaríais que se me había ido la cabeza por una niña. Y ya la conocéis, es magnífica.

—Está bien. ¿Las demás también tienen dieciocho años? —quiero saber.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque se quiere ligar a la blanquita de pelo raro —se adelanta David. Juro que lo voy a matar por esa boca inoportuna que tiene.

Adri frunce el ceño y dirige toda su atención hacia mi persona. Sé que no le ha gustado el comentario.

—Os avisé de que serían nuestras amigas y me caen genial. No quiero que lo fastidiéis porque de repente tengáis la necesidad de bajaros la bragueta —se está enfadando cada vez más.

—David es un bocazas, preguntaba por curiosidad. No tengo intención de ligarme a esa chica y menos aún si es...

—Sergio —me interrumpe—. Si te permitieses conocerla verías que es una gran chica. Me ha ayudado mucho con todo esto y estuviste con ella cuando preparasteis la casa. Podrías haber aprovechado el momento.

—Lo he intentado pero se encierra como una tortuga en su caparazón. No seré yo quien vaya detrás de ella para ser su amigo, ya no tengo diez años.

—Está bien. Confío en vosotros. Bueno, en David ahora un poco menos —sonríe—. Os espero fuera.

Se marcha de la cocina y pienso por un momento en sus palabras. «*Es una gran chica*». ¿Por qué no lo es conmigo? Me ha tocado conocer su parte mala y oscura.

—Si no te la ligas tú, entonces, ¿lo puedo hacer yo? Puedo convencerla de hacer un voto de silencio, estoy seguro de que aceptaría —lo asesino con la mirada—. ¿Qué? No tengo la culpa de que no le caigas bien y yo sí. Reconócelo, todas me adoran.

Pongo los ojos en blanco y me marchó de allí dejándolo a solas con su estupidez. La fiesta se ha animado. Laura y Adri bailan pegados aunque la canción no lo requiere mientras que su hermano y Ester charlan animadamente. Los demás están bebiendo y disfrutando de la fiesta. Observo cómo Mireia se adentra en la terraza a solas. La sigo. Algo en ella me llama pero aún no sé el qué y quiero averiguarlo.

Se tumba en una de las tumbonas del jardín, contemplando el cielo. Por mucho que intente evitarlo, Mireia me resulta cada vez más atractiva, tiene algo que la hace dulce y preciosa pero también muy misteriosa.

Me siento en la tumbona que hay a su lado y la observo. Ella se ha dado cuenta de que estoy allí pero no quiere romper el silencio.

—No diré nada si tú tampoco lo haces —hablo por fin refiriéndome al encuentro fortuito de esta noche.

—Trato hecho.

Se incorpora hasta quedar sentada frente a mí, sus ojos parecen ausentes.

—¿Puedo preguntarte algo? —no parece convencida.

—Sí, siempre y cuando me respondas tú también a una pregunta.

—Está bien. ¿De qué conoces a Javi? ¿Sois amigos?

—Esas son dos preguntas —sonrío—. No, nunca fuimos amigos. Solo conocidos. Lo conozco de situaciones parecidas a las de esta noche, imagino que sabes a lo que me refiero. Hasta que él decidió actuar por libre y enfrentar al mundo con sus estupideces.

Mireia clava la vista en el suelo por lo que no puedo adivinar lo que siente al escuchar mi versión. Decido continuar un poco más.

—Hace algunos años que no lo veía y para ser sincero, pensaba que jamás volvería a cruzarme con él.

—Hasta esta noche —confirma.

—Sí, hasta esta noche. Solo que venía acompañado de su amigo y de ti —

permanece callada unos instantes. Después de compartir con ella algunos momentos he descubierto que le gusta el silencio—. Ahora me toca a mí —tengo que pensar en mi pregunta. No sé cuándo volveré a tener otra oportunidad como esta—. ¿Es tu novio?

De tantas preguntas que rondan mi cabeza he escogido la menos acertada. Mireia se toma un momento antes de responder. Una parte de mí quiere que responda afirmativamente para no volver a pensar en ella de la misma forma que lo había hecho antes en la cocina. Pero la otra parte desea que aquel desgraciado no sea su pareja. Él no, cualquier otro menos él.

—No —contesta finalmente.

Se levanta de allí lentamente y regresa a la fiesta. Suelto un largo suspiro. Al menos sé que no los une una relación amorosa. Pero, ¿y con su amigo? ¿Tal vez con él...? ¡Basta! Demasiada información. No quiero pensar en nada más, ya lo he hecho bastante esta noche.

## Capítulo 13

*Mireia*

Álex había llamado hace unos días para concretar aquella reunión que teníamos pendiente. Lo invitamos al cumpleaños de Laura pero no pudo asistir, es el primer año que no lo hace. Al final decidimos quedar esta noche ya que ambos la tenemos libre y así disfrutar un poco.

Como prometí, acabo de apuntarme a las clases teóricas del carnet de conducir, lo que me mantiene ocupada parte del día. Han pasado cuatro días desde la noche de la carrera y el cumpleaños de Laura. Sergio y yo llegamos al acuerdo de no contar nada a nadie de nuestro entorno, es lo mejor. Me tranquilizó saber que Javi y él no son amigos ni lo fueron hace años pero mi cabeza no deja de pensar en sus palabras. No son amigos pero se conocen.

Ambos pertenecen a mundos muy parecidos, eso lo sé pero mi cabeza imagina situaciones del pasado, aquellas que causaron su fuerte enemistad. Sergio lo considera el enemigo, Javi también. No me gusta en absoluto que ambos nombres estén en la misma frase. Por suerte mi hermano no me ha molestado en estos días, tengo la esperanza de que cumpla su promesa y me deje en paz. Tuve suerte con Sergio y no pienso arriesgarme para que los demás lo descubran.

Termino de prepararme antes de salir. Álex quiere invitarme a tomar algo en un local de moda no muy lejos del centro de la ciudad que frecuenta con sus amigos, los cuales quiere presentarme. Escojo una falda de vuelo de color cereza y una camiseta negra caída por los hombros que va metida por dentro de la falda. El conjunto es precioso, lo compré semanas atrás ante la insistencia de mis amigas y ahora lo agradezco. Me gusta, me siento atractiva. Termino el *look* con unos zapatos de tacón del mismo color que la camiseta. Peino mi pelo formando una trenza hacia un lado y ondulo mi flequillo ladeado con las tenazas. Después de aplicar un poco de maquillaje a mi rostro estoy lista para disfrutar de la noche.

Alex no tarda en llamarme al móvil, su amigo Carlos y él están esperándome en el coche. Los saludo y juntos vamos al famoso local. Queda a una media hora de donde vivo.

—¿Qué te parece? —pregunta Carlos en cuanto entramos.

Es un local austero con poca iluminación. Está lleno de mesas, muchas ya ocupadas y en el ambiente se respira un fuerte olor a tabaco. Puedo asegurar que se quedará impregnado en mi ropa nueva. La poca luz le da un aspecto íntimo. En el lado derecho de la estancia se encuentra la barra —es pequeña en comparación con el tamaño del local—. A su lado hay varias puertas, algunas dan a los servicios de

hombres y mujeres y otra tiene un gran cartel amarillo con el título de RESERVADO.

—Es diferente a donde suelo ir normalmente. No está mal —respondo con sinceridad.

—Me alegro que te guste. Vamos, nos están esperando —Álex tira de mi mano.

Llegamos a la mesa donde se encuentran tres chicos y una chica charlando, bebiendo y fumando. Nos presentamos y después Álex y Carlos se marchan a por nuestras bebidas dejándome allí con los demás. Los miro con atención escuchando lo que dicen. Parecen majos, hablan sobre los estudios. Unos se quejan de los trabajos universitarios mientras que otros están a favor de no estudiar y vivir la vida sin preocupaciones. Sonrío ante la discusión.

—¿De qué te ríes? —Álex aparece con dos copas en la mano—. Ten, te he pedido un ron con limonada. Te sigue gustando, ¿no?

—Sí, gracias. Me río de lo que hablan tus amigos, parecen interesantes —doy un sorbo a mi bebida. ¡Qué rica!

—Son más interesantes de lo que crees. Los conocí hace poco más de un año en este mismo local y desde entonces somos muy buenos amigos. Algo locos pero buenos amigos.

—¿Qué sería de nosotros sin la locura? —brindo con él. Me alegra haber aceptado su invitación. Hoy quiero pasarlo bien.

Pronto comienzo a notar cómo mi cuerpo se relaja y disfruto aún más de la noche. Álex y yo bailamos juntos varias canciones hasta que desiste y va a sentarse. Sigo queriendo bailar así que Carlos acepta la invitación en cuanto se lo propongo. Al chico se le da genial bailar y no solo eso sino que además baila cualquier estilo. Me agarro a él y me dejo llevar. No soy muy buena bailando pero con él es muy fácil hacerlo.

Carlos se dirige a la camarera para que le ponga una canción en especial. Su fuerte es la bachata y quiere mostrármelo. Aprovecho para volver a la mesa y darle un sorbo a mi bebida pero el vaso está vacío, estoy muerta de sed a causa del movimiento continuo. Álex me ofrece beber de la suya, está fuerte pero fría por lo que bebo media copa en dos tragos. Carlos aparece a mi espalda.

—Vamos, compañera de baile. Te voy a enseñar lo que es la bachata —agarra mi mano hasta llevarme a la zona de baile.

La canción comienza a sonar y juntos nos movemos al son de sus pasos. Realmente se le da bien y facilita el ritmo de aquel que baile con él. Me río a carcajadas mientras nos movemos de un lado a otro, tiene mucho ritmo. En cuanto termina, me disculpo para ir al cuarto de baño. Necesito ir ya o mi vejiga me jugará una mala pasada y soy muy joven para tener incontinencia urinaria. Me adentro en el primer cubículo que veo vacío.

Cuando salgo, el cuarto de baño está vacío. Una chica de uno de los cubículos

sobresaltándome, se acerca al lavabo y se echa agua en la cara. El rímel le cae por las mejillas dándole un aspecto desagradable y terrorífico. No parece estar bien.

—¿Qué miras? —me increpa. Desvió la mirada y continuó lavándose las manos, esta vez con mayor rapidez—. Eh, tú, ¿quieres pillar algo? Tengo de todo menos polvitos, acabo de meterme los últimos —cierra los ojos y se frota la nariz.

Está drogada y pretende que yo le compre algo. Me siento mareada al descubrir que estamos solas en aquel lugar por lo que niego su pregunta y me largo de allí a toda prisa. Al llegar a mi destino me siento al lado de Álex que me sonrío.

—¿Quieres más? —me ofrece su copa.

—Sí —acepto gustosa. Siento la lengua pastosa y tengo cada vez más sed—. ¿Te puedes creer que una tía en el baño me ha ofrecido drogas?

Alex se tensa de inmediato. Ya no sonrío.

—¿Has aceptado? —pregunta dubitativo.

—Claro que no, nunca he probado las drogas y esta no va a ser la primera vez —me termino su copa—. ¿No tienes calor? —muevo la mano para darme un poco de aire, es como si el fuego abrasara mi piel.

—Aquí hace calor. No te preocupes. ¿Lo estás pasando bien?

—Sí, tus amigos son increíbles. Sobre todo Carlos. ¿Has visto cómo se mueve? Es brutal —comienzo a reír sin parar al recordar algunos de sus movimientos.

—Yo también sé moverme muy bien —se acerca a mí hasta quedar pegados, muslo contra muslo.

—¿También bailas así? —frunzo el ceño. ¿Desde cuándo le gusta bailar?

—No pero sé hacer otras cosas. Podrías descubrirlo si quisieras, cariño —susurra en mi oído.

Sus palabras y el calor abrasante me producen una sensación extraña en mi cuerpo. Lo noto flácido, cansado y ardiendo. He pasado de estar tremendamente activa a muy cansada en cuestión de unos minutos. ¿Qué me está pasando? Será de haber bailado tanto, no estoy acostumbrada.

—Estoy mareada —apoyo la cabeza hacia atrás en el sillón.

—No te preocupes, preciosa. Es normal, has estado toda la noche bailando sin parar. Descansa unos minutos y verás que en breve has repuesto fuerzas para más —vuelve a susurrarme acariciando mi brazo arriba y abajo.

Su cuerpo pegado al mío me da más calor aún. Siento sus labios en mi cuello. Me da besos muy suaves, con ternura. Ascende hasta mi mandíbula para después descender y pararse en el dobladillo de mi camiseta, a la altura de mis hombros. Es suave, me gusta.

Nunca he pensado en Álex de esa forma, desde pequeños somos amigos, juntos

hemos compartido muchos momentos pero nunca hemos tenido la intención de superar la línea de la amistad. Solo en una ocasión, a los trece años, ninguno de los dos había dado su primer beso así que decidimos terminar con el asunto que tanto nos complicaba la vida en ese momento con cuchicheos de todo tipo por parte de nuestros compañeros de clase. Por ello, sintiendo la confianza entre ambos nos besamos. Apenas fue un beso casto pero fue tierno y bonito. Y tras eso mi amigo comenzó a salir con un montón de chicas para mejorar su habilidad.

La mano de Álex acaricia mi rodilla formando círculos con la yema de sus dedos mientras ahora es su lengua la que juega con la piel de mi cuello. Quiero recordarle que somos amigos pero la lengua me pesa y no puedo hablar. ¿Qué importa? Lo único que quiero en este momento es permanecer con los ojos cerrados y disfrutar de los besos y las caricias suaves que hace tiempo no recibo. Probablemente mañana me arrepentiré si dejo que esto llegue a más, aunque no estoy tan borracha como para acostarme con mi amigo. Solo he bebido dos copas, no es para tanto. Pero, ¿por qué me siento de esta manera?

# Capítulo 14

*Sergio*

Me pongo la camiseta negra de manga corta antes de salir con prisa de mi casa. Me han asignado un nuevo trabajo pero esta vez acompañado en el cual debo estar dentro de diez minutos. Voy escaso de tiempo, desde hace unas noches las pesadillas que semanas atrás se habían escondido, han regresado con más fuerza que antes. Me recuerda aquella noche de lluvia aunque con un final diferente en cada una de ellas. En algunas tomo las riendas de la situación y libero a la niña de las garras de aquel chico. En otras no corro con la misma suerte y pasan cosas mucho peores que la realidad. El chico la golpea o soy yo el golpeado... Es entonces cuando me despierto y agradezco que ninguno de esos finales sean reales.

Como consecuencia de las pesadillas infernales apenas duermo. Me despierto de madrugada y no puedo conciliar el sueño de nuevo. Así que me visto con ropa deportiva marchándome a correr hasta caer rendido horas más tarde en la cama, muerto del cansancio.

Esa misma tarde estaba sentado en el sofá de mi casa, acababa de recibir una llamada inesperada sobre el encargo de esta noche. Quería estar alerta porque si habían decidido que tenía que ir acompañado es que los problemas estaban asegurados. Dejé caer la cabeza en el sofá por un momento y en cuestión de minutos me sumergí en un profundo sueño.

Desperté cuando mi compañero de esta noche me llamó por teléfono para confirmar que en quince minutos quedaríamos en la puerta del lugar. Me di una ducha rápida, me vestí y me dispuse a marcharme con prisa. Espero que la noche esté calmada y no me encuentre con policías, corro el riesgo de que me multen por exceso de velocidad. Debo llegar puntual. Sano y salvo pero puntual.

Aparco en una zona cercana y me dirijo a mi compañero que ya está esperando. Es un chico corpulento y alto, puede sacarme más de cinco centímetros tanto de alto como de ancho. Me alegra tener la espalda asegurada por alguien como él.

—Ya estoy aquí. ¿Entramos? —estoy impaciente.

—Sí —hemos sido compañeros en otras ocasiones y sé que aunque tiene una apariencia de tipo duro, reserva una parte más amigable para los demás. Es de las pocas personas del grupo que realmente me cae bien.

Nos adentramos en el local. Percibo el cambio en el ambiente en cuanto piso su interior. Cuesta respirar con tanto olor a tabaco y escuchar con el estruendo de música que suena. Ni siquiera miramos nuestro alrededor, sabemos cuál es nuestro destino, los reservados en el sótano de aquel lugar. Doy un paso tras otro sorteando a las

personas que bailan frenéticas.

Pero algo me frena de repente, un cosquilleo sube por mi nuca. Es una sensación extraña que me hace ponerme en alerta. Me detengo para observar el lugar con detenimiento. Quizá la persona a la que buscamos ha venido acompañada, debemos estar en alerta. Mi mirada se posa en cada una de las mesas, la gente bebe, fuma y charla como nunca, se están divirtiendo.

No parece haber problemas hasta que me encuentro con un color de pelo familiar. Tiene el rostro oculto, su cabeza está inclinada hacia atrás mientras que el chico de su lado la besa ajeno al ambiente de su alrededor. Estoy a punto de apartar mis ojos de la pareja cuando descubro de quién se trata, es Mireia. ¿Qué hace ella en un sitio como este? De nuevo vuelve a sorprenderme. Este local se caracteriza por el tipo de visitante, personas que fuman marihuana y toman otras drogas sin impedimentos. Disfrutan de una buena noche alta en alcohol y drogas y después vuelven a sus casas como si nada hubiera pasado.

Mi cuerpo se pone en alerta. Mireia no parece de la clase de chicas que toman drogas o fuman marihuana. Aunque tampoco parece de las que corren en carreras ilegales...

—¿Qué haces ahí parado? —mi compañero alza la voz para escucharlo por encima de la música.

—Tengo que hacer una cosa —contesto sin pensar.

Mi compañero sigue mi mirada, frunce el ceño y pone una mano sobre mi hombro.

—Ve a por ella, yo me encargo del asunto. Si preguntan, ha sido un trabajo en equipo —concluye.

Lo miro serio. Sé que es leal y lo dice con sinceridad. Él puede encargarse perfectamente de lo de esta noche así que acepto sin pensarlo mucho más.

—Gracias, tío. Te llamaré después para saber cómo ha terminado todo. Si tienes algún problema llámame y estoy aquí en unos minutos —nos damos la mano y me marcho en busca de la chica que últimamente me causa dolores de cabeza.

Mientras sorteo a las personas en la pista de baile para llegar hasta ella veo cómo aquel chico empieza a acariciarle la pierna. Su mano tiene intención de subir más y acabar en un lugar que no me hace especial gracia. Cuando llego, aparto la mano de un manotazo haciendo que ambos me miren sorprendidos.

—¿Qué coño haces? —el chico se molesta.

—Vámonos —ofrezco mi mano a Mireia, ignorándolo.

La chica me mira con los ojos entornados, efectivamente está drogada pero parece estar cansada a diferencia de los demás que están disfrutando como nunca. Eso es lo que causan las drogas en el organismo, un subidón de energía para aguantar durante horas. A otras personas les sientan de distinta forma y acaban muy cansadas o

directamente despiertan en el hospital. ¿Qué clase de droga habrá tomado Mireia? ¿Era consciente de lo que tomaba? Tengo muchas dudas y lo mejor en este momento es marcharse del local con ella o va a armarse una situación interesante y nada amistosa entre los allí presentes.

—Lárgate —ordena el chico. Si cree que me voy a ir, está muy equivocado y si piensa echarme, mejor que lo haga con sus propias manos. De otra forma no me moveré de aquí si no salgo con ella.

—Vamos, Mireia —vuelvo a insistir.

Mireia asiente y tiende su mano hasta agarrar la mía. Ejercicio un poco de fuerza para levantarla de aquel horrible sofá azul con manchas y esta se tambalea hasta chocar contra mi pecho. Está mal, peor de lo que creía. Agarro su cintura menuda y la saco de allí oyendo las voces del chico que estaba con ella. Menos mal que con la música casi no se le oye gritar porque si no llamaría la atención de todo aquel que estuviese en el local.

Al salir agradezco el aire fresco que golpea mi cara, lo necesito. Debo darme prisa pues no sé cuánto tiempo puede sostenerse Mireia por su propio pie antes de caer totalmente rendida. Por su aspecto parece no faltar mucho para que suceda. Nos encaminamos hacia mi coche cuando escucho que alguien grita a mi espalda.

—Eh, tú. ¿Dónde te crees que vas con ella? Estaba con nosotros, es nuestra amiga —dice una voz distinta a la del chico anterior.

Me giro y veo que el tipo de antes ahora está acompañado por otro más. Ambos tienen los ojos enrojecidos, no sé si de las drogas o del enfado pero me importa bien poco. Acomodo a Mireia muy despacio en el asiento trasero, sé que de un momento a otro caerá y no quiero que sea sobre mí mientras estoy al volante y tener un accidente. Cierro la puerta despacio y me encaro a aquellos chicos.

—¿Con vosotros? ¿Qué clase de amigos sois que la drogáis y después uno pasa de ella mientras el otro le mete mano? Os daba el *pin* al mejor amigo del año —ironizo.

Ambos se miran. ¿He dado en el clavo o es que están tan pasados de droga que no lo han entendido? Menudos amigos...

—Ha venido conmigo y conmigo se va.

—Pues a menos que quieras mi flamante compañía, algo que prefiero evitar, la dejarás conmigo. Necesita descansar.

—¿Cómo sé que no vas a aprovecharte de ella?

—Tranquilo, no soy como tú —subo a mi coche y me largo de allí dejando a esos dos tipos de pie en mitad de la calle. Lo curioso es que no han intentado detenerme físicamente en ningún momento. ¿Qué clase de amigos permitirían que otro tío se llevase a su amiga? Ellos, está claro.

¿Qué se supone que voy a hacer ahora con esta chica? ¿Dejarla en su casa en ese

estado? ¿Y si su madre no sabe que consume drogas? Puede meterse en un buen lío. Llamaré entonces a alguna de sus amigas para que se hagan cargo Pero, ¿y si tampoco conocen esa faceta suya? Si le ha escondido que corre en carreras ilegales puede que esto también lo mantenga en secreto. ¡Menudo problemón tengo encima! Debería de haber ido directamente al asunto de esta noche y no pensar en nada más. Aunque después no me lo hubiese perdonado a mí mismo...

Con la cabeza llena de preguntas aparco el coche y me fijo que estoy en mi portal. Mi casa es algo así como mi santuario, no entra cualquiera. Por no decir que pocas mujeres la han visitado, aquellas con las que mantuve algo así como una relación. Supongo que con Mireia las cosas cambian.

Abro la puerta del coche para sacarla, está tumbada de lado sobre los asientos. Mantiene una postura curiosa. Sus piernas están hacia abajo, su cintura y pecho tumbados de lado y sus brazos parecen que van a romperse; uno lo tiene debajo de su cuerpo el cual sobresale por su espalda y el otro debajo de su cara pegada a la puerta del coche. Sonríó al verla tan natural y espontánea.

En cuanto le pongo una mano encima para sacarla, su cabeza se alza y sus ojos se abren de golpe, observadores. Por un instante me asusto, sus ojos están aún más rojos, con su piel pálida y la trenza del pelo desordenada parece un fantasma sacado de una película de terror de esas de ahora donde el muerto no es tan feo pero sí terrorífico. Mantiene sus ojos fijos en los míos y de nuevo posa su cabeza sobre el asiento para volver a dormirse.

Como puedo la saco del vehículo y cargo con ella hasta llegar a mi casa. Pesa poco por lo que facilita la subida de los tres pisos. Cojo la llave con dificultad, después de que se caiga dos veces y la dejo sobre la cama de invitados, donde duermen Adri o David en algunas ocasiones. Ahora viene la parte más difícil, quitarle la ropa para ponerle algo más cómodo.

Voy hasta mi habitación para coger del armario una camiseta de manga corta y un pantalón que me viene pequeño pero guardo desde hace años, no sé muy bien por qué, tampoco voy a pararme a pensar ahora en ello. En cuanto regreso a la que será su habitación por esta noche casi se me sale el corazón del pecho. Está sentada sobre la cama con las piernas colgando, mirando hacia abajo. Otra vez lo ha vuelto a hacer, me he llevado un susto de muerte al verla allí tan quieta, como un fantasma.

—Vas a hacer que me dé un infarto esta noche —llevo una mano al pecho—. Ten, aquí tienes ropa para cambiarte. El baño está en la puerta de enfrente por si lo necesitas.

No escucho su contestación porque salgo de allí a toda prisa, su aspecto comienza a darme miedo. Está aún más blanca de lo normal y parece que va a vomitar en algún momento. Mi estómago no está hecho para vivir escenas de ese tipo.

Espero sentado en el sofá del salón por si regresa y necesita algo. Minutos más tarde escucho unos pasos atravesar el pasillo, Mireia aparece ataviada con mi ropa y permanece de pie unos minutos. Su aspecto ha cambiado, el pelo lo ha recogido en

una especie de *moño* con algunos mechones sueltos y su cara está libre de maquillaje. Hago un movimiento con la cabeza invitándola a sentarse conmigo en el sofá. Obedece, rígida como un palo.

—Puedes acomodarte, estás en tu casa —finalmente lo hace y sube sus pies al sofá.

—¿Es tu casa? —Asiento—. ¿Puedo quedarme esta noche? —bosteza y apoya la cabeza sobre el sofá.

—Sí.

Cierra los ojos y cae uno de esos mechones rebeldes sobre su rostro. Lo aparto con mucho cuidado para no despertarla, se ha quedado dormida. Me entretengo mirándola desde la cercanía, mientras duerme parece estar en paz consigo misma. Ojalá esta noche yo también lo consiga, lo necesito. Ahora tiene mejor aspecto y está preciosa. Sus mejillas están sonrosadas y sus labios entreabiertos. Estos me llaman con urgencia y debo recordar quién es y en qué estado se encuentra para quitarme de la cabeza el pensamiento de besarla.

La cargo con cuidado y la pongo sobre la cama. Ella se acomoda poniendo una de sus manos debajo de la cara. Puedo ver aquel tatuaje que escondía el día de la cafetería. Es una libélula muy pequeña, sencilla como ella. Me suena de haberla visto en otro lado pero no recuerdo dónde. Decido ir a dormir y dejar de pensar, esta noche ya lo he hecho demasiado. Pero aunque no quiera, es inevitable. Me duermo pensando en lo que sucederá mañana cuando Mireia despierte y vea dónde está.

# Capítulo 15

*Mireia*

Despierto con un inmenso dolor de cabeza. Como si cien monitos con platillos en sus manos se alegrasen de mi despertar y lo estuviesen celebrando. Instintivamente llevo mi mano a la cabeza, hoy será un día desaprovechado porque pienso quedarme en la cama durante horas. Giro mi cuerpo hasta quedar de lado y observo que encima del escritorio hay un ordenador negro de sobremesa. ¿Desde cuándo mi portátil ha cambiado a uno de mesa? ¿Y desde cuándo es negro en lugar de blanco? Reviso la habitación y me percató de que no estoy en mi casa. Ni en la de Álex. ¿Dónde diablos me he metido? Al menos estoy sola en la cama, eso es algo positivo, ¿no?

Utilizo una parte de mi dolorida cabeza para pensar y averiguar cómo he llegado hasta aquí. Recuerdo pequeños fragmentos de la noche anterior; la bebida, los bailes con Carlos, el cansancio, los besos de Alex, la aparición de Sergio, su coche.... ¡Un momento! ¿De dónde ha salido Sergio? Salgo de la habitación para ver si estoy en su casa y que me refresque la memoria. En este momento no soy persona.

La habitación da a un corto pasillo. Huele a café. *Mmm*, da gusto despertarse así. Necesito uno. Miro la puerta que tengo en frente y es un cuarto de baño. Aprovecho para hacer mis necesidades antes de buscar a Sergio.

Cuando llego al salón está sentado en el sofá mientras ve la televisión y sostiene una humeante taza de café en sus manos. Se percató de que estoy en el umbral y me mira. Apaga la televisión y se levanta.

—Buenos días —cruza el pasillo, desapareciendo de mi vista.

Observo el salón con atención. En él no hay nada que se relacione con Sergio, no hay fotografías ni figuras. Solo un mueble con una televisión, CD, películas y alguna que otra planta. ¿Será un piso de estudiante? No puedo seguir observando la estancia porque él aparece con otra taza.

—Ten. Puedes sentarte, no cobro por ello —sonríe.

—Gracias —obedezco. Mi resaca no puede con mi cuerpo. Doy un sorbo al café —. ¿Vives aquí?

—Sí.

—*Mmm* —saboreo el café—. Esto... ¿qué hago en tu casa?

—A ver —se acomoda hasta quedar frente a mí en el sofá, su rodilla casi toca la mía—, ¿qué recuerdas exactamente?

—Salí a tomar algo con Álex y sus amigos, bailé unas horas y después comencé a sentirme muy cansada. También te recuerdo a ti y tu coche, no mucho más.

—¿Recuerdas por qué estabas cansada?

—Bailé mucho. No estoy acostumbrada —justifico.

—¿Bebiste algo o tomaste algo raro?

—¿A qué viene este tercer grado? Bebí como cualquier persona haría en una noche de fiesta —me siento acorralada.

—¿Tomas drogas?

—¿Perdona? —me levanto de súbito del sofá dejando la taza sobre la mesa dispuesta a enfrentarlo pese al dolor de cabeza.

—Siéntate, es solo una pregunta —agarra mi brazo para que me sienta de nuevo, su contacto resulta agradable en mi piel.

—Pues claro que no tomo drogas. ¿Por quién me tomas?

¿Qué se cree? No soy de esas personas que necesitan tomar drogas para pasarlo bien, soy una chica sana en ese sentido. Jamás he tomado ni tomaré, es algo que tengo bien claro. Al igual que el tabaco, me parece un vicio muy insano y no voy a contribuir al malestar de mis pulmones. Como si no tuvieran ya suficiente...

—Cuando te vi anoche estabas drogada. Tus ojos estaban rojos, las pupilas dilatadas y casi te caes al suelo si no fuera porque te agarré. Tus amigos también estaban drogados —acusa.

Guardo silencio unos minutos mientras pienso, solo tomé dos copas de ron con limonada. Bueno también bebí de la copa de Álex, estaba fuerte pero siempre le han gustado las bebidas de ese estilo...

—¡Su copa! —exclamo llevando mi mano a la frente. No puedo creer que Álex se drogase y permitiese que bebiera de su copa.

—¿Qué copa? ¿Bebiste de la copa de alguien? ¿En qué pensabas? —se encara.

—Eh, echa el freno. Si un amigo te ofrece su copa tú también beberías, listillo.

—¿Qué clase de amigos tienes que te drogan para aprovecharse de ti? Cuando llegué, tu fiel amigo —comenta con retintín— tenía la mano debajo de tu falda mientras tú estabas medio inconsciente. Con amigos como esos, ¿quién quiere enemigos?

—Te estás pasando de la raya, no sabes lo que pasó y...

—¿Y tú sí? —interrumpe.

—¿Cómo sé que no te has aprovechado de mí? —le acuso. Sé que no me ha tocado pero me está empezando a tocar las narices.

—No te confundas, no soy como tus amigos. Por no decir que ni me atrevería a

tocarte o que si lo hiciera, Adri me castraba.

—Vaya, gracias. No hay nada como que te llamen fea de buena mañana —lo fulmino con la mirada. Sergio y el dolor de cabeza no son compatibles.

—¿Qué quieres que te diga? Eres inaguantable. Te ayudo y me acusas de aprovecharme de ti, estás loca.

—Vale, vale. Haya paz —respiro hondo antes de hablar—. Gracias. Aunque no lo parezca prefiero estar aquí que en la cama de mi amigo o vete a saber quién.

—Deberías tener cuidado y no fiarte de los que crees tus amigos.

—¿Te incluyes en el saco? —pregunto con sorna.

—No somos amigos.

Bingo. Ha dado en el clavo, no somos amigos. Nuestro comienzo no ha sido muy agradable y aunque debo admitir que no es una mala persona, es experto en sacarme de quicio.

—Vale —me levanto y tiendo mi mano—. Te propongo una tregua. La definitiva —resalto—. ¿Qué te parece?

—Está bien —se levanta y coge mi mano—. Aprovechando el momento quiero preguntarte algo. ¿Qué tienes que ver con el tío de las carreras?

—No somos tan amigos —sonrío y me dirijo hacia la habitación donde he dormido para vestirme e irme.

—Para no serlo llevas puesta mi ropa —bromea.

Tiene razón pero no pienso contarle nada de todo ese mundo porque eso incluiría contar mi pasado. Javi no ha vuelto a molestarme y no quiero remover el asunto por si lo invoco. Además desconozco los líos en los que puede estar metido Sergio y no confío en él, no todavía. No es nada personal, me cuesta confiar en personas que no sean de mi círculo más íntimo. Me cambio de ropa, apesta a tabaco. Tengo que llegar a casa lo más pronto posible y darme una ducha.

Salgo de la habitación con el bolso en la mano y me dirijo hacia el salón con la ropa que me ha dejado Sergio. Cuando llego se encuentra aún sentado en el sofá. Antes no me había dado cuenta de que lleva un pantalón corto de deporte color negro, tenis a juegos y una camiseta de color celeste que realza su color de pelo oscuro. Hasta ahora me he concentrado en lo irritante que puede ser el chico que no me había fijado en su atractivo. Y que su sonrisa ya no me saca tanto de quicio. Tanto, tampoco hay que pasarse. Me pilla inspeccionándolo e intento disimular sin éxito.

—Eh... ¿qué hago con...

—Dame —no me deja terminar la frase cuando me quita la ropa cubriendo el dorso de mi mano con la suya. Puede que sea algo normal y habitual en él hacer eso pero para mí no lo es. No he mantenido mucho contacto con Sergio, a excepción de la noche pasada que me llevó hasta aquí pero no la cuento porque no estaba... lúcida,

digámoslo así. Intento tener el mínimo contacto con las personas que no conozco suficiente.

Vuelve enseguida con las manos vacías. Quiero irme de allí lo antes posible. No me encuentro bien, me duele la cabeza de la resaca y mi cuerpo está raro. Tengo un ligero cansancio.

—Bueno... gracias de nuevo por lo de anoche.

—De nada. Ten cuidado la próxima vez, no puedo cubrirte la espalda siempre.

—Está bien, *Capitán América*. Tendré cuidado para no necesitar su ayuda —sueno divertida para suavizar el ambiente. No me gustan las despedidas, son tan incómodas...

Sonríe y me acompaña hasta la puerta para abrirla como todo un caballero. Cuando cruzo el umbral me giro para decirle algo pero él ya me está mirando fijamente con el semblante serio.

—Hasta pronto, Mireia —la forma en la que dice mi nombre me pone los vellos de punta y no sé identificar el motivo.

—Hasta pronto, Sergio.

Me marcho de allí a paso ligero. En cuanto atravieso el portal miro hacia los lados para averiguar en qué zona estoy y facilitar la búsqueda de un autobús que me lleve de vuelta a casa. Cuando me ubico, me vibra en el bolso, es mi móvil. ¡Dios, mi móvil! Me acuerdo que le dije a mi madre anoche que volvería tarde, no que no iría a dormir. Me matará en cuanto ponga un pie en casa.

Reviso el aparato y efectivamente tengo unas cuatro llamadas de ella y dos mensajes de texto. El primero es suyo. Me quedo helada al leerlo. Cita que debía avisarle la próxima vez que me quedara a dormir en casa de Javi. ¿Javi? ¿Qué tiene que ver en esto? El segundo mensaje es de él: «*Me debes un favor, espero que haya merecido la pena el polvo*».

Joder. ¿Me ha ayudado frente a mi madre? Prefiero que me claven alfileres en los ojos antes que deberle nada. Maldita sea Javi y maldita sea Álex. ¿Cómo se le habrá ocurrido drogarme?

Con una vorágine en mi cabeza, me dirijo a mi casa pero esta vez a paso lento.

## Capítulo 16

*Mireia*

—¿Por qué no me avisaste? —me enfado.

Estoy en una heladería tomando un granizado con el que creía un verdadero amigo. He quedado con Álex dos días más tarde de nuestro encuentro para pedirle explicaciones. No tenía ningún derecho a darme aquel tipo de sustancia sabiendo el efecto que puede conllevar en un cuerpo. Que a él le guste no significa que a mí también. Como amiga, estoy decepcionada.

—No pensé que fuese a afectarte tanto —contesta despreocupado mientras juega con la pajita hundiéndola una y otra vez en su granizado de color azul.

—¿Estás de broma? Son drogas. Además, ¿desde cuándo las tomas?

—Desde hace unos meses. Lo que tomaste es una droga con los mínimos efectos. No es para tanto.

Lo asesino con la mirada. ¿No es para tanto? La ira va ascendiendo por mi cuerpo y si suelta otra frase parecida a esa se desatará.

—Está bien. Tienes razón y lo siento. Sé que no debí hacerlo pero solo quería que te divirtieses un poco sin pensar en nada más.

—Ya lo estaba haciendo, Alex. Estaba pasándomelo genial hasta que me ofreciste tu copa y comencé a sentirme mal.

Quiero continuar la frase y hablar sobre sus besos y caricias pero prefiero callar. Él también estaba drogado y seguro eran acciones que en su sano juicio no haría. También es probable que no lo recuerde así que guardo silencio.

—Prometo no hacerlo más, de verdad. Confía en mí.

—Vale pero a la próxima, si es que la hay, iré yo a por mis bebidas —concluyo.

Conozco a Álex y sé que no lo hizo con mala intención. Simplemente se dejó llevar por la situación y... no sé. La verdad es que no sé qué pensar de todo esto. Prefiero olvidar y evitar que suceda de nuevo. Con una experiencia así he tenido más que suficiente.

—Me parece genial —sonríe—. En cuanto al chico que vino a por ti, ¿de qué lo conoces?

—Es uno de los mejores amigos del novio de Laura. Si hubieses ido a su fiesta de cumpleaños lo conocerías.

—No tengo intención de codearme con gente así. Puede que no te acuerdes pero

el tío se plantó delante de nosotros y te sacó a rastras a lo *macho ibérico*. ¿Siempre es tan chulo?

Me río ante el comentario. Es cierto que no recuerdo muchos detalles pero sí que Sergio me sacó de ese lugar. Comienzo a habituarme a su carácter.

—A veces. En el fondo es buena persona, o eso parece. No se lo tomes a mal, me ayudó mucho. No podía moverme y si hubiese llegado a mi casa en ese estado ahora solo podrías comunicarte conmigo con una *médium*.

Sonríó pero descubro que la broma solo me ha hecho gracia a mí misma. Álex tiene el ceño fruncido mientras sigue moviendo su granizado casi ya inexistente.

—¿Pasó algo.... —duda— entre vosotros?

—No, es solo un amigo.

—Yo también lo soy.

—¿Qué quieres decir? —no entiendo su actitud. Mi vida amorosa o sexual, en este caso, es solo asunto mío. Le he contestado con sinceridad, es libre de creer lo que quiera.

—Escúchame. La otra noche, cuando empezaste a sentirte mal te sentaste a mi lado y bueno yo... —suelta un suspiro— te besé. No en la boca sino en el cuerpo. También te acaricié. Igual no te acuerdas pero yo sí y quiero pedirte disculpas. No es que no me gustes, al contrario, ya sabes que me pareces preciosa, además eres divertida y el otro día te quedaba tan bien la falda y tenía tanto calor que... —comienza a tomar carrerilla— me dejé llevar. No quería aprovecharme de ti porque sabía que me apartarías pero como no lo hiciste seguí sin más. Siempre me has parecido muy atractiva y bueno, también influye el morbo de que seamos muy amigos —hizo énfasis en el *muy*—, así que pensé que de perdidos al río. A la mañana siguiente tan amigos y listo.

—Pero no pasó por lo que no tienes nada de qué preocuparte —le resto importancia. No quiero pensar en mi amigo de esa forma.

—Ya pero quería que pasara y me dio mucha rabia en ese momento. En fin, si algún día quieres liberar la tensión no resuelta puedes llamarme. Tendrás la puerta de mi casa abierta. Y las sábanas de mi cama —me guiña un ojo.

—¿Y cuándo no lo están? Me extraña que no haya un cartel pegado que ponga: “*Jornada de puertas abiertas. Pasen y disfruten*” —bromeo para cambiar de tema.

—Muy graciosa —me lanza la pajita a la cara. Intenta mantener una actitud de enfado pero se le escapa una sonrisa.

Después de zanjar el tema continuamos hablando sobre otras cosas prometiendo olvidar el incidente. Álex es un buen amigo, un poco loco y más ahora después de descubrir que toma drogas de vez en cuando, pero buena persona. Cada uno es libre de hacer con su vida lo que quiera aunque no siempre tome el camino adecuado y no por ello debemos juzgarlos. De los errores se aprende, eso dicen siempre y aunque el

ser humano es asiduo a tropezar con la misma piedra más veces de las que imagina y quiere, supongo que al final sale como resultado algo provechoso.

En mi caso prefiero no acusar a nadie porque cargo con grandes errores a mi espalda. El pasado no se puede cambiar pero sí podemos preservar un buen futuro. O al menos vivir el presente.

Dos horas más tarde y con el culo hundido de haber estado tanto tiempo sentada en un taburete, me dirijo a casa. Decido hacerlo tomando un paseo, pronto anochecerá por lo que el sol no pega tan fuerte y se puede caminar tranquilamente sin sudar. Tras diez minutos de paseo veo a mi derecha un parque con un pequeño estanque. Hay dos personas cerca dándole de comer trozos de pan a algunos patos de por allí. Me detengo, no tengo prisa por volver a casa. Me siento en un banco y justo mi móvil comienza a sonar, es Laura.

—Hola.

—Hola, Mireia. Te llamo para comentarte un planazo para dentro de unos días y no puedes decir que no —contesta mi amiga muy emocionada al otro lado de la línea.

—Cuenta.

Comienza a relatarme su plan, ya lo tiene todo organizado. Quiere que vayamos de acampada para mostrarle a Adri aquel lugar especial que visitamos las chicas y yo todos los veranos. Pero en lugar de hacerlo en pareja, cree que es un buen momento para reunirnos todos de nuevo. Menciona que su primo está de pasada y también se apunta pero que no se lo diga a Ester por si se echa atrás. No quiero saber nada sobre ese asunto, así después no saldré perjudicada por el mal humor de Ester.

Seremos un total de nueve personas. Adri, ella, Pablo, Rocío, Ester, Jesús —su primo—, Sergio, David y yo. La organización de las tiendas de campaña, la comida y bebida corren por nuestra cuenta. Estaremos allí una noche ya que el camino es un poco largo para hacerlo todo en un mismo día. Además allí está permitido acampar pero como queda lejos pocas personas suben y lo hacen. De esta forma se puede disfrutar de unas estupendas vistas y de una tranquilidad asombrosa. Me gusta el plan, un poco de relax siempre viene bien y más aún si es rodeada de amigos. Se concreta que será en cuatro días.

Tras la llamada me dirijo a casa con paso ligero para organizarlo todo. Necesito hablar con Ester para compartir junta de tienda de campaña o saco de dormir, cualquiera vendrá bien. Además debo tener en cuenta otras cosas: ropa, calzado cómodo, bikini, toalla, bebida, comida, protector solar... Con un gran entusiasmo cojo una libreta pequeña, aquella que me acompaña a todos lados y me pongo manos a la obra.

## Capítulo 17

*Sergio*

Cuelgo el teléfono móvil, ya puedo respirar con tranquilidad. Han pasado dos días desde que dejé a mi compañero solo con el trabajo. Estuve llamándolo desde entonces sin recibir respuesta y me asusté. Hoy por fin cogió la llamada comunicándome que todo había salido bien, sin problemas.

El timbre suena y frunzo el ceño, hoy no espero visita. Me acerco hasta la puerta y en cuanto la abro aparece David con una sonrisa en su rostro. ¿Por qué está siempre tan feliz? Es una pregunta que me hago a diario y de la cual no tengo respuesta aún.

—¡Vaya! ¿Esperabas visita? —dice pícaro observando mi atuendo. Únicamente llevo unos pantalones cortos, sin nada más, incluso zapatos.

—¿Qué haces aquí? —ignoro su pregunta.

—Estoy aquí porque hace una semana que no veo a mis amigos y porque voy a proponerte un plan que no vas a poder resistirte. No hagas planes para dentro de cuatro días porque nos vamos de acampada. Y ahora viene lo mejor: duermes conmigo —alza sus manos como si fuese el Dios del mundo, un gesto que repite a menudo.

—¿Qué plan? —me siento en el sofá a la espera de escuchar su magnífico plan. A saber qué se le habrá ocurrido esta vez...

—No soy la mente creadora de este plan pero sí puedo decirte que lo pasaremos en grande. Nos vamos con las chicas de acampada a no sé qué lugar.

—No es que estés dando muchos detalles. Especifica un poco más, ¿quieres? ¿Qué chicas?

—Nuestras abuelas —bromea—. ¿Qué chicas van a ser? Laura y sus amigas. Ya sabes, la rubia, la pelirroja y la...

—Sí. Ya sé —lo interrumpo— ¿Dónde vamos?

—Ni idea pero están todas revolucionadas. Adri me ha llamado para decirme que en cuatro días estemos preparados para la acampada. Solo será una noche, debemos llevarnos comida para cada uno, tienda o sacos, lo que tengamos, bebida y ropa de baño.

—¿Cómo sabías que iba a decir que sí?

—¡Venga ya! Sol, playa, tiendas de campaña, tías buenas... Podemos colarnos en sus tiendas por la noche sin que nadie se dé cuenta y meterles mano —pone los ojos en blanco mientras se muerde el labio. Mi amigo tiene un serio problema.

—Déjalas en paz.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan aburrido?

—Desde que son nuestras amigas.

Me levanto para dirigirme a la cocina, hace calor y necesito un refresco frío. David sigue mis pasos, se acerca a la nevera para coger una lata él también. Me apoyo en la encimera a la espera de una respuesta que sé que llegará de un momento a otro.

—Amigas... —da un sorbo a su refresco—. Que yo sepa la semi-pelirroja no te habla y estará allí.

—Las cosas han cambiado un poco.

—¿Te la has tirado? —pregunta como si nada.

—¿Qué sea mi amiga quiere decir que me he acostado con ella?

—Seamos realistas, tú no tienes amigas.

—Siempre hay una primera vez —alzo los hombros para no darle importancia. Es cierto, nunca he tenido una amiga pero en este caso influye el hecho de que ninguno de los dos ha buscado esta amistad y, además, no hemos empezado con buen pie. Puede que esté bien eso de tener una amiga al fin y al cabo.

—Me gustará saber cómo acabará vuestra amistad —sonríe perverso.

—¿No crees posible la amistad entre un hombre y una mujer? Te recuerdo que también es tu amiga, ella y las demás.

—Y todos sabemos que si no tuviera a Adri pisándome los talones a cada rato que paso con ellas no estaría aquí perdiendo el tiempo contigo. Tengo ojos en la cara y no soy de piedra aunque a veces una parte de mi anatomía se convierta en ella.

—Oh venga ya, cállate —río ante su comentario—. ¿Qué hay que llevar y dónde quedamos?

David relata lo poco que sabe y quedamos en que dormiré en mi casa la noche antes para después ir todos juntos. También llamo a Adri para organizar el asunto de los coches. Somos nueve, David y yo iremos con él y Laura, en el otro coche los demás.

\*\*\*\*

Cuando llega el día, el camino se hace increíblemente ameno, Laura es una buena conversadora. Es de esas personas con las que puedes hablar sobre cualquier tema por lo que el camino de una hora y media pasa como si fuesen diez minutos. David por su parte tenía un auricular en la oreja y la otra puesta en nuestra conversación, de vez en cuando soltaba alguno de sus típicos comentarios graciosos y ni siquiera Adri lo

regañaba. Está muy feliz de la salida con su chica y sus amigos.

Mi amigo aparca el coche en un sitio que parece desierto pero que está repleto de vegetación. En cuanto salimos del vehículo puedo respirar el aire puro que emana aquel lugar. Entre tanta fauna se abre paso un camino de tierra y pequeñas piedras. Imagino que allí se dirige nuestro destino.

—Menudo camino me ha dado tu primo —Ester se acerca a nosotros con cara de pocos amigos.

Pablo ha aparcado unos metros más allá del coche de Adri donde los demás están saliendo del vehículo, Ester se adelantó minutos antes. Mireia tarda en salir lo suficiente como para pensar que al final no ha venido a la acampada.

—Bien, chicos y chicas —comienza a decir—. Debemos ponernos en camino ya, el sitio está un poco lejos y los coches no pueden subir así que iremos a pie.

Mis amigos asienten con entusiasmo y yo continuo sacando del maletero todo lo que hemos traído.

—Déjame ayudarte —se sitúa a mi lado—. Parece que a los demás les puede la emoción.

—No me extraña. Tenéis bien calladito dónde vamos.

—Ya lo veréis cuando lleguemos —guiña un ojo. Irradia felicidad—. Ya está. Voy a por mis cosas.

La observo mientras se aleja. Viste unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta de tirantas de color morado que acompaña con unas zapatillas deportivas. Su pelo está atado en una coleta alta que deja al descubierto su cuello y el nudo del bikini. ¿Cómo le quedará? Adri me saca del trance que tengo en mi cabeza y lo agradezco antes de empezar a divagar sobre Mireia y su bikini.

Una hora y media más tarde, sudando por todos los poros de mi piel y con la boca seca de tanto hablar, llegamos a nuestro destino. Frente a nosotros tenemos una pequeña laguna de agua cristalina rodeada de pequeñas rocas con una cascada que cae de una montaña de piedras. Me quedo fascinado mientras observo lo bella que es la naturaleza. Sin duda ha merecido la pena la espera y el esfuerzo. Quiero con todas mis ganas sumergirme en el agua.

—Ya hemos llegado. Esta laguna tiene algo especial y por eso hemos venido. La montaña de piedras —señala Laura mientras habla— tiene un secreto y es que está hueca en su interior. Hay un hueco para adentrarnos dentro y poder saltar al agua de dentro nadando después hacia esta laguna. ¿Dónde está lo especial? Que la salida del interior de la roca está bajo el agua. Por eso quien no sepa bucear y aguantar la respiración durante unos diez segundos más o menos, mejor que no salte.

¡Vaya! Menuda sorpresa. Si antes me gustaba este lugar, ahora me encanta. Con impaciencia suelto todas mis cosas junto a la de los demás y me quito la camiseta.

Estoy muerto de calor y muero por un chapuzón.

—¿Cómo nos vamos a organizar? —interviene Jesús, el primo de Laura. Es un chico tímido y de pocas palabras pero que cuando coge confianza resulta ser muy agradable. Es muy inteligente y educado—. Las únicas que sabéis dónde está la salida del interior de la roca sois vosotras. Opino que nos organicemos por parejas.

—No sé si lo has olvidado pero somos nueve. Número impar —replica Ester. Se nota que está a disgusto con el chico. Laura nos ha contado que hace un tiempo tuvieron algo juntos pero que ella se cansó y lo dejó. Sin embargo él quiere más así que no perderá la oportunidad durante esta excursión.

—Por mí no os preocupéis —comienza a decir David—, me las puedo apañar solo. Es más, me encantará apañármelas para buscar la salida. Adoro el agua.

Es cierto. No importa la estación del año en la que nos encontremos, David siempre se marcha a la playa a nadar una media hora y después regresa a su casa muy relajado. Parece que en su vida pasada hubiese sido *Poseidón*, el Dios del mar.

—Perfecto. Pues nosotros —dice Laura señalando a Adri, Rocío y Pablo— somos dos parejas. Ester puede ir con Jesús y Mireia con Sergio.

Mireia y yo nos miramos. Sonrío, Laura cada vez me cae mejor.

—¡No! —grita Ester pero se recompone rápidamente—. Quiero decir, ¿por qué no voy yo con Sergio y Jesús con Mireia? Él ha estado todo el camino del coche hablando conmigo, lo lógico es que se relacione con más personas.

—Pero yo quiero ir contigo —interviene el aludido.

—No se hable más entonces —finaliza Laura—. Nosotros somos los primeros. Hasta ahora.

Ester está que se la llevan los demonios. ¿Qué más da? Son solo unos minutos. Debería de haber intuido lo que su amiga pretendía al invitar a su primo a aquella acampada. Mireia se sitúa a mi lado y Ester se acerca nerviosa.

—Sácame de esta, por favor —suplica en voz baja.

—Sabes que si lo hago Laura tendrá otra guardada para ti. Entra y salta con él, son solo dos minutos y ya no te molestará más —la voz de Mireia es suave.

—¿Cómo estás tan segura? Se ha vuelto una traidora la muy...

—Porque hablaré con ella para que te deje en paz —interrumpe.

—¿No podrías hablar antes? De verdad que no quiero saltar con él —dirige su mirada hacia mí—. ¿Y tú? ¿No quieres un cambio de pareja?

—No quiero que Laura me mate por boicotear su plan. Lo siento —miento, en realidad prefiero a Mireia como pareja a Ester. No tengo nada en contra de la chica pero simplemente la prefiero a ella.

—Escucha, haremos una cosa —Mireia llama su atención—. Entráis y si en dos

minutos no habéis salido vamos nosotros. Así si pretende algo lo evitaremos.

—Minuto y medio. No pienso aguantar ni un segundo más con él —tercia y se dirige hacia su mochila.

Observo a Mireia. Se preocupa mucho por sus amigas, es leal y buena. Más de lo que ella piensa, seguro. Comienza a quitarse la camiseta, pronto nos tocará saltar y debemos hacerlo en ropa de baño aunque con los tenis puestos. El bikini que lleva es azul con rayas blancas, estilo marinero. La parte de arriba es triangular y muestra unos pechos muy bonitos de normal tamaño con ligeras pecas sobre ellos. Al final resulta que llevaba razón, tiene más pecas por el cuerpo.

—El chico no está tan mal como para que se ponga así, ¿no crees? —intento entablar una conversación para distraerme y no quedarme absorto mirando cómo se desviste.

—En realidad no, pero Ester es muy dramática. Es anti relaciones y él quiere compromiso —comenta mientras se desabrocha los pantalones vaqueros y se los baja lentamente. ¿Lo hace para provocarme?

—¿Y tú? ¿Eres anti relaciones? —escaneo detenidamente sus piernas. ¿Cómo le quedará la parte de atrás?

—Dependiendo el momento y la persona. Vamos, Ester y Jesús están a punto de saltar.

Se marcha y por desgracia para mí descubro que la parte de atrás tapa una pequeña parte del trasero, es de esos bikinis que casi roza lo brasileño. ¿Por qué se empeñan en hacer bikinis tan pequeños? Para torturarnos, seguro.

## Capítulo 18

Mireia

Me dirijo hacia la entrada de la montaña rocosa. Laura ha jugado muy bien sus cartas consiguiendo que Ester y su primo salten juntos. Para ella puede que no tenga mayor importancia pero para Ester es todo lo contrario. ¿Estar dos minutos a solas con un chico muy pesado? ¡Es lo peor! No puedo ayudarla en ese tema aunque a decir verdad prefiero saltar con Sergio a Jesús, es tan educado y tímido que siento cierta incomodidad a su lado.

Sergio se sitúa a mi lado y analiza el hueco por el que minutos más tarde debemos entrar. Aprovecho para observarlo. Antes se ha quitado la camiseta pero con tanto revuelo por las parejas y Ester, no le había puesto un ojo encima. Está muy bronceado y se nota que se cuida. No tiene abdominales pero su vientre es plano y sus brazos están marcados por unos leves músculos. Cuando voy a atreverme a mirar hacia abajo su voz llama mi atención.

—¿Cuántos metros hay de caída?

—No lo sé, no muchos. La altura de la montaña.

Sergio se acerca más para asomarse desde arriba y ver si Ester y Jesús han salido ya a la superficie. Me quedo embobada mirando su espalda. Siempre me ha llamado la atención en un hombre y esta no iba a ser menos. Apoya sus brazos en la roca que tiene en frente y los flexiona formando un hueco entre sus omóplatos. ¡Aire, regresa a mis pulmones! Menuda espalda se gasta mi nuevo amigo... El calor sube por mis piernas y me obligo a apartar la mirada rápidamente para que no me pille *in fragati*.

—Ya han salido del agua. Nos toca —dice con emoción.

Estoy tan absorta que no me doy cuenta que Sergio se adentra con rapidez en el interior de la roca. Antes de saltar debemos andar un poco sobre algunos salientes de piedra con mucho cuidado y la espalda muy pegada a la pared. Sé que algunas piedras donde debemos sostenernos han sufrido daños con el tiempo y algunas se desprenderían en cuanto un pie las rozara. Es por ello que yo debo ir primero, sé dónde pisar. Me adentro con rapidez.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —Sergio me mira sin comprender, se encuentra en un saliente bastante ancho como para poder ir hasta allí y situarme delante—. Algunas piedras donde nos apoyamos se pueden caer, debo ir primera.

—¿Por qué?

—Porque conozco mejor la zona y sé qué piedras llevan aquí años y no aguantan. Quédate ahí, no te muevas —me acerco hasta él.

Sergio asiente y permanece inmóvil. Cuando llego a su lado tomo una gran bocanada, debo pasar por delante de él con mucho cuidado de no caerme. Si lo hago, corro el riesgo de hacerlo sobre algunas piedras que sobresalen en ese lado del agua.

—No te muevas —repito mientras me pongo frente a la pared de piedra—. Abre las piernas un poco, tengo que poner los pies entre ellas.

Sergio obedece con cuidado y sitúo el pie derecho entre sus piernas. Mi mano izquierda se posa en una piedra que sobresale y me agarro con fuerza. Respiro antes de poner el otro pie en el mismo lugar que el anterior. Sergio quedará acorralado pero no hay otra alternativa a menos que nos caigamos.

Mi pie izquierdo toca la superficie con sumo cuidado pero pierdo levemente el equilibrio y mi cuerpo se inclina hacia atrás, me voy a caer. Cierro los ojos a la espera del duro golpe con la esperanza de no caer en la zona de piedras que hay en el agua cuando un brazo rodea mi cintura con fuerza. Abro los ojos de súbito, Sergio está muy cerca de mí. Demasiado. Con una mano toma mi cintura mientras que la otra agarra muy fuerte la piedra donde antes estaba sujeta, sus nudillos están blancos de la fuerza que ejerce.

—¿Estás bien? —su respiración está entrecortada.

Su aliento roza mi rostro. Todo mi cuerpo está pegado al suyo y puedo escuchar el ritmo frenético de su corazón, el mío está en el mismo estado. Su cara está muy cerca y puedo ver con claridad que sus ojos son de un precioso color marrón oscuro. ¡Para que después digan que los ojos marrones no son bonitos! Están llenos de preocupación.

—Sí —susurro. Me ha salvado de una buena caída.

Nos quedamos en silencio y en la misma posición durante unos segundos hasta que nuestras respiraciones se acompañan. En otra ocasión hubiera huido de su contacto pero en esta me resulta reconfortante y tranquilizador. La calidez que emana su cuerpo se traslada al mío y de repente siento mucho calor.

Su mirada es cada vez más intensa, me aturde y dirijo mis ojos hacia otro lugar. Se encuentran con sus labios entreabiertos. El superior es fino mientras que el inferior grueso, se me antojan muy atractivos. Y apetecibles. ¿Cuánto tiempo hace que no beso a alguien?

—Sergio —susurro pero él no parece escucharme o no quiere oírme.

Sus labios se acercan muy despacio y no hago nada para apartarme. Tampoco es que cuente con un gran espacio para hacerlo. Cierro los ojos y noto un leve cosquilleo en mis labios.

Sus labios rozan los míos, tímidos, parecen no atreverse a ir más allá. Los míos se muestran impacientes de probarlos pero una voz nos interrumpe. Abro los ojos súbitamente apartando la cabeza. Sergio repite mi movimiento exclamando un «joder» por lo bajini.

David nos pregunta desde el otro lado de las rocas si estamos bien pues tardamos demasiado. Me aclaro la garganta para gritar una afirmación. Agarrada a los brazos de Sergio —y abrasándome por el calor que emana su piel— logro acabar en el otro extremo y con sumo cuidado avanzar hasta la zona de salto.

—Ya está. Puedes saltar cuando quieras —no me atrevo a mirarlo—. Nos vemos abajo.

Salto con fuerza y me adentro en la profunda masa de agua fresca. En cuanto salgo a la superficie soy salpicada por el salto de Sergio. Le indico la salida y juntos buceamos dejando en ese lugar lo ocurrido hace unos minutos.

—¡Menos mal! Vaya *tardones*. ¿Qué hacíais? —interroga Ester.

—Casi me caigo por culpa de una piedra.

—¿Estás bien? —mi amiga Rocío se preocupa.

—Sí, tranquila. Sergio me ha ayudado —salgo de la laguna y tomo mi toalla. Evito mirar a Sergio, prefiero ignorar lo sucedido y seguir disfrutando de esta excursión.

Horas más tarde estamos todos cenando algo antes de ir a dormir, exhaustos después de tanta emoción. Algunas parejas repitieron el salto, a excepción de Jesús y yo. No me apetecía volver a entrar allí de nuevo y revivir lo sucedido. O mejor dicho lo que estuvo a punto de suceder. Sergio me ha lanzado algunas miradas pero no parece molesto a pesar del exabrupto que soltó después de que David interrumpiese el momento. Hecho del que estoy agradecida, prefiero dejar las cosas como están antes de que se compliquen.

Ayudo a Ester a montar la tienda de campaña donde dormiremos esta noche, está de un humor terrible porque no se ha podido quitar de encima a Jesús ni por un momento —a excepción de la segunda vez que ha saltado—. Y cierto es que lo está pagando conmigo pero no se lo tengo en cuenta.

—Me voy a dormir ya, a ver si termina esta pesadilla de día —se acomoda en el interior—. ¿Vienes?

Estoy en la entrada de la tienda pero no tengo sueño así que dirijo una mirada al exterior para comprobar que todos se han acostado ya.

—En un rato vuelvo. No tengo sueño, ya sabes que siempre me pasa —le dedico una sonrisa—. Buenas noches.

Es cierto. Cada verano que visitamos este lugar no puedo dormir con facilidad por lo que me adentro en la oscuridad de la noche y me siento en una gran roca plana que hay justo en frente de la laguna. La luna se ilumina en el agua dándole un aspecto mágico. Aquel lugar lo es y me produce una armonía inigualable a cualquier otra cosa.

Me siento en el lugar, meto los pies en el agua que ahora está tibia y respiro profundamente. Sumida en la oscuridad y en el silencio me permito relajarme. Pongo mis brazos hacia detrás y me apoyo en ellos para observar mejor el cielo. Desde allí se puede contemplar las estrellas libres de contaminación lumínica.

Estoy tan concentrada en el cielo que no me doy cuenta de que alguien se sienta a mi lado.

—Hace una noche preciosa —comenta Sergio. ¿Por qué el destino se empeña en crear situaciones de nosotros dos a solas?—. Gracias por mostrarnos este sitio, es asombroso.

—Lo es. Las chicas y yo lo descubrimos hace unos años y desde entonces cada verano pasamos un día entero aquí.

Sergio me observa fijamente mientras hablo, me incorporo hasta quedar sentada y le devuelvo la mirada. Al girar la cabeza, la leve brisa mueve un mechón de pelo y se pone en sobre mi rostro. Lo aparto con la mano y me hago una coleta con la gomilla que llevo en mi muñeca.

—¿Qué significa? —no entiendo a qué se refiriere—. Tu tatuaje.

Permanezco en silencio. Llevo con él desde los quince años. Sé que no es común que alguien tan joven tenga un tatuaje pero me lo hizo alguien de confianza y es tan pequeño —del tamaño de la yema de un dedo— que pasa desapercibido mucho tiempo tapado por un reloj o pulseras. Representa algo muy importante para mí, si bien muy pocas personas saben de su verdadero significado.

—Es una libélula. Hay muchas teorías acerca de su significado, algunas con simbolismos negativos pero en multitud de culturas representan todo lo contrario. Cuando era una niña, mi padre me contaba que son maravillosas criaturas que con su sola presencia alegra el día de cualquier ser —suspiro al recordar aquella historia, lo echo tanto de menos—. Son las encargadas de ayudar a que los sueños e ilusiones de las personas se cumplan, colmando sus vidas de felicidad.

—Así te ve él, ¿no? Por eso te lo tatuaste.

—Sí. Cada día me decía que iluminaba su existencia con solo una sonrisa, conmigo se veía capaz de luchar por sus sueños hasta cumplirlos... —lo último sale de mi boca en un susurro. No puedo continuar, el sentimiento de anhelo sale a flote.

—Hablas en pasado —susurra Sergio, cauto a mi reacción.

—Sí. Mi padre murió hace tres años y medio. Meses después me hice el tatuaje para tener siempre conmigo aquella libélula de la que tanto hablaba y me acompañe él y su suerte a donde quiera que vaya.

—Es precioso... Estoy seguro que te acompaña allá donde esté —permanece en silencio durante unos minutos—. Gracias por contármelo, es algo personal y sé que eres de pocas palabras.

—Quizá porque no me hacen las preguntas adecuadas —contesto esbozando una

sonrisa tímida. Sergio me la devuelve.

Me levanto para dirigirme a la tienda. Hablar sobre mi padre me ha dejado exhausta emocionalmente y necesito descansar.

—Buenas noches, Sergio.

—Buenas noches, Mireia.

De camino a la tienda pienso dos cosas: que el pasado siempre seguirá doliendo a pesar del paso de los años, y que las apariencias engañan. Sergio me ha demostrado la persona que es realmente y en cierto modo me preocupa porque cada vez me gusta más su presencia y su compañía.

# Capítulo 19

*Sergio*

A la mañana siguiente despierto con dolor de espalda, no estoy habituado a dormir en un sitio tan plano como el suelo. Anoche tras la conversación con Mireia tardé mucho en conciliar el sueño, ahora es más cercana y lo agradezco. Está empezando a gustarme su compañía e incluso echarla de menos en algunas ocasiones. Ayer casi nos besamos, es cierto que fui yo quien dio el paso pero tenerla tan cerca me hizo perder la cordura por unos instantes y me dio igual el lugar, la hora... todo. Solo quería vivir el momento y disfrutar de sus labios. Cuando David nos interrumpió quise matarlo lenta y profundamente. El destino se encargaba de ponernos en situación pero cuando llegaba el momento... al final no llegaba. Es algo exasperante.

Siendo sincero no deseo tener nada con Mireia y aún más siendo la primera amiga de verdad que tengo en toda mi vida. Pero esta chica tiene algo que me atrae como un imán, algo que hace acercarme cada vez más y más sin pensar en las consecuencias.

Quizá porque no es una chica tan abierta como las demás, no comparte nada personal... Podría decir que es apática pero después de la noche anterior sé qué se esconde tras una fachada. Permanece en silencio porque disfruta de ello, se siente en paz consigo misma. Lo sé porque me sucede lo mismo. Mireia esconde mucho, demasiado y cada vez estoy más convencido de que es un diamante en bruto que nadie lo ha pulido hasta entonces.

Nos ponemos en marcha en cuanto todos despertamos. Aún nos queda la bajada y el camino de vuelta en el coche. Esta vez soy yo quien conduce, de forma que Adri descansa del día anterior. Las despedidas son escuetas y antes de subir al coche, Mireia me dirige una sonrisa cálida. Se la devuelvo y conduzco con la seguridad de que nuestra amistad ha dado varios pasos hacia delante sin retroceder ni uno solo. Estoy contento de los avances y se lo demuestro a mis compañeros de viaje con largas conversaciones acerca de todo un poco. El día empieza con buen pie.

En cuanto llego a casa me doy una ducha rápida, tengo la piel reseca del agua de la laguna y el pelo hecho un asco. Después, me siento en el sofá con una taza llena de cafeína y me dispongo a hacer *zapping* en la televisión por si hay algo interesante.

Una hora más tarde mi teléfono móvil comienza a sonar. Número privado. Frunzo

el ceño mientras me llevo el aparato a la oreja.

—¿Sí?

—Sergio —reconozco la voz al otro lado de la línea. Es mi compañero de trabajo—. He estado intentando localizarte desde ayer pero no cogías el móvil.

—He estado fuera, en un sitio sin cobertura. ¿Qué pasa? —me preocupo.

—Se han enterado de que no me ayudaste con el encargo. Alguien se ha chivado y los de arriba están cabreados. Te vieron irte de la discoteca con la chica —joder, eso sí que no me lo esperaba—. He intentado salvarte el culo pero no han querido escucharme. Te llamarán seguro y tendrás que dar una explicación, te aviso para que vayas pensando algo mientras tanto.

—Gracias, tío. Ya te debo dos.

—Con que salgas de esta me conformo. Te dejo —se escucha un silencio tras la línea, ha colgado.

¿Cómo se han enterado? Es cierto que no he cumplido con mi cometido pero mi compañero lo hizo por mí y todo salió bien. ¿Qué tiene eso de malo? Con miles de preguntas acumulándose en mi cabeza intento pensar en una excusa que les valga a esos tipos.

Mi teléfono móvil suena varias horas después, es la llamada que estaba esperando.

—¿Sí? —no me dejan hablar cuando ya me están ordenando que acuda allí de inmediato—. Hasta ahora.

Me visto para dirigirme a aquel lugar. No sé lo que me deparará pero quiero sonar convincente. En este trabajo hay una regla muy importante, la lealtad. Cuando a una persona se le encomienda una tarea debe cumplirla pase lo que pase, así se demuestra que realmente deseamos estar allí. En mi caso me caracterizo por ello, jamás les he fallado y lo saben. Por ese mismo motivo casi siempre me escogen para los momentos más difíciles. Soy muy efectivo en mi trabajo.

Al llegar al lugar me encuentro con mi compañero. Hace un movimiento imperceptible con la cabeza para infundirme ánimos. Que alguien de arriba quiera hablar conmigo es una novedad. Muy pocas personas conocen realmente quién manda allí porque escasas ocasiones se dejan ver.

Con toda la seguridad en mi cuerpo y hacia mi persona, toco la puerta con los nudillos hasta que escucho una voz en su interior invitándome a pasar. En la habitación hay un enorme escritorio de madera de roble con un ordenador y varios papeles sobre él. Alzo la mirada y me encuentro frente a la persona que maneja todo el grupo, el jefe, aquel que hace unos años permitió que un crío inexperto y sin fuerza como yo se adentrara en su mundo.

Suelto un suspiro y enderezo la espalda, pensaba encontrarme con otra persona, el encargado de todo cuando el jefe no está, aquel con el que muchas veces he tenido

problemas por su personalidad y altanería. Sin embargo ahora, al atravesar la puerta y ver de quién se trata, puedo estar tranquilo en cierto modo. Si le doy la excusa perfecta, puedo librarme.

—Sergio —dice con seriedad mientras permanece sentado en su silla frente al escritorio.

Une sus manos pareciendo el viejo personaje de *Los Simpson*, *Burns*, aunque lejos está de asemejarse a él. Adam es un hombre que ronda casi los cincuenta años, si bien su edad no le resta elegancia y frialdad. Su pelo es negro como el azabache del cual se vislumbran algunas canas y sus ojos de un intenso color gris. Sus facciones son marcadas y su mandíbula totalmente recta.

En las ocasiones en las que lo he visto, viste informal de cintura para abajo pero formal en la de arriba, bien lleva una camisa o una americana. Eso le da un toque desenfadado y ciertas personas suelen confiarse antes de hablar con él pero ese es tu toque de distinción, que confíen en él para después demostrarles cómo de astuto puede ser.

—Ha llegado a mis oídos que el otro día no cumpliste con una de tus tareas y quiero saber por qué.

—Algo se complicó, sabía que mi compañero podía hacerlo solo y él se ofreció a ayudarme. Sé que no suena muy convincente pero necesitaba hacerlo —digo con convicción. Debo sonar confiado para hacer que se lo crea.

—¿Algo se complicó? ¿Te refieres a largarte con una chica dejando a tu compañero desamparado?

—No me fui con la chica por gusto, sabes que nunca os he fallado —no quiero dar más explicaciones por lo que me mantengo en silencio mientras Adam sopesa mis palabras.

—¿Es tu novia? —pregunta intrigado.

—No. Solo es una amiga de alguien, alguien importante —miento, no quiero que relacionen a Mireia conmigo—. Estaba en muy mal estado, no podía dejarla allí con toda esa gente drogada. No me lo perdonaría.

Adam se levanta muy despacio, calculando sus movimientos. Temo realmente que no lo haya convencido y que pierda su confianza en mí. O peor, que me releguen de todo aquello. Necesito estar aquí, con ellos y haciendo lo que hago.

—Está bien. Te creo porque confío en ti y como bien dices, nunca nos has fallado —apoya sus manos sobre el escritorio y achina sus ojos—. Pero que no se repita, una más y estás fuera de esto. Y ya sabes que nadie que haya estado aquí puede salir por las buenas. No me gustaría tener que aplicar el código contigo, realmente te aprecio.

Sé que no lo dice porque realmente no lo sienta. Al contrario, Adam me aprecia desde hace años pero un error es un error y ante eso no hay sentimientos de por medio, simplemente actuar.

—Vale.

Hace ademán con la mano para que me marche y salgo de allí como alma que lleva el diablo, ignorando a todo y a todos y no es hasta que estoy en el interior de mi coche y fuera de ese barrio que me permito respirar. Todo el esfuerzo por entrar y crear un hueco en aquel lugar durante años y trabajos sin cesar se han visto peligrar por una chica. ¡Una chica! Me hubiesen dicho esto hace unos años y no me lo creería. Una chica con la que tan solo comparto una inestable amistad y de apenas varios días. No puedo permitirme flaquear, no cuando me arriesgo a perder lo que he ganado durante años y a que me machaquen por fallar.

Con todo lo ocurrido recorriendo cada recóndito de mi cabeza, llego a mi casa y voy directo a la cama. Dejo caer mi cuerpo sobre ella para tumbarme y descansar. Ni siquiera tengo hambre, después de lo sucedido incluso tengo arcadas. No paro de pensar en lo que hubiera ocurrido si mi compañero no cumpliera aquel día con el trabajo, si le hubiera pasado algo... Todo sería responsabilidad mía, sería mi culpa y de nadie más. Jamás me lo perdonaría y ellos tampoco. Sé que no debo pensar en los *¿y si?* pero no puedo borrarlo de mi cabeza sin más.

Horas más tardes llego a una conclusión. Quizá no sea la más acertada pero sí la más recurrente en esta situación. Debo alejarme de Mireia. La atracción entre nosotros es como un halo que me hace enloquecer cuando la tengo cerca así que ni siquiera sé cómo voy a conseguirlo pero debo hacerlo. Lo necesito, por el bien de mi trabajo, por el bien de mi persona y por el bien de ella. Solo espero conseguirlo. Ojalá el destino no se vuelva en mi contra.

## Capítulo 20

*Sergio*

Había podido evitarla durante una semana. Una única semana donde mi cabeza estaba totalmente decidida a apartarla de mi entorno y a ser posible tan lejos de mi vida como pudiese. Sabía que iba a costar teniendo en cuenta que compartimos amigos pero ¿por qué pensar que no sería posible?

Obviamente todos mis planes fueron en balde gracias a la brillante idea de Adri de hacer una fiesta nocturna en su casa con todo el mundo. Y cuando se refiere a todo el mundo incluye a cierta persona que quiero evitar a toda costa. Por supuesto la cabeza pensante de David lo apoyó en todo y aquí me encuentro, arrastrado por este personaje a una fiesta donde seguro no saldrá nada bueno.

Las cosas las tengo claras desde que supe la noticia. La veré en la fiesta, la saludaré cordialmente y me marcharé a disfrutar sin necesidad de cruzar palabra con ella. No es que las demás fiestas hayan sido diferentes. Puedo apañármelas, lo conseguiré.

—Anímate, tío. Lo vamos a pasar de puta madre —David está emocionado. Conduce con una mano en el volante y su cabeza mirando en mi dirección.

—Preocúpate porque lleguemos de una pieza.

David es la persona más despistada que conozco, pero siempre digo que alguien de arriba le protege porque nunca le pasa nada. Cualquiera día le llegará y todos lo lamentaremos.

—Que sí. ¿Sabes que Adri ha invitado a más gente además de los de siempre? Algunos compañeros de clase y amigas de las chicas. Nuevas amigas. Ya sabes, no nos ha avisado de que no podamos acercarnos con actitud indecorosa —sonríe.

—Mejor. Así habrá más ambiente. ¿Te has traído la mochila?

—¿Qué mochila?

—La mochila con el pijama y esas cosas. Te recuerdo que nos quedamos a dormir.

—¿Quién necesita pijama pudiendo dormir en pelotas? —suelta una risotada y me contagia.

—No tienes remedio... —admiro el paisaje pasar por la ventanilla del coche. Aún tengo unos minutos hasta llegar a la fiesta. ¿Quién más se quedará a dormir? Cuando voy a preguntar a David, grita de repente, sobresaltándose.

—¡El puto amo! —se dirige a la radio y sube el volumen hasta dejarme sordo. Si

bien el estruendo de la canción no es suficiente, se pone a cantar como un energúmeno—. *A mí no me importa, que duermas con él, porque sé que sueñas con poderme ver. Mujer qué vas a hacer decídete...*

Sigue berreando cual animal salvaje hasta que paramos en un semáforo. Segundos más tarde aparece un coche a la izquierda del nuestro con unas mujeres de sesenta o setenta años aproximadamente. Llevo las manos a mi rostro sabiendo lo que ocurrirá a continuación.

—*Si te vas, yo también me voy. Si me das yo también te doy mi amor*—canta David a toda voz dirigiéndose a las mujeres. Estas, escandalizadas, se quedan tan embobadas que no se dan cuenta que el semáforo ha cambiado a verde y los vehículos de detrás comienzan a pitar.

Una vez finalizada la canción —¡al fin!—, David baja el volumen de la radio y me mira con el rostro totalmente rojo del esfuerzo pero con una sonrisa de satisfacción en su boca.

—Las vuelvo loquitas.

—Eres tú el que está loco, tío. Como una puñetera cabra.

—Lo que tú digas, pero admite que a las *mujercitas* se les ha subido la lívido al verme cantar. Soy un Dios.

—¿Mujercitas? Tío no le haces ascos a nada —me carcajeo.

Diez minutos más tarde llegamos al lugar. Laura nos recibe con un abrazo y un beso en la mejilla. Estoy empezando a acostumbrarme al gesto.

—Venid. Adri ha organizado las habitaciones para que los más íntimos podamos dormir aquí —coge mi mano y me conduce a la primera planta donde se encuentran las cuatro habitaciones. Nunca he entendido por qué los padres de Adri se compraron una casa de verano tan amplia siendo cuatro personas en la familia, sus padres, él y su hermana mayor que hace unos años se ha independizado.

—¿Se va a quedar mucha gente?

—No, solo nosotros. Los mismos que en la acampada. En la habitación de sus padres dormiremos Adri y yo, en la de enfrente Rocío y Pablo, la de aquí —señala la segunda puerta de la derecha— es para David y para ti, y esta —señala la puerta de enfrente— para Ester y Mireia. De haber sido unos cuantos más en el grupo no habríamos entrado todos.

Dejo mi mochila en la habitación que me corresponde y me siento sobre una de las camas individuales. Esto va a ser más difícil de lo que esperaba. Evitarla durante unas horas, vale. Pero, ¿dormir en el mismo techo que ella y verla a la mañana siguiente? ¡Es una locura!

—Tú, sal de ahí —David asoma su cabeza rubia por el umbral de la puerta—. Empieza a llegar la gente, ¿quieres un copazo?

—¿Tan pronto vas a empezar a beber? Son solo las nueve y media de la noche — miro mi reloj para comprobar la hora. Efectivamente, las nueve y media.

—Debo aprovechar antes de que los buitres esos acaben con la bebida.

Con poca convicción, bajo los escalones y con lo primero que se topa mi mirada es su pelo. «¡Genial! ¿Por qué esperar, destino? ¡Gracias!», maldigo para mis adentros y paso por su lado como si no la hubiese visto. Sí, soy un maleducado pero no me apetece saludarla tan pronto. Quizá dentro de un rato.

Al llegar a la cocina, tomo un refresco del frigorífico así como un cuenco y lo lleno de frutos secos. Si voy a beber, al menos que tenga algo en el estómago. Estoy comiendo unos cuantos cuando aparece Laura con el ceño fruncido.

—¿Qué haces ahí? Vamos, sal y disfruta de la fiesta ahora que está tranquila.

—¿Falta alguien más por llegar?

—Sí. Algunos amigos de Adri, y Mireia que me dijo que llegaría un poco más tarde. Te quiero ahí fuera ya —y con esto se marcha de la cocina.

Definitivamente mi mente se está volviendo loca. He confundido el pelo de una chica de la fiesta con el de Mireia. Tal es la obsesión por no encontrarme con ella que mi cabeza me está jugando malas pasadas. Me dirijo al salón permitiéndome disfrutar un poco de la fiesta hasta que haga su aparición y después Dios dirá.

Unas horas más tarde, me estoy divirtiendo con los amigos de Adri. Si pienso que David está loco, es que no conocía a estos tipos. Apenas llevan dos o tres copas de alcohol en su organismo pero son suficientes para reírse hasta de su propia sombra.

Suelto una carcajada al ver como uno de ellos se acerca bailando de forma exagerada a una chica. Esta lo mira como si tuviese tres cabezas y se marcha al otro extremo del salón. El chico interpreta que quiere algo y le sigue mientras le mira el trasero sin cortarse un pelo. Todos nos echamos a reír ante tal espectáculo. Pero la sonrisa se borra de mi rostro en cuanto veo quién está entrando por la puerta. Mireia. Durante estas horas me he olvidado completamente de ella y seguiré haciendo lo mismo que hasta ahora, disfrutar.

La fiesta continúa y no puedo evitar que mis ojos se vayan hasta el lugar donde se encuentra. Está preciosa, viste un mono corto de color azul marino y adornos blancos. Va acompañado de unas sandalias atadas hasta casi las rodillas del mismo color, hacen que mi vista se dirija a ese lugar en todas las ocasiones. En cuanto a su pelo, lo tiene suelto y levemente rizado, dándole un aspecto desenfrenado y recordándome a una sirena de pelo naranja. Muy bella.

De repente su mirada se encuentra con la mía y sonrío cálidamente. Observo

cómo les dice algo a sus amigas y se dirige hacia donde me encuentro, sentado solo en uno de los sofás con una copa en la mano.

—¡Hola! ¿Qué tal? —me recibe con una enorme sonrisa dibujada en su rostro mientras se sienta a mi lado. Su cercanía me atrapa, su olor me envuelve y cuando quiero darme cuenta ya le he devuelto la sonrisa. «¡Eso es, Sergio, autocontrol!».

—Bien. Justo voy a por otra copa —me levanto súbitamente para alejarme de allí lo más pronto posible.

—Yo también quiero una copa. Te acompaño —imita mi movimiento y se levanta.

—¡No! —sale de mí casi como un grito y ella se queda paralizada—. Quiero decir, voy primero al baño y después a la cocina. Por eso no puedes acompañarme.

Quiero sonar convincente pero estoy seguro de que no se ha tragado ni una sola palabra. Voy al baño y me echo agua sobre la cara. Debo recular y no ser tan desagradable con ella, no se lo merece. Al regresar al salón después de mi paso por la cocina ya se encuentra de nuevo con sus amigas y con una copa en la mano. Me mira por un instante y rápidamente continúa con lo que está haciendo. Si lo que quería era no acercarme a ella, lo he conseguido pero a la inversa.

La noche avanza dando paso a la madrugada y no sé si es cosa del destino o no pero nuestros cuerpos no se vuelven a cruzar. Quizá por eso bebo varias copas de más y acabo con el *puntito*. Y, por supuesto, sin sueño. Puede que a los demás les dé por dormir durante toda la noche después de beber pero mi cuerpo reacciona al contrario, me reactiva. La fiesta ha acabado pero la noche aún es muy larga.

# Capítulo 21

*Mireia*

Menuda fiesta. No me lo he pasado tan bien desde... bueno, desde hace un tiempo. He disfrutado con las chicas y con los compañeros de Adri. Son súper divertidos, con ellos tienes las risas aseguradas. La fiesta duró más de cinco horas, desde las nueve y media de la noche hasta las dos de la madrugada. Yo llegué más tarde pero no importa, no me perdí la diversión.

Cuando Sergio me contestó de aquella forma, pensé que estaba muy raro y decidí pasarlo por alto. Pero viendo más tarde cómo no me dirigía la palabra ni se acercaba, sabía que pasaba algo. Cada uno tiene motivos del porqué de sus actos. Me gustaría pensar que es porque tiene muchas cosas en la cabeza y no que se siente incómodo tras aquella noche en la laguna. Parecía que nuestra amistad había avanzado pero con Sergio no sé a qué atenerme. Unos días parece decidido a que seamos amigos, otro día se aleja. Estoy mareada, es mejor dejar que nuestra amistad siga su curso.

Me adentro en el jardín para disfrutar de un poco de aire fresco. Me siento en una tumbona y me desabrocho las sandalias. Los demás ya están durmiendo pero yo no consigo coger el sueño, mi cuerpo está cansado pero mi mente despierta. La cabeza me da un par de vueltas por la bebida, no acostumbro a tomar mucho alcohol pero hoy he decidido desinhibirme y no pensar en nada más. Si bien he tomado dos copas y algunos chupitos, sigo estando cuerda pero achispada.

—Veo que no soy el único que no puede dormir —una voz a mi lado me hace dar un respingo. Ni siquiera tengo que mirar para saber de quién se trata.

—¡Por fin se digna a hablarme!

Sergio me mira fijamente, ¿por qué? Me doy cuenta de que he dicho la frase en voz alta y no en mi cabeza. Comienzo a reír sin parar por la ocurrencia. Menos mal que no era una frase comprometedor, sino ahora mismo estaría en el fondo de la piscina muerta de vergüenza.

—Estás *borrachilla*, ¿eh? —Muestra su *sonrisita* ignorando mi frase—. ¿Cuánto has bebido?

—Unas copas y chupitos. Adri me ha dado a probar algo que sabía a caramelo. ¡Estaba buenísimo! —lamo mis labios instintivamente al recordar lo delicioso que estaba aquel líquido.

Sergio clava su mirada en mis labios e inesperadamente se marcha de allí dejándome sola. Este chico tiene un grave problema de bipolaridad. Pienso en todos los momentos que hemos pasado juntos y al final han resultado ser un desastre. Entre su personalidad y mis silencios, no somos la mejor compañía para el otro.

—Toma —Sergio aparece a mi lado como por arte de magia y me tiende un vaso de chupito. Lo cojo rozando nuestros dedos con el movimiento—. Brindemos.

—¿Y por qué brindamos? ¿Porque me has estado ignorando toda la noche y ahora te sientes culpable o porque...

—Brindemos y ya está —me interrumpe. Menos mal, sino no sé qué hubiese salido de mi boca.

Me sirve el chupito con la bebida con sabor a caramelo para después chocar su vasito con el mío y bebérselo de un trago. Está buenísimo. Debo averiguar dónde lo venden y comprar una botella para casa. Sergio se sirve otro para él pero ninguno más para mí. Suelto el vaso en el césped.

—No te he estado ignorando toda la noche, solo que me parecía bien conocer a los nuevos amigos. No es nada personal, sino no estaría ahora aquí contigo.

—Mentiroso. Estás aquí porque no puedes dormir —comienzo a carcajearme. Intento taparme la boca con las manos para no armar un escándalo pero me da más risa. He dado en el clavo, Sergio no puede dormir y por eso está aquí. Puede que también se sienta culpable. ¡Qué sé yo!

—Deberías controlarte a menos que quieras que toda la casa nos haga compañía —su semblante serio me genera más risa—. Tengo una idea, ven.

Se levanta y me ofrece su mano. La miro con reticencia.

—Venga, no muerdo. A menos que me lo pidan —guiña un ojo.

Está bien. Cojo su mano y nos dirigimos hacia la puerta. Pero cuando vamos a salir de la terraza para entrar al salón, se detiene. Me pongo en alerta y comienzo a inspeccionar la zona con la mirada. ¿Qué pasa ahora?

De repente, Sergio me alza y me encuentro con la cara pegada a algo duro, estoy sobre su hombro y veo su espalda y más abajo su trasero. Estoy tentada a comentar en voz alta las tremendas vistas cuando me sumerjo en un líquido no muy frío de temperatura. Me muevo con rapidez evitando tragarlo y cuando puedo respirar abro los ojos. ¡Me ha tirado a la piscina!

—Serás... —me dirijo hacia él con las manos en alto para soltarle un buen manotazo. No es que me guste la violencia pero en estos casos está totalmente justificada.

Sergio agarra mis manos tan pronto las acerco a su cuerpo para impedir que lo golpee. Miro su cara y el muy canalla se está riendo. ¡Se está riendo! Mi cabreo aumenta tanto que me parece sentir humo salir de mis orejas como una locomotora. ¿En qué estaba pensando?

—Tranquila, fiero. Solo quería que te bajase un poco el alcohol. ¿A que lo he conseguido? —sigue mostrando esa *sonrisita* tan irritable. ¿Cómo pude pensar hace unos días que resultaba atractiva?

—Sí, tranquilo. Ahora tengo la cabeza fría para pensar distintas formas de matarte

que parezcan un accidente —intento soltar mis manos de las suyas—. ¡Suéltame!

—*Shh...* No grites o despertarás a todo el mundo. Y no, no te suelto. ¿Cómo sé que no me quieres pegar? No pareces una chica violenta pero contigo puedo esperar lo que sea...

—¿Tan miedica eres que temes que te pegue una chica?

—Lo que temo es que te hagas daño, *blanquita* —enfatisa la última palabra—. Además, reconoce que ha sido divertido.

—¿Divertido? ¿Estar calado hasta los huesos te resulta divertido? —me fijo atentamente que él también está empapado y comienzo a reír de nuevo. Esta vez no es una risa desquiciada como antes sino una risa más sosegada. Este hombre va a colmar mi paciencia algún día.

—¿Ves? Ahora estás mejor que antes. Por no hablar de tu aspecto... —su mirada se dirige a la parte superior de mi mono que se ha pegado a mi cuerpo y con el peso hace que una de las copas de mi sujetador azul marino esté a la vista.

Intento deshacerme de nuevo de sus manos y esta vez lo consigo. Nado hasta situarme en el borde de la piscina pero no salgo de ella. He de reconocer que el agua ha ayudado a despejar mi mente —un poco- y además está muy buena. Dicen que cuando mejor está de temperatura es por la noche. Nunca lo había comprobado pues a pesar de mi adicción por el agua del mar, lagunas, piscinas... debo reconocer que por la noche me da pánico. Es pensar en ello y recordar todas las películas de *Tiburón* y *Pirañas* juntas. Pero como sé que en una piscina no puede haber nada de eso, permanezco un poco más.

Sergio nada hasta mantenerse a una pequeña distancia.

—¿Te has enfadado? —susurra. Sus ojos se muestran sinceros y preocupados por lo que mi cabreo abandona poco a poco mi cuerpo. Reconozco que ha sido inesperado y que tiene un poco de gracia. Jamás me habían lanzado a una piscina a traición. Bueno, en realidad jamás me habían lanzado.

—No. Pero te aseguro que te la devolveré. Yo soy tú y cuidaría muy bien la espalda, amigo. No soy de las que se andan con *chiquitas* —sonrío maliciosa para hacer más énfasis en mi advertencia.

—¿Me estás amenazando? —se acerca poco a poco como un animal acechando a su presa.

—Una advertencia. Pero si quieres tomártelo de ese modo... no te voy a quitar la ilusión.

—¿Desde cuándo eres tan listilla?

—Desde que somos amigos.

—¿Y qué más cosas has aprendido? —estamos muy cerca. Nuestros cuerpos se rozan bajo el agua. No puedo moverme porque mi espalda está apoyada en la pared del interior de la piscina. Pero por extraño que parezca, su cercanía no me intimida, al

contrario, me hace más atrevida.

—Que no me intimidas —respondo con seguridad. Mis ojos observan su rostro con detenimiento. Primero me fijo en los mechones de pelo mojados que caen sobre su frente, mojando parte de su cara. En ese momento una gota cae y sigo su recorrido con mis ojos. Pasa por al lado de su ceja, por su mejilla y finalmente desaparece en el interior de su marcada mandíbula.

Regreso a sus ojos que brillan más que nunca, sus manos se encuentran a ambos lados de mi cabeza, posándolas sobre el borde de la piscina. No me siento acorralada, al contrario, me siento libre. Libre de poder hacer lo que me apetece, con quien me apetece y cuando me apetece. Es por eso que cuando nuestros labios se van acercando cada vez más, muy lentamente, levanto un brazo.

Sergio se detiene a medio camino pensando que voy a detenerlo pero está muy equivocado. Poso mi mano en su nuca invitándolo a continuar. Entonces, me mira con tal intensidad que me siento desbordada y ansiosa. Quiero este beso más de lo que jamás he deseado ningún otro. Y en sus ojos observo que él piensa lo mismo. Decido continuar y acerco mi boca a la suya lentamente. Rozo sus labios con los míos de forma sutil trazando el contorno para después depositar un beso suave sobre ellos. Su labio inferior tienta los míos y acabo dándole un pequeño mordisquito en él.

Sergio toma una gran bocanada de aire mientras sus manos vuelan del borde de la piscina hacia mis caderas, acercándose aún más. Subo mis piernas y las enredo en su cintura, rodeándolo y sintiendo el calor que emana su pantalón. Cierro los ojos a la espera de lo inevitable pero nunca llega. Al abrirlos el rostro de Sergio está iluminado. Y no me refiero al tipo de iluminación de cuando se está alegre, no. Está serio. Muy serio y su mandíbula tan tensa que creo que sus dientes se romperán de un momento a otro.

Giro mi cuerpo para comprobar de qué se trata. La luz del salón está encendida y alguien se pasea por él con normalidad, como si no fueran altas horas de la madrugada. Si nos descubren en la piscina en mitad de la noche y tan pegados, tendremos que dar explicaciones de algo que ninguno de los dos quiere comprender, estoy segura. Nuestra atracción es palpable, simplemente ha pasado y ya está. Y ni siquiera eso. De nuevo nos han interrumpido. «*¿Quieres decirnos algo, destino? Porque escoges siempre los mejores momentos*», pienso frustrada.

—¿Quién crees que será? —susurro.

—No lo sé. Quizá Adri, suele despertarse de madrugada para beber agua —siento enfado en su voz pero también resignación. Entiendo cómo se siente porque estoy igual.

—Creo que deberíamos irnos de aquí antes de que...

—Nos pillen. Sí —me interrumpe antes de apartarse de mis piernas y se mueve con cuidado en la piscina para hacer el menor ruido posible. Una vez que sale, se dispone a abrir una pequeña puerta a la izquierda de la piscina tomando dos toallas de su interior—. Ten. Si salimos así dejaremos todo mojado.

Salgo con cuidado y tomo la toalla que me ofrece. Sergio no me mira a la cara, sé que está enfadado pero yo me encuentro en la misma situación que él. ¿Por qué no piensa en eso en lugar de comportarse como el hombre más frío del planeta en un momento como este? Me seco rápidamente parte del cuerpo y echo la toalla por encima de mis hombros dispuesta a marcharme en cuanto tenga oportunidad. Minutos más tarde la luz del salón se apaga, me acerco a Sergio y le doy un beso en la comisura del labio.

—Buenas noches —me despido. No espero que conteste ni tampoco quiero que lo haga. Solo deseo llegar hasta mi habitación, sin despertar a Ester, y dormir lo que queda de noche. Mañana el destino dirá.

## Capítulo 22

*Mireia*

Cuatro horas. Eso es lo que he conseguido dormir tras la noche de fiesta y lo que ocurrió a continuación en la piscina. No tuve problemas para conciliar el sueño una vez que llegué a la cama. El problema fue que mi mente, incluso dormida, no dejaba de pensar en el *momento beso* de anoche. Como consecuencia me he despertado sudando, con la boca seca y el corazón acelerado.

En el sueño, Sergio y yo estábamos muy cerca y cuando íbamos a besarnos, de nuevo nos interrumpían. Aunque a él le daba igual porque me besaba de todas formas sin importar quién estuviese delante. El beso resultó ser tan vívido que cuando desperté sentía un leve hormigueo en los labios. Señor, ¡esto era una maldita tortura! Desde entonces supe que no era buena idea intentar dormir de nuevo. No importa que sean las siete y cuarto de la mañana. A quien madruga Dios le ayuda, ¿no?

Me dirijo a la cocina sintiendo el absoluto silencio de la casa, todos los demás están dormidos aún. No me extraña, debo ser la única tonta despierta a esta hora tras una noche de intensa fiesta. Preparo un poco de café tras investigar en los muebles de la cocina, me sirvo una taza y me acomodo en uno de los taburetes frente a la pequeña mesa. La cocina parece de revista de decoración. Es amplia y tiene esa típica mesa —aunque en realidad no es una mesa propiamente dicha— justo en el centro de la misma con unos cómodos taburetes. Es preciosa.

—*Mmm*. ¡Qué bien huele! —escucho a mi espalda—. Buenos días, madrugadora.

David rebosa vitalidad. ¿Cómo puede estar tan fresco desde temprano? ¿Acaso es un vampiro? Creo recordar que anoche bebió unas cuantas copas.

—Buenos días —susurro, dándole un sorbo a mi café. David se sirve un poco y se sienta en el taburete que hay frente a mí.

Aunque aún no he entablado conversación con este chico desde que nos conocemos, sé que es genial. Tiene una personalidad arrolladora, digamos que su locura es contagiosa y no es de extrañar, es simpático, divertido, inteligente y por qué no decirlo, muy guapo. Es rubio, sus ojos son verdes, sus labios gruesos y su piel con un tono bronceado muy envidiable. En cuanto a su cuerpo... está bien. Muy bien. Y lo sabe.

—Qué bien lo pasamos anoche, ¿eh?

—Sí, la verdad es que la fiesta estuvo genial.

—Y lo de después de la fiesta también —sonríe de forma seductora.

—Prefiero no saber lo que hiciste después, gracias —le devuelvo la sonrisa. No

me interesa saber qué han hecho mis amigos con sus ligues. Llámame tiquismiquis pero eso algo muy íntimo como para gritarlo a los cuatro vientos.

—Me refería a ti. Anoche. Piscina. Sergio. Tú —mi cara debe de parecer un poema porque David comienza a reír como nunca. ¡Fue él!

—Eres un cotilla, ¿lo sabías? —contesto molesta.

—No es mi culpa que os lo montéis en la piscina. La próxima vez, haced menos ruido.

—No nos lo montamos en la piscina. Eres un mal pensado.

—¿Y qué quieres que piense si escucho risitas y ruido de agua? ¿Qué estáis nadando unos largos? No me chupo el dedo.

—A mí lo que tú te chupes...

David suelta unas sonoras carcajadas. Como siga así, los demás estarán despiertos en cuestión de minutos.

—¿Podrías bajar la voz? Vas a despertar a los demás.

—Está bien, está bien —se limpia una lágrima y me sonrío—. Tía, me encantas. En serio, pensaba que eras una sosa pero me he equivocado. No me extraña que tengas a Sergio con ese humor.

—No tengo a Sergio de ninguna forma —suspiro.

—Está bien. Hablemos de otra cosa. Por ejemplo, ¿tienes novio?

—¿Esto es el tercer grado? —doy un sorbo a mi café recordando las palabras de Sergio hace unas semanas.

—Sí, cariño. Yo pregunto y tú contestas.

—No, ambos preguntamos y contestamos. Al menos que sea recíproco.

—*Mmm...* —parece meditarlo—. Está bien. ¿Tienes novio?

—No. ¿Y tú? ¿Alguna novia que se tire de los pelos?

—No. Cero novias. Solo rollos. ¿Y tú?

—Depende la ocasión y con quién —alzo los hombros mostrando indiferencia.

—Me gusta esa respuesta. Seguimos. ¿Eres virgen? —pregunta como si no fuese una pregunta muy íntima.

—¿Todas las preguntas van a estar relacionadas con mi vida sentimental y/o sexual? —Niega con la cabeza—. Vale. No, no lo soy. ¿Cuántos años tienes?

—¿No me preguntas si soy virgen? —sonríe.

—No voy a malgastar una pregunta en esa tontería. Sé perfectamente que no lo eres.

—Lamento decepcionarte pero soy virgen extra, como el aceite —arquea una

ceja. No hay persona que se lo crea—. Por detrás. Y espero serlo toda mi vida. No me va el sexo an...

—¡Vale! ¡Ya! No quiero esa información en mi cabeza —lo interrumpo—. Contesta a mi pregunta.

—Veintidós años. Vosotras dieciocho. ¿Cómo es que sois tan jóvenes? Quiero decir, no lo aparentáis. ¿Os habéis visto?

—Será cosa de genética —no le doy importancia.

No podemos continuar con el interrogatorio porque segundos después de mi respuesta aparecen algunos de nuestros amigos para desayunar. Rocío tiene cosas importantes que hacer y como es Pablo quién debe llevarnos a Ester y a mí, nos pide que recojamos y nos vistamos lo antes posible. Mentiría si dijese que quiero permanecer más tiempo allí. Lo estoy pasando bien, pero deseo llegar a mi casa para descansar un par de horas. Seguidas, a ser posible.

Ester sube antes de desayunar para recoger sus cosas. Es una manía que tiene, no puede desayunar nada más despertarse pues el olor a cualquier alimento o bebida le produce arcadas. Solo cuando ha pasado alrededor de la media hora, puede hacerlo. Cuando termina se reúne con el resto que ya se ha despertado a excepción de Sergio.

Aprovecho para recoger mis cosas. Cierro la puerta de la habitación para estar a solas y tomo mi mochila. Tras el chapuzón en la piscina de anoche tuve que dejar mi ropa mojada en el cuarto de baño para que se secase. Aún está húmeda por lo que cojo una pequeña bolsa blanca que siempre llevo conmigo para cualquier emergencia y la deposito en su interior. Me dispongo a hacer la cama cuando alguien llama a la puerta.

—Pasa —Sergio entra y mi corazón da un vuelco. Está serio. Evito mirarlo y centro mi atención en la cama. No quiero de nuevo esta cortante y estresante situación entre nosotros así que comienzo a hablar con soltura, como si lo de anoche no hubiera afectado a nuestra amistad—. Buenos días. He hecho café, no sé si habrá sobrado o los demás se lo han bebido ya todo.

Sumidos en un incómodo silencio, continúo hablando sin parar.

—¿Has dormido bien? Yo apenas unas cuantas horas, no consigo dormir bien del todo en casa ajena. No hay nada como la cama de uno, ¿eh? —sonrío—. Por cierto me he encontrado a David esta mañana en el desayuno y digamos que nos hemos sometido al tercer grado. Ahora entiendo lo que querías decir, es tremendo —suelto una carcajada—. Ah, y era él quien merodeaba anoche por la casa. Me ha prometido que mantendrá la boca cerrada.

He terminado de hacer la cama y no quedan más cosas con las que distraerme. Lo enfrento, su rostro sigue impassible por lo que comienzo a preocuparme. ¿Tanto le ha molestado lo de anoche?

Súbitamente, se dirige hacia mí con decisión y me paraliza. Cuando llega a mi altura me agarra la cabeza con ambas manos plantándome un beso en mis labios. Me

quedo aún más de piedra. Pues no, no estaba molesto en absoluto.

## Capítulo 23

*Sergio*

Me despierto y David no está en la habitación. Salgo al pasillo y escucho voces y risas en la planta inferior. ¿Soy el único que no se ha despertado aún? Me quito el pijama y me visto de forma rápida dispuesto a bajar. Al llegar a la puerta de la cocina, asomo levemente la cabeza, están todos sentados desayunando menos Mireia. ¿Dónde estará?

Cambio el rumbo antes de que alguien se dé cuenta de mi presencia y me dispongo a subir de nuevo las escaleras. Quiero disculparme por mi actitud de anoche, no fue la más acertada pero en ese instante la rabia fluía sola por todo mi cuerpo y si hubiese abierto la boca, ella hubiera salido perjudicada sin merecerlo.

Anoche casi conseguimos besarnos. La idea de tirarla a la piscina fue algo loco y, por supuesto, no premeditado. Vi la ocasión y lo hice sin pensar en las consecuencias. Al principio ella se enfadó mucho y pensé que lo había fastidiado de nuevo pero después comenzó a reírse como una desquiciada y supe que no todo estaba perdido.

Poco a poco nos fuimos acercando más y cuando me quise dar cuenta, estaba a unos milímetros de su boca. Sus labios rozaron los míos de manera delicada. Eran suaves, muy suaves y lo más apetecible del mundo. Para nada esperaba el mordisco que me dio segundos más tarde. Eso me reactivó por completo pero cuando iba a besarla... ¡Ay, destino!... Me tientas para después quitarme la oportunidad.

Tal era mi cabreo que lo único que quería era entrar en el salón y asesinar a aquella persona que había interrumpido el que estaba seguro iba a ser uno de los mejores besos de mi vida. No lo digo por decir, sino porque de verdad lo siento dentro de mí. Estaba nervioso pero deseoso de que ocurriera aunque a veces el destino es muy traicionero. Debí ser un tremendo capullo en otras vidas y ahora estoy pagando por ello. Es como enseñarle un caramelo a un niño para después tirarlo a la basura. No es nada justo.

Toco la puerta de la habitación con los nudillos y su voz me invita a entrar. Cierro la puerta tras de mí y me quedo paralizado en el umbral al sentir de nuevo esa electricidad que nos envuelve. La primera vez pensé que era algo normal, la segunda también pero ya una tercera no puede fallar. No es deseo lo que siento hacia ella — que también—, pero va más allá de eso, su sola presencia me llena, su risa me atonta y su piel me enloquece. No paro de imaginar cómo sería besar sus labios. Anoche experimenté una pequeña parte de lo que podía ser y ¡joder! Si sus labios fuesen una

condena, quiero cadena perpetua.

Mireia comienza a hablar sin parar pero no estoy prestando atención a nada de lo que dice. Solo tengo ojos para ver cómo su cuerpo se mueve aquí y allá haciendo la cama. Escucho el nombre de David y recupero el hilo de su discurso. Fue él quien nos interrumpió anoche. En cuanto pueda, lo voy a matar lenta y dolorosamente, sin contemplaciones.

Mireia se detiene en mitad de la habitación, ya ha terminado de hacer la cama y no le queda nada más por hacer. Es mi momento. Sin pensarlo más, me dirijo hacia ella con toda la convicción y seguridad en mí mismo. Le agarro la cabeza con ambas manos sin darle opción a recular y la beso.

En cuantos nuestros labios se tocan siento cómo se tensa y permanece quieta. Si quiere apartarme, este es el momento. Me disgustaría mucho, más de lo que quiero admitir, pero lo aceptaría.

Pero pronto sus manos reaccionan y vuelan a mis brazos para agarrarme con fuerza. Sus labios comienzan a moverse sobre los míos. Por fin está sucediendo... Solo espero que a ninguno de nuestros amigos se les ocurra entrar en este momento porque no respondo. Siento su cálida lengua rozar mis labios y los abro dándole acceso al interior de mi boca. Su lengua con sabor a café se cuela en ella y es lo más suave, delicado y delicioso que he probado en toda mi vida. Mi lengua decide pasar a la acción y saborear la suya y su boca. Cuando ambas se rozan, no puedo evitar necesitarla más cerca.

Bajo mis manos desde su cabeza hasta su cintura, rozando intencionadamente su cuerpo en el proceso, pero no en exceso sino como una caricia sutil. Ella gime en mi boca ante el contacto y estoy a punto de perder el control. Una vez que llegan a su destino, la acerco todo cuanto es posible y su cuerpo reacciona pidiendo más. Sus manos ascienden, se enredan en mi cuello para después acariciar mi pelo. Siento que nos necesitamos el uno al otro, necesitamos más.

Seguimos explorando nuestro sabor hasta que debemos separarnos por la falta de aire. Nuestros pechos se rozan con cada respiración entrecortada que brota de nuestras bocas. Recorro cada centímetro de su cara con mi mirada. Tiene los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y los labios hinchados. Puedo ver mi aspecto a través de sus ojos, es igual que el suyo y me siento totalmente satisfecho. De lo único que me arrepiento es de no haberlo hecho antes.

—Nuestros amigos... —dice con voz entrecortada— están fuera...

—Sí —dudo que puedan salir más palabras de mi boca en este instante. Me importa bien poco quién esté fuera.

—No nos han interrumpido —sonríe plácidamente.

—No —le devuelvo la sonrisa. Me inclino para darle un casto beso en sus labios y ella me lo devuelve.

Permanecemos en la misma posición durante unos minutos. Sus dedos forman

círculos en mi cuello y me siento totalmente relajado con el movimiento. Uno de los motivos por los que quería besarla era para acabar con esto cuanto antes. Creía que tantas interrupciones no hacían más que alimentar mis ganas y que en cuanto nos besáramos, quizá perdería el interés. Quizá...

No podía estar más equivocado. Decir que el beso me ha gustado es una soberana mentira. Me ha encantado y no pienso en otra cosa que en volver a hacerlo.

Me inclino hacia su boca y ella se muestra receptiva, cuando nuestros labios vuelven a unirse se escucha un ruido tras la puerta. Mireia, en lugar de apartarse de mí, esconde su cara en mi pecho soltando un profundo suspiro.

—Eh, parejita. Sé que estáis ahí —dice David desde el otro lado—. Rocío quiere irse ya así que os aconsejo que Mireia se ponga rápido la ropa y baje o serán ellos quienes suban y os pillen con las manos en la masa.

Mireia alza la cabeza y me mira con los ojos brillantes. Está conteniendo una sonrisa. Este David no tiene remedio...

—Ah, se me olvidaba —vuelve a hablar—. Recordad peinaros, tirar los plastiquitos a la basura y esas cosas. Que no se os note.

Mireia esta vez suelta una sonora carcajada mientras que yo frunzo el ceño.

—Lo mato. Te juro que algún día lo mato.

—Venga, anda —su voz suena muy dulce—. Tengo que irme. Ya hablamos, ¿no?

—Sí —se aleja para coger su mochila y antes de marcharse me da un beso en la mejilla. ¿En la mejilla? ¿Cuándo hemos retrocedido?

—¿Me has dado un beso de despedida en la mejilla?

—Nuestros amigos están ahí fuera, si tardo un poco más los tendremos a todos viendo el espectáculo... —termina la frase no muy convencida. Entonces se acerca y me da un beso corto pero intenso—. Hasta pronto —se separa de mí pero actúo como un bebé cuando su madre le dice que no. Pongo mi mejor cara triste y su sonrisa se amplía—. El último.

Tras conseguir un último beso, ¡y qué beso!, Mireia se marcha y decido preparar mis cosas. Ya es hora de que nosotros también nos vayamos. Me doy una ducha y al salir con una toalla alrededor de la cintura me encuentro a David tumbado en una de las camas con las manos sobre la cabeza.

—¿Nos vamos? Empiezo a aburrirme —finge un bostezo.

—Y cuando te aburres decides joder a los demás, ¿no? —intento sonar molesto aunque en realidad no lo estoy. Me encuentro más bien en una especie de burbuja cada vez que recuerdo los besos de hace un rato.

—Venga ya, tío. No es mi culpa que decidáis montároslo delante de vuestros amigos. ¿Acaso no tenéis casa ninguno de los dos? ¿Os va el morbo de ser pillados?

—No seas imbécil, esas cosas no se planean. Simplemente surgen.

—Pues os aconsejo que tengáis cuidado con vuestros encuentros esporádicos porque pueden costarte los huevos si Adri se entera.

—¿Qué tiene de malo? —Sopeso la pregunta—. Los dos somos adultos y Adri no debería meterse, hagamos lo que hagamos.

—En eso te doy la razón. Pero te conoce y al parecer a ella también. Sabe que la cagarás y prefiere evitarlo.

—¿Quién ha dicho que la cagaré? —frunzo el ceño. Esa no es mi intención con Mireia, para nada.

—Oh, mierda, ¿tan bueno ha sido? Cuenta, da detalles —mi amigo se incorpora en la cama, sentándose como si fuese un indio.

—No voy a contarte nada. Tienes suerte de que estés ahora mismo vivo y no enterrado a mil metros bajo el jardín. ¡Nos has interrumpido dos veces!

—Vale, vale. *Mea culpa*. Pero cuéntame algo, aunque sea pequeñito —enfatisa la última palabra empleando el dedo índice y el pulgar.

—Me gusta —sonrío.

—Vale —dice con cara de resignación—. Dime algo que no sepa, *sonrisitas*.

—Lo estoy diciendo en serio. Mireia me gusta, mucho. Y sí, solo ha hecho falta unos besos para darme cuenta. En realidad me gustaba desde antes, me atraía algo de ella y ahora he descubierto que no es algo sino ella misma. No me preguntes por qué, porque hace apenas unos minutos que lo he descubierto pero sí. Me gusta mucho. Muchísimo.

—Vale. ¿Ahora es cuando te pones en plan *pasteloso*? Porque te juro que me arranco las orejas aquí mismo, ya tengo suficiente con escuchar a Adri. Creo que caga *cupcakes* de fresa y unicornios lilas —me rio con ganas—. En serio, a veces pienso que se va a transformar en un oso amoroso.

—No seas bestia —continúo carcajeándome—. No estoy diciendo que sea la mujer de mi vida. Solo que hace tiempo que no me atrae tanto una chica.

—Bueno, entonces me alegro por vosotros. Siempre y cuando tengáis ambos las cosas claras...

—Así es. Y venga, vámonos ya —comienzo a vestirme con unas ganas inmensas de llegar a casa.

## Capítulo 24

Sergio

Tomo el chupito entre mis dedos y trago rápidamente su contenido. Es el tercero que llevo de una tanda de cinco que David se ha empeñado en tomar. ¿Y dónde está él ahora? Ni puñetera idea. Se ha largado con una chica a la pista de baile pero que no se encuentren allí me hace pensar que han decidido optar por otra forma de mover el cuerpo y sudar. De nuevo me ha liado para salir con él a tomar algo. ¿Para qué? Para que el muy capullo se largue dejándome tirado, otra vez.

Han pasado cuatro días desde la mañana siguiente a la fiesta. Desde entonces no dejo de pensar en Mireia y en sus besos. Conseguí su número de teléfono espiándole el móvil a David, sí, él tenía su número y yo no, y decidí escribirle un mensaje de texto. Así pasamos los días, enviándonos escasos mensajes para intentar coincidir pero es imposible con sus clases del carnet de conducir por lo que no la veo desde entonces. Esta noche ha salido a tomar algo con las chicas y deseo con todas mis fuerzas encontrármela.

—Eh... tío —David aparece de la nada con la camiseta muy arrugada y un gran chupetón en el cuello, muy rojo aún y lleno de pintalabios carmín—. Nosotros nos vamos. ¿Te quedas?

Tiene a su lado una rubia de baja estatura con unos pechos que sobresalen de su vestido de palabra de honor, el pintalabios corrido y unos pelos de loca. Sonríe aunque sus ojos están enviándome un mensaje muy claro: *«o vienes o te quedas pero dilo ya, mi paciencia es mínima»*.

—Me quedo, así me termino los chupitos —señalo con la cabeza la barra que tengo frente a mí.

—Nos vemos —coge a la chica de la mano. Juntos se van hacia la salida a toda prisa.

Ni muerto voy a subir en el coche con esos dos, puedo acabar con ellos montándoselo en los asientos traseros antes de llegar a su casa. Prefiero evitar situaciones así y más si incluyen a David en ellas. Tomo uno de los dos chupitos que me quedan y cuando llevo el segundo a la boca observo que la noche no será tan aburrida al fin y al cabo.

Mireia, Laura, Rocío y Ester acaban de entrar por la puerta del local. Ester ya está dando saltos al escuchar la música y Mireia sonríe dulcemente al verla. Tiene una sonrisa preciosa. Mi mirada no se aparta del grupo en ningún momento, observo cómo se sientan en una mesa alejada de la barra y se dedican a hablar entre ellas. De repente, Rocío alza su mirada y se topa conmigo, me saluda con la mano. Ante el

movimiento sus amigas siguen la dirección de su mirada y todas sonríen, incluida Mireia.

Decido acercarme, espero que no les moleste. Mi intención es largarme en unos minutos si les incomoda mi presencia.

—¿Qué hay, chicas? —sonrío y me siento al lado de Laura que está en la esquina del sillón en forma de U.

—¡Qué sorpresa! ¿Has venido solo? —comenta esta, recorriendo la pista con la mirada. Sé lo que está haciendo, buscando a su novio entre la multitud.

—He venido con David, pero se ha ido hace un momento. Acompañado. Me extraña que no os hayáis cruzado con él en la puerta —el rostro de Laura entristece—. Adri se ha quedado cuidando a su prima pequeña. Lo sabes, ¿no?

—Oh, sí. Me lo ha dicho esta mañana.

—Bueno voy a ir a por las bebidas, necesito ingerir algo de alcohol ya —dice Ester—. Vamos, tía.

Laura y Ester se marchan hacia la barra y Rocío recibe una llamada en su teléfono móvil. Se aleja para salir del local y atenderla dejándonos a Mireia y a mí completamente solos. Está en el interior del sillón y aprovecho su forma de U para acercarme más a ella.

—Estás preciosa —digo con total sinceridad. Viste un top blanco con volante y unos pantalones largos color rosa fucsia, ambos forman un mono largo que acompaña con unos tacones del mismo color que el top. Su pelo está recogido en una trenza ladeada y al final de la misma hay una pequeña flor rosa. Le queda genial.

—Gracias. No sabía que ibas a salir.

—David me ha arrastrado hasta aquí. Y mira por dónde, después se ha largado... Al menos me he encontrado con vosotras.

Mireia sonríe pero aparta la mirada para observar la pista. Las chicas están de regreso con las bebidas. Maldigo al camarero por haberlas atendido tan rápido. Me acerco a Mireia un poco más.

—Escucha, en cinco minutos diles que vas al baño. Al lado de él hay un pasillo, crúzalo y entra en la primera puerta a la derecha —susurro ante su atenta mirada.

—Ya estamos aquí, ha sido rápido. Toma —tiende una bebida de color azul a Mireia.

—Bueno chicas, voy a saludar a alguien que he visto y me marcho. La noche ha terminado para mí. Que disfrutéis de ella —sonrío—. ¿Quién va a conducir esta noche?

—Yo —Rocío aparece—. Por eso solo voy a beber *Coca-Cola*. Puedes irte tranquilo.

Tras despedirme dirijo una última mirada a Mireia y me marcho hacia esa

*supuesta* persona. En realidad, sin que me vean voy al lugar donde he citado a Mireia. Es algo así como una despensa, solo que no guardan comida sino bebidas alcohólicas. Más bien una especie de bodega. La descubrió David en uno de sus encuentros con alguna chica y me lo recomendó. Pero hasta ahora no había decidido a hacer uso de ella. Deseo tener un momento a solas con Mireia y si bien no es el lugar más adecuado, me vale.

La puerta está cerrada con llave pero David descubrió —no quiero saber cómo— que el camarero la esconde arriba de la puerta, en un hueco vacío de la pared. Resulta ser muy buen escondite. Entro y observo una gran estancia con enormes estanterías llenas de alcohol. Si alguien supiese dónde se encuentra la llave, no dudaría en aprovecharse de la situación y robar unas cuantas botellas. Hay alcohol de todos los tipos y años, una fortuna. La discoteca es muy conocida en la ciudad por sus innumerables y deliciosos *cocktails* especiales.

Me apoyo en una mesa grande de madera situada a un lado de la estancia y espero pacientemente a que los minutos pasen. Escucho unos pasos y mi cuerpo instintivamente se tensa. No son pasos de tacones. Me sitúo tras una estantería para no ser visto y espero. Pero nada ocurre, los pasos se escuchan cada vez más lejos y permito relajarme. Espero unos minutos más hasta que la puerta se abre y se cierra rápidamente.

—¿Sergio? ¿Estás ahí? —Mireia susurra.

Salgo de mi escondite y sonrío como un niño pequeño. Mireia me devuelve la sonrisa y suspiro. Merece la pena colarme en un sitio prohibido si con ello logro que pase unos minutos conmigo. Me acerco con pasos seguros hacia ella y la beso sin decir palabra. La beso con ganas, demostrándole cuánto la he echado de menos estos días y ella me devuelve el beso con la misma euforia. Ambos nos devoramos sin pensar en nada más que en saborear nuestras bocas.

El beso va *in crescendo* y siento cómo mi cuerpo necesita más y más del suyo, es algo adictivo. Deslizo mis manos por sus caderas hasta llegar a su trasero y la alzo. Ella enlaza sus piernas en mi cintura y camino hasta llegar a la mesa. La siento sobre esta con cuidado sin dejar de adorar su boca mientras que ella mete sus delicadas manos bajo mi camiseta. Me acaricia primero el ombligo, sus dedos están fríos y no puedo evitar soltar un gruñido áspero y sonoro.

Mi cuerpo reacciona a sus caricias estremeciéndose y calentándose aún más. Sus manos se deslizan hacia mi pecho y mi boca va directa a su cuello, necesito más de su cuerpo. Aparto la trenza y lo exploro a mi antojo, el top que lleva facilita el trabajo. Primero rozo la curva del cuello con los labios para después deslizar mi lengua por el mismo lugar. Desciendo por los hombros, la clavícula... El borde de su top me incita a apartarlo y continuar. Quiero acariciar toda su piel durante horas para grabar en mi memoria esos pequeños y entrecortados sonidos que emite su boca.

Sus manos cambian de rumbo y exploran la parte trasera de mi cuerpo; las sitúa sobre mi cadera para después ascender lentamente. Su tacto es la mejor de las torturas. Cuando llega a su fin clava las uñas en mi piel y ardo de deseo.

Regreso a su boca y aprieto mi cuerpo contra el suyo, no quiero ni un milímetro de separación entre ambos. Sus piernas se ciernan con más fuerza y estoy segura de que siente el calor que desprendo bajo mis pantalones. Mueve las caderas frotándose de forma descarada y a punto estoy de perder la poca cordura que me queda. Necesito parar ahora mismo, si no lo hago, después será tarde y no quiero hacer nada en este lugar tan sobrio y con polvo. No con ella.

Me detengo y observo el rostro de Mireia, espero encontrar algún indicio de que no está contenta por el rechazo pero lo que veo es un inmenso deseo. Sus ojos son puro fuego y apuesto que si sigo mirándola durante unos minutos, podría abrasarme.

—Me gustaría decir que lo siento, que me he dejado llevar pero te estaría mintiendo —su voz desprende seguridad—. Lo he disfrutado mucho.

—Yo también. Pero si no salimos ahí fuera corremos el riesgo de que nos pillen o tus amigas piensen que alguien te ha secuestrado —sonrío. No sería mala idea llevármela de aquí. Le doy un beso en la punta de la nariz—. Venga —tiro de su mano ligeramente para que baje de la mesa—, ya habrá otro momento en el que no tengamos posibles espectadores.

Cogidos de la mano —una experiencia que pocas veces he compartido— nos acercamos a la puerta. Mireia se acomoda la trenza en su sitio y se alisa las arrugas inexistentes de su ropa.

—Estás perfecta. Pásalo bien. Sal tú primero, en unos minutos lo haré yo. Discreción ante todo —guiño un ojo y espero a que se marche.

## Capítulo 25

*Sergio*

Espero unos minutos antes de salir con sumo cuidado cerrando la puerta con la llave de antes y devolviéndola a su lugar. Miro la pista de baile, la fiesta está en su apogeo. Sorteó varias personas y cuando estoy por la mitad del camino hacia la puerta, veo que Ester se dirige hacia mí.

—Oye, ¿has visto a Mireia? —parece preocupada. No es de extrañar, hemos estado como quince minutos allí dentro. El tiempo es insignificante cuando estás... ocupado con otras cosas.

—Sí, me ha parecido verla entrar al baño —miento.

—Vale.

La observo marcharse con prisa y mi instinto me anima a acercarme a la mesa de las chicas por si ha ocurrido algo. Al llegar veo que Rocío y Laura se están divirtiendo y me quedo más tranquilo.

—Bueno chicas, ahora sí. Me marchó. Tened cuidado. Si necesitáis algo, llamadme, ¿de acuerdo?

Las chicas asienten pero cuando voy a marcharme aparece Ester como un torbellino con la cara roja y respirando con dificultad.

—Chicas, tenemos que irnos. ¡YA! —coge con prisa su bolso de encima de la mesa.

—¿Por qué? ¿Qué pasa—Laura se sorprende ante el comportamiento de su amiga.

—No hay tiempo —Ester le comenta algo en el oído y esta se queda blanca. Las tres salen disparadas hacia la salida.

¿Qué está ocurriendo? ¿Y por qué se marchan sin Mireia?

—Espera —agarro a Ester para que se detenga. Laura y Rocío no lo hacen—. ¿Dónde está Mireia?

No contesta y dirige su mirada hacia la derecha para mirar tras de mí. No me gusta la preocupación que tiñe su rostro y todo mi cuerpo se pone en alerta. Si alguna de ellas está en peligro... Si Mireia está en peligro debo saberlo y ayudarla. Jamás me perdonaría que le ocurriese algo, mucho menos estando delante.

—Ha salido por la puerta de atrás. Ayúdala, corre.

Con esas palabras se marcha del lugar. La adrenalina se cuele por cada uno de mis

poros y lo único en lo que pienso una y otra vez es en las palabras de Ester. «Ayúdala, corre».

Cuando alcanzo la puerta trasera, la abro sin pensar y me encuentro en un callejón oscuro. Dos siluetas aparecen ante mí. Me acerco y observo cómo un enorme tipo agarra a Mireia del brazo. Ambos se percatan de mi presencia, sorprendidos. La chica aprovecha la distracción para disparar una patada en la entrepierna de la *mole* humana y soltarse.

—¡Maldita zorra! —antes de que la alcance ya estoy delante de ella. Sé que puede defenderse sola, lo acaba de demostrar, pero algo me dice que el tipo no está dispuesto a aguantar un segundo asalto de su rival.

—Como la vuelvas a tocar te arranco la mano y todas las malditas extremidades —mi cuerpo se ha activado al *modo trabajo* y más vale no cabrearme en este instante. Quien me busca, me encuentra.

—¿Y este de dónde coño ha salido? ¿Ahora tienes guardaespaldas? —escupe el tío sin siquiera mirarme.

—Lárgate, Luis. Aquí no está. He venido con él —comenta Mireia a mi espalda. ¿De qué conocerá a este tío? ¿Es un ex novio, tal vez?

Ante sus palabras, el tipo se fija en mí. Su rostro me resulta familiar pero no recuerdo de qué. Él parece recordarlo porque comienza a carcajearse tan fuerte que se coge la barriga con ambas manos.

—¿Estás con este? Te creía con mejor gusto, nena —mi mandíbula se tensa al escuchar el apelativo y aprieto los puños dispuestos a utilizarlos en cualquier momento—. Tiene gracia el asunto. Me culpas de lo que hago, que es exactamente lo que hace este tío.

No tengo ni idea de lo que está hablando. ¿Qué hace qué...? Siento cómo Mireia sale de atrás de mi espalda y giro la cabeza para observarla. Analizo su rostro buscando cualquier daño que le haya podido causar este malnacido, está impecable. Pero sus ojos reflejan furia y dolor.

—Vámonos —intento agarrar su mano pero ella lo impide. Sigue mirando al tipo fijamente y si las miradas matasen, en ese momento él estaría bajo tierra.

—Nadie se compara a ti. Eres un maldito hijo de puta —escupe con odio.

—¿No me digas? ¿Y qué diferencia hay entre él —me señala— y yo? —Parece pensar por un momento—. Ah, ya entiendo. No lo sabes. Tu amigo se dedica a lo mismo que yo, solo que a él le pagan.

Me tenso. ¿Se está refiriendo a lo que creo que se está refiriendo? No puede ser, no delante de ella. Mi cuerpo deja de reaccionar en el momento que Mireia clava sus ojos en los míos.

—Sí, nena. A tu amigo le encanta repartir hostias que da gusto y se le da bien —no aguanto más y me lanzo hacia él estampándolo contra la pared de enfrente. Intento

intimidarlo pero nada le frena—, es el mejor en lo suyo. No hay más que verlo.

Lo veo todo rojo, quiero partirle la cara a este estúpido pero no puedo hacerlo delante de ella. No puedo perder los papeles porque no tendría escapatoria ni excusa para salir de esta. Así que continúo fulminándolo con la mirada, con mi mano apretando en su cuello.

—Sergio —dice ella a mi espalda—. Vámonos.

Suelto al tipo y me marcho tras Mireia que camina con pasos decididos. Antes de salir del callejón escuchamos que el muy imbécil comienza a gritar.

—Dale recuerdos a Laura. No he podido verla pero al menos he jodido a alguien esta noche —comienza a carcajearse de nuevo.

Estoy tentado a darme la vuelta y partirle la cara cuando Mireia saca el teléfono móvil y comienza a marcar. Escucho cómo pregunta dónde están y después cuelga.

—¿Has traído tu coche?

—Sí.

—¿Puedes llevarme?

Asiento con la cabeza y en silencio nos dirigimos hacia el vehículo aparcado en la calle de al lado. He bebido unos cuantos chupitos pero por suerte era lo más bajo en alcohol que tenían en la discoteca. Subimos y Mireia me da la dirección, se trata de unas calles más abajo de donde nos encontramos.

—Para aquí —dice y en cuanto lo hago baja del vehículo. Se dirige a un vehículo de color gris. Lo reconozco, es el coche de Rocío. Inesperadamente se abre la puerta del copiloto y Laura se lanza a sus brazos. Decido salir del vehículo y averiguar un poco más de todo esto.

—¿Estás bien? —Laura se dirige a su amiga con lágrimas en los ojos.

—Sí, tranquila —contesta Mireia secándose las lágrimas con los dedos—. Sergio estaba allí.

—Oh —Laura me mira—. Gracias.

—No hay de qué, pero estaría bien saber por qué ese tío estaba agarrando a Mireia por el brazo y te manda recuerdos.

—Es mi ex novio. Nuestra relación no acabó bien y él está resentido —parece avergonzarse de ello.

—Venga, nos vamos. Hay que descansar o al menos intentarlo —comenta Rocío desde el interior del coche.

—Yo llevo a Mireia a su casa —esta me observa detenidamente. No quiero despedirme aún y menos después de lo ocurrido—. Si quieres.

Asiente y tras despedirse de sus amigas se dirige a mi coche. Sé que el camino que nos espera será eterno y que me pedirá una explicación de lo ocurrido. Por eso,

me adelanto y le pido explicaciones sobre el ex de Laura.

—¿Adri lo sabe?

—Sí —suspira—. Sabe que su relación no acabó bien y te pediría que no le dijese nada acerca del encuentro de esta noche.

—¿Por qué no? Es su novio, tiene derecho a saber que su ex la está molestando —no puedo quedarme callado ante esto. Es mi mejor amigo, como un hermano para mí y sé que Laura le importa de verdad.

—Es más que eso, Sergio. Luis la maltrataba física y psicológicamente. Nos costó mucho esfuerzo y sufrimiento que ella diese el paso de dejarlo, la estaba destrozando en todos los sentidos. Conseguimos que él le perdiera el rastro, se volvió loco. Llevábamos casi un año sin saber de él. No quería que la viese, por eso he actuado rápido.

—Enfrentándote sola a él. Muy valiente —estoy enfadado por su reacción.

—No es la primera vez que lo hago. Por eso te pido que no le digas nada a Adri, por favor.

—Dame un solo motivo para no hacerlo. Convénceme de que la mejor opción es no contárselo para que cuide de su novia.

Aparco el coche frente a su casa y giro mi cabeza para mirarla, a la espera de su respuesta.

—Laura no necesita que la cuiden sino que la quieran como se merece —suspira—. No puedes contárselo porque la meterá en una burbuja para que nadie se le acerque y eso no es bueno para ella. Además, eres su amigo y no querrás que se meta en un lío con Luis. Nadie desea que a su amigo le partan la cara. Es lo mejor. No le seguiré molestando, siempre vamos con cuidado.

Sopeso sus palabras, tiene razón. No me gustaría que Adri se metiese en problemas con tíos como esos. Si me conoce y sabe a lo que me dedico, probablemente su entorno será de la misma calaña.

—Está bien, no diré nada. Pero si necesitáis ayuda no dudéis en llamarme. A cualquier hora, ¿de acuerdo?

—Sí —susurra—. Veo que eso se te da bien.

Sé a lo que se refiere. Ayudarla de nuevo con ese tío supondría enfrentarme a él usando los métodos que empleo en mi trabajo. Mireia ha descubierto parte de mí, sí, pero no tengo por qué contarle nada.

—Lo que has visto...

—Sé lo que he visto, Sergio —me interrumpe—. Y con tus actos has demostrado que él dice la verdad. Pero permíteme que dude y pregunte... ¿en serio te dedicas a eso?

—No tengo que darte explicaciones —mi mal humor hace presencia.

—Solo quiero saber si es cierto o no. ¿Golpeas a la gente? —Permanezco en silencio—. ¿Por qué, Sergio? ¿Por diversión o por qué?

—¡No tengo que darte explicaciones, joder! —alzo el tono. Mi paciencia se ha acabado, no quiero hablar con ella del tema. Ni con ella ni con nadie. Lo que hago, a lo que me dedico es asunto mío y de nadie más—. Que nos hayamos enrollado no te da derecho a meterte en mi vida. No somos nada, ¿lo entiendes? ¡Nada! Así que ahórrate las preguntas, no voy a contestarlas.

Respiro con dificultad intentando calmarme. Lo he soltado, ya no hay vuelta atrás. Mireia agacha la cabeza y asiente antes de bajarse del vehículo. Ahora sí que lo he fastidiado todo y lo peor es que dudo que tenga arreglo. Ni siquiera yo mismo me perdono haberle hablado de esa forma, con desprecio.

## Capítulo 26

*Mireia*

—Tierra llamando a Mireia —Álex llama mi atención.

Hemos quedado en una cafetería para tomar algo y ponernos al día pero mi mente está en otra parte. Desde aquella noche, hace unos días, no paro de pensar una y otra vez en las palabras de Sergio. Y tampoco puedo evitar darle la razón por mucho que esta duela. No debí exigirle que me contase lo que hace, a lo que se dedica pero me dolió tanto descubrir que golpea a los demás y que según Luis es uno de los mejores que no pienso en otra cosa. Deseo con todas mis fuerzas que Sergio se dedique realmente al boxeo. No sería tan raro, ¿no? Golpea a la gente y es uno de los mejores. Al estilo *Rocky*. ¡Ojalá! Aunque algo dentro de mí dice lo contrario.

—Sí, perdona —me disculpo ante mi amigo. Él no se merece la poca atención que le estoy mostrando.

—¿Qué te pasa? Una acelga sería más divertida que tú en este momento.

—Estaba distraída. ¿Qué me decías? —sonrío tímidamente.

—Da igual. Déjalo —cruza sus manos en la mesa—. ¿Qué te pasa? Desembucha.

No quiero mentirle pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Contarle que el chico con el que tenía algo, no sé qué, se dedica a pegar a los demás? ¿Qué pregunté y me respondió casi gritándome? ¿Que para él solo nos hemos enrollado y nada más? No, no puedo contarle tal cosa.

—Hace unos días las chicas y yo salimos de fiesta y nos encontramos a Luis —decido tirar de la opción más fácil. Álex ya conoce la historia, de hecho la vivió junto a nosotras en determinadas circunstancias—. Por suerte no vio a Laura pero estoy preocupada de que vuelva a buscarla de nuevo.

—Te entiendo, cariño —coge la mano que tengo sobre la mesa y me acaricia. Resulta tranquilizador—. Pero tranquila, no permitiremos que le pase nada malo.

Asiento lentamente con la cabeza mientras percibo que alguien se acerca a nuestra mesa. Será el camarero con la cuenta. Pero entonces recuerdo que ya hemos pagado y observo que se trata de Sergio. ¿Qué hace aquí? ¡Lo tengo hasta en la sopa! Cuando llega a nuestra altura se sienta en la silla que hay a mi lado y acomoda los brazos encima de la mesa con un vaso lleno de líquido entre sus manos.

—¡Qué coincidencia! —alterna su mirada entre Álex y yo para después dejarla sobre nuestras manos aún unidas.

—¿Qué haces aquí? —Álex se enfada.

Intento soltar mi mano de la suya pero no lo permite. Su mirada furiosa muestra las inmensas ganas de matar a Sergio por la interrupción.

—¿No puedo sentarme con mi amiga?

—Por supuesto que no. Hemos quedado los dos. ¿Sabes qué número es o te ayudo a contar? Uno y dos. Ella y yo. Largo.

—Lamento no ser de tu agrado pero mira —Sergio hace un movimiento con el dedo índice mientras da con él varias vueltas—, no hay más mesas y quiero tomar esto tranquilo —da un sorbo a su bebida.

—Sergio —intervengo—, ¿puedes dejarnos? Ve a buscarte otro sitio, esta ciudad está llena de cafeterías como para que te quedes aquí, con nosotros.

Se encoge de hombros y continúa bebiendo. Mis palabras no le importan, a veces puede llegar a ser un completo capullo y lo detesto por ello. ¿Dónde está aquel chico amable, dulce y simpático de hace unos días? Ah, sí, ya sé. Se lo ha tragado este sinvergüenza.

—Nos vamos —Álex tiene menos paciencia que yo y no aguanta sus tonterías.

—No, Álex. Nadie nos va a echar. Dame un momento, por favor —suplico y me suelta las manos, resignado—. Sergio.

Me dirijo hacia la salida para hablar con él sin saber si me está siguiendo. Lo único que quiero ahora mismo es que desaparezca de mi vista para pasar la tarde con mi amigo. Es cierto que ya tenía la cabeza ocupada por su culpa pero no necesito más tortura.

—¿Qué? —dice en cuanto nos detenemos en la puerta.

Me cruzo de brazos para hacerle entender que estoy enfadada. Y no solo por lo de hoy.

—Primero me dices que no somos nada, que no me meta en tu vida y ¿ahora haces esto? ¡Te estás metiendo en la mía! —Estoy cada vez más enfadada.

—Solo quiero hablar.

—¿Y tienes que aprovechar el momento que estoy con mi amigo?

—Usted perdone —ironiza—. No quería interrumpir un momento tan emotivo. ¿He interrumpido la pedida de mano? ¿Para cuándo la boda?

Todas sus palabras están llenas de rabia e ironía y quiero darle un guantazo y gritarle a la cara: «¡espabila, tío!». Pero como no soy partidaria de la violencia, por mucho que me apetezca, me cruzo de brazos y lo miro con rabia. Inmensa rabia contenida.

—No vengas con esas, Sergio. Deja de actuar como un niño pequeño y asume las consecuencias de tus actos. Tú mismo me dijiste... no, más bien me gritaste que no me metiera en tu vida. Ahora yo pido lo mismo.

Quiero dirigirme al interior y volver con mi amigo porque sé que no va a salir nada bueno de esta conversación. Cuando voy a marcharme, Sergio me retiene agarrándome del brazo suavemente.

—Lo siento. Escucha...

—Ese es el problema, Sergio. Quieres que los demás te escuchen pero, ¿y tú? ¿Escuchas a los demás? ¿Te has llegado a preguntar si quería que aparecieses de la nada y te sentases con nosotros? No, prefieres hacer las cosas en contra de la voluntad de los demás. Si tú no los tienes en cuenta, no pretendas que ellos a ti sí.

Con esas palabras me marchó de allí a toda prisa. Suspiro al sentarme en la silla y ver que Sergio sigue en el mismo lugar, quieto y pensativo. Minutos más tarde regresa al interior del local y se acerca a nuestra mesa.

—Os dejo tranquilos —coge su bebida y con el movimiento tira mi bolso que estaba encima de la mesa al suelo—. Lo siento, yo lo recojo.

Una vez se ha marchado puedo respirar con tranquilidad. Intento concentrarme de nuevo en la conversación con Álex pero me cuesta demasiado y media hora después nos despedimos no sin antes intentar convencerme de salir de fiesta con él. Por supuesto me niego en rotundo.

Cuando llego al portal donde vivo meto la mano en el bolso para coger las llaves pero no están. Vacío todo lo que hay en su interior, a veces los bolsos grandes son un verdadero problema... nada, no están. Llamo a Álex inmediatamente pero él no las tiene y tampoco las ha visto. Recuerdo con nitidez haberlas metido en mi bolso al salir. Seguro que me las he dejado en la cafetería, habré sacado algo del bolso y...

Un pensamiento recorre mi mente: Sergio. Tiró mi bolso al suelo por accidente, ¿y si alguien las ha cogido? De repente una idea se va formando en mi cabeza. ¿No habrá sido capaz? No, seguro que no. ¿Verdad? Busco entre los contactos del móvil y lo llamo. Al segundo tono atiende la llamada.

—¿Sí? —su voz suena demasiado tranquila.

—¿Me has quitado las llaves? —prefiero ir al grano.

—Sí.

—¿Por qué? ¿En qué estabas pensando?

—Las he cogido sin querer —su voz parece inocente pero sé que este chico no tiene nada de inocencia en su persona.

—¿Sin querer? ¡Joder!... —estoy frustrada—. Vale, estoy en la puerta de mi casa. Tráemelas.

—No puedo salir de casa. Tendrás que venir tú a por ellas.

—¿Cómo que no puedes salir de casa?

—Lo que has oído. Eso o esperar a que llegue alguien y te abra.

—Eres... ¡Dios! Voy para allá, más vale que no te muevas de ahí —cuelgo sin esperar una respuesta.

Cojo un autobús y me dirijo a su casa con prisa. ¿De verdad pretende que me crea que las ha cogido por equivocación? ¡Por favor, si tiene un *minion* de llavero! ¡Un *minion*! ¡Amarillo chillón y radiactivo! Más vale que tenga una buena excusa porque si no... Y yo que pensaba que todo lo dicho un rato antes le había servido... Parece ser que no.

Cuando llego a su casa vuelvo a llamarlo por teléfono pero no contesta. Genial, no recuerdo en qué piso vive y me quedaré aquí hasta que se digne a coger la llamada. Sigo intentándolo hasta que un ruido suena a través del interfono abriendo la puerta. Resignada, subo a paso ligero para acabar con esto cuanto antes. Subo un piso tras otro hasta que en el tercero encuentro una puerta entreabierta. Debe ser esta. En cuanto pongo un pie dentro reconozco la casa.

—¿Sergio? —entro. No hay nadie en el salón—. No estoy para juegos, necesito mis llaves.

Sergio aparece por el pasillo con aire descuidado, lo inspecciono con la mirada para averiguar dónde tiene las llaves. Sus manos están vacías. No puedo continuar con el chequeo porque me sortea hasta llegar a la puerta y cerrarla.

—Me alegro que hayas venido. Sé lo que vas a decir... no crees que me las quedase por equivocación así que voy a aclararte la duda. Sí, lo he hecho a propósito. Pero tiene un motivo. Quiero hablar contigo.

Suspiro profundamente mientras me siento en el sofá a la espera de lo que tenga que decir. Estoy harta de esta guerra absurda que no conduce a nada. Sergio interpreta mi acto como algo positivo por lo que comienza a hablar.

—Antes de nada quiero disculparme, no debí gritarte el otro día. Entiendo que quieras explicaciones, yo en tu lugar también las querría —toma una gran bocanada de aire y lo suelta lentamente—. Ninguno de mis amigos sabe a lo que me dedico, no es algo para ir gritando a los cuatro vientos y que te enterases no facilita la situación. La respuesta a tu pregunta, la del otro día, es no. No golpeo por diversión, ni tampoco lo hago para conseguir algo a cambio. Es más, ni siquiera golpeo siempre, soy más de dialogar pero cuando las cosas se ponen feas debo actuar. No puedo decirte mucho más, solo que esas personas realmente lo merecen.

—¿Y quién decide si lo merecen o no? Estamos hablando de la integridad de una persona.

—¿Y qué hay de la integridad de las personas a las que ellos hacen daño? Necesitan a alguien que las defienda —parece muy convencido de sí mismo.

—¿Y ese alguien eres tú?

—¿Y por qué no? —refuta. Habla con total seguridad sobre el tema.

Permanezco en silencio sopesando cada una de sus palabras. Golpea a las

personas porque ellos han golpeado a otras antes. Lo de «*ojo por ojo, diente por diente*» de toda la vida.

—¿No te das cuenta de que haciendo eso te conviertes en personas como ellas? Ellos golpean a otros y a cambio son golpeadas por ti. Por esa regla, alguien debería partirme la cara a ti también.

—No es lo mismo, Mireia. Nosotros lo hacemos para defender a alguien que es inocente.

—Así que te crees algo así como un *vengador*, pero en versión malote —intento poner un poco de humor en el asunto porque no me entra en la cabeza cómo puede dedicarse a eso.

Sergio sonríe. Una idea se va formando en mi mente y necesito aprovechar este momento para que salga. Lo necesito porque sé que una vez que zanjemos el tema, no volveremos a hablar nunca más sobre él.

—¿Por qué lo haces?

Me percato de cómo se remueve incómodo y sé que he acertado con la pregunta. No quiere responderla y eso solo hace que ansíe aún más la respuesta.

—No puedo permitir que hagan daño a gente inocente.

—Eso lo entiendo, en cierto modo. Pero, ¿de verdad lo haces únicamente por eso? Has llegado hasta aquí y no voy a juzgarte, cada uno es dueño de sus actos, Sergio. Todos tenemos mucho que callar.

Sergio parece pensarlo y se acomoda a mi lado en el sofá apoyando los codos en sus piernas mientras se coge la cabeza con ambas manos. Está nervioso, no quiero forzarle más a pesar de que deseo saber qué esconde. Permanezco en silencio, si quiere decirlo que lo haga. Si no, respetaré su decisión.

—Hace unos años me prometí a mí mismo no ser débil —su voz suena entrecortada—. No permitir que nadie me pisotee. Y de esta forma lo consigo, me respetan, saben que no soy alguien con quien jugar.

—Así que se trata de eso. Te encierras en una coraza y no permites entrar a nadie por miedo a que te hagan daño.

—Ya lo hicieron, Mireia. Y por eso no estoy dispuesto a que pase de nuevo. Fui un cobarde durante bastante tiempo, demasiado. Permití bastantes cosas mientras me cruzaba de brazos. Ahora todo ha cambiado y...

—Sí —le corté—. Y ahora eres tú el que hace daño.

—¿Es que no lo entiendes? Les hago pagar a aquellos que hacen daño.

—¡Haciéndoles daño! ¡Eres igual! ¿Acaso te sientes orgulloso de ello? Si de verdad crees que lo que haces es algo heroico, ¿por qué nadie lo sabe?

—No lo entiendes... —se levanta del sofá, frustrado. Yo me encuentro en la misma tesitura, no entiendo dónde quiere ir a parar, el porqué de sus actos y todo esto

empieza a crearme un fuerte dolor de cabeza.

—Pues no, no lo entiendo. No hace falta pegar a alguien para creerse osado. Basta con que tus actos no te conviertan en un cobarde —me levanto también.

—¡Pero es que lo soy! —suelta en voz de grito—. ¡Lo soy! No solo permití que me hicieran daño a mí —restriega sus manos por su cara intentando calmarse sin éxito—. Ni siquiera sé si está viva ahora... ¡Porque soy un maldito cobarde!

Estoy segura de que mi cara a palidecido por cómo se siente mi cuerpo en estos momentos. Sus gritos y su aspecto de desesperación hacen que comience a temblar. Abrazo mi cuerpo instintivamente para evitar hacerlo delante de él. ¿Si está viva? ¿Acaso hicieron daño a alguien a quien quería? Sergio vuelve a sentarse en el sofá, sus manos tiemblan. Me siento a su lado para infundirle ánimos. Tras varios minutos de silencio, comienza a hablar y no es necesario que haga más preguntas, lo cuenta todo.

## Capítulo 27

*Sergio*

Mis manos comienzan a temblar y sé que necesito calmarme para no dejarme llevar por un estado que me aterroriza. Los nervios me han llevado a contar más de lo que quería. Una parte de mí quiere que me mantenga en silencio; contar y rememorar esa noche no me hace ningún bien. Pero por otra parte siento... no, más bien necesito contárselo a alguien. Y sé que ese alguien es Mireia.

Puede que no comenzáramos con buen pie, incluso que me irritase en algunos momentos pero ahora que la conozco un poco más sé que es una chica en la que se puede confiar, aquella que en lugar de juzgarte intentaría entender por todos los medios el motivo, como está haciendo ahora. Fue capaz de enfrentarse a una *mole* humana para proteger a su amiga, eso le hace fiel y valiente. No ha salido despavorida al saber lo que hago, ni tampoco se está alejando de mí. Se ha sentado a mi lado del sofá para infundirme ánimos y eso es más que suficiente para que confíe en ella y comience a hablar.

—Una noche hace diez años estaba huyendo de unos compañeros de clase que querían darme una paliza y me metí en un portal para esconderme. En aquel lugar había una niña, ambos estábamos empapados por la lluvia. La niña estaba escondiéndose de alguien y cuando esa persona apareció y se la llevó a la fuerza, no hice nada. Me quedé quieto escuchando su llanto a lo lejos —cuento la historia sin mirarla. No me atrevo a hacerlo por miedo. De nuevo este sentimiento me azota con toda su fuerza.

—No hiciste nada malo —dice Mireia con un hilo de voz. La miro, preocupado, mi historia le ha afectado.

—Permití que le hiciesen daño, era solo una niña de ocho años. No te imaginas lo duro que es soñar cada noche con ella, que se repita la escena en mi cabeza más veces de las que desearía. Actué como un cobarde y la dejé sola.

—No podías hacer nada. Sergio —agarra una de mis manos y entrelaza sus dedos con los míos. Su calidez me tranquiliza poco a poco—, no tuviste la culpa de nada. Eras un niño, ¿qué podías hacer?

—Protegerla.

—¿De qué serviría protegerla en ese momento cuando aquella persona haría cada día de su vida un infierno?

—Pero no hice lo correcto. Me quedé quieto y eso me convierte en un cobarde —pensé que entendería cómo me siento pero estaba equivocado.

—Escúchame —suelta mi mano y acuna mi rostro entre sus manos. Intento apartarme, estoy cansado de que diga qué es lo correcto y qué no. Sus manos se aferran con más fuerza y pone mi cara frente a la suya, obligándome a mirarla—. Por mucho que te apartes vas a escucharme. Debes borrar esa percepción que tienes de ti mismo. Eras un niño, haber actuado hubiese sido peor porque aquella persona que se la llevó lo habría pagado con ella y el castigo sería mayor. No eres menos cobarde y más valiente por dedicarte a lo que haces, depende de tus actos en la vida. Todos cometemos errores, todos y me incluyo en el saco. Lo que hay que saber es cómo afrontarlos sin llegar al extremo. Huir de ellos nos convertiría en cobardes y enfrentarlos en fuertes, pero no se arreglan culpándonos o actuando de forma premeditada.

Miro atentamente sus ojos y en ellos veo un hilo de esperanza. Esperanza a que cambie, que no siga siendo el hombre que hace pagar los malos actos de los demás con golpes. No quiero engañarla, quiero ser sincero con ella para que no se espere nada de mí.

—Tienes razón, Mireia. Pero no por tus palabras voy a dejar de hacer lo que hago. Es un ancla para mí, me da fuerzas.

—¿Has pensado alguna vez qué pasaría si todo se volviese en tu contra? Si hubiese otra persona como tú que se dedicara a golpear a los que golpean, sea por un “buen acto” —crea las comillas con sus dedos— o por cualquier otro motivo. Saldrías herido y te adentrarías de nuevo en el bucle del que pretendes salir ahora.

Claro que lo he pensado innumerables veces, pero no es algo que quiero contemplar por el momento. Mi grupo me cuida la espalda por si algún día yo no puedo, con eso tengo suficiente.

Permanezco en silencio porque estoy agotado mentalmente. Entiendo que no es fácil para los demás oír que golpeo a las personas, aunque no es siempre, y que se vea como algo normal. De hecho no lo es, por eso lo mantengo en secreto. Pero solo aquellos que lo viven en primera persona conocen cómo es en realidad este mundo.

Mireia se levanta y se dirige hacia el mueble donde están sus llaves. Observo que se dirige hacia la puerta en silencio. No puede marcharse, no quiero que lo haga, necesito a alguien y esa es ella. No entiende lo que hago pero lo respeta y ha preguntado para entenderlo aunque haya sido en vano.

—No te vayas —sale de mi boca un poco brusco—. Por favor —digo esta vez más suave—. ¿Puedes darme un abrazo?

Mireia suelta sus cosas y se dirige hacia el sofá donde continuo sentado. Se sienta junto a mí mirándome atentamente y me pierdo en sus ojos, me transmiten tranquilidad. Ella me la transmite. Segundos después alza sus brazos y me rodea pero no estoy satisfecho así que agarro su cintura y la pongo sobre mi regazo. Ahora sí puedo abrazarla y sentir su calor. Coloca su cabeza en el hueco de mi cuello y con sus brazos rodea mi cintura.

Permanecemos en la misma posición durante minutos o quizá horas, el tiempo

parece no avanzar cuando estoy con ella y agradezco profundamente su compañía en este momento de debilidad. Es como un bálsamo para mis heridas.

—Gracias por no culparme —susurro.

—No soy quién para hacerlo —su aliento hace cosquillas en mi cuello—. Ya te he dicho que todos tenemos que callar. No soy quién para juzgarte me guste menos o más lo que hagas. Es tu vida y tú eres el único que puede dirigirla. Puede que no sea el rumbo correcto o puede que sí. ¿Quién sabe? En la vida cometemos muchos errores, demasiados, y somos los dueños de decidir si queremos aprender de ellos o no.

Tiene razón, tanta que incluso me hace pensar que ella esconde algo importante pero se me escapa. Y como ya hemos tenido suficiente por hoy, no hago más preguntas. Solo quiero quedarme así con ella durante mucho tiempo.

—Siento lo de tus llaves pero es que al tirar tu bolso sin querer, el muñecajo amarillo me ha llamado tanto la atención que la idea ha surgido sola.

—Es un *minion* —suena divertida.

—¿Un qué? Parece una patata radiactiva.

Ambos nos reímos y poco a poco recupero la confianza en mí mismo perdida hace unos instantes. Pero entonces recuerdo que antes de llegar hasta aquí no solo he molestado a Mireia sino también a su amigo. Me importa bien poco pero como sé que a ella no, opto por disculparme.

—Siento haber interrumpido vuestra reunión —prefiero llamarlo así a una cita—, tu amigo estaba que echaba humo por las orejas y no es de extrañar.

—No importa, se le pasó en cuanto te fuiste —alzando la cabeza para mirarme—. Además, deja ya de disculparte. ¿Lo haces siempre o solo es conmigo? —sonríe dulcemente y me derrite.

—Solo contigo —acaricio su mejilla—. Solo tú tienes ese poder, *blanquita*.

—Me alegra saberlo, *sonrisitas*.

—Vale, me está bien empleado. Pero que sepas que cada vez que David lo recuerda me llama de esa forma. Me ha traicionado cambiándose de bando.

—Yo no tengo la culpa de caerle bien —hace una corona de ángel encima de su cabeza y suelto una carcajada—. Es simpático y muy divertido, lo reconozco.

—¿Tengo que preocuparme? —intento fruncir el ceño a pesar de tener una sonrisa en el rostro. Puedo desconfiar de todos menos de Adri y David, así que estoy tranquilo. Además, no es como si Mireia y yo tuviéramos algo serio...

—*Mmm...* —duda durante unos segundos—. No sé.

Me encanta cuando sale a la luz su lado coqueto, es tan sexy y divertido que me derrite. Aprovecho que sigue en mi regazo y comienzo a hacerle cosquillas fingiendo estar molesto por su respuesta. Pero... ¡no tiene cosquillas ni en la barriga ni en las

axilas! ¿Pero qué clase de mutante es?

Recorro su cuerpo con las manos hasta que llegan a sus piernas y ¡sí! ¡Ahí sí tiene! Le hago cosquillas con cuidado y ella comienza a reír sin parar, intentando quitar mis manos de encima mientras se le escapan varias lágrimas. Nunca pensé que hacer cosquillas a alguien pudiese ser tan fascinante y divertido. Verla sonreír es como un subidón de alegría y vitalidad a mi cuerpo, daría lo que fuera por verla sonreír así cada día.

—Para —dice como puede entre las lágrimas y la risa—, para, por favor.

Le doy una tregua porque en realidad temo que se haga pis encima de mí, solo de pensarlo me entra la risa de nuevo. Ella me observa con una enorme sonrisa en su rostro, los ojos brillantes, las mejillas enrojecidas y el pelo alborotado. Está más preciosa que nunca.

—Estás roja como un tomate, pero me encantas —le doy un beso en la punta de la nariz. Ella me agarra el cuello con sus manos para acercar mi cabeza a la suya y me da un corto beso en los labios. Se aparta rápidamente y me mira con una mezcla de sorpresa y excitación.

Sin pensar en nada más que sus labios acerco mi boca a la suya y comenzamos a devorarnos. Nuestros labios se mueven con firmeza y nuestras lenguas se saborean primero lentamente para después aumentar el ritmo. Mis manos rozan la piel de su cadera que ha quedado al descubierto al subir las suyas a mi pelo, es suave y delicada como ella. Ascenden con parsimonia hasta llegar a su espalda y acerco más su cuerpo. Su pecho queda pegado al mío, siento cómo su piel arde bajo la ropa y se estremece con cada roce de mis dedos. Mireia abandona mi boca y dedica su atención a mi cuello, dejando pequeños besos y mordiscos sobre él. Cierro los ojos instintivamente. Joder. Unos mordiscos más y perderé la poca cordura que me queda.

A continuación sus manos se mueven hacia mi cadera, se adentran por debajo de mi camiseta y rozan la parte baja de mi vientre. Me estremezco de anhelo. La camiseta está empezando estorbar, me inclino hacia delante para que pueda quitármela y no tarda en hacerlo. La deja sobre el hueco libre del sofá y dedica una intensa mirada a mi torso desnudo. Sus ojos brillan de excitación, relame sus labios y no puedo aguantar más, me lanzo de nuevo a su boca como un hambriento.

Su camiseta no tarda en hacer compañía a la mía y decido abandonar el salón para estar más cómodos. Agarro su trasero con ambas manos para cargarla hasta la habitación y al llegar la tumbo sobre mi cama. Parte de su pelo queda extendido por ella y su imagen, su piel blanca y sedosa tumbada en mi cama sin camiseta y con los labios entreabiertos será un recuerdo que guardaré en mi memoria para siempre. Estoy seguro de ello.

Me quedo paralizado unos instantes mientras la admiro, su cuerpo es delgado, de aquellos que le faltan unos kilos pero para mí resulta muy atractivo, sus pechos son pequeños pero apetecibles y hermosos cubiertos por un manto de pequeños lunares que hacen contraste con su piel.

Ante mi tardanza, Mireia se incorpora tomando mi mano y comienza a besarme de nuevo. Me gusta que tome las riendas porque, aunque haya hecho esto más veces, me he paralizado por un instante.

Poco a poco nuestros cuerpos se van despojando del resto de prendas hasta quedar completamente desnudos, piel contra piel. Acaricio todo su cuerpo y ella el mío, nos besamos, adorándonos con las manos y los labios, y nos devoramos hasta no poder más.

Y entonces descubro que la forma que tiene de susurrar mi nombre en un momento tan íntimo es lo más hermoso que he oído en toda mi vida. Ella lo es.

## Capítulo 28

*Mireia*

Después de cenar con Sergio me marché a casa con la seguridad de tener las llaves en mi poder. Nuestra relación de... amistad, supongo, ha dado un giro de ciento ochenta grados. Aún no puedo creer que hace unos días estuviéramos gritándonos y horas atrás hayamos compartido un momento tan íntimo.

Si me llegan a decir cuando iba hacia su casa echando humo por las orejas que acabaríamos así, me hubiese carcajeado en su propia cara. Sin embargo esta tarde el destino me ha demostrado que no se puede predecir absolutamente nada y que dejarse llevar por los sentimientos es lo más valiente y a la vez arriesgado que se puede hacer en la vida.

Esta tarde Sergio se ha abierto a mí como jamás pensé que lo haría. Me ha contado más de lo que pretendía, estoy segura, y ha dejado salir sus sentimientos a flote. A pesar de saber a lo que se dedica sé que es una buena persona.

Cuando ha comenzado a contar la historia de aquella niña me ha costado muchísimo no echarme a llorar, es un recuerdo muy triste que no solo está grabado en su mente sino también en la mía. Aquella fue la primera vez que a Javi se le fue la mano y me golpeó. Fue algo leve, apenas dejó una marca en mi rostro cuando soltó el bofetón, las mejillas me ardían y mis lágrimas se negaban a parar.

Me culpaba de estar a esas horas de la noche a solas con un chico mayor y tras intentar hablar más de una vez, me cansé y le empujé contra la pared por pura frustración. No tenía mucha fuerza pero sí la suficiente para moverlo unos centímetros. Entonces sus ojos se convirtieron en fuego y me dio el primer golpe. Estaba tan aterrorizada que me arrepentí como una tonta haberle enfrentado, era una niña y no podía olvidar dónde estaba mi posición frente a él.

Con los años fui creciendo y descubrí que no está mal defenderse sino todo lo contrario, te ayuda a crear seguridad en ti mismo, te fortalece. Es por eso que en cierto modo puedo entender la tesitura de Sergio. No lo comparto, golpear a alguien me parece algo burdo y cruel, pero lleva tanto tiempo encerrado en sí mismo creyendo que es un cobarde que dudo que pueda salir de ese pozo en el que está metido. Ojalá lo consiga. Necesito que lo haga, necesito que se dé cuenta que se puede ser fuerte sin dañar a los demás.

Sé que podría haberle contado que aquella chica era yo, pero prefiero callar por el momento porque eso supondría dar más detalles sobre aquella noche y sobre Javi que aún no estoy preparada para dar. Algún día, algún día...

En cuanto llego a casa tomo una larga ducha y me relajo con un buen libro hasta

quedar profundamente satisfecha y dormida. Ha sido un día con muchas emociones.

*Tres semanas más tarde...*

Aún estoy en la cama cuando recibo varias llamadas de las chicas, están impacientes por quedar para tomar algo en un sitio tranquilo. Tras lo sucedido con Luis hace ya tres semanas no hemos vuelto a tener noticias sobre él y Laura ya está más tranquila. Parece ser que estar con Adri ha dado cierta seguridad a su vida porque no la escucho nada preocupada cuando me llama. Al contrario, está muy entusiasmada.

Como prometí a mi madre ayudarle con unas compras y además Javi y Robert van a venir a comer en casa, la cita con las chicas se pospone para el día siguiente. Estar con Sergio y hablar de aquella noche me ha ayudado a recordar los momentos débiles con mi hermano y me prometo a mí misma seguir como hasta ahora, impasible ante su presencia pero ante todo, sin miedo.

Al recordar a Sergio sonrío instintivamente. Desde aquella tarde nos hemos visto casi todos los días. Aún no hay nada definido entre nosotros y lejos de asustarme, me alegra. No quiero ponerle nombre, al menos todavía. La conexión que tenemos es especial y lo pasamos muy bien juntos. Vemos películas, charlamos, comemos juntos, salimos a tomar algo, incluso queremos ir a la feria de un pueblo cercano los próximos días. También hay muchos besos en cada uno de nuestros planes y en ocasiones estos desembocan en otras diversiones. Sergio puede llegar a ser una verdadera tentación.

Nuestros amigos no saben nada y aunque me siento mal por las chicas, creo necesitamos este pequeño tiempo de descanso para nosotros. Estoy segura de que lo entenderían, aunque Adri... es harina de otro costal.

La hora de la comida llega y por suerte los chicos se muestran alegres con mi madre dejándome en paz. Robert ha intentado meterme en la conversación varias veces pero he sabido cómo librarme de ello con escuetas respuestas. Sin embargo Javi no se ha dirigido a mí en ningún momento, tan solo me miraba fijamente cuando hablaba. No sé qué mosca le habrá picado y prefiero no saberlo. El *modo off* de su carácter despierta mi buen humor y eso consigue que el día pase volando.

Tras la décima clase de conducir y con una sonrisa en la cara por mis avances, camino hacia la heladería en la que he quedado con mis amigas. Hemos escogido este lugar porque nos chiflan los helados artesanales que hacen. Mi favorito es el de *conquitos* porque en su interior vienen montones de bolitas. ¡Qué bueno! Solo de

pensarlo se me hace la boca agua y acelero el paso para llegar cuanto antes.

—¡Hola, chicas! —Rocío aparece al mismo tiempo que yo y pedimos. Acabamos con una variedad de cuatro helados que por supuesto probamos todas. Algunas personas pueden pensar que meter la cucharilla en el helado de otra es una guarrada pero como ninguna de nosotras somos escrupulosas y llevamos haciéndolo desde pequeñas. Por aquel entonces incluso metíamos los dedos, algo peor. Nos importa bien poco.

—¡Dios, qué bueno! —Ester saborea su helado de cereza con pequeños trozos de la misma—. Contadme, ¿qué tal vuestra semana? Bueno, mejor vuestras semanas porque no hay quien coincida con vosotras.

—Lo sé pero he estado ocupada, lo siento. Esta semana ha sido muy aburrida, Pablo me ha hecho ver toda la saga de *Star Wars* en unos días. Estoy tan agotada mentalmente que cierro los ojos y veo espadas láser —suelta un suspiro.

—Guay, me gusta esa saga —interviene Laura—. La mía bien, he pasado algunos días con Adri y otros con mis padres. Este año quieren ir de vacaciones a casa de mi hermano pero no me apetece. Aunque al final iré, siempre lo hago.

Las chicas me miran a la espera de que cuente algo y siendo sincera no sé qué hacer. No soy de aquellas que cuentan sus intimidades a fondo pero tampoco de las que esconden cosas a sus amigas. O sí... si tenemos en cuenta los encontronazos con Javi.

—A ti te ha pasado algo —Ester frunce el ceño—. Desembucha. ¿Qué ha sido? ¿Te ha pasado algo con tu hermano?

—No, ¿no ves la cara radiante que tiene? —comenta Laura—. Ha tenido que ser algo más fuerte.

—Más fuerte en el buen sentido —contesta Rocío pensativa—. Ya sé, te has comprado aquel libro que tanto querías. No, no. Has conocido a alguien. Un bibliotecario al comprar el libro que querías.

—¿Pero qué dices, tía? Estás desvariando, ha tenido que ser... —interviene Ester.

—¿Hola? Por si no os habéis dado cuenta estoy aquí —suspiro. Ahora, mientras estoy frente a ellas quiero contarle todo. Como han dicho me siento radiante y me encantaría compartir este instante de felicidad con ellas pero ¿cómo se lo tomarán? Quizá puedo tantear el tema—. Puede que haya conocido a alguien.

—¿Puede? ¿Cómo que puede? ¿Conoces a alguien que te gusta después de tanto tiempo y dices puede? —Ester y su impaciencia.

Me río y solo consigo despertar más curiosidad en mis amigas. ¿Qué hago?

—Vale. Sí, he conocido a alguien. Y me gusta.

—¿Y te quedas tan ancha? —Laura frunce el ceño—. Cuenta algo más, mala amiga.

No puedo remediarlo y comienzo a contarles algunos detalles como que lo conozco desde hace poco, me gusta mucho, es simpático aunque con humor cambiante a veces y sus besos me vuelven loca. Ester me pregunta si ya hemos intimado, aunque con palabras mucho menos suaves, evidentemente. Cuando llegan las esperadas preguntas sobre su nombre o aspecto me muestro reticente aunque eso no las frena, ellas insisten una y otra vez.

—Está bien —alzo las manos para calmarlas antes de soltar la bomba—. Pero debéis prometerme que no contaréis nada, os lo cuento a vosotras porque sois mis mejores amigas. Y como alguna es de boca grande —miro a Ester—, aviso con antelación. Lo conocéis.

—¡Es Álex! —grita Ester.

—Ha dicho que lo conoce desde hace poco, así que no puede ser él —dice Rocío pensativa. De pronto alza su dedo índice como si hubiese tenido una idea pero más bien parece que le va a caer un donut del cielo, como aquel anuncio de hace años—. Sergio.

Bingo. Lo que me sorprende es que no lo haya adivinado antes, no se le escapa ni una. Asiento con la cabeza y paseo la mirada por cada uno de los rostros de mis amigas. Puedo ver alegría por parte de Rocío, una mirada pícara de Ester y sorpresa en la de Laura.

—Vaya. Eso sí que no me lo esperaba —parece aturdida.

—¿Crees que Adri se enfadará mucho? ¿Lo estás tú? —sabía que a Adri no le gustaría saberlo pero no había pensado en mi amiga.

—¡Qué va! Por mí no tienes de qué preocuparte, Adri me ha hablado cosas geniales sobre él y me parece estupendo que tengáis algo. En cuanto al cabezón de mi novio, no te preocupes también, no permitiré que se meta donde no lo llaman. Sois mayorcitos y podéis hacer lo que queráis sin pensar en nada que no sea vosotros mismos.

—Gracias —le doy un abrazo y las demás se unen como si fuésemos los *Teletubbies* en el momento de “abrazo fuerte”.

Seguimos tomando nuestros helados hasta que horas más tarde decidimos marcharnos. Hemos hablado de todo un poco y cuando terminamos me doy cuenta de la enorme falta que me hacía pasar un rato así con mis amigas. Como en los viejos tiempos, como siempre.

A la mañana siguiente recibo un mensaje de texto de Álex contándome la fiesta que tuvo la noche pasada y lo mal que se encuentra ahora mismo. Sus padres se han ido de viaje y así que ahora se encuentra solo y desvalido. Hago una llamada para hacer de buena amiga-enfermera y llevarle algo para comer y algunos medicamentos. Veinte minutos más tarde estoy en su casa.

—¡Vaya asco de cara! —suelto en cuanto abre la puerta. Tiene muy mal aspecto, está pálido, ojeroso y tiene el pelo alborotado.

—Gracias, para qué tener enemigos teniéndote a ti.

—¿Verdad que sí? —sonrío—. Lo primero que vas a hacer es darte una ducha mientras te caliento lo que te he traído —me observa atentamente pero no se mueve—. ¡Ahora!

Me dirijo hacia la cocina para calentar un poco de caldo de pollo que he traído. Sé que en pleno julio tendrá ganas de tirármelo a la cabeza pero es lo mejor para reponer el estómago. Una vez sale de la ducha le obligo a que se tome todo el líquido así como unos cuantos medicamentos.

—¿Te apetece ver una peli? —intento animarlo una vez se ha terminado todo el plato. Ha costado mucho, creo que me he hecho vieja con cada cucharada.

—Elige la que quieras. Bueno no, la que quieras no. Si veo una vez más *Crepúsculo* creo que mutaré a hombre lobo. Ya noto hasta la fiebre del comienzo, con eso lo digo todo.

—Los vampiros molan más —soy una fanática de esa saga. Adoro a *Edward Cullen*, no lo puedo evitar—. Además no tienes aquí la película.

—Menos mal.

Al final escojo una comedia que nos hace partiros de risa. Poco a poco la cara de mi amigo va recuperando el color y en cuanto termina la película se lo hago saber, es un presumido y seguro que le gusta saberlo.

—Eh, ya tienes mejor cara —dejo el mando a distancia sobre la mesa y me siento de lado en el sofá para poder mirarlo mejor.

—Gracias, de verdad. No sé qué habría hecho sin ti. Ven, dame un abrazo.

Nos fundimos en los brazos del otro, su cuerpo ha recuperado la calidez. Cuando nos separamos sus manos no se apartan de mi cintura, nos observamos fijamente y sonrío. Mi amigo vuelve a ser el de antes.

Él me la devuelve y acerca tan rápido su rostro que apenas puedo reaccionar cuando sus labios presionan los míos con fuerza. ¿Álex me está besando? No puede ser... Cuando siento que su mano se mueve para posarla en mi cabeza algo en mi mente reacciona y me aparto bruscamente. Me levanto del sofá sintiéndome de repente incómoda a su lado.

—Lo siento —se levanta con rapidez y se marea al hacerlo por lo que regresa al sofá con cuidado—. No sé qué me ha pasado. Te he visto tan cerca y hueles tan bien... No lo he podido evitar.

—Pero tú... O sea a mí... —las palabras salen de mi boca de forma atropellada, no puedo pensar con claridad. Álex es mi amigo, siempre lo he considerado y tratado como tal. No quiero que crea que le he infundado esperanzas con cada acto desinteresado.

—No. O sea sí pero no como piensas —está nervioso—. A ver, me gustas, ya te lo dije. Te quiero como amiga, aunque no vas a negar la tensión que se palpa entre nosotros.

—No hay tal tensión. No al menos por mi parte, lo siento si te he dado a entender eso.

—De acuerdo, no importa. Pero no quiero que nuestra relación cambie ahora por esto —su mirada me suplica.

—Está bien. Te creo —y realmente lo hago. Conozco a Álex y cada día está con una chica diferente así que no querría esto conmigo. Ni con nadie.

Permanezco en su casa una hora más mientras hablamos de cosas sin importancia pero mi mente no deja de recrear el beso. Me siento inquieta y extraña. Una vorágine de pensamientos sacude mi cabeza una y otra de tal forma que decido marcharme para tomar el aire. Mis pies toman vida propia, quiero llegar a casa pero... Antes debo hacer algo.

## Capítulo 29

*Mireia*

Toco el timbre con los nervios a flor de piel. La puerta se abre y al otro lado aparece la persona que ocupa mi mente la mayor parte del tiempo. Parece sorprendido y no es de extrañar, mi visita es toda una sorpresa hasta para mí.

—¿Mireia? ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo, estás bien? —su voz denota preocupación.

—Sí, no ha pasado nada tranquilo. ¿Puedo pasar? —aún estamos en la puerta.

Sergio se hace un lado y nos adentramos juntos al interior hasta llegar al salón. Se da la vuelta y me enfrenta. Me mira expectante. Intento mirar hacia otro lado para tranquilizarme pero su camiseta negra de manga corta me pone más nerviosa. ¡Pero qué bien le sienta ese color! Por no hablar de esos pantalones que lleva... Carraspea y dirijo la mirada hacia sus ojos. ¿Por qué he venido? Ah, sí, ya sé.

—Verás, he estado pensando en estas semanas, en ti y en mí...

—En nosotros —aclara con firmeza.

—Sí, en nosotros. Y bueno, tengo una duda. Eso de nosotros... —titubeo— ¿hasta qué punto podemos hablar en plural? Quiero decir, hasta hace un momento no sabía que hablábamos en plural.

Sergio está analizando mis palabras, puedo escuchar desde aquí cómo se mueven los engranajes de su cabeza.

—Me he perdido. Sé más clara, por favor.

—Lo que quiero decir es que lo que ha pasado estas últimas semanas entre nosotros demuestra algo, ¿no? Que tenemos algo. Tú y yo. Pero, ¿ese algo es solo de nosotros dos o quizá de más personas? —de nuevo me estoy yendo por las ramas. Malditos nervios.

—A ver si lo he entendido. Quieres decir que si lo que tenemos es algo serio como para ser de nosotros dos o si por el contrario puede haber más personas en nuestra vida con las que tener lo mismo que tenemos nosotros. Lo que llaman *exclusividad*, ¿cierto?

—Sí.

—Pensaba que no hacía falta hablar de eso pero ya veo que sí. Por lo que a mí respecta no quiero compartir con nadie más mi vida mientras estoy contigo, llamémosle amistad o lo que sea. ¿Tú sí? —frunce el ceño.

—No. Opino como tú. Debes entender que esto es nuevo para mí. Sí, he tenido uno o dos *rolletes* pasajeros pero no han pasado de unos días así que no me he tenido que preocupar por eso. Pero siento que lo que hay entre tú y yo es distinto, y no sé si para ti también lo es.

—Ya sabes mi opinión. Ven —tiende su mano y la tomo sin pensar. Nos sentamos en el sofá, uno frente al otro—. Ahora cuéntame, ¿qué ha pasado para que hayas tenido que venir hasta aquí y decir todo eso?

—Álex me ha besado —suelto a bocajarro. Si lo mantengo dentro de mí mucho más tiempo es probable que me dé urticaria—. Y me he sentido culpable porque en todo momento he creído que estaba engañándote de alguna forma.

—¿Te ha besado u os habéis besado? Son cosas distintas —Sergio sigue aferrado a mis manos pero noto que su cuerpo está tenso.

—Me ha besado. He tardado unos segundos en reaccionar, lo reconozco, pero porque no me lo esperaba. Después me he apartado y me ha explicado no sé qué cosa de la amistad y la tensión sexual y poco más recuerdo porque estaba en shock. Somos amigos desde hace años, no pensé que...

—¿Que podría besarte? —termina la frase por mí. Niego con la cabeza dando respuesta a su pregunta—. Pues yo sí. De hecho me extraña que no haya sucedido antes —lo miro con el ceño fruncido. ¿A dónde quiere ir a parar? ¿Está defendiendo a Álex?—. Eres simpática, buena, inteligente y preciosa aunque admito que tus silencios a veces me matan. Y lo mejor de todo es que cuando creo conocerte me sorprendes con algo nuevo. Es por eso que no he podido evitar fijarme en ti y me encantas. De verdad. Dicho esto —coge aire—, quiero que lo intentemos.

Después de su discurso me siento un poco mareada. Iba con una perspectiva en mi cabeza totalmente diferente, algo como que no teníamos nada serio o que Álex no le gusta como amigo por besarme o cosas así que suelen suceder en los libros. Pero por el contrario me dice que lo entiende y con la tranquilidad de una persona que está haciendo *yoga* me dice que lo intentemos. A decir verdad en estos momentos mi cara debe ser un cuadro de *Picasso* porque estoy flipando.

—¿Mireia? —Sergio llama mi atención y dirijo mi mirada a su rostro. Sus ojos brillan de emoción y me doy cuenta de que va totalmente en serio—. ¿Me has escuchado? —Asiento con la cabeza—. ¿Entonces?

—No me esperaba nada de esto —digo con sinceridad—. Esto va rápido, Sergio. Hace unas semanas nos estábamos gritando, después pasamos a otro plano y ahora... Ahora no sé.

—Entiendo que estés aturdida con lo que te he dicho, te aseguro que no estaba en mis planes tener una relación. Ni siquiera lo estaba buscando, hace años que no tengo una pero siento que contigo podría funcionar y no quiero después quedarme con la incertidumbre del «¿qué habría pasado si...?».

—Pero no me conoces, Sergio. No como crees conocerme. Apenas hace unos

meses que nos conocemos y no tuvimos un buen comienzo.

—Lo sé pero, ¿por qué no intentarlo? Desde que no nos tiramos al cuello del otro todo va sobre ruedas. Y con respecto al otro día... no he dejado de pensar en ti y con cada parte que me das de ti misma descubro que quiero más. Necesito más y desearía que estuvieses dispuesta a dármelo.

—¿Dónde está el *chulo perdonavidas* de la historia? —En serio, en toda historia juvenil está el típico chico que no quiere una relación ni aunque se lo recete el médico... ¿Dónde está? Sergio me observa como si tuviera tres cabezas, no entiende a qué me refiero—. Nada, cosas mías.

—Escucha, no tienes por qué darme una respuesta ahora. Piénsalo todo el tiempo que necesites y cuando lo tengas claro, sea para bien o para mal, dímelo. Si quieres podemos intentarlo unos días, ver cómo funciona entre nosotros la relación, si estamos dispuestos a dar el uno al otro. ¿Te gusta más esa idea?

—En unos días no se puede probar nada, Sergio —es cierto. Los primeros días de toda relación suelen ir bien en la mayoría de los casos.

—Vale, entonces piénsatelo a secas. Sin nada más.

—¿De verdad quieres meterte en una relación con todo lo que supone?

—Contigo, sí. Me van las locuras —sonríe.

La forma en que me mira transmite ternura y esperanza. No sé si esto es una locura, el mejor paso de toda mi vida o el peor error pero por extraño que parezca quiero intentarlo. Aunque me frena el pasado... Estar con Sergio supone abrir las puertas de mi vida, dejarle entrar y remover todo a su paso. Puede salir bien, quiero decirme eso a mí misma pero con un hermano soberano y un novio rudo, no puede salir bien. Es imposible, es un hecho. Puede que algún día me arrepienta, pero mientras mi vida siga así, no puedo tomar otra decisión.

—Vale, intentémoslo.

Sí, sé qué hace un momento estaba pensando totalmente lo contrario pero, ¿a quién hacer caso? ¿A la cabeza o al corazón? A veces es mejor no pensar y en su lugar, sentir. Y eso he hecho yo, sentir. Lo que siento por Sergio me asusta pero también me gusta. Al igual que él, necesito más; más besos, más caricias, más abrazos, más cariño... Y sé que él puede dármelo.

—Sé que me arrepentiré de preguntártelo pero, ¿estás segura? Puedes pensártelo con más detenimiento si quieres.

—No, estoy segura. En esta vida solo he hecho pensar todo el tiempo en las consecuencias de forma precipitada, siempre adelantándome a lo que pasará. Y me doy cuenta de que están pasando los días por ello... No puedo permitirlo, ya es hora de que haga lo que realmente quiero, dejar que mi corazón decida y no mi mente porque si no estoy perdida. Quiero intentarlo, no te aseguro que salga bien pero como dices no perdamos la oportunidad. Hay muchas cosas que no conoces de mí, muchas,

pero quiero compartirlas contigo poco a poco y que estés ahí cuando me caiga y cometa errores.

—Por supuesto, estaré aquí siempre.

Su respuesta me infla el corazón de felicidad cual pez globo y sin previo aviso me lanzo a sus brazos. Comenzamos a besarnos con desesperación, aunque este no es el primer beso que nos damos, se siente como tal. El primero de muchos, el primero como algo más que amigos, el primero como pareja.

El beso va en aumento y pronto nos encontramos en la habitación, Sergio sentado sobre la cama y yo a horcajadas sobre él. A diferencia de nuestro beso hambriento, nos quitamos las camisetas con lentitud mientras nos acariciamos y besamos toda la piel que va quedando al descubierto. Cuando él desabrocha mi sujetador y lo tira al suelo, escucho un ruido.

—¿Has escuchado eso? —mi oído se agudiza pero no escucho nada más.

—No. Habrá sido algún vecino —besa mi cuello mientras acaricia mis pechos con ambas manos.

Cierro los ojos ante el contacto y siento unas ganas inmensas de besarlo. Agarro su nuca y lo acerco hasta quedar nuestros pechos muy pegados. Noto la dureza del suyo contra el mío y me calienta aún más.

—¡Hostias! —dice de pronto una voz familiar.

Sergio reacciona rápido y se levanta conmigo aún a horcajadas hasta dar la espalda a la aparición de forma que no se vea mi semidesnudez.

—¿Qué coño haces aquí? —Sergio está notablemente enfadado.

—Habíamos quedado, joder. ¿Crees que si hubiese sabido que estabas ocupado habría venido? Por mucho que las vistas sean excitantes...

—¿Quieres dejar de mirar? —Sergio lo reprende.

—Os espero en el salón —dice y se marcha devolviéndonos parte de la intimidad robada.

Sergio coge mi sujetador del suelo y me lo tiende, me lo pongo rápidamente al igual que la camiseta.

—¿Habías quedado con David?

—No me acordaba, se me ha ido de la cabeza —contesta avergonzado mientras se rasca la nuca.

—Está bien, salgamos antes de que entre otra vez.

David se encuentra sentado en el sofá con una pierna sobre la otra. Esa pose de despreocupado hace que derroche sensualidad por todos sus poros. Es atractivo, muy atractivo pero muy inoportuno. En cuanto nos ve aparecer dirige una mirada a mis pechos, ¿cuánto habrá visto? ¡Qué vergüenza!

—Deja de mirarle las tetas, ¿quieres? Córtate un poco —Sergio se acomoda a su lado y yo decido coger una silla pero entonces él ve mis intenciones y me sienta sobre sus rodillas como una niña con Papá Noel.

—Eh, si estás empalmado y no has podido darle salida no lo pagues conmigo, no haberme dado las llaves. Sabías que vendría.

—Ha sido mi culpa, he venido sin avisar y no sabía que habíais quedado — intento excusarme.

—Calentón de última hora, ¿eh? —sonríe pícaro.

—¿No sabes cuándo cerrar la boca?

—¿Y tú cuándo cerrar la bragueta?

—Capullo —comienzan a perder los nervios.

—Seré un capullo pero por lo menos yo no estoy frustrado sexualmente en este momento.

—Oh, por favor, ¿podéis dejar ya el tema? Empiezo a sentirme incómoda. Aún más, si es posible —intento zanjar el tema.

Sergio sonríe disculpándose. A mí también me fastidia la interrupción pero no importa, en otro momento será. Ahora somos pareja, ¿no? Tenemos todo el tiempo que queramos para disfrutar el uno del otro. Me dispongo a marcharme cuando David se ofrece a invitarnos a cenar para compensar el “momento perdido”, como él ha preferido llamarlo. Acepto para poder pasar un rato más con Sergio.

—Así que lo vuestro, ¿va en serio o es un simple calentón? —comenta David con la boca llena de tallarines chinos. Sergio le dirige una mirada asesina pero intento no darle más importancia, cuanto antes le conteste, antes se callará.

—Va en serio —dejo caer.

—¿Desde cuándo?

—Desde minutos antes de que llegases y lo jodieses —interviene Sergio serio—. Por cierto, me vas a devolver las llaves.

—Que yo sepa no he jodido a nadie y tú tampoco —suelta una carcajada, ignorando el resto de la frase—. Y dime, ¿qué le has visto a este para acceder a tal cosa?

—¿Quieres dejarla ya en paz?

—Cállate, estoy hablando con mi amiga —dirige toda su atención a mí.

—Lo conoces mejor que yo, sabes por qué estoy con él —punto y final, se acabó el tema.

—Entiendo, una menos en el mercado. ¿Qué me dices de tus amigas?

—Solo queda Ester y no le interesas —alzo los hombros.

Seguimos hablando de todo un poco y tras la cena David insiste en tomar unas copas en casa. Desde que hemos dejado el tema de la interrupción y nuestra relación, la conversación ha sido fluida y divertida. Es de esas personas con las que se puede hablar sobre cualquier tema con opiniones en su mayoría plausibles. Como diría Ester: «*un tío sexy con coco*».

Una hora más tarde y tres o cuatro frases de «*la última y me voy*», me estoy riendo hasta de mi sombra y David de la suya.

## Capítulo 30

*Sergio*

«*Van a acabar como una cuba*», pienso una y otra vez mientras observo cómo beben una copa tras otra. Mireia ha dicho en varias ocasiones que se marcha pero David la convence para una última y ya van cuatro o cinco últimas. Menos mal que las copas no van muy cargadas sino ahora mismo ambos estarían con un coma etílico.

Me alegra tenerla aquí conmigo pero no que David haya acaparado toda su atención. Yo también he bebido una copa para poder conducir después y llevarla a casa pero en el estado que está, estoy seguro de que su madre la matará. Cojo su teléfono móvil llevando al traste una de las bases principales de la pareja: privacidad personal. Pero necesito enviarle un mensaje de texto a su madre para que no la espere, omitiendo que dormiré conmigo, sino con Laura.

Escucho un sonoro golpe y alzo la vista del aparato para ver a David tirado en el suelo, carcajeándose. Se acabó, la noche ha terminado. Terminó de escribir el mensaje de texto y me dirijo hacia Mireia que se está riendo a lágrima viva. La tomo en brazos para llevarla a la cama, acomoda su cabeza en la curva de mi cuello. Su aliento me hace cosquillas.

—A dormir —miro a David para que se vaya a la habitación de invitados. Sé que le costará llegar hasta allí pero si es capaz de emborracharse, que asuma después las consecuencias.

Mireia sigue riéndose cuando la deposito en la cama. Le quito la camiseta y los pantalones y le pongo el mismo conjunto de la noche que se quedó a dormir tras la fiesta con su amigo. Recordar aquel momento hace que piense en el beso que se han dado. O más bien el que él le ha dado a ella. Era de esperar, sí, pero confirmar las intenciones de su amigo me sientan igual que tener almorranas en este instante.

Quizá ese era el empujón que necesitaba para decidirme acerca de una relación de pareja. Lo admito, estaba asustado porque pensaba que Mireia querría estar con alguien más y dejar nuestros encuentros a un lado; por eso he actuado rápido, por miedo a perderla. Pero no pensaba que dijese que sí, no al menos al momento. Y ahora soy un chico con pareja, estoy con Mireia y si bien no pensaba que nuestra primera noche como pareja oficial fuese así, doy gracias por tenerla en mis brazos en este instante.

—Ahora descansa, cariño —el apodo sale solo de mi boca y me gusta. Le doy un beso en la cabeza y ella se acurruca a mi lado. Segundos más tarde cae profundamente al sueño donde le acompaño al instante.

A media noche me despierto sudando y con el corazón martilleando mi pecho. He tenido una pesadilla, la misma de siempre solo que esta era más viva y real. Primero la niña me miraba con esos ojos tan intensos, después su rostro se transformaba en el de Mireia y me decía «ayúdame». Intentaba hacerlo pero ella cada vez estaba más lejos y mis pies anclados al suelo; cuando casi no la veía por la lejanía, escuché cómo su voz gritaba: «cobarde».

Seco el sudor de mi frente con el dorso de la mano y observo a Mireia que sigue durmiendo plácidamente. Sé que apenas llevamos unas horas juntos pero no puedo perderla, no como hice con aquella niña. Y tampoco permitiré que le pase nada malo, antes tendrán que pasar por encima de mi cadáver. La abrazo por la espalda hasta pegarla contra mi pecho. Se acomoda y su boca emite un ruidito de satisfacción. Así, cerca de ella, me siento tranquilo y poco a poco mi corazón se estabiliza hasta quedarme dormido.

—Buenos días. ¡Joder! ¿Por qué dejaste que bebiera tanto? —dice David con mal aspecto.

Estoy en la cocina preparando café y unas tostadas para el desayuno. Mireia sigue dormida, aún es temprano, pero a David le está pasando factura haber bebido tantísimo. Es raro porque el alcohol no suele sentarle tan mal.

—Eres mayorcito como para que te diga lo que tienes que hacer.

—La culpa la tiene tu... lo que sea. Bebe como un *cosaco* —se entromete en lo que estoy haciendo y roba una loncha de jamón cocido.

—La culpa la tienes tú por convencerla a quedarse. Y es mi novia, asúmelo —lleno tres tazas de café.

—¿Estás seguro de eso? Quiero decir, me parece guay pero te estás metiendo en un jardín... No sé qué te habrá dicho para que aceptes pero...

—He sido yo —lo enfrento—. Le pedí que lo intentásemos e incluso dudó. Ya sé lo que piensas, que me ha metido cosas en la cabeza y por eso he aceptado. Te equivocas, Mireia se ha convertido en una persona muy importante para mí. No estoy hablando de amor infinito, me gusta muchísimo y ha sido cuestión de pocas semanas. Pero cuando estoy con ella siento una conexión inexplicable, me siento feliz y con ninguna chica he sentido tanto en tan poco. Quiero comenzar algo con ella y si después sale mal no podré decir que no lo intenté.

David parece sopesar mis palabras, después asiente con la cabeza pero rápidamente se la agarra con las manos quejándose del dolor. Es cierto todo lo que he dicho, puede que parezca algo precipitado pero los momentos compartidos con ella, buenos o malos, nos han acercado tanto que apenas logro quitármela de la cabeza.

Mireia se despierta minutos más tarde con el estruendo que David forma en la cocina al sacar una sartén para tomar *bacon* a la plancha. Juntos desayunamos en silencio, la conversación brilla por su ausencia y es que cualquier palabra martillea en

la cabeza de David con fuerza. Mireia no parece estar del todo mal, se ha tomado varias pastillas en el desayuno y poco a poco va recuperando la normalidad a su cansado cuerpo.

Cuando mi amigo se marcha la convengo para que se quede un rato más y disfrutar a solas. Acepta y nos pasamos todo el día en el sofá viendo películas, comiendo, charlando y también comiéndonos a besos a cada instante. Estar con ella de esta forma es increíble y temo que la burbuja que estamos creando se desinfle. Espero que cuando se marche, todo siga estando igual aunque, ¿por qué iba a cambiar?

Días más tarde la burbuja de felicidad se ve zarandeada por la visita inesperada de mi madre. Y cuando digo inesperada me refiero a qué hace un sábado a las 8 de la mañana tocando el timbre de casa. Sé lo que pretende, quiere pillarme desprevenido y así no tener excusa si me pilla con las manos en la masa y no preferiblemente con una mujer. Tras preparar tranquilamente un café, se sienta en el sofá y suelta la bomba.

—Voy a casarme.

—No sabía que tenías pareja —me sorprendo.

—Antes de decirte con quién, quiero que me prometas que vas a ser tolerante.

—Lo intentaré, mamá —si dice eso, es que el asunto de la boda es más fuerte de lo que creía.

—Tendrás que hacerlo porque no hay vuelta atrás. Estamos muy felices y queremos compartir lo que queda de nuestras vidas.

Respiro profundamente antes de perder los papeles. ¿Lo que queda de nuestras vidas? Se divorcia de mi padre años atrás para poder vivir la vida y ahora quiere volver a comprometerse. No lo entiendo.

—¿Quién? —permanezco serio.

—Con Jairo.

—¿El amigo de papá? —asiente. Ahora sí que lo he visto todo. ¿Cómo puede hacerle esto? ¿Está loca? ¿Desde cuándo están juntos? Una idea que no me agrada en absoluto recorre cada recoveco de mi cabeza.

—¿Desde cuándo? —mi madre comprende mis intenciones de inmediato.

—Si lo que estás insinuando es que engañé a tu padre con él, la respuesta es no. Tu padre y yo teníamos nuestras diferencias pero jamás le haría algo así.

—Te vas a casar con uno de sus mejores amigos, ¿eso no es hacerle algo así? ¡Por Dios, mamá, son como hermanos! —me echo las manos a la cabeza y acaricio mi pelo. Tranquilízate, me repito una y otra vez en un intento de no perder los papeles—. ¿Lo sabe?

—No. Es por eso que he venido hasta aquí, a darte la noticia y a que me ayudes a contárselo. Si estás de mi parte puede que se lo tome mejor —se muestra esperanzada.

—No —digo con rotundidad—. No voy a formar parte de vuestro juego y mucho menos ser tu escudo. Si eres mayorcita para irte con su mejor amigo lo eres para dar la cara. Eso es lo que siempre me has enseñado, ¿no, mamá? Ir de frente y asumir los problemas.

Sé que mis palabras le duelen pero no puedo hacer eso. No cuando no estoy de acuerdo con la decisión que está tomando.

—¿Cuánto lleváis juntos? —quiero saber cuándo comenzó.

—Ocho meses, oficialmente. Aunque antes tuvimos nuestros momentos...

—¿Y no has tenido tiempo suficiente para contárselo? Prefieres soltar la bomba de que os vais a casar. Reconoce que no has hecho bien las cosas, mamá.

—Lo entiendo, pero ha surgido de pronto. Tú mejor que nadie, que eres joven todavía, debes saber lo que es comenzar a sentir algo por alguien cercano sin poder evitarlo. ¿O no? Dime si me equivoco.

Tiene razón, hace un mes podría haberle dicho que no pero ahora con Mireia es diferente, he intentado apartarme de su lado pero no he podido. Es como un imán que me atrae completamente.

Pero de ahí a casarse con el mejor amigo de mi padre... «*Tú también le estás escondiendo a Adri que estás con la mejor amiga de su novia, es lo mismo*», dice mi subconsciente y quiero que se calle.

—Vale. Estaré allí contigo pero entiende que es en una posición complicada para mí estar en medio. Sois mis padres y os quiero, lo que menos me gustaría es que acabarais peor de lo que estáis.

—Gracias, hijo —me da un beso en la mejilla.

Media hora más tarde y tras la trivial tanda de preguntas estilo ¿estás comiendo bien? ¿Duermes ocho horas? ¿Qué tal el verano? ¿Estás bebiendo mucho? Ten cuidado con lo que tomas... decide marcharse y concretamos que pronto comeremos los tres juntos para dar la noticia.

Unos minutos más tarde recibo una llamada de David, está aburrido y quiere hablar con alguien, así que me ha tocado a mí el comodín de la llamada. Aprovecho para desahogarme y le cuento el tenso momento con mi madre.

—¿Qué dices, tío! ¿Estás de broma? —dice al otro lado de la línea.

—¿Tengo pinta de estar bromeando?

—Menuda putada, te toca hacer de mediador. Os recomiendo ir a comer al *Burger King*, al menos allí no hay cubiertos ni platos que tirarse a la cabeza.

Tras algunas bromas por parte de mi amigo, mi humor no ha mejorado. Decido

darme una ducha para intentar relajarme pero eso ni siquiera lo hace. Cojo el ordenador, lo vuelvo a dejar, hago algo de comer pero apenas pruebo bocado... Tengo la cabeza ocupada y no puedo hacer más cosas si antes no dejo a un lado mis pensamientos aunque me es imposible. Sé quién puede ayudarme con esto. Llamo a Mireia, con ella los problemas son menos, su sonrisa lo arregla todo. No coge el teléfono, parece estar ocupada.

Tomo el mando a distancia del televisor y hago *zapping* sin dejar nada en concreto, ningún programa o serie parece interesante. Intento de nuevo la llamada pero nadie responde. Así lo hago varias veces en un rango de casi dos horas y empiezo a preocuparme. Me visto dispuesto a ir a su casa pero antes vuelvo a llamar y por fin responde.

—¡Por fin! Pensaba que te había pasado algo, estaba a punto de ir hacia tu casa — digo sin dejarle hablar.

—Sergio —responde una voz al otro lado de la línea que no es la suya.

—¿David? ¿Qué haces con el móvil de Mireia?

—Verás, después de hablar contigo hace un rato la había llamado para ir a tu casa y darte una sorpresa, como estabas decaído pensé que.... —suspira a través de la línea—. Pero hemos tenido un accidente con el coche. Están atendiendo a Mireia.

# Capítulo 31

*Sergio*

Mi corazón se paraliza al escuchar las palabras de David. ¿Un accidente de coche? ¿La están atendiendo? ¡Maldita sea!

—¿Qué? —susurro, mi voz no quiere salir.

—Está bien, no te preocupes. Solo tiene unos rasguños y...

—¿Dónde estáis? —interrumpo.

David me da la dirección del hospital y en unos minutos estoy allí, suerte que queda cerca de mi casa. Cruzo los pasillos de urgencias a paso ligero, deseoso por reunirme con ellos. Si David ha contestado el teléfono es que no le ha ocurrido nada pero aun así no paro de pensar que quizá ha aparentado ser fuerte para no asustarme. Temo por los dos, por el que es como mi hermano y por la chica que me ha hecho sentir tanto en tan poco tiempo.

Cuando veo la espalda de David al fondo del pasillo hablando con una enfermera acelero el paso gritando su nombre. Él se da media vuelta y al llegar a su altura, lo abrazo con fuerza. Menudo susto.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo te va ese rollo? —sé que intenta bromear para calmar el ambiente, estoy demasiado tenso.

—Capullo, me has dado un susto de muerte. ¿Estás bien?

—Sí. Solo me han puesto esta mierda —alza la mano derecha, cubierta por una venda—, suerte que no estoy de exámenes —ahora que sé que mi amigo está bien, mis ojos desvelan la enorme preocupación por Mireia porque David comienza a hablar sobre ella—. Están atendiéndola, no ha sido nada, solo tiene dos puntos en la frente pero se ha puesto muy nerviosa y le faltaba la respiración por no sé qué tema de los pulmones... ¿Sabías que tiene un problema en ellos? —recuerdo que al inflar los globos tuvo dificultades y se puso muy roja. Claro, por eso quería el inflador. ¡Qué estúpido fui!—. En fin, está dentro. No sé si puedes entrar porque está ahora su hermano con ella, su madre está de viaje y no la han localizado. Voy a llamar a la grúa y al seguro del coche para contarles lo sucedido, ahora vuelvo.

¿Hermano? No sabía que Mireia tuviese uno. Avanzo unos pasos por el pasillo para verla sin importarme la presencia de su familiar cuando de pronto me encuentro de frente con alguien muy desagradable. Alguien a quien detesto con todo mí ser. Alguien que no esperaba ver allí.

—¿Ya te has enterado? —dice con una sonrisa en la cara. No le sorprende verme aquí.

—¿Qué haces aquí? —la sangre empieza a bullir en mis venas.

—He venido a recoger a mi hermana, tu amigo es un pésimo conductor.

Un momento... ¿su hermana? ¿Este tío es hermano de Mireia? De pronto algunas piezas comienzan a encajar en mi cabeza. La noche de las carreras, su acercamiento, la confianza entre ellos, el no querer hablar sobre él... ¡joder! Son hermanos. Debería haberle preguntado antes y así no tendría la cara de imbécil que estoy poniendo en este instante. Si quería pillarme desprevenido, lo ha conseguido.

—Ah, cierto. Tú no sabías nada, se me olvidaba. ¡Qué tonto! —ironiza—. Mireia ha sabido hacer muy bien su parte del trato.

—¿Qué trato? —sé lo que pretende, que caiga en su juego y sin pensarlo ni quererlo, lo está consiguiendo. Este chico siempre me ha sacado de mis casillas y no tendría problema en partirle la cara si me toca las narices pero si Mireia está de por medio en todo esto, quiero saberlo.

—¿De verdad has sido tan estúpido al pensar que Mireia se iba a fijar en ti de repente? En cuestión de... ¿semanas... un mes tal vez? Ay, amigo, le das mucho significado a los polvos y eso te traerá problemas.

—No soy tu amigo —respondo con la voz cargada de ira—. Ni tampoco creo lo que estás diciendo. Mireia no es como tú.

—Llevamos la misma sangre, ¿quién dice que no? Todo este tiempo te ha estado tomando el pelo, tío, y te ha manipulado a su antojo. Has metido en tu cama al enemigo.

—Es mi novia, no el enemigo.

—¡Qué tierno! ¿Ahora es cuando os doy mi bendición? ¡Venga, Sergio, espabila! Te creía más listo. ¿De verdad crees que Mireia es curiosa por naturaleza? ¿Acaso no ha estado metiéndose donde no le llaman, preguntando cosas inusuales, cosas privadas, cosas de tu trabajo? ¡Te la ha metido doblada! —comienza a carcajearse y estoy dispuesto a partirle la cara. Pero algo dentro de mí me dice que tiene razón, o al menos parte de ella.

Desde aquella tarde de confesiones con Mireia, ha estado preguntando algunas cosas insignificantes para tratar de comprenderme. Intentaba contestarle en la medida de lo posible y ella no volvía a sacar el tema hasta días más tarde para preguntar la siguiente duda. Lo relacionaba con la curiosidad, no es fácil entender el mundo que me rodea. Es normal que tenga dudas, ¿no? Así que no creo que sea todo un montaje.

Me acerco hasta él quedando a unos centímetros de su cara. El odio y la ira fluyen por mi cuerpo como la sangre en mis venas, detesto a este tipo y pienso devolverle una por una.

—Eh —alza las manos—, haya paz. Solo te he abierto los ojos, digamos que por una vez he sido generoso contigo. Además, ya tengo lo que quiero —sonríe—. Me voy a arreglar los papeles del alta, hasta pronto.

Se marcha y me quedo paralizado en mitad del pasillo con los puños cerrados. Pienso en sus palabras, en todas y cada una de ellas y aunque algunas me cuadran, prefiero no creerlo. De pronto Mireia aparece en mi visión.

—Sergio —corre hasta mí y me envuelve entre sus brazos. La rodeo instintivamente, no se imagina cuánto me alegro de que esté bien. Cuando el abrazo se rompe, ella se da cuenta de que estoy tenso—. ¿Qué te pasa?

Parece preocupada y sé que no es el mejor momento para explicaciones sobre su hermano pero si no lo digo en este instante estoy seguro de que voy a explotar y pondré todo perdido. Necesito saber qué diablos está pasando.

—No sabía que tenías un hermano —mi voz suena fuerte y decidida.

Mireia se aparta un poco de mí y se abraza a sí misma con el ceño fruncido, no se esperaba que le dijese eso pero yo tampoco enterarme de esta forma. Si me lo hubiese contado antes, al menos estaría preparado y tendría otra versión a la que aferrarme...

—No pretendía que te enterases así —susurra con desánimo.

Su inseguridad me sorprende, me mantengo a la espera de que diga algo más pero permanece en silencio. La observo con detenimiento, siguiendo cada uno de sus movimientos. En mi trabajo ser observador es fundamental, solo así nos damos cuenta de lo que esconde la persona. En el caso de Mireia, veo cómo sus manos se aprietan alrededor de sus brazos formando un escudo para protegerse, su cabeza está gacha porque teme mirarme a los ojos, y sus pies están inquietos porque no sabe cómo afrontar la situación.

Esto me demuestra que, para mi desgracia, Javi tiene más razón de la que pensaba. *«Por favor, Mireia, levanta la cabeza, mírame a los ojos y dime que no tienes nada que ver con tu hermano, que solo compartís sangre. Por favor, por favor...»*, suplico para mis adentros pero ella sigue en la misma posición. Entonces siento cómo mi corazón se va rompiendo en trozos minúsculos, de esos que son imposibles de pegar por mucho que pasen los años porque ella se llevó algunos. Es una sensación desgarradora... Y no me gusta.

Trago el nudo que tengo que la garganta y aprieto los puños decidido a hablar. Puede que ella no tenga nada que decir pero yo sí y lo va a escuchar.

—¿Y cuándo querías que me enterase? ¿Cuándo consiguieras todo de mí? Y luego qué, ¿pensabas dejarme? —mi cabeza va a una velocidad de vértigo y no puedo parar de hablar—. Dime, ¿has conseguido toda la información que querías o necesitas más? ¿Qué más quieres saber? ¡Dime!

—¿De qué estás hablando, Sergio? —esta vez sí alza la cabeza, su rostro muestra confusión.

—Estoy hablando de que he descubierto tu papel, así que ahora no te sorprendas y afronta las consecuencias.

—¿Qué te ha contado? —quiere saber.

—Lo necesario para pensar que estás de su parte.

—Eso no es así, él... —vuelve a callarse.

—¿Acaso no has hecho lo que él te ha pedido? ¿No haces lo que él quiere? ¿Por qué estabas allí esa noche, Mireia? —pregunto refiriéndome a la noche de la carrera.

Se mantiene en silencio y es él quien me da la respuesta. No tenemos nada más que hablar. De sus ojos caen algunas lágrimas, no puedo continuar con esto. Me está superando...

—Confié en ti, Mireia, sabes cosas que ni mis amigos son capaces de imaginar. Te he dejado entrar en mi vida y ¿así es como demuestras que quieres estar conmigo? ¿De verdad es todo una farsa? —baja de nuevo la cabeza para no mirarme—. Mírame, Mireia. Mírame a la cara y dime que no es cierto. Dime que no estás a su merced, que lo que hay entre nosotros no es una farsa. Cuéntame qué está pasando y qué tiene que ver él en todo esto... Por favor —las últimas palabras suenan suplicantes.

Pero ella no reacciona, me mira como le he pedido pero su boca no se mueve. Las lágrimas recorren sus mejillas mientras sus brillantes ojos me miran con una mezcla de arrepentimiento. Se acabó...

—Está bien, guarda tus explicaciones para alguien que las merezca, está claro que yo no soy uno de ellos —me doy la vuelta dispuesto a irme pero freno y la encaro, ella me mira a los ojos muy atenta—. ¿Sabes qué? Ojalá pudiera arrepentirme de haberte dejado entrar en mi vida para que lo pusieras todo patas arriba pero no puedo... —suspiro profundamente—. ¿Puedes imaginar lo que duele? Espero que sí, al menos así sentirás una parte de lo que yo estoy sintiendo con todo esto. No es justo, joder... no es justo. Te he dado la oportunidad de explicarte, Mireia. Necesitaba que hablaras, que me explicases qué ha pasado para poder entenderlo. ¿No es eso lo que tú hacías? Preguntar para comprenderlo. Yo necesitaba lo mismo; lo necesito pero eres incapaz de dármelo. No quiero volver a verte, esto se ha terminado. A partir de este momento solo eres la hermana de mi enemigo. Y ahora tú también lo eres.

Me marcho para no seguir mirando sus ojos llenos de lágrimas. ¿Cómo he podido creerla? Una parte de mí me grita que estoy siendo un estúpido al creer a su hermano pero, ¿y su silencio? Ha demostrado que hace lo que él le pide, más concretamente conseguir información sobre mi vida personal y mi trabajo. Si el grupo se entera de que le he contado a alguien lo que hacemos dentro de él puedo ganarme algo mucho peor que la expulsión. Eso se considera traición y está muy castigado. Aún no puedo creer que hace unos instantes estaba deseando abrazarla y mimarla y ahora todo se haya terminado.

—Tío, ¿a dónde vas? —dice David al verme caminar hacia la puerta.

—Me voy.

—¿Y Mireia? —agarra mi brazo para detenerme—. ¿Se ha ido con su hermano? ¿Qué ha pasado?

—Nada. Hemos terminado, quiero irme a casa antes de que salga. No quiero

verla, otro día hablamos.

Me suelto de su brazo y me dirijo hacia mi coche. Justo en ese momento veo a Mireia salir del hospital con el llanto aún en sus ojos y Javi a su lado. Verlos juntos de nuevo me revuelve las tripas y decido salir de allí cuanto antes. Ahora toca volver a mi vida anterior, antes de que ella apareciera como un huracán moviendo todo a su paso. Sé que va a costar porque duele, duele demasiado. A veces nuestros sentimientos van hacia personas que no lo merecen o que no lo valora, eso me ha ocurrido a mí. Le he dado mucho a Mireia, al enemigo.

## Capítulo 32

*Mireia*

Mi cuerpo vagabundea por la casa como un zombie salido de *The Walking Dead*. Han pasado dos semanas y sigo sintiéndome mal por todo lo ocurrido. Debería haberle hablado antes a Sergio sobre mi hermano pero, ¿cómo iba a pensar que días más tarde de haber iniciado la relación ocurriría todo esto? Apenas lo he asimilado todavía. Quiero llamarle y contarle la verdad, que todo este tiempo he sido manipulada por mi hermano y que estaba luchando porque la situación cambiase. Jamás lo utilizaría y mucho menos engañarlo. Aquel día en el hospital el miedo me paralizó y no podía pensar con claridad. ¿Cómo se lo iba a explicar? ¿Por dónde empezaba? El miedo me atenazó como nunca antes, tenía frente a mí a la persona que me había dado esperanzas, que me había hecho sentir de nuevo, y sin querer lo dejé ir.

Días más tarde de lo sucedido me animé a dar el paso y lo llamé por teléfono. No atendió ninguna de las llamadas, era demasiado tarde para intentarlo. Así que desistí... Desde entonces su ausencia me ahoga tanto que a veces me cuesta respirar.

Mi madre me obliga a salir de la casa, me pregunta qué sucede y le miento contándole que me he peleado con algunos de mis amigos. ¿Qué otra cosa podría decirle? «*Mamá, he tenido novio por unos días y me ha dejado porque el desgraciado de mi hermano sigue haciéndome la vida imposible aún sin quererlo. Ah, sí, y porque tienes a una hija cobarde incapaz de luchar por él*». No, no puedo contárselo, ahora debo asumir las consecuencias de mis actos.

Llego al polígono industrial situado a las afueras de la ciudad, mi madre ha insistido en que necesita no sé qué cosa para la oficina y allí, en unos grandes almacenes, puede encontrarlo. Me dirijo hacia ellos con prudencia, no es habitual encontrar una chica a las siete de la tarde sola en un polígono perdido en la mano de Dios. Toda la zona está llena de naves, algunas son comercios pero otras puedo vislumbrar por su aspecto desmejorado que están vacías. El autobús me ha dejado unas calles atrás del almacén por lo que aligero el paso pero algo situado en un callejón llama mi atención. Me paro en seco al descubrir de qué se trata. Es el coche de Sergio, está aparcado a lo lejos pero sé que es suyo, lo reconozco. ¿Qué hace frente a una nave vacía y con tan mal aspecto? Junto a él hay dos coches más pero estos no me resultan conocidos.

Por instinto o quizá estupidez me dirijo al lugar después de mirar hacia ambos lados, asegurándome de que nadie me ve adentrarme hasta allí. La puerta de la nave está entreabierta y accedo en su interior con cuidado de no hacer ruido. Está parcialmente oscuro, algunos rayos de sol se reflejan en las ventanas rotas. Al fondo

hay una pequeña habitación donde se escuchan voces. Me acerco un poco más arriesgándome a que sepan que estoy allí. Me digo a mí misma que solo miraré si Sergio está ahí dentro y tiene problemas, después me iré por donde he venido.

Me asomo y veo a cinco hombres de pie rodeando a otro que está en el suelo. Este se lamenta, parece herido. Reconozco a Sergio por su espalda. Será muy difícil olvidarla algún día, está en el centro de los cinco hombres, frente al herido. De repente le da un puñetazo en la mandíbula que me hace llevar las manos a mi boca evitando gritar de sorpresa. Saber que Sergio se dedica a esto es una cosa, pero verlo es algo muy distinto. Mi piel se eriza y me dan ganas de vomitar. «*Tengo que salir de aquí, tengo que salir de aquí*», me repito a mí misma mientras deshago lentamente mis pasos escuchando gritos desde el interior de la habitación.

De pronto, una mano aparece desde mi espalda y tapa mi boca con ella. La otra mano se posa sobre mi cuello; me han cazado y estoy muerta de miedo. Estas personas no se andan con tonterías y sé que esto me costará muy caro. ¿Será Sergio capaz de defenderme a pesar de lo sucedido?

—Cállate, si sueltas un grito lo pagarás —dice una voz ruda en mi oído.

Empuja mis piernas obligándome a caminar hacia la habitación donde se encuentran los demás. Cuando llegamos abre la puerta de una patada y observo de nuevo a Sergio con el brazo levantado, dispuesto a seguir repartiendo a diestro y siniestro.

—Mirad lo que he encontrado fisgoneando ahí fuera. Pretendía irse de rositas — el hombre a mi espalda mantiene la posición de sus brazos.

Su mano se aprieta más sobre mi boca haciéndome daño en los labios. Sin pensar, muerdo con fuerza y aparta rápidamente la mano gritando como si le hubiera arrancado un trozo de piel. Ojalá hubiera sido así...

El resultado es aún peor porque la mano que tiene en el cuello aumenta la presión hasta dejarme apenas un hilo de aire que entra y sale de mis pulmones. Cierro los ojos, sé que es cuestión de segundos que caiga desmayada si no recibo más aire, mis pulmones no tienen mucho aguante.

—Suéltala, la estás ahogando —dice Sergio, intimidante. Abro los ojos al dejar de sentir la mano. Llevo las mías a la zona y tomo pequeñas bocanadas de aire sin parecer alterada ante aquellos hombres.

—¿Qué has visto? —pregunta uno de ellos. Por su acento sé que no es del país.

—Que os gusta dar hostias —en lugar de callarme, la frase sale sola de mi boca. No quiero empeorar las cosas pero que Sergio esté allí, mirándome con odio en estos momentos, hace que mi ira fluya.

—Mira, maldita zorra... —dice el hombre del mordisco con cara de pocos amigos, más bien de ninguno.

—Fuera —interviene Sergio, tomando el mando—. Yo me encargo —al ver que

ninguno se mueve, grita con fuerza—. ¡Ahora! Y llevaos a este —señala al hombre herido en el suelo.

Todos se marchan lanzándome dardos mortíferos con sus ojos y nos dejan completamente solos, no sé a qué atenerme con la actitud de Sergio. Con lo fácil que hubiese sido seguir mi camino hacia el puñetero almacén. Ahora entiendo cuando en las películas las personas tienden a ir hacia el peligro, es el morbo en escena.

—¿Qué haces aquí? No te es suficiente con saber sino que quieres verlo en primera persona. ¿Sabes dónde te has metido? —sé que pretende asustarme.

—He visto tu coche fuera y quería saber si estabas bien —mi voz no suena muy convincente, lo sé.

—¿Si estaba bien? —suelta una carcajada tan fría que hiela todos mis huesos. Esta cara de Sergio no la conocía.

—No coges mis llamadas desde...

—¿No te has parado a pensar que no quiero escucharte? —me interrumpe—. Te lo vuelvo a repetir por si no te quedó claro la última vez, no quiero saber nada más de ti —se acerca lentamente hasta quedar muy cerca de mí—. Y cuidado con lo que cuentas sobre lo que has visto, podrías sufrir las consecuencias —susurra en mi oído.

Tenerlo tan cerca hace que se me nuble la vista aunque si lo que pretende es ponerme nerviosa en este asunto, está muy equivocado. A lo largo de todos estos años, con las amenazas de Javi he aprendido a aceptarlas sin aparentar que me afectan. Esta vez no va a ser menos.

—Me importa una mierda las consecuencias, Sergio. No me asustas —digo mirándole a los ojos, enfrentándolo.

—Quizá yo no, pero sí los que están allí afuera. Te sorprendería lo que son capaces de hacer.

—¿Acaso no es lo que haces tú? ¿No es lo que estabas haciendo? Intenté entender lo que hacías, pero verte en escena es peor que la imaginación. Ni siquiera sé por qué te sientes orgulloso de hacerlo. Sigue escondiéndote de la realidad, solo así demostrarás lo cobarde que puedes llegar a ser.

Sus ojos brillan con furia y sé que está controlando su temperamento. Si fuese un hombre, en estos momentos estaría en el suelo sangrando por la boca, pero una de las reglas más importantes de su grupo es no golpear nunca a una mujer. Aun así estoy segura que jamás me pondría una mano encima.

—Lárgate —sisea con la mandíbula apretada—. Eres peor que tu hermano y no mereces ni que te mire a la cara. Qué engañado me tenías... Suerte que para mí ya no eres nada.

Sergio se larga de allí dejándome aturdida. «Eres peor que tu hermano», esas palabras golpean mi cabeza una y otra vez y me niego a creerlas. No soy peor, ni siquiera igual. Antes prefiero estar muerta a parecerme a él.

Voy hasta el almacén para recoger lo de mi madre y regreso a casa, preferiría no salir de allí e hibernar durante meses. Al menos así hubiese evitado tener una odiosa pesadilla aquella noche. Una que tardará en borrarse de mi mente, una que me hace daño en lo más profundo de mi corazón.

A la mañana siguiente decido ir a la biblioteca para relajarme un poco, necesito salir de la espiral donde estoy metida. Sergio no quiere saber nada de mí, es un hecho y necesito afrontarlo de una vez por todas. Por suerte nuestros amigos han dejado de quedar juntos. Laura está de viaje, David sabe que lo nuestro ha terminado y Rocío está con su novio pasando unos días fuera de la ciudad. En cuanto a Ester y Adri, no sé nada de ellos y lo prefiero. No podría soportar estar de nuevo en el mismo ambiente que Sergio y que me mire como si quisiera matarme. Mejor así.

Al salir del portal sufro un *déjà vu* cuando alguien tapa mi boca con una mano y me mete a la fuerza dentro de un coche a pesar de mis esfuerzos por resistirme. Mi cuerpo empieza a temblar del miedo pero también de la rabia. ¿Pero qué narices pasa últimamente?

—De nuevo nos volvemos a ver —dice el hombre al que ayer le di un mordisco.

## Capítulo 33

*Sergio*

Tengo un dolor enorme de cabeza. Anoche tuve una horrible pesadilla, últimamente se repiten con más constancia. No puedo borrar de mi mente las palabras de Mireia la tarde anterior. Ni tampoco ignorar lo que sentí al verla de nuevo tras dos semanas de ruptura. ¿Aunque puedo llamarla ruptura? Solo estuvimos juntos unos días, si bien parece que fuera una eternidad. Me maldije a mí mismo por sentir anhelo pero sobre todo por desear besarla y acariciarla durante horas. Cada día me doy cuenta de que estoy perdido, no puedo olvidarla fácilmente porque está grabada a fuego en mi piel. Con cada llamada suya he sentido la enorme tentación de contestar y decirle que todo está bien entre nosotros, que quiero que volvamos a estar juntos pero no puedo.

Ayer demostró que tiene agallas para enfrentarse a nosotros y por una parte me sentí orgulloso de que no se dejase pisotear. Pero no debo olvidar que todo ello lo ha aprendido de su hermano, primero actúa con inteligencia, acercándose como una serpiente a su presa para después actuar fríamente. Lo tiene todo calculado y me jode no haberlo sabido antes.

Dejé que se marchase sin más y los chicos me reclamaron haberlo hecho porque ella presencié más de la cuenta pero no podía hacer otra cosa, quiero odiar a Mireia pero no puedo; tampoco voy a permitir que le hagan daño. Bastante me costó no arrancarle la mano al estúpido de Mario al verla en su cuello, apretando cada vez más.

El sonido del teléfono móvil me saca de mis pensamientos. Número privado. Atiendo la llamada y me informan que debo estar allí en unos minutos, el jefe quiere verme. Temo que alguien le haya contado algo de Mireia y tenga que pagar las consecuencias. Ayer les avisé que no contasen nada porque si ocurría algo yo mismo lo solucionaría sin necesidad de molestar al jefe.

Cuando llego a la zona veo algunos coches aparcados, incluyendo el de Adam y me pongo en alerta. Al entrar me comunican que me está esperando y tras tocar la puerta con los nudillos, entro. En la habitación se encuentra él y su guardaespaldas. Me quedo de pie y cruzo los brazos sobre mi pecho a la espera de que comience a hablar.

—Sergio —me mira fijamente—. Me han comentado que ayer surgió un imprevisto en el trabajo.

—Lo he solucionado.

—¿Eso crees? —hace una señal con la cabeza a su guardaespaldas y este se dirige hacia la puerta para abrirla. Espero expectante cuando veo cómo Mario entra agarrando el brazo de alguien. Me quedo frío al ver de quién se trata: Mireia. Sus ojos se encuentran con los míos y puedo ver temor en ellos pero también furia. «No, Mireia, *este no es el lugar*». Sabía que lo de ayer saldría caro pero no pensaba que le sucediese algo a ella sino a mí. Estaba dispuesto a asumir las consecuencias pero ahora todo se ha complicado.

—Aclárame algo, Sergio —Adam se dirige de nuevo a mí—. ¿Esta es la chica por la que dejaste aquel día solo a tu compañero?

Asiento con la cabeza con la esperanza de que comprenda que la conozco y que no diré nada a pesar de ello.

—¿Cómo lo solucionaste anoche? —sus ojos denotan curiosidad.

—Estaba en el lugar justo, en el momento justo. Pasaba por allí, vio mi coche y se preocupó. Le aseguré que no era nada y me prometió que no abriría la boca. No quiere problemas y sé que no supondrá ninguno. Por eso la dejé ir, no me parece relevante.

Adam comienza a reírse y se acerca hasta Mireia aún sujeta por el brazo de Mario. Respiro profundamente a la espera. Cuando llega a su altura, toma su barbilla con fuerza y Mireia aguanta la mirada como una valiente. Si en realidad supiera a qué clase de persona se está enfrentando...

—Suéltala —dice a Mario el cual hace caso al momento. Mireia se toca la parte dañada con su otra mano, tiene una fuerte marca roja y asesino a Mario con la mirada que me observa ahora sonriente. Hijo de puta, lo ha hecho a propósito—. ¿Sabes quién es? —pregunta esta vez dirigiéndose hacia mí—. ¿No? Te lo diré, es hermana de nuestro enemigo.

Mierda. Las cosas se están complicando a una velocidad de vértigo y lo peor es que estoy cruzado de pies y manos.

—No sé qué tiene eso que ver conmigo —comenta Mireia con irritación. Al parecer no le gusta que la relacionen con su hermano. Se siente, lo lleváis en la sangre.

—A ver si lo entiendes. Tu hermano fue parte de esto hace algunos años y resultó ser un impostor que solo nos traía problemas y se aprovechaba de lo que le ofrecíamos. ¿Cómo nos lo pagó? Vendiendo nuestros asuntos al mejor postor.

Recuerdo cómo sucedió... Le ofrecimos todo a Javi por ser quién era y resultó ser una absoluta mentira, se aprovechó de nosotros, del grupo y de nuestro poder para ir creciendo en otro grupo y después convertirse en el enemigo. Adam se volvió loco cuando se enteró de la verdad y no le dio una paliza porque días más tarde se largó y no regresó. Hasta hace unos meses.

—Así que dime —continúa hablando—, ¿estás haciendo tú lo mismo?

—No —Mireia sigue impasible.

—Entonces, ¿qué haces metida en mis asuntos? ¿Qué haces con uno de los míos? —Mireia me mira profundamente y deseo con todas mis fuerzas que conteste y que salga de sus labios la respuesta que merezco oír: la verdad.

—Conocí a Sergio sin saber que estaba metido en esto, ni siquiera sé qué es esto todavía y mucho menos que mi hermano está en medio de todo.

—¡Mientes! —Adam grita y comienzo a ponerme nervioso. Que se altere no augura nada bueno, su paciencia es infinita pero con Javi tiene una cuenta pendiente y estoy seguro que pensará saldarla con ella—. Suelta de una maldita vez qué hacías espionando a mis hombres. ¿Te lo ha pedido él? ¡Habla, joder!

—Lo que Sergio ha dicho es verdad, no estaba espionando para después contarlo. No soy el enemigo.

—No me lo creo.

—Ese es tu problema —suelta Mireia y sé que se arrepentirá de sus palabras.

—Está diciendo la verdad —intervengo para calmar el ambiente pero no sirve de nada. Adam lo ve todo rojo y no piensa con claridad, le ciega el odio.

—Escúchame, niñata —la agarra del brazo con fuerza y me tenso. Me muevo para evitar que siga haciéndole daño pero las fuertes manos de su guardaespaldas me sujetan. Me revuelvo pero no consigo moverme un centímetro. Adam sabía que actuaría y por eso me ha puesto a un armario empotrado por persona para retenerme—. No sé quién te has creído que eres pero te aseguro que no eres mejor mierda que tu hermano. Sea lo que sea que estés haciendo lo vas a...

De pronto se queda en silencio, no puedo ver mucho porque él me da la espalda. Solo veo la mirada de odio de Mireia y su brazo hacia arriba agarrado por él.

—Fuera —grita fuera de sí. Su guardaespaldas y yo nos miramos—. He dicho que fuera. ¡Ya! ¡Todo el mundo!

—Pero... —intento intervenir.

—Ni pero ni hostias, o te largas o te echo yo a patadas —dice sin dejar de mirarla fijamente.

Su guardaespaldas me echa casi a patadas y una vez cerrada la puerta, se sitúa frente a ella impidiéndome pasar o escuchar. Espero lo que parece una eternidad mientras mi cabeza trabaja a mil por hora. ¿Por qué han tenido que complicarse tanto las cosas? ¿No es suficiente con que el destino se ensañe conmigo y que sienta algo muy fuerte por la hermana del enemigo? Mientras mi mente se llena de preguntas escucho una risita cercana. Alzo la cabeza y me encuentro con la cara de Mario. El muy hijo de puta se está riendo por lo sucedido mientras mi cara es la viva imagen del odio. Voy hacia él y se pone recto sin abandonar la sonrisa de su rostro.

—¿Te divierte la situación? —pregunto con un tono frío y calculador. Si me estaba buscando, me ha encontrado.

—Sí. ¿Te asusta que tu zorrita esté allá dentro con el jefe? Espero que le dé su merecido, sino me encargaré personalmente cuando...

No le dejo terminar porque me abalanzo sobre él, en unos segundos su boca y una de sus cejas están sangrando. Alguien me aparta de él pero me lo quito de encima y sigo golpeándolo sin parar. Siento que me rodean varios brazos y un aliento golpea mi oreja.

—Para —susurra mi compañero, aquel que me cubrió para llevarme a Mireia de la discoteca, aquel en el que puedo confiar—. No querrás que salga y te vea perdiendo los papeles.

Con esa frase me convence y me calmo poco a poco. Miro mis nudillos que están en carne viva pero es lo último que importa. Cuando estoy calmado del todo, me acerco a Mario lentamente y lo enfrento de nuevo.

—Si vuelves a tocarla te mato. Y te aseguro que cumpliré mi promesa —digo antes de dar media vuelta.

Salgo para tomar el aire y me apoyo en la pared que hay frente a la puerta, descansando mi cabeza hacia atrás. Necesito saber qué está pasando allí dentro, me estoy volviendo loco. Y solo entonces, ante el peligro que puede estar pasando Mireia, descubro que la necesito más que nunca y no quiero perderla. No me importa lo que haya pasado porque tanto ayer como hoy cuando la he mirado a los ojos, he visto a la Mireia de siempre, aquella que me dio un abrazo cuando más lo necesitaba, aquella que no me juzgó cuando le conté a lo que me dedico, aquella que me enloquece con una caricia, aquella que alegra mis días con una sonrisa... aquella de la que me estoy enamorando sin ponerle freno.

Este nuevo sentimiento me abrumba pero no estoy dispuesto a frenarlo. Quiero estar con ella pero para eso tiene que contarme toda la verdad. Si es cierto que no está pasando información del grupo, merezco saberlo y así poder continuar donde lo dejamos.

Media hora más tarde Mireia atraviesa la puerta frente a mí. Su mirada está fija en el suelo y puedo ver que tiene las mejillas mojadas. Está llorando. Me cruzo en su camino y choca conmigo, alza la mirada y descubro una profunda tristeza dentro de ella. ¿Qué ha pasado ahí dentro? Aprovecho para revisar su cuerpo y no parece tener ningún rasguño a excepción de la marca del brazo que le ha dejado Mario. Vuelve a bajar la mirada hasta el suelo y me rodea dispuesta a marcharse.

—Espera —no quiero que se marche—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Pero ella me ignora y continúa su paso calle abajo. La sigo antes de que avance un poco más y con la punta de mis dedos sujeto suavemente su brazo. Ella se estremece ante mi contacto y se aparta.

—La verdad —contesta con un hilo de voz—. Quería saber la verdad y al final es

más dolorosa de lo que pensaba.

Y con esas palabras me deja anclado en el suelo mientras se marcha a paso ligero. Entro de nuevo para pedirle explicaciones a Adam pero me despacha en cuanto me ve. No sé qué ha ocurrido pero la duda me come por dentro; la reacción de Adam, el comportamiento de Mireia... Algo fuerte ha ocurrido y desearía saber qué para poder ayudar a cualquiera de las partes.

## Capítulo 34

Mireia

«*Toda mi vida ha sido una mentira*», repito en mi cabeza una y otra vez mientras camino hacia mi casa. Estoy en completo shock tras la conversación con Adam y en este instante no sé qué pensar. Mi madre me ha mentado todo este tiempo, Javi también, incluso mi padre no es aquel que creí conocer. Todo se ha desmoronado desde el momento en el que Adam ha visto mi tatuaje. Conocía a mi padre, es más, eran íntimos amigos. El grupo que para mí no tiene ni pies ni cabeza, del que Sergio forma parte, fue creado por él, por mi padre. Allí se conocieron. ¡No puedo creerlo!

Cuando me ha reconocido ha cambiado su actitud. Estaba ante la verdadera hija del creador de todo aquello y por norma todo me pertenecía si yo estuviese dispuesta a tomarlo. Pero no es eso lo que deseo, ¿tan difícil es vivir una vida tranquila? Por si fuera poco Javi no es mi hermano, simplemente es el hijo de un amigo de mi padre que murió cuando él era un niño y se responsabilizó de él dándole su apellido. ¿Por qué suena todo tan *telenovelesco*? ¡Dios! Mi padre fue el jefe de un grupo de intimidadores y mi hermano no es mi hermano...

Llego a mi casa y veo a mi madre en la cocina preparando la comida.

—¡Qué pronto has llegado! —dice mientras trocea unas verduras—. ¿Puedes ayudarme a unas cosas?

—Lo sé todo, mamá. A lo que se dedicaba papá, lo de Javi... todo. ¿Por qué no me lo dijiste? —exploto como una bomba de relojería.

Tengo que luchar para contener las lágrimas de nuevo, ya he derramado demasiadas antes y ahora debo ser fuerte para enfrentar la versión de mi madre.

—¿Cómo te has enterado? —deja el cuchillo sobre la encimera y veo que sus manos tiemblan.

—No importa. Quiero saber por qué lo has estado escondiendo todo este tiempo.

—Pensé que nunca llegarías a enterarte. Tu padre hizo algunas cosas de las que no estoy orgullosa pero jamás pude pararlo, solo tú lo hiciste cuando naciste. Decidí hacer las cosas más suaves. No sé lo que te habrán contado pero él no hacía cosas malas, solo defendía a los débiles.

Esa versión me suena demasiado. ¿Será un código del grupo que les obligan a decir cuando los pillan con las manos en la masa? Ya no sé qué creer de toda esta

historia. Solo quiero despertar de esta horrible pesadilla.

—¿Y Javi? ¿No es mi hermano?

—No. Pero nosotros lo quisimos como a un hijo...

—Me hizo daño, mamá —la interrumpo con las lágrimas esta vez rodando por mis mejillas—. Durante años me maltrató y vosotros lo permitisteis. Me dejabais a solas con él pensando que me cuidaba como un hermano mayor pero no es cierto, me hacía daño, me enseñaba a correr con su coche, me llevaba con su grupo de amigos y me maltrataba tanto psicológica como físicamente. ¿Cómo pudiste permitir eso? ¿Cómo?

—No sabía que te hacía todo eso, hija, yo...

—¡No! Te lo dije, mamá, te dije que Javi me hacía daño pero preferiste creer que eran cosas normales entre hermanos, preferiste creerlo a él antes que a mí que soy tu hija.

—Perdóname, por favor, perdóname —se acerca para abrazarme pero me aparto. No puedo estar cerca de ella en este momento.

—Te perdonaré —limpio las lágrimas con mi mano—, porque eres mi madre y te quiero muchísimo pero necesito pensar en todo esto. La situación me viene grande y no puedo más.

Me marcho a mi habitación para coger una mochila y la lleno de ropa, ni siquiera miro qué prendas estoy cogiendo, solo quiero salir de aquí lo antes posible. Escucho los sollozos de mi madre desde la cocina y tengo que marcharme lo antes posible antes de romperme en pedazos.

Llego a casa de Javi, mis lágrimas ya están secas y me siento fuerte para enfrentar la verdad. Ya es hora de conocer el motivo por el cual ha estado comportándose tan mal conmigo durante tanto tiempo. Toco el timbre y al abrirse la puerta el cuerpo de Robert sin camiseta aparece en el umbral. Sonríe y me dan ganas de vomitar.

—¿Está Javi? —pregunto seca.

—Y yo que pensaba que venías a verme a mí. Pasa, está en su habitación, al fondo a la derecha.

Me dirijo a la dirección y abro la puerta sin llamar ni pedir permiso. Me lo encuentro tumbado en la cama también sin camiseta y fumando lo que parece ser marihuana. La habitación apesta y me dirijo a la ventana para abrirla, sino dudo que podamos mantener una conversación.

—¿Qué haces aquí? ¿Por fin has sentado la cabeza y ahora vienes a mí?

—No eres mi hermano —suelto a bocajarro—. ¿Por qué tanto desprecio y tanto daño? ¿Es por eso? ¿Porque no tenemos la misma sangre?

El rostro de Javi cambia primero a la sorpresa y después al modo frío y calculador de siempre. Apaga el cigarro en un cenicero y me mira fijamente.

—Así que ya lo has descubierto, pensaba que tardarías más. Y también sabes quién es tu padre, ¿no? —Asiento—. Bien, ahora sí que podemos hablar el mismo idioma y poner las cartas sobre la mesa. Quiero que te unas a mí y destrocemos el grupo que tu padre formó.

—He venido para que me expliques por qué siempre me has tratado de esa forma, no para hacer tratos contigo.

—Cuando me enteré quienes eran mis verdaderos padres odié a toda tu familia, odié a tu padre por darme su apellido y hacerme creer alguien importante, odié a tu madre por querer hacer de madre cuando en realidad no es nadie para mí, y te odié a ti por ser la hija mimada en una familia asquerosa y podrida. Con el tiempo descubrí que podía sacar mejor partido de toda la situación. Haría daño a quien más quería tu padre, a ti. Tu madre siempre me ha dado igual y nunca te ha creído así que era algo colateral. Y en cuanto crecieses y supieras toda la verdad, lo que realmente hacía tu estúpido padre, me ayudarías a echar por tierra todo lo que él había creado y por lo que había luchado.

—¿Me hiciste daño porque nos odiabas? Mis padres te dieron un techo, comida y cariño...

—¿Cariño? ¡Tus padres me trataban con pena! ¡Les daba lástima! Y más lástima me dan ellos ahora, tu padre bajo tierra, tu madre probablemente destrozada por la situación y tú viniendo a mí. ¡Todo ha salido a pedir de boca! —sonríe.

—Te equivocas, si he venido ha sido porque merezco una explicación después de todo. Quiero a mis padres, siempre los he querido y aunque hayan cometido errores no se merecen todo el daño que le has causado. Eres egoísta y mezquino —escupo esas últimas palabras con toda la rabia contenida.

Aún no puedo creer que hiciera todo eso porque nos odie. No cuando mis padres lo han dado todo por él...

—¿Acaso no lo ves? Tu padre era un tipo que se dedicaba a golpear a los demás sin miramientos, solo cuando naciste decidió aflojar un poco y ser más suave. Se dedicaba a lo mismo que tu novio.

—Tú también estuviste en el grupo hace unos años.

—Sí pero lo hice para hacerme con el poder. Contaba con la ventaja de ser el hijo del jefe y me aproveché de ello.

—Hasta que descubrieron que no eras su hijo y te echaron.

—Sí, justo cuando iba a firmar el papel de la gloria, van y lo descubren. Pero ya es hora de que nos devuelvan lo que nos pertenecen, ¿no crees? Tú y yo —nos señala—, contra ellos.

—¿Qué te hace pensar que voy a ayudarte? —pregunto irónica.

—Porque me lo debes, todos estos años te he estado preparando con carreras, golpes y todo lo que se pusiera en mi mano para que ahora seas fuerte y valiente y nos enfrentemos a ellos. Tu padre le escondió muchas cosas a tu madre, como que estaba metido en un grupo hasta que ella lo descubrió. Intentó que lo dejase pero él no quiso y eso le llevó a la muerte.

—No sigas —digo mirando el suelo. Recordar la muerte de mi padre es algo muy doloroso para mí.

—¿Por qué no? No sabes la verdadera versión. Tu padre murió en un accidente de coche, sí, pero lo hizo mientras corría en una carrera. Una carrera que tu madre le suplicó que no fuese y él hizo lo que le dio la gana dejándoos completamente solas y desamparadas. Dejándome a mí como el niño y hombre de la casa.

No. No puede ser. Mi padre adoraba a mi madre y jamás haría algo así. Recuerdo aquel día como si fuese ayer, estaba durmiendo y de repente escuché el llanto descontrolado de mi madre. Fui hacia el salón y la encontré arrodillada en el suelo, en un mar de lágrimas. La abracé con todas mis fuerzas y cuando se calmó le pregunté qué pasaba, ella me contestó *«papá se ha ido, se ha reunido con los ángeles en el cielo»*.

Aquel día fue el peor en toda mi vida, no soportaba su ausencia, no poder oler su colonia, acariciar su mejilla después de afeitarse, que me contase infinitas historias sobre las luciérnagas o que me dijese lo mucho que le alegraba el día verme sonreír. Tardé años en asimilar que nunca volvería a despertarme cada mañana para ir al colegio. Y no quiero pensar que todo ello fue por su culpa, que él consintió que el cielo se lo llevase. Debería haberse quedado con su familia y probablemente ahora estaría vivo.

—Su ambición y obsesión por el grupo marcó vuestra vida. Es por ello que debes unirte a mí para destruirlo. Eres la única que puede, eres su hija y puedes reclamar lo que te pertenece.

—Eres un bastardo —comento con voz segura.

De pronto mi cara gira abruptamente y noto algo húmedo en mis labios. Abro los ojos y descubro que Javi me ha dado un bofetón. Me llevo los dedos al labio inferior, me está sangrando. Le escupo y mancho su cara con restos de sangre. Maldito desgraciado.

—Emplea todo ese odio en hundir lo que tu padre creó, lo que le llevó a la muerte. Termina con él.

Sé que una parte de él tiene razón. Aquel grupo consumió a mi padre de tal forma que lo llevó hasta la muerte. Está en mi mano hacerlo desaparecer o al menos que no lleve el nombre de mi padre. Si quieren seguir deberán empezar desde cero porque esto se ha terminado.

—Está bien. Lo haré— dirijo una mirada a Javi cargada de seguridad y me devuelve una sonrisa de satisfacción. Por fin ha conseguido lo que quería.



## Capítulo 35

*Sergio*

Ester me llama al teléfono móvil preocupada preguntando si Mireia está conmigo. Su madre ha contactado con ella porque lleva dos días sin aparecer por casa. No saben dónde está ni con quién. Ester ha llamado a Rocío, Adri, David... pero ninguno sabe nada.

Estoy asustado, no sé sobre qué hablaron Adam y ella para que haya reaccionado de esa forma. Decido buscarla por la zona y David y Ester se unen a la búsqueda. Ahora estamos los tres en mi coche mientras ella me dice los posibles sitios donde puede estar. Tras buscar en la biblioteca, llamar a Álex, mirar en alguna cafetería incluso centro comercial, no damos con ella. Ester propone que vayamos a su casa a animar a su madre que está destrozada.

—Merche —dice en cuanto la ve y le da un abrazo—. ¿Has sabido algo de ella?

—No —su madre es la viva imagen de Mireia, se parecen mucho—. Desde el jueves que se marchó no he vuelto a saber de ella. Temo que le haya pasado algo. He llamado a su hermano pero ni él ni Robert saben nada.

—Pero, ¿qué ha pasado? —su madre nos mira fijamente a David y a mí—. Son amigos de confianza, nos pueden ayudar así que no te sientas incómoda. Puedes confiar en ellos.

—Esa misma mañana estuve con ella —digo—, después habló con alguien y no sé qué pasó. Se fue y no he sabido nada más de ella. Nadie me ha querido decir nada. Su hija me importa mucho, por favor —suplico. Es la única que puede darme respuestas válidas.

—No es su hermano —dice con un hilo de voz—. Ha descubierto que Javi no es su hermano y se ha enfadado conmigo por escondérselo todo este tiempo. No sabía que le afectaría tanto, al parecer él lleva tiempo haciéndole daño y yo nunca lo supe.

¿No es su hermano? ¿Es eso lo que le contó Adam? ¿Y además él le hace daño? ¿Qué tipo de daño? Me siento mareado. Ester comienza a hablar y disipa todas mis dudas.

—Es cierto. Hace años descubrimos un golpe en la piel de Mireia y nos contó que su herma... que Javi a veces se pasaba de la raya con ella. Intentó decírtelo pero siempre le hacías caso a él —dice con voz triste.

—Me equivoqué y lo siento, lo siento con todo mi corazón. Es mi hija y la quiero muchísimo, necesito que vuelva. Por favor, la necesito —su madre empieza a llorar desconsoladamente y me transmite su dolor. Ojalá pudiera saber dónde se encuentra

Mireia en este momento, saber qué está pasando por su mente pero sobre todo me gustaría abrazarla como Ester lo está haciendo con Merche.

David agarra mi brazo para llevarme al pasillo y darles más intimidad. Me mira con el ceño fruncido.

—Sabías algo de esto, ¿verdad?

—Claro que no, acabo de enterarme.

—Entonces, ¿cómo es que rompisteis justo cuando apareció su hermano? ¿Lo conoces?

—Sí —suspiro—. Hace algunos años coincidimos y tuvimos problemas. Resultó ser un desgraciado que vivía al límite perjudicando a los demás. Pero eso no tiene nada que ver con lo que verdaderamente está ocurriendo, debemos encontrar a Mireia. Puede estar en cualquier parte... —llevo mis manos a la cabeza y me froto la nuca. No saber dónde está es desesperante.

—Vale. Son vuestros problemas y no me meto. Lo importante ahora es saber dónde está.

Media hora más tarde y con la promesa de encontrarla nos marchamos. Dejo a David y a Ester en sus casas y antes de dirigirme a la mía doy una vuelta por la zona. Nada, ni rastro. ¿Dónde estás, Mireia? ¿Dónde?

Ya es medianoche cuando recibo una llamada en número privado. Descuelgo deprisa con la esperanza de que sea ella pero resulta ser mi compañero.

—¿Sigues buscando a la chica?

—Sí. ¿La has visto? ¿Dónde? ¿Está bien? —pregunto atropelladamente.

—Sí pero no te va a gustar dónde. He pasado por la zona este de la ciudad y la he visto con el grupo del tipo ese y compañía.

—¿La estaban forzando a hacer algo o llevándola a la fuerza? —pregunto preocupado. Que esté en manos de esos desgraciados no trae nada bueno.

—No, de hecho parecía estar cómoda. No sé en qué líos anda metida pero te llamo para que sepas que está bien. Con quien esté ya no es de nuestra incumbencia, ha elegido bando y ha escogido al enemigo. Así que te pediría que no te metieses, sabes que estas cosas nunca salen bien.

—De acuerdo —cuelgo y rápidamente me visto. No pienso hacerle caso, si Mireia ha elegido deberá darme una explicación.

Llego a la zona este y salgo del coche con sigilo. Descubro su silueta en un grupo situado al fondo de la calle, junto a Javi y Robert mientras que este último tiene un brazo suyo por encima de sus hombros. Me dan ganas de ir hasta allí y llevármela a la

fuerza pero estoy en territorio enemigo y no me conviene dar un paso en falso. Espero hasta que deciden marcharse y sigo al coche en el que los tres se han subido. Hacen una primera parada para dejar a Mireia en un enorme edificio. Salgo de mi coche y la sigo antes de que el portal se cierre. Sube el primer piso y abre la puerta con una llave. ¿Quién vive allí? Pronto lo descubriré.

Toco el timbre sin importar la hora que es y escucho pasos al otro lado. De pronto la puerta se abre y aparece su amigo Álex frente a mí. ¡Maldito embustero! Sabía dónde estaba, en su propia casa, y nos dice a los demás que no sabe nada. ¡Y nosotros preocupados! Contengo la rabia que corre por mis venas y me abro paso hacia el interior de la vivienda con sus gritos de fondo.

—¿Qué pasa? —dice Mireia desde el umbral de una habitación. Se sorprende al verme—. ¿Qué haces aquí?

Entro a la habitación golpeando suavemente su hombro, cojo la puerta y la cierro obligándole a moverse. Observo que tiene un pestillo en la parte superior y lo echo para evitar que su amigo entre. Bloqueo la salida con mi cuerpo y enfrento a Mireia.

—¿Que qué hago aquí? Llevamos días buscándote, tu madre está desesperada. ¿Qué se supone que estás haciendo con tu vida?

—No es asunto tuyo. Ahora tengo que cambiarme, vete.

La observo con decisión, no tengo intención de largarme de aquí. Mi mirada se dirige a su boca donde hay restos de una herida, alguien le ha golpeado.

—¿Quién te ha hecho eso? —exijo saber.

—Vete, Sergio. Lárgate de mi vida.

—¿Para qué? ¿Para que puedas disfrutar plenamente de tu papel en el nuevo grupo? ¿Qué coño haces con ellos, Mireia?

—No te importa —repite—. Ahora vete.

Como no me marchó, opta por ignorarme y comienza a cambiarse de ropa delante de mí. Me da la espalda y se quita la camiseta con rapidez, puedo ver su espalda suave y lisa con un sujetador negro. Mis dedos tiemblan por el deseo de acercarme y acariciar su piel, besar cada lunar... Pero me controlo porque no es el momento. Después le toca el turno al pantalón, se lo quita con fuerza y muestra sus braguitas a juego. Se viste con un pijama corto y cuando termina se dirige a la cama con la intención de dormir. Me acerco con prisa para retenerla, la conversación aún no ha terminado. Agarro su brazo con suavidad, quedando frente a frente.

—Sé que no es tu hermano —se queda inmóvil por un momento—. ¿Qué haces con ellos? —mi voz suena más suave.

Estamos muy cerca y puedo oler una mezcla de su perfume con el tabaco de aquellos tipos. Sus intensos ojos se clavan en mí y sus labios entreabiertos me llaman. Acercó mi cara poco a poco a la suya hasta que nuestras frentes se tocan y su aliento roza mis labios. Los relamo con la lengua por la anticipación y ella sigue mi

movimiento con la mirada. No aguanto más y la beso. La beso con fervor y ella me devuelve el beso con más intensidad, aferrándose a mis brazos. Nuestros labios reaccionan con anhelo, se echan de menos al igual que nuestros cuerpos. Segundos después caemos en la cama con ella debajo de mí. Sus labios están aún sedientos y le doy todo cuanto tengo. Todo. Quiero demostrarle que estoy aquí por ella y que puede contar conmigo para lo que sea. No quiero perderla, no de nuevo.

Mis manos pasean por su piel acariciando todo a su paso y ella me quita la camiseta con rapidez. Me devuelve los besos con ímpetu y me acaricia con una delicadeza que me produce escalofríos. Sus jadeos me estremecen y temo perder todo esto para siempre. Pego su frente a la mía y respiro profundamente.

—Déjame estar a tu lado —susurro en sus labios.

Sus ojos me miran y veo cómo se escapa una lágrima de uno de ellos. Mireia pone las manos en mi pecho y me empuja hasta apartarme. Otra vez lo ha vuelto a hacer, me ha apartado de su lado y me temo que también lo hará de su vida.

—No puedo —dice ya levantada. Agarra mi camiseta y me la lanza—. Vete, por favor —se abraza a sí misma.

—¿Por qué? Dame un motivo convincente del por qué no quieres que esté contigo y me iré —digo desesperado.

—Pronto descubrirás el por qué y créeme, no querrás estar a mi lado entonces.

Abre el pestillo y deja la puerta abierta a la espera de que me marche. Con resignación lo hago, al menos sé que ahora está bien. De camino a mi casa le escribo un mensaje a Ester para decirle dónde está. Puede quedarse tranquila aunque yo no lo esté en estos momentos.

## Capítulo 36

*Sergio*

—Solo quiero que averigües por qué se ha metido en ese grupo —pido a Adam con frustración. Él es el único con poder de hacer eso sin ser descubierto.

—No puedo, no quiero saber nada de todos ellos. Y no hay más que hablar, Sergio —dice tajante.

Me había presentado allí la mañana siguiente al encuentro con la esperanza de que Adam pudiera ayudarme. No lo voy a dejar estar, no hasta que sepa qué se traen entre manos. Puedo ser muy insistente cuando quiero, y esta es una de esas veces.

Alguien toca la puerta del despacho y aparece la cabeza de uno de los chicos del grupo.

—Están aquí y quieren hablar contigo.

Adam me mira de soslayo y asiente. La puerta se abre y ante mis ojos aparece una imagen que seguro grabaré con fuego en mi memoria. Mireia y Javi entran juntos, ella muy seria y él con una sonrisa de suficiencia en la cara. Esto no va a traer nada bueno... Ella ni siquiera me mira por mucho que busque su mirada. «*¡Estoy aquí! Mírame, por favor*», grito mentalmente.

—Sentaos —Adam suena muy tranquilo.

—No hemos venido a eso —contesta Mireia con una frialdad que jamás había visto—. Voy a ser clara, quiero todo esto, me pertenece y he venido a reclamarlo.

¿Qué? Espera, ¿de qué está hablando? El grupo es de Adam, pasó a ser suyo tras la muerte de Mike, el que creó todo esto. Cuando murió se suponía que todo pasaría a ser de su hijo pero se descubrió que Javi era un impostor. Aunque si ellos no son hermanos... No puede ser cierto. ¡La libélula! ¡Claro! De eso me sonaba, Adam siempre nos ha contado que Mike tenía tatuada una libélula en las costillas, incluso me enseñó una vez una fotografía de ella, por eso la reconoció y supo quién es Mireia verdaderamente. Y ahora ha regresado para reclamar lo que es suyo. ¿Por qué querría algo que detesta?

—No puedo dártelo. Tu padre luchó mucho por mantener este grupo y si ahora te lo quedas, sin saber nada sobre él, lo llevarás a la nada —Adam intenta convencerla pero Mireia se muestra impasible y arquea una ceja cuando termina de hablar.

—Eso lo decidiré yo. Renuncia, Adam.

—Hagamos un trato —dice de repente Javi—. Una carrera, el bando que gane se queda con todo. ¿Qué me dices?

Adam parece pensarlo. No puedo creer que si quiera sopesa esa posibilidad. ¿Ganarse algo tan importante con una estúpida carrera? Este tío debe estar bromeando.

—Vale —Adam asiente bajo mi sorpresa.

—Perfecto. Él —me señala Javi con soberbia—, contra mí.

Veo cómo Adam y Mireia se miran y puedo ver en los ojos de ella una sensación extraña. ¿Acaso no es lo que quieren? ¿Creen que puede ganarme? Están muy equivocados.

—No. Pongámoslo más interesante —refuta ella—. Adam y yo. Quien gane se queda con todo. ¿Hay trato?

Adam acepta y cuando voy a intervenir no me deja, me pide que me mantenga al margen pero no puedo, va en contra de mis principios y de los del grupo. ¿Jugárselo todo a una carta? Sé que Adam es el mejor corredor de la ciudad y es imposible que ella le gane pero yo también soy muy buen corredor y sin embargo me ganó. En cuanto se marchan intento hablar con él pero su guardaespaldas me impide entrar en su despacho, necesita concentración, dice. ¡Y una mierda! Necesita un nuevo cerebro porque el suyo ya no le funciona, está senil. ¿Cómo se le ocurre?

Sigo a Mireia que va dirección a su casa, no puedo creer que haya reclamado todo esto. ¿Para qué lo quiere? No está de acuerdo con lo que se hace en él. ¿Para destruirlo, quizá? Tal vez se ha vuelto igual de loca que su herma... que Javi pero arriesgarlo todo a una carrera me parece una absoluta locura. ¿Tan segura está que va a ganar? Debe tener un *as* en la manga.

—Mireia —grito en cuanto la veo coger la llave para abrir el recinto de su edificio. Se gira y en cuanto me ve la mete con prisa en la cerradura. Oh, no. No te vas a escapar. Atravieso el brazo en la puerta antes de cerrarla y a pesar de hacerme daño, no lo aparto para que se marche a sus anchas—. Si lo que intentas es hacerme daño empujando la puerta, tranquila, ya me has hecho suficiente durante este tiempo.

Esas palabras hacen que disminuya su fuerza hasta dejar de empujar. Me adentro en el interior del lugar y la miro. Ya no tiene esa máscara fría de antes frente a Adam. ¿Habrás sido todo fachada? ¿La habrá obligado Javi? Pienso averiguarlo.

—Nunca ha sido mi intención —comenta refiriéndose al dolor causado.

—Entonces, ¿cuál era tu intención? ¿Qué me enamora de ti como un estúpido? ¿Es eso? —Con cada pregunta voy subiendo el tono de voz—. Porque si no es amor lo que siento por ti entonces es que me estoy volviendo loco. Cada día, cada momento pienso en ti, en cómo hacer que vuelva la anterior Mireia...

—Ya no queda nada de la anterior Mireia, nada. Y por mucho que la busques no la vas a encontrar. Aléjate de mí, Sergio, aléjate de mí y sigue con tu vida —se da media vuelta dispuesta a adentrarse en el edificio y dejarme solo.

—¡Eres un cobarde! —grito con desesperación—. Eres un maldito cobarde por

no enfrentarte a quien realmente merece tu odio. Te estás equivocando de bando, estás confundiendo quién es el enemigo y te estás perdiendo a ti misma —respiro con dificultad—. Y cuando vayas a buscarte, no quedará nada.

Mireia se acerca con los ojos brillantes. Cuando está frente a mí comienza a hablar con voz trémula.

—Nunca dije que fuese valiente. Los demás, tú... siempre me visteis así. El dolor te hace más fuerte pero no te ayuda a enfrentar a tus miedos. Ellos siguen ahí, te acechan, te acosan... se apoderan de ti y te atan de pies y manos. Y llega un momento en el que deseas enfrentarte a ellos pero no sabes cómo. Tu vida ya ha sido cambiada, ellos lo han hecho y ¿qué te queda entonces? La esperanza —una lágrima cae por su mejilla y sigo su recorrido con la mirada—. La esperanza de un día vencerlos, ser mejor que ellos. Y no importa escoger un bando u otro porque realmente ¿quién es el enemigo? No nos engañemos, el enemigo no es Javi ni Adam. Somos nosotros mismos con nuestros miedos, aquellos que nos impiden avanzar. Aquellos que nos hacen unos míseros cobardes. No pido que aceptes mis actos, ni siquiera que los entiendas. Solo quiero que los respetes al igual que yo respeté los tuyos —suelta un largo suspiro—. Márchate, Sergio. Pronto todo habrá acabado.

Me da la espalda y se marcha dejándome aturrido completamente. Cada una de las palabras que ha dicho iban cargadas con una intensidad desbordante y a pesar de todo debo darle la razón. Llevo años escondiéndome de mí mismo, de mis temores, intentando superar algo con golpes y más golpes. Hasta ahora no entendía a qué se refería Mireia cuando aquel día me dijo que soy igual que aquellos a los que odio, les golpeo porque han hecho algo malo y entonces yo me convierto en unos de ellos. Me rebajo a su nivel.

Cada uno debe librar sus propias batallas, como ella está haciendo en este instante. No importa lo que cueste, lo que te obligue a hacer tus propios miedos si después consigues vencerlos. Me he centrado todos estos años en ser fuerte con los demás que he olvidado enfrentarme a lo que verdaderamente afecta a mi vida: el pasado, los recuerdos, las pesadillas... Ya es hora de que ponga punto y final, es hora de que deje el pasado atrás de una vez por todas.

Subo al coche tras media hora en aquel viejo portal, hace diez años que no lo piso por miedo y ya es hora de superarlo. He aprovechado que un hombre mayor entraba para adentrarme en su interior, está igual que entonces. Cuando he mirado hacia la pared situada en la esquina me ha resultado ver la presencia de aquella niña, con el pelo y el vestido empapado, y a mí escondiéndome de mis compañeros. Sé que he podido parecer un loco después de media hora observando el lugar pero necesitaba estar allí, solo cuando una mujer me ha gritado que me fuese porque creía que estaba borracho, me he marchado.

Durante esa media hora he deseado tantas cosas... Una de ellas es tener a aquella

niña frente a mí, saber que está bien y que aquella noche es fruto de mis pesadillas por mis paranoias, que nunca existió el peligro en su vida pero por mucho que me repito esas palabras como un mantra, sé que no es así. Solo espero que al final haya superado todo y no se estanque como lo hice yo. Algún día espero encontrarme con ella y darle un abrazo. Algún día...

## Capítulo 37

*Mireia*

Los días pasan y cada vez estoy más nerviosa, no sé si seré capaz de hacerlo. Javi está convencido de que podré ganar mientras que Robert cree que nos falta un tornillo. ¿Jugárselo todo en una carrera? ¿Aquello por lo que llevan luchando ambos durante tanto tiempo? Sí, a mí también me parece una locura pero antes de arriesgarnos a hacer algo cuyas consecuencias sean tremendamente peor, prefiero esto.

Javi está eufórico pero también de los nervios y lo paga con todo aquel que está cerca. No importa que sea su mejor amigo, sus compañeros de grupo o incluso yo, rebosa mala leche estos días porque todo debe salir perfecto. Es por ello que pasamos largas horas corriendo en una carretera perdida en la mano de Dios para practicar mis habilidades al volante, todo tiene que salir perfecto. Solo quedan dos días para la carrera y no podemos cometer ningún fallo, o más bien puedo, porque todo esto es mi responsabilidad. Cuando me comprometí a eliminar ese grupo no pensaba que costaría tanto. Adam está aferrado a él con uñas y dientes pero necesito que se haga a un lado si no quiere salir perjudicado. Sé que mi padre no estaría orgulloso de mis actos pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados y solo me queda pensar y actuar con rapidez.

Por supuesto que no pensaba que todo se complicaría aún más con la presencia de Sergio. Sé que le estoy haciendo daño pero es que todo esto no debería haber ocurrido. Yo debería estar disfrutando del verano como prometí, saliendo de fiesta con mis amigas, leyendo un buen libro y tomando el sol. Sin embargo nada sale como se planea y todo esto queda lejos de la realidad en cuanto a expectativa de verano.

—¿Me estás escuchando? ¡Joder! Estoy rodeado de gilipollas —dice Javi llevándose las manos a la cabeza con exasperación. Está hablando sobre no sé qué cosa de una curva pero ni siquiera le presto atención, necesito un descanso.

—Necesito un descanso, no hemos parado en tres horas y me duelen los pies —digo para convencerlo.

—¿Te duelen los pies? Ah, claro, es verdad. Deberíamos parar. O más bien, ¿por qué no llamamos a Adam y cancelamos todo por tus queridos pies? Son lo más importante —sus palabras están cargadas de ironía.

Me levanto de la silla donde estoy sentada y lo enfrento. Si algo he aprendido en el verano es a enfrentarme a aquello que años atrás me daba miedo, y Javi es uno de ellos. No me voy a achantar, ni ahora ni nunca más.

—Escúchame, todos estamos metidos en esto pero soy yo la que va a correr y si

digo que necesito un descanso es que lo necesito. Ahora si me disculpas...

Intento marcharme pero me retiene agarrándome del brazo, a esta altura tengo ya el brazo más rojo que un tomate. Me suelto y lo miro fijamente.

—No deberías olvidar quién te metió en todo esto, hermanita —su sonrisa de satisfacción me llena de ira.

—Y tú no deberías olvidar que si gano, todo será mío y puedo no darte una mísera parte, hermanito.

Javi palidece. Por primera vez en tantos años, lo tengo comiendo de mi mano y me gusta. Ya es hora de que las tornas se cambien y sea él quien sufra. Se lo merece y mientras pueda me aprovecharé de la situación.

Llego hasta la cocina para coger algo frío de la nevera y me encuentro con Robert. Desde que me uní a su grupo está diferente conmigo, más cercano. No me mira con suficiencia como hace Javi incluso puede llegar a ser amable y dulce; mi conclusión es que se deja llevar demasiado por él. Es algo así como su “perrito faldero”, me da pena después de todo.

—¿Te está dando mucha caña? Está insoportable —dice mientras se apoya en la encimera a mi lado y cruza los brazos.

—Está más que insoportable. No sé cómo lo has aguantado tantos años —suspiro y doy un sobro a mi *Coca-cola* fresquita.

—Con paciencia. Supongo que después merecerá la pena —me observa con intensidad—, si ganas quiero decir. ¿Tan seguros estáis?

—Conoce a Adam desde hace muchos años y sabe cómo juega sus cartas. Me ha descrito cada uno de sus movimientos y sinceramente no sé si funcionará.

—Espero que sí, sino tendré que mudarme porque no habrá quién lo aguante —sonríe ampliamente.

Le devuelvo la sonrisa. ¿Por qué no ha sido así siempre? Simpático, amable, agradable... Ahora entiendo cuando dicen aquello de las malas influencias. Este es un claro ejemplo, Javi contamina su vida y su comportamiento y lo peor es que él se deja llevar.

—¿Qué harás cuando todo pase?

—Seguir mi vida —contesto mirando el suelo—, lo que queda de ella. Echo de menos a mis amigas y...

—Y a él —me interrumpe.

Levanto la cabeza de súbito, no esperaba que Robert nombrase a Sergio. El simple hecho de pensar en él duele, duele demasiado pero no puedo hacer otra cosa. A veces pienso que quizá cuando todo acabe, podríamos empezar de cero. Pero no se puede empezar de cero algo que está dañado completamente.

—No. Él y yo.... —digo indecisa—, ya nada. No estamos en el mismo bando, él

ha elegido y yo también. Y uno de los dos perderá, es algo irremediable.

—Está bien —Robert nota mi incomodidad y da el tema por zanjado—. Si alguna vez te interesara alguien del bando correcto yo...

—Parecís marujas —Javi aparece en el umbral e interrumpe el discurso de su amigo—, todo el día hablando. ¿Qué os pasa a vosotros dos?

—Hay vida más allá de los gritos —le acuso—, no todo es ladrar.

Me marcho de la cocina dejándole con la palabra en la boca. Cojo mi teléfono móvil y reviso las llamadas, nada. Parece ser que mis amigas no me echan de menos y tampoco puedo llamarlas. Ando demasiado ocupada. Llevo el bolso al hombro y me marcho de allí, necesito despejarme un poco y este ambiente no es el idóneo.

Decido regresar a casa dando un paseo, hace unos días que regresé porque después de todo, necesitaba a mi madre. La echaba tanto de menos...

El aire fresco me hace pensar en la vida que tenía antes de que todo sucediera. Hace unos meses era una chica con problemas pero feliz y de repente descubro que mi hermano no tiene mi misma sangre y mi padre, al que creía como un héroe, resultó dedicarse a lo mismo que al chico que quiero. Sergio... Te has metido tan adentro de mí que me es imposible sacarte.

Cuando se presentó en mi portal hace unos días estuve a punto de lanzarme a sus brazos, más aún cuando dijo que estaba enamorado de mí. ¿Por qué, destino? Con la cantidad de chicos que hay en el mundo tuve que toparme con alguien que está vinculado a mi pasado y mi presente. Aquella noche de lluvia hace diez años se dibujó un vínculo invisible y el destino quiso que volviésemos a encontrarnos. ¿Por qué no hacerlo después? Cuando todo hubiese acabado. O quizá antes para poder explicar todo... Ojalá pudiésemos cambiar el pasado, ojalá. Pero solo queda luchar por un presente y un futuro mejor. Solo espero que Sergio algún día comprenda mis actos como yo un día comprendí los suyos.

Cuando llego a casa voy directamente a la ducha. Al salir de ella quince minutos más tarde me doy cuenta que mi teléfono móvil tiene cuatro llamadas perdidas, una de Javi y las demás de Robert. ¿Qué habrá pasado?

—¿Sí? —devuelvo la llamada a Robert.

—Tu hermano está como loco preguntándose dónde estás. Le han llamado, ha habido un problema y la carrera se adelanta a esta noche.

Y con esa frase me quedo paralizada. Adiós a la ansiada noche de descanso.

## Capítulo 38

*Sergio*

Cuelgo la llamada y me visto con toda la prisa que me permite el cuerpo. Mi compañero me ha avisado de que la carrera, que se supone que sería dentro de dos días, se ha adelantado a esta noche, ha tenido lugar hace unas horas. Adam, Mireia y Javi están ya en el lugar de nuestro grupo pero nadie sabe quién ha resultado ganador. Que estén ellos dos allí solo puede suponer dos cosas: que haya ganado Adam y quiera que Mireia firme un papel donde renuncia a todo, o bien al contrario. De cualquier forma el asunto me pone los vellos de punta.

Cuando llego al lugar me encuentro con el coche de Javi aparcado, eso significa que aún están dentro. La puerta se abre y choco contra alguien. Bajo la mirada y me encuentro con Mireia, me mira con ojos tristes y silenciosos. Javi la sigue con una sonrisa radiante. Ambos me rodean hasta marcharse y sé lo que ha sucedido. Han ganado y la he perdido. Justo tal y como nos conocimos, con un choque.

Miro a Adam que está con la mandíbula tensa y en cuando la puerta se cierra a mi espalda respira profundamente y suelta «*seguidlos*». Dos de los chicos van tras Mireia y Javi. ¿Qué está pasando? Me pongo más nervioso ante el desconocimiento.

—¿Qué ha pasado? —me dirijo a Adam pero este se adentra en su despacho haciendo caso omiso a mi pregunta y sale con una gran bolsa.

—No hay tiempo. Tenemos que irnos —le sigo para averiguar qué sucede—. ¿Estás seguro de que quieres venir? No quiero que interfieras en nada, Sergio. Pase lo que pase.

Asiento con la cabeza con la esperanza de conseguir respuestas y veo cómo un grupo de cinco chicos se adentran en un coche mientras que Adam se monta en el suyo con su guardaespaldas. Sin pensarlo subo al mío y les sigo. No tardamos en llegar, apenas diez minutos porque vamos a una velocidad alarmante y cuando llegamos al destino me sorprende al ver dónde estamos. Nos encontramos en el local donde se reúne el grupo de Javi.

—¿Qué hacemos aquí? —bajo del coche con rapidez, no quiero perderme nada.

—Ahora lo sabrás, guarda silencio.

Nos adentramos en el interior y espero ver a los nuevos ganadores pero ni Javi, Mireia y Robert están allí. Los compañeros de ellos parecen esperarnos porque nos abren las puertas pacientemente aunque no con una sonrisa.

—Espero que de verdad sea valioso lo que queréis enseñarnos —comenta uno de ellos.

Nuestros chicos se reparten por toda la sala y Adam saca de la bolsa una pantalla del tamaño de la de un portátil junto con dos altavoces pequeños. Enciende todos ellos y la imagen refleja una habitación. Es simple, en ella hay una cama, un armario grande y un escritorio. No hay cuadros, fotografías, pósters... nada. Es sobrio. Miro a mí alrededor, todos están atentos a la pantalla, esperando... ¿qué? Parece que ellos están más enterados que yo sobre lo que ocurre. Me han dejado al margen de todo esto.

—Acaban de llegar —dice uno de nuestros chicos tras colgar el teléfono móvil que tiene en las manos.

Segundos más tarde aparecen Mireia y Javi en la pantalla. Ya lo comprendo, están espíandolos. Pero, ¿por qué? No puedo pensar más ni tampoco preguntar porque Mireia comienza a hablar, su voz se escucha nítida a través de los altavoces.

—¿Qué piensas hacer ahora? Ya tienes lo que querías.

Él se sienta sobre la cama mientras que ella permanece de pie frente a él a una distancia prudencial. La cámara que está grabando está situada en un punto perfecto donde se observa toda la habitación por lo que podemos seguir cada uno de sus movimientos.

—Mandaré todo a la mierda —dice Javi resuelto.

—Lo podrías haber hecho antes sin necesidad de tener esto —Mireia posa sobre el escritorio unos papeles, imagino que son los que Adam y ella han firmado hace un momento.

—Te equivocas. Gracias a esto puedo hacer lo que me dé la gana sin contar con nadie. Puedo mandar a todos esos bastardos a la mierda y trabajar por mi cuenta. Tendré mi propio grupo de verdad, no con unos compañeros de mierda que no sirven ni para regar una puta planta.

Alzo la vista de la pantalla, los compañeros de Javi están tensos, no se esperaban esta traición. Para nosotros estar en un grupo es compromiso hacia el líder y Javi es el suyo. O al menos lo era hasta ahora.

—¿Y Robert? ¿A él también lo vas a mandar a la mierda? Es tu mejor amigo —Mireia está tan tranquila que asusta.

—Si tanto te interesa puedes quedarte tú con él, por lo que he visto estos días os entendéis bastante bien —hace una pausa y sonrío—. Solos.

Mi cuerpo se tensa nada más oír eso. Mireia no puede haberse ido con alguien así, quiero escuchar una respuesta por su parte, una explicación pero se mantiene en silencio y me hace dudar. No solo se ha metido en el bando del enemigo, sino también en su casa. Y ¿ahora también en su cama? ¿Por eso dijo que no podía estar conmigo? ¿Que la odiaría? No, Mireia no es así. No haría algo semejante. Ya creí algo que no era cierto y sé que esto tampoco lo es.

—Creía que ibas a destruir el grupo, no convertirte en el nuevo líder —contesta

ella ignorando sus anteriores palabras.

—Ay, mi querida Mireia, ¡qué inocente eres! ¿De verdad pensabas que iba a destruir el grupo? —Suelta una carcajada—. Una vez más has caído, te he vuelto a utilizar para mi propio beneficio. Lo que no pensaba era que caerías tan pronto. Sigues siendo la misma niña cobarde y estúpida de siempre. Me das pena.

De pronto Mireia comienza a reírse, es una risa diabólica que me pone los vellos de punta. Me pregunto hasta qué punto he perdido por completo a la chica que quiero. Miro a Adam y parece tranquilo, incluso puedo intuir a través de la mano que tiene en la boca que está sonriendo.

—¿De qué coño te ríes, niña? —pregunta Javi crispado.

—Toma —ella le tiende los papeles de antes—. Lee.

Javi coge los papeles y los ojea, frunce el ceño. Estoy impaciente por saber más, esto parece una serie de televisión solo que por desgracia es la vida real.

—Hija de puta —dice de pronto.

—Veo que ya lo has entendido. Ay, mi querido Javi, ¡qué inocente eres! ¿De verdad pensabas que te iba a dar el poder de manejar el grupo a tu antojo? Por primera vez te he utilizado para mi propio beneficio —repite las palabras que antes él había escupido solo que con un ligero cambio de papeles—, lo que no pensaba era que caerías. Me das pena.

Sonrío. Sabía que si Mireia se había unido a ese grupo era por algún motivo oculto y ahora no solo nos ha demostrado a todos lo que es capaz de hacer sino también que es una mujer valiente y fuerte. Estoy orgulloso de ella y Adam también porque su sonrisa se amplía en cuanto escucha sus palabras. Pero de pronto veo que esta se borra de su rostro. Vuelvo la vista a la pantalla, Javi está agarrando a Mireia por el brazo mientras ella mantiene la mirada desafiante.

—¿Cómo te has atrevido a jugar conmigo? No sabes a quién te enfrentas.

—Sé perfectamente quién eres y de lo que eres capaz de hacer. Durante todos estos años te has encargado de recordarme dónde está mi lugar, ¿y todo por qué? Por miedo a que te supere, porque no soportas que pueda ser mejor que tú. No soportas que sea hija de quién soy y por eso has tenido que recurrir a mí. Pero no esperabas que esto sucediera, estabas tan seguro de ti mismo que no has tenido en cuenta algunos factores como leer los papeles que firmo o que hace un momento has llamado bastardos a tus compañeros y que ellos lo han escuchado todo. Deben estar muy cabreados. Así que dime, Javi, ¿qué se siente al perder?

—Podrás contestar tú misma a esta pregunta porque si caigo yo, tú lo harás conmigo.

Lo que sucede a continuación es casi imperceptible. Comienzan a forcejear y escucho cómo Adam dice por una especie de *walki-talkie* que entren, están llegando a las manos. Mireia le suelta una patada en la entrepierna y cuando va a escapar de la

habitación, él le agarra del pelo con fuerza hasta tirarla al suelo. Me acerco más a la pantalla sin creer que esté sucediendo. No puede hacerle daño el muy cabrón, no podría perdonarme estar allí mirando sin hacer nada.

—¿Dónde están? Dirección —exijo a Adam.

—Nuestros chicos se ocuparán, tú quédate aquí —dice con la vista fija en la pantalla.

Ambos siguen en el suelo, Mireia intenta liberarse de su peso que está encima y lo consigue dándole un fuerte mordisco en uno de sus brazos. El grito de Javi retumba en mis oídos y ahora mismo solo pienso que ojalá muera del dolor. Ella se da la vuelta para arrastrarse por el suelo y salir bajo sus piernas pero me quedo en *shock* ante lo que ocurre a continuación. Él agarra su pelo con fuerza, levanta su cabeza y le da un sonoro golpe contra el suelo. Mi corazón se paraliza y no puedo respirar. Una lágrima cae sobre mi rostro cuando él se levanta y ella permanece inerte tumbada boca abajo. «*No se mueve, no se mueve...*», repito una y otra vez en mi cabeza. El muy hijo de puta en lugar de comprobar si está viva, le da una patada en el estómago en el momento que alguien entra en la habitación.

—Tío, alguien está golpeando la puerta con fuerza y... —Robert mira a la chica tendida en el suelo—. ¿Qué coño haces?

—La muy zorra me ha traicionado. A mí. Me ha traicionado a mí —dice Javi fuera de sí.

Robert se acerca al cuerpo de Mireia y le da la vuelta. Es entonces cuando puedo ver su cara, tiene los ojos cerrados y descubro sangre en su frente, una cantidad de sangre que cae ahora por su rostro llenándolo. El chico acaricia su cara, lleva los dedos al cuello y su oído hacia la boca.

—Tiene pulso pero respira muy despacio —parece nervioso y preocupado.

Javi se marcha de la habitación y mi vista se queda clavada en la pantalla mientras Robert acuna a Mireia en sus brazos y le da varios golpecitos en la cara pidiéndole desesperadamente que despierte. Apenas soy consciente de que mi cuerpo empieza a temblar tanto que parece que voy a convulsionar de un momento a otro. Ya no hay solo una lágrima en mi rostro sino montones de ellas. «*No, por favor, ella no*».

El interior de la habitación pronto se llena con nuestros chicos. Habéis llegado tarde, joder, demasiado tarde. Apartan a Robert de Mireia y la cargan en sus brazos para llevársela. Entonces reacciono.

—¿A dónde se la llevan? —me doy cuenta que apenas quedamos Adam y yo en la estancia.

—Cálmate, Sergio. Se pondrá bien, ahora está en buenas manos —contesta tranquilo.

—¿Que me calme? Acabo de ver cómo apalean a una de las personas más importantes en mi vida y ¿pretendes que me calme? —aún estoy temblando—. No

me pidas que lo haga cuando lo único que deseo ahora mismo es partirte cada uno de los huesos por hijo de puta. ¿Cómo has permitido que le hagan eso?

—Siéntate, debemos...

—¡No quiero sentarme! Dime dónde se la han llevado.

—No sin antes saber de qué ha ido todo esto.

Esas palabras hacen que recapacite y me siento en la silla de su lado, abatido. Cierro los ojos un instante y la imagen de Mireia en el suelo me obliga a abrirlos rápidamente.

—El día que Mario trajo a Mireia descubrí que es hija de Mike, eso ya lo sabes. Unos días antes de que se presentasen aquí para proponer la carrera, me reuní con ella a solas sin que nadie lo supiese. Tenía un plan, quería devolver parte del daño que él le había causado durante tantos años y necesitaba mi ayuda. De cara a los demás, estaba aliada con el enemigo, pero en realidad lo estaba con nosotros —suspira—. La intención era organizar una carrera, que Javi se confiase de que tendría todo en su poder en cuestión de días. Me dejé ganar para que creyese que lo habían conseguido, no fue tan difícil porque llevo muchos años sin correr y el muy desgraciado conocía mis puntos débiles. El verdadero plan de Mireia era que todo se volviese en su contra cuando menos lo esperase, por eso reunimos a sus compañeros, lo cual nos costó horrores, porque ella sospechaba lo que iba a hacer y efectivamente ha hecho. Nos ayudó a poner una cámara en su habitación para ir allí después de la firma.

—Pero no firmó el papel de la victoria —afirmo.

—No. Sabíamos que a Javi le podría más la sed de poder y venganza y no leería los papeles. Por lo que Mireia firmó el total rechazo del grupo como hija de Mike, dejándome a mí al cargo de todo y borrando el nombre de su padre para siempre. El plan más tarde era que se reuniesen en la habitación y que él contase todo para ser descubierto ante los demás pagando así por su traición. Mandé a los chicos que estuvieran atentos por si sucedía algo malo.

—Ha sucedido. Mireia ahora está... ni siquiera sé cómo está ni dónde. Y tú has permitido eso, no puedo mirarte a la cara y si Mike estuviese vivo tampoco lo haría.

—Ella asumió todas las consecuencias, Sergio. Todos sabemos cómo es Javi y lo que es capaz de hacer y ella lo asumió absolutamente todo. De hecho no quería a nadie guardando su espalda pero no le hice caso y mandé a los chicos. No podía hacer más. Es una chica muy valiente, al igual que su padre.

Cuando voy a preguntar de nuevo dónde está Mireia, su teléfono móvil suena. Son los chicos, dicen que está bien. Solo tiene un golpe en la cabeza. Está sana y salva al fin.

## Capítulo 39

*Mireia*

El fortísimo dolor de cabeza impide moverme. Me encuentro en una habitación que no conozco, tumbada sobre una cama mientras me limito a recordar lo sucedido. Lo he conseguido. Después de tantos años he podido enfrentar a Javi y aunque las cosas no han salido como estaban planeadas, no puedo quejarme. Por fin soy libre, tras tanto dolor, tantos miedos por su culpa. Ahora podré empezar mi vida de nuevo y estoy segura que la disfrutaré como nunca.

Un chico joven, alto y con musculatura entra en la habitación y se acerca a la cama donde me encuentro hasta sentarse sobre ella.

—¿Cómo te encuentras? —se interesa revisando mi herida en la frente. Otra más...

—Me duele mucho la cabeza.

—¿Te duele algo más?

—No —intento incorporarme y siento un gran pinchazo en la barriga. Emito un gemido de dolor—. Me duele también la barriga.

Levanto mi camiseta levemente y descubro que parte de mi abdomen está de tomando un color oscuro. ¿Qué habrá pasado? Después del golpe en la cabeza no recuerdo nada más.

—Te dio una patada mientras estabas inconsciente, el muy cobarde.

—¿Dónde está ahora? —quiero saber qué ha sido de él.

—Los chicos se lo llevaron para que pudiera reunirse con sus *queridos* compañeros —sonríe—. Adam quiere que te quedes con la grabación de la agresión por si quieres presentar cargos.

—Gracias.

Tras esa pequeña conversación me deja sola y con una enorme paz instalada en mi cuerpo, me quedo profundamente dormida.

Al día siguiente regreso a mi casa. Mi madre se alarma al ver en mi frente varios puntos y mi rostro demacrado pero aunque por fuera parezca que estoy hecha un asco, por dentro estoy feliz. Bueno, en cierta parte feliz. Siento que tengo algo pendiente, aquello que debería haber sido y no fue. Pero ya no queda nada, lo sé.

Dicen que para ganar hay que sacrificar antes algo, yo sacrifiqué mi relación con Sergio. Y aunque me arrepentiré de ello toda mi vida, he conseguido mi ansiada libertad. Agradezco al menos haber tenido la oportunidad de conocerlo y compartir un pedazo de mi vida con él.

Pasan algunos días y poco a poco mi vida vuelve a la normalidad. Sin darme cuenta el verano ha pasado y faltan solo tres semanas para empezar las clases en la universidad. Estoy segura de que disfrutaré mucho de esta nueva etapa. Es cierto que cuando algo malo te sucede en la vida, aprendes a valorar los pequeños momentos y eso es precisamente lo que me ha pasado a mí. Necesito tiempo mientras me acostumbro, pero estoy segura que al final lo conseguiré. Conseguiré esa vida plena sin la presencia dañina de Javi.

Estoy preparando algunas maletas, mi madre cree que lo mejor es que me marche a la casa de mi abuela, situada al norte del país, para que pueda relajarme antes de empezar con los estudios. Y en cierto modo sé que tiene razón, me vendrá muy bien. Hace unas horas quedé con las chicas para contarles que había tenido problemas con Javi pero que por fin todo se ha solucionado y tengo que marcharme unos días. Lo comprendieron pero me hicieron prometerles que volvería. Por supuesto, ¿dónde iría ir sino?

De nuevo pienso en él. No me he despedido ni tampoco sé nada sobre él. En más de una ocasión me he sentido tentada de llamarlo para saber cómo está, para conocer si está al tanto de lo ocurrido en su grupo aunque por mucho que haya enfrentado a Javi, aún no soy lo suficientemente fuerte como para enfrentarme a nuestra relación. Sergio necesita tiempo y estoy dispuesto a dárselo. Espero que en algún momento de lo que queda de vida, volvamos a ser amigos.

Escucho pasos a mi espalda, seguro que es mi madre preguntándome si necesito ayuda. Desde lo sucedido, está muy protectora y cariñosa. Continuo metiendo más ropa en las maletas, solo me voy dos semanas pero mi avión sale mañana temprano y debo tenerlo todo listo.

—Mamá, ¿sabes dónde está mi jersey negro? La abuela me ha dicho que algunos días refresca por la zona —digo mientras doblo un pantalón vaquero y lo meto en la maleta.

No recibo respuesta y me doy la vuelta. Me quedo paralizada al descubrir que no es mi madre la que está en la puerta sino Sergio. Parpadeo varias veces por si resulta ser un espejismo pero no, está aquí, en mi casa, en mi habitación.

—Hola —dice tímido—. Tu madre me ha dejado pasar, se ha ido a la compra —permanezco en silencio porque estoy en shock—. ¿Te vas?

—Sí —reacciono para no parecer una boba—. Voy a visitar a mi abuela antes de que empiecen las clases.

Sergio asiente con la cabeza y se apoya en el marco de la puerta. Está muy guapo, tiene el pelo alborotado y sus ojos están brillantes. Nos miramos fijamente y miles de emociones recorren todo mi cuerpo. Lo echo de menos, muchísimo. Respiro profundamente y me animo a hablar.

—Sé que hice mal al esconderte lo de...

No puedo continuar hablando porque Sergio se lanza sobre mí y me da un enorme abrazo. Me aferro a sus brazos con fuerza y no se me ocurre mejor lugar en el que estar ahora mismo. El abrazo dura unos minutos pero no es suficiente para mí por lo que cuando se va a apartar lo aprieto más contra mí.

—Estás loca —deposita un beso sobre mi cabeza—. No debiste hacerlo sola, podría haberte pasado algo y yo... jamás me lo perdonaría.

—Ya ha pasado todo, Sergio —le digo para tranquilizarlo, puedo notar la angustia en cada una de sus palabras—. Está todo bien.

Finalmente se deshace de mi abrazo y toma mis manos entre las suyas hasta que nos sentamos en la cama. Me mira con una dulzura que me dan ganas de lanzarme a su boca y besarlo hasta el fin de los días.

—Llevo todos estos días pensando. Estaba muy confuso, por una parte quería odiarte por haberme escondido todo eso y por enfrentarte tú sola a ese desgraciado. Pero por otra parte quería abrazarte por ser tan valiente y por luchar contra tus miedos, yo no podría haberlo hecho —suelta un largo suspiro—. Prométeme que no volverás a hacerlo, Mireia, promételo. No puedo perder a nadie más.

—Prométeme tú que dejarás de librar las batallas de los demás y que te enfrentarás a las tuyas —acaricio su mejilla con mis dedos. Él cierra los ojos ante el contacto.

—Ya lo hice. Después de la última conversación que tuvimos fui al portal donde encontré a la niña aquella noche. Sé que podría haber actuado de otra forma pero pensarlo una y otra vez no va a hacer que el pasado cambie. Me dije a mí mismo que esa chica es valiente y fuerte y que ahora está bien.

—Lo está —sonríe melancólica—. Aquella noche no era la primera en su vida que tenía miedo pero sí la que empezó la pesadilla. Aquel chico siempre le gritaba pero solo eran eso... voces. Hasta que esa noche ella intentó defenderse, no quería que pensase que estaba con aquel chico en el portal porque estaba ligando pero él no le dejaba hablar. Así que le dio un empujón y a cambio recibió una bofetada. La primera —Sergio me observa con atención—. Desde entonces las voces pasaron a combinarse con pequeños golpes y con cada uno de ellos se prometía a sí misma que algún día pararían. Lástima que haya tenido que esperar diez años para que sucediese. Al final el tiempo pone a cada uno en su lugar.

—Tú —susurra Sergio—. Eres tú.

—Sí —sonríe mientras algunas lágrimas se escapan de mis ojos—. Aquella noche estaba preocupada porque mi vestido se había manchado y él me regañaría. Desde

entonces jamás he vuelto a ponerme uno de ellos. Y resultó que al final ni siquiera miró el estado de la ropa, se centró más en otras cosas...

—El chico... es Javi, ¿no? —asiento con la cabeza.

—Pero estoy bien, Sergio, a pesar de todo estoy bien. Ya no tienes de qué preocuparte.

Sergio vuelve a abrazarme mientras repite en voz baja una y otra vez «eres tú». Siento que no solo he devuelto parte de paz en su interior sino también en el mío. Con esto podremos cerrar otra etapa en nuestras vidas.

Se aparta y agarra mi rostro con sus manos, elimina las lágrimas y veo que en sus ojos también hay algunas. Sé que son de felicidad, la escena que me está regalando es lo más hermoso que he visto jamás.

—Te quiero —dice con seguridad y sus palabras me desarman. No las esperaba, quizá ni ahora ni nunca. Pensaba que se había olvidado de mí pero estaba equivocada. Sus sentimientos siguen vivos y los míos se desbordan al escuchar sus palabras.

—Y yo a ti, Sergio. Jamás te haría daño ni mucho menos te engañaría. Cometí errores, Javi me manipuló durante demasiado tiempo pero todo lo que viví contigo, todo lo que sentí y siento es de verdad —suspiro tras soltar la verdad—. Pídeme que no me vaya —susurro—. Pídemelo y me quedaré.

—No puedo, necesitas esto. Necesitas empezar una nueva vida —se levanta de mi cama y se dirige hacia la puerta—. Solo vuelve.

Esas son las últimas palabras que me dirige antes de marcharse, dejándome sola con mi nueva vida.

## Capítulo 40

*Sergio*

—Venga ya, tío. ¿El segundo día y ya nos mandan una práctica para casa? — comenta mi compañero de clase, indignado.

—Es lo que tiene estar en el segundo año de carrera, que no nos dejan rascarnos las narices.

Ayer comenzaron las clases, de vuelta a la rutina. Pensaba que me costaría más pero dejar atrás el verano ha sido como un soplo de aire fresco. Prefiero quedarme con lo bueno de él y dejar a un lado todo lo demás. Desde que Mireia se fue, hace ya tres semanas, he estado pensando mucho sobre mi vida. He analizado mis actos de estos últimos meses incluso años y he llegado a la conclusión de que ya es hora de vivir, de disfrutar y hacer realmente lo que quiero.

Tres días más tarde de nuestra despedida fui a ver a Adam y le pedí salir del grupo para siempre. No quería seguir ligado a ellos por mucho que durante demasiado tiempo fuesen mi chaleco salvavidas. Quería dejar atrás esa etapa y Adam lo entendió y aceptó después de todo, saltándose las reglas por primera vez. Ahora me siento más libre, puedo hacer lo que quiera sin esconderme, incluso estoy trabajando en una cafetería los fines de semana. Por fin algo normal. Y así poco a poco intento normalizar también mi vida pero sé que algo me falta en ella o mejor dicho, alguien. Ni siquiera sé si ha vuelto ya...

Sacudo mi cabeza para apartar esos pensamientos cuando me encuentro con una chica rubia frente a mí, no me suena de haberla visto en clase así que no es una compañera.

—¿Eres Sergio? —Asiento—. Toma, es para ti.

Me tiende un trozo de papel doblado y miro cómo se marcha a paso ligero. ¿Qué es esto?

—¿La conoces? —dice mi compañero que aún está a mi lado. Niego con la cabeza—. ¿Y cómo es que te ha dado un papel? Si es su número, ¿me lo puedo quedar?

Ignorando sus palabras abro el trozo de papel doblado y leo lo que hay escrito en su interior: **“Hola de nuevo, Sergio.”**. Leo varias veces la frase y tras reconocer la letra sonrío como un estúpido. Está aquí. Miro a mí alrededor pero no la encuentro. De pronto otra chica, esta vez morena, se acerca y me da otro trozo de papel. Mi amigo me mira asombrado.

**“Hace unas semanas me dijiste que necesitaba una nueva vida”**, leo el trozo de

papel y vuelvo a mirar a mi alrededor. Avanzo hasta la puerta cuando un chico me corta el paso y me tiende otro pedazo de papel. **“Y tenías razón. La necesitaba”**. Sigo sonriendo mientras bajo las enormes escaleras de mi universidad. Cuando llego abajo una chica me detiene para entregarme otro papel y me guiña un ojo. **“Pero me he dado cuenta que necesito algo aún mayor. Necesito a alguien”**.

Noto cómo mi compañero tira de la manga de mi camiseta y cuando alzo la mirada me está señalando el aparcamiento, boquiabierto. Los coches están aparcados formando filas y en todos los vehículos de una de ellas hay papeles en los parabrisas. Algo me dice que no es publicidad. Agarro el primero. **“Alguien que me haga sonreír todos los días”**. Voy a por el siguiente y a por todos los demás, uno a uno. **“Alguien que me abrace cuando más lo necesite”**. **“Alguien que me diga lo fuerte que soy, aunque en realidad no lo sea”**. **“Alguien que me proteja sin siquiera pedirlo”**. **“Alguien que me quiera sin medida”**.

Los papeles en los coches terminan y veo algunos más pegados en el suelo formando un camino. **“Y sé quién es ese alguien porque ya hizo todo eso por mí”**. Lo haría mil veces con tal de tenerte cerca de nuevo. **“Y aunque sé que ha pasado un tiempo, no sé si es demasiado tarde”**. No, no lo es. **“Por eso te ofrezco algo”**. **“Déjame ser ese alguien en tu vida”**. **“Déjame demostrarte que puede funcionar”**. **“Que no hay cosas imposibles sino momentos difíciles que impiden continuar”**. **“Déjame estar a tu lado”**. **“Hoy, mañana y siempre”**.

El último papel se encuentra a unos pasos más alejados que el resto. Cuando me acerco mi sonrisa se ensancha aún más al leer las palabras escritas.

—Te quiero —leo en voz alta y a la vez escucho las palabras tras mi espalda. ¿Estaré soñando todo esto? Porque si es así no quiero despertar. Me doy la vuelta rápidamente y descubro a Mireia. Está preciosa, su pelo antes largo ahora está a la altura de sus hombros ligeramente, ondulado. Sus ojos están brillantes a causa de la emoción y sus labios de color cereza muestran una sonrisa radiante. No puedo esperar más y me lanzo hacia ella alzándola del suelo. Está aquí, está aquí al fin.

Cuando la suelto observo que la situación ha creado una serie de espectadores. Algunas personas lo están grabando con el teléfono móvil, mientras que otras nos miran como si estuviéramos locos y en realidad lo estamos. Estamos locos el uno por el otro y en este instante estoy tan feliz que creo que el corazón me va a explotar.

—Te quiero —repito sus palabras escritas. Acercó su cara a la mía y le doy un tierno beso en los labios. Cuando nuestras bocas entran en contacto mi cuerpo tiembla y el suyo se estremece con fuerza. Después de tanto tiempo y tantas adversidades, por fin estamos juntos y en lo único que pienso es que ha merecido la pena si el resultado es este.

—¿De verdad has hecho todo esto por nosotros? —digo al separar sus labios de los míos pero todavía entre mis brazos. No pienso soltarla nunca más.

—¿No te gusta? —frunce el ceño.

—¿Gustarme? Me ha encantado, todo esto es... No tengo palabras, Mireia.

Tenerte aquí es un sueño para mí. No voy a dejarte escapar nunca.

—Me alegra saberlo.

De nuevo nos besamos y abrazamos durante unos instantes hasta que decidimos marcharnos del aparcamiento para no dar más el espectáculo. Con una mano llena de papeles y la otra con la persona que quiero me siento tan feliz como nunca antes. Ahora sí puedo comerme el mundo y lograr lo imposible. Sé que no será fácil pero juntos lograremos superar cualquier obstáculo como ya lo hicimos. Porque el amor logra todo.

# Epílogo

*Mireia*

Si seguimos por ese camino vamos a llegar tarde. Intento decírselo a Sergio pero en su lugar sale un pequeño jadeo de mi boca. Maldición, sabe qué puntos tocar para volverme loca.

—Vas a arrugarme el vestido —susurro cerrando los ojos. Me dejo llevar por el momento durante unos segundos.

—¿Qué importa? —contesta con una voz cargada de sensualidad. Se encuentra a mi espalda abrazándome mientras me da besos cálidos y húmedos por el cuello y hombros hasta llegar al escote—. Quedémonos aquí, no vayamos. Por favor.

En una hora debemos estar en la iglesia para celebrar la boda de su madre con Jairo, su futuro marido. Le prometí a Marga que arrastraría allí a Sergio aunque me costase mi propia vida.

Cuando madre e hijo se presentaron en casa de su padre para darles la noticia, este se enfureció tanto que comenzó a gritarles sin parar prometiendo que jamás perdonaría aquellas palabras. Sergio no quería más problemas y sabía que aquella boda auguraba el comienzo de muchos.

Al final conseguí convencerlo pero solo porque asisto con él, y Adri y David también van. Sí, no sé qué pintan allí pero al parecer Marga conoce a su hijo y sabe que ellos podrán calmarlo si algo sucede. Mi novio y sus cambios de humor...

Ya han pasado tres meses desde aquel día en el aparcamiento. Desde entonces hemos estado juntos pero no inseparables. Compartimos muchos momentos del día si bien sin dejar de lado nuestros quehaceres y amistades. Nos respetamos y nos queremos, es lo importante. Hemos tenido algunas discusiones aunque nada que no se pueda arreglar. Estoy muy contenta de haberme lanzado, incluso aún no me creo que fuese capaz de hacer todo aquello de los papeles. Las locuras que se hacen por amor...

—Lo siento pero prometimos que iríamos —me aparto un poco de él. Mi piel reclama su tacto pero no es el momento.

—¿Te he dicho ya que el vestido te sienta genial? —dice Sergio tras hacer un puchero por mi rechazo.

Después de tantos años he decidido ponerme un vestido, quería vencer otro miedo más y aunque me siento un poco incómoda, Sergio consigue que lo sobrelleve.

Ayer por la tarde decidió que lo mejor para no perder el tiempo era que trajese a su casa todo lo necesario para la boda y prepararme allí. Acepté encantada porque

adoro compartir las noches con él. Pasamos las horas tumbados en la cama hablando de todo un poco, riendo y comiéndonos el uno al otro. Me hace sentir especial y es por eso que adoro cada parte de él.

—Será aún más genial cuando estemos de vuelta y veas lo que hay debajo — sonrío de forma pícaro mientras me dirijo a la salida de la habitación. Su rostro se ilumina y se acerca hacia mí como si fuese un cazador a punto de atacar a su presa. Oh, no. Al final llegaremos tarde a la boda.

Me aparto en el último momento y corro al salón para coger las llaves del coche. Con un grito de «*nos vemos abajo*», bajo las escaleras hasta llegar a la calle para que me dé un poco el aire. En cuanto salgo mi vello se eriza, estamos en pleno diciembre y con las prisas he salido sin abrigo. Estoy helada. Voy a regresar cuando siento que algo cubre mis hombros. Miro sobre ellos y observo a Sergio poniéndome el abrigo.

—Te vas a helar. Después no tendrás escapatoria —susurra estas últimas palabras en mi oído y sonrío como una boba. Le doy un corto beso en los labios y subimos al coche.

La boda ha sido preciosa. Es la primera vez que acudo a una y ha sido perfecta. La iglesia, la decoración, los novios —ya marido y mujer... ha sido un momento muy emotivo. Sergio se ha comportado como un caballero todo este tiempo, ahora mismo se encuentra bailando con su madre y la imagen es perfecta. Está sonriendo, despreocupado y en paz con el mundo. Mi pecho se hincha de satisfacción y le doy un sorbo a mi copa.

—¿Con intención de emborracharte? —David aparece y se sienta a mi lado—. Me apunto, esto es un aburrimiento.

—Es precioso, reconócelo.

—Sí, sí, lo que tú digas —bebe de su copa—. ¿Has hablado con la rubia? — señala a Alissa, la hija de Jairo. Llegó ayer desde el extranjero para la boda de su padre—. Me he acercado y ha comenzado a hablar en un idioma raro. Para mí que es alemán.

Sonrío. David y sus mil formas de ligar con las chicas. Ni siquiera la boda de la madre de su mejor amigo le frena. Según él, en las bodas es donde más se liga y sin embargo está ahora sentado a mi lado. ¡Menudo ligón está hecho!

—Me la han presentado antes, es maja —digo alzando los hombros, restándole importancia.

—¿La entiendes? —parece asombrado. Asiento, prefiero seguirle el juego—. Dile entonces que en el fondo de aquel pasillo hay una habitación muy interesante y que la espero allí en cinco minutos.

—No pienso decirle eso —digo entre carcajadas. No tiene remedio.

La rubia pasa por nuestro lado y David se levanta para alcanzarla. Decido seguirle

antes de que haga más el ridículo.

—*Hello, darling* —dice resuelto. Me equivocaba. Sí puede hacer aún más el ridículo. Dice que habla alemán y le habla en inglés.

La chica se detiene frunciendo el ceño y me mira. Le dirijo una sonrisa avergonzada y con ella le transmito que no le haga caso. En ese momento aparece Sergio y se une a nosotros.

—¿Qué pasa? —alterna la mirada entre nosotros tres.

—Dile a tu novia que le diga a la rubia nórdica que me acompañe a la habitación del fondo —David se dirige a Sergio. Mi novio me mira con una ceja alzada.

—La chica no quiere nada con él —alzo los hombros.

—¿Tú que sabrás? ¿Acaso entiendes noruego? —antes era alemán, ahora es noruego. Ya mismo no sabe ni en qué país se encuentra él, ya verás—. Además, seguro que cambia de opinión en cuanto me conozca más... profundamente.

David le guiña un ojo a la chica y esta le sonrío. Sergio me mira incrédulo. Sí, me estoy riendo de su amigo a su costa y me lo estoy pasando en grande. David tiende una mano a la chica para que se vaya con él y ella la coge con actitud encantadora. Pero cuando ambas se unen ella retuerce la suya.

—Escúchame, rubio de pacotilla, como vuelvas a pedirme que me acueste contigo te aseguro que recordarás esta noche toda tu vida porque acabarás en urgencias con mucho, mucho dolor —David palidece—. Así que me vas a dejar en paz, ¿entendido?

Dicho esto, se marcha mostrando una sonrisa de suficiencia y Sergio y yo no podemos evitar carcajearnos. Ha merecido la pena callarme si el resultado es este. Se lo tiene bien merecido, por ir de enterado y sobrado.

—Cabrones —dice enfadado—. ¿Vosotros lo sabíais?

—Eres imbécil, macho. En serio —comenta Sergio entre risas.

—No importa, conseguiré ligarme a Elisa.

—Alissa —lo corrijo y vuelvo a carcajearme.

Si piensa que logrará ligársela, está muy equivocado. Lo poco que he conocido a esa chica me ha demostrado que es maja pero de armas tomar. Simpática y coqueta pero con carácter. Me encantará ver cómo se las apaña esta vez. Por fin David ha encontrado la horma de su zapato.

Adri se acerca y los chicos comienzan a hablar sobre las próximas navidades. Están planeando ir a la sierra y disfrutar unos días de la nieve. Me encantaría ir, más aún si es con ellos. Desde que las clases comenzaron apenas coincidimos y los echo tantísimo de menos... Al menos a las chicas las veo más.

Sus risas llaman mi atención, los observo detenidamente. Adri rebosa felicidad desde que conoció a Laura, David siempre tiene una sonrisa para sus amigos y amigas mientras que Sergio está... diferente. Este verano nos ha cambiado a todos,

hemos superado obstáculos y afrontado miedos.

Sergio me mira y en sus ojos veo un inmenso amor que me hace estremecer. Le devuelvo la sonrisa y me acurruco en sus brazos; el lugar donde pertenezco.

## Agradecimientos

Recuerdo leer cada agradecimiento de los libros que he tenido en mis manos. Miles de gracias y cientos de palabras bonitas que, como compañeros, amigos y/o lectores, han llegado a nuestra alma. Pero leer tantos de ellos no te prepara para escribir el tuyo, ni por asomo.

Desde el primer momento, he sabido a quién le debo que esta historia esté hoy en vuestras manos. Son muy pocas las personas que sabían y saben, a día de hoy, que he escrito mi primer libro. ¡Yo! ¡Mi primer libro! Es tan alucinante que aún no me lo creo. Pero sí, es real, y os lo debo a vosotros.

A ella por su infinito apoyo, por sus tantos “quiero leer más”, por su amor hacia mis personajes, por sus bonitas palabras y por confiar en mí. Mis personajes son tan tuyos como míos. Gracias, gracias y gracias, mi querida Nieves.

A mis chicas queridas, a todas y cada una de ellas, es difícil no sonreír cuando hablo con vosotras. Y en especial a aquellas que se atrevieron a darle una oportunidad a mi pequeña locura y me animaron a continuar. Gracias, mis Pretties. Alba, Patri, Belén, Claudia, Sammy, Jesica, Atteneri, Raque, Paula, Lara, Tania, Dani, Cristina... ¡Os quiero!

A esa persona que aparece de pronto y se convierte en un buen amigo, aquel que se alegra de este sueño y te apoya incondicionalmente, aún sin saber más detalles. Sí, eres tú, Fransy. Gracias, *supernene*.

Tampoco podría olvidarme de mis dos grandes amores. Gracias por apoyarme desde el instante que supisteis que me embarcaba en este mundo, por recordarme que se puede soñar a lo grande y que no existen imposibles. Os quiero, Susana y Juan.

A esas personas maravillosas que están haciendo esto posible. Por darme el primer empujón en este bonito y gran mundo de la escritura. Gracias, Red Apple Ediciones. Gracias a todo el equipo por convertirme en una *manzanita*.

Y, especialmente, gracias a vosotros y vosotras. Por escoger esta historia, de entre muchas increíbles que nos rodean. Por dedicarle tiempo y escuchar a sus personajes. Pero, sobre todo, por amar a la lectura y darle sentido al mundo de la escritura. ¡Gracias!